

El Marqués de Sade

La civilización
frente a las
costumbres y
el hombre
frente al vicio

Eugene
Duehren

El Marqués de Sade

La civilización frente a las costumbres
y el hombre frente al vicio

Eugene Duehren

Traducción de F. Ruiz Llanos
Editorial Enero, Buenos Aires, 1947

Título original:
*Der Marquis de Sade und seine Zeit,
Studien zur Geschichte des menschlichen
Geschlechtslebens*, Auflage, 1898

La paginación se corresponde
con la edición impresa. Se han
eliminado las páginas en blanco

Letra e

PREFACIO

MIENTRAS me hallaba ocupado en las tareas preliminares de esta obra, apareció publicado el original ensayo de E. Eulenburg, notable neurólogo y eminente publicista, titulado: “El Marqués de Sade”. Este trabajo y una conferencia pronunciada por el propio doctor Eulenburg en la “Sociedad de Psicología” tuvieron la virtud de impulsar las investigaciones históricas y científicas sobre Sade. Casi simultáneamente, otro artículo del doctor Marciat sobre el mismo tema, acabó de renovar el interés hacia uno de los más sorprendentes personajes del siglo XVIII, como lo es el Marqués de Sade, y actualizó varios importantes ensayos biográfico-literarios de G. Brunet que, al tiempo de su publicación, pasaron casi inadvertidos. Finalmente, con la publicación de las cartas inéditas de la marquesa y el marqués de Sade —de ello somos deudores a P. Ginisty—, se puso al mundo científico en posesión de las obras póstumas del autor de “Justina”, tan pacatamente escondidas hasta el presente.

Aunque estuviese, como digo, inmerso ya en la redacción de esta obra sobre el marqués de Sade, saludé con regocijo todas esas publicaciones por lo que representaban como síntomas del deseo experimentado en los círculos eruditos de ahondar en la extraña personalidad del marqués con más profundidad que hasta ahora. Porque, como lo expresaba ya Eulenburg en su “Neuropatía Sexual”, es frecuente “hacer referencia a la vida del marqués y a su obra sin tener el más ligero conocimiento de ellas”. Ha llegado, pues, el momento de esclarecer esas tinieblas.

He vivido y crecido, desde mi más extremada juventud, en medio de un mundo de los más ricos e incoercibles: el mundo de los libros. He compartido igualmente el destino de todos los bibliófilos. No sólo me despertaron y atrajeron mi atención la belleza y armonía de los clásicos, sino —por decirlo con Macaulay— ciertos fragmentos singulares de la historia literaria, ciertas extrañas manifestaciones de la imaginación humana. Todo bibliófilo sabe perfectamente que no existe una sola actividad del espíritu que carezca de determinado valor ante la ciencia. Lo que el auténtico estudioso busca en los libros, con el corazón henchido de caridad, son los hombres. Nada de lo que concierne a la humanidad le es indiferente, ya que lo que persigue es enriquecer su espíritu y completar su sabiduría, dejándose guiar por un amplio criterio de filántropo.

Este libro es, por consiguiente —y tanto por su contenido como por su desarrollo— la primera obra científica original que se escribe sobre el marqués de Sade y no un folletón imaginario; no es tampoco un árido trabajo científico, limitado a acumular datos, sino una seria tentativa de obtener “un documento humano” realmente aprovechable y útil al explorador de la naturaleza humana. Escrito por un médico para los médicos —yo me honro con el ejercicio de esta profesión—, puede estar igualmente destinado para el jurisconsulto, para el economista, para el historiador, para el filósofo y, en fin, para todos aquellos que persiguen metas sociales y que contribuyen al auge del bienestar individual dentro de la sociedad. Soy de los que creen que, todavía en la actualidad, la suprema moral consiste en considerar el matrimonio como el sostén básico de la sociedad, no viendo —de acuerdo con Platón y Hegel— en el amor físico otra cosa que una fase transitoria en la ininterrumpida marcha hacia una actividad intelectual más elevada.

He reunido en este libro todos cuantos materiales he podido acumular sobre el marqués de Sade. Nada falta en él, que yo sepa. Pero he interpretado su vida y sus escritos como objetos de una experiencia histórica, abriendo de esta manera —y en mi opinión— una nueva ruta hacia el conocimiento de los fenómenos patológico-sexuales. A mis lectores y críticos les toca decir si ese sendero es practicable.

Viendo al célebre economista W. Roscher reprochar al erudito y escrupuloso F. C. Forberg, editor de “El Hermafrodita”, de Antonio Panormita, “el haber puesto ante el conocimiento de todas cosas que sería mejor ignorar”; viendo igualmente a Parent-Duchatelet iniciar su monumental obra sobre la prostitución en París

con temblorosas palabras de excusa por lo que de obsceno pueda hallarse en ella, encuentro que tanto una como otra actitud son escasamente sinceras y, desde luego, indignas de un explorador de conciencias. Yo ni me excuso ni tengo por qué excusarme, aunque quizás frunza el ceño algún moralista farisaicamente indignado. Por anticipado me consuelo con la frase estampada por un filósofo —que, por lo demás, no cuenta entre el número de mis favoritos— Federico Nietzsche, en su “Más allá del Bien y del Mal”: “nadie, miente tanto como aquel que se indigna”. (Aforismo 26, pág. 48).

El mal existe en el mundo. Hay, por tanto, que explorarlo, que sacarlo a la superficie y buscar los medios de vernos libres de él. El hombre debe ser como la Historia. Que no constituye, en absoluto, el *tribunal universal* ni tiene tampoco por misión conducir en el infierno las almas ante la presencia de Minos y Radamante, sino la de enseñar con altitud de miras y señalar, con broncíneo brazo, jamás doblegado, las cimas olímpicas.

E. D.

INTRODUCCIÓN

Finalidad de una ciencia de la vida sexual humana

EL examen científico de la vida sexual humana es susceptible de ser realizado desde tres puntos de vista: en primer término, el amor se nos presenta bajo la forma de un fenómeno natural que queda sometido a la ley de causalidad. Es en segundo —y haciendo ahora abstracción de la necesidad inconsciente— un objetivo histórico, la meta de un proceso que, según la definición eminentemente original de Hegel, representa “el progreso en la conciencia de la libertad moral”. Pero la finalidad del amor radica, como el de toda actividad humana, en la Libertad, identificada con el principio espiritual absoluto y con la ciencia más perfecta.

No existen, por consiguiente, más que tres problemas relativos al amor: el del amor físico, el del amor considerado desde el punto de vista histórico y el concerniente a la esencia metafísica del amor.

Para nosotros, que seguimos rigurosamente el método histórico y dialéctico de Hegel, estos problemas no constituyen sino otros tantos grados del desarrollo cuyo conocimiento esclarecerá la verdadera naturaleza del amor humano. De este modo, recorreremos la senda que lleva, desde el amor sexual (físico) al amor platónico (metafísico); aquella senda que Platón había ya descubierto y cuyos jalones esenciales trataremos de ir señalando sucintamente. Conviene, sin embargo, hacer notar por anticipado que la meta principal de las investigaciones científicas la constituyen el amor como fenómeno de la naturaleza y el amor como fenómeno del espíritu absoluto; el amor dentro de la esfera de la necesidad y el amor dentro de la esfera de la libertad.

Existen a la fecha excelentes trabajos que tratan de la vida sexual en relación con la ciencia y aun con la metafísica, en tanto

que el vasto dominio que se relaciona con lo espiritual, tal como nos lo presenta la Historia, ha quedado inconcebiblemente descuidado. Y, sin embargo, el estudio de las manifestaciones de la vida sexual a lo largo de la Historia es, según creo, el único guía apto para llevarnos de la mano a través de los oscuros laberintos del corazón humano y aún a través del propio dédalo del amor. Los estudios que subsiguen, relativos todos ellos a la historia de la vida sexual, enfocarán exclusivamente el amor como un problema histórico, estableciendo, al propio tiempo, cierta conexión con los otros problemas físico y metafísico. Esperamos demostrar así que las realidades y enseñanzas de la Historia disipan muchos enigmas y dan la clave de más de una de las incógnitas concernientes a Eros.

1. EL AMOR COMO PROBLEMA FÍSICO

EN los mitos de muchos pueblos primitivos, la Cosmogonía, es decir: la ciencia que explica el origen y la creación del Universo, del cielo estrellado y de las bienaventuradas deidades, ha sido considerada como una representación de la cópula carnal en lo que ésta tiene de genético y fecundante. Hasta ese punto sublime, maravilloso y enigmático, se elevaron, desde la misma noche de los tiempos y a los ojos de los más remotos habitantes del planeta, los hechos y los gestos puramente físicos del acto cuya consecuencia más visible es el nacimiento de los seres. Dentro de estos mitos, la materia representaba la “substancia-madre”, en tanto que el Universo —la Naturaleza— estaba representado por aquello que aparecía como “nacido”. Era el fruto de la gran cópula universal.

Según G. Hermann ⁽¹⁾, las nuevas escuelas de investigaciones antropológicas y mitológicas han dado ya por admitida esta doctrina antropomórfica del origen del Universo como la fuente más probable de los diversos sistemas religiosos. El cielo y la tierra representaban para los chinos “el padre y la madre de todas las cosas”. E igualmente “el huevo del universo” (*omne ex ovo*, proclamaba ya la clásica antigüedad) juega un importante papel en todas las religiones y en todos los mitos de los pueblos.

(1) G. Hermann: “Das Gesetz der Zeugung”. (Vol. III).

Tampoco hay que olvidar, por otro lado, que los primeros seres, dioses y hombres, son hermafroditas. ¿Quién ignora la célebre fábula de Aristófanes contada en “El Banquete” de Platón? Antiguamente —se nos refiere allí— la naturaleza humana habría sido distinta que al presente. Existieron entonces tres sexos del género humano; no dos, como en nuestros tiempos, el masculino y el femenino, sino un tercero que, sin ser lo mismo que ellos, participaba de los otros dos. Su nombre se desconoce porque se ha desvanecido de la memoria de los hombres. Pero se sabe que el andrógino (andróginos) era su representante.

No debe sorprendernos este aserto de los griegos. De Adán, como todo el mundo sabe por la Biblia, originariamente hermafrodita, fue extraída la primera pareja humana: el hombre y la mujer. Y ésta tampoco se denomina allí mujer, sino “virago”.

El amor, como principio cosmogónico juega también en Empédocles un papel muy singular. Hay dos principios que, según este filósofo, engendran todos los cambios dentro de la mezcla y la separación de las materias: el amor y el odio. Durante los inmensos períodos de la formación del Universo fueron tanto el uno como el otro de estos principios fundamentales los que gobernaron como fuerza predominante. Cuando el amor establece su imperio definitivo, las materias reposan en una paz plena de beatitud, unificadas en la esfera universal como en el seno de Dios. Pero a medida que se acrecienta la influencia del odio —en el apogeo del cual, todo explota y se dispersa— o bien, dentro de un orden inverso: a medida que los progresos de las fuerzas del amor se hacen sentir más firmemente, se producen en la formación del mundo diversos estados transitorios. Mediante el juego repetido de la procreación y de la destrucción, sólo restan al final las creaciones ya perfectas, que encuentran en ellas mismas la garantía de la estabilidad y de la vitalidad.

Aun cuando las dos teorías cosmogónicas citadas revelan una marcada tendencia antropomórfica por estar basadas en la directa observación de la naturaleza orgánica, la idea de Empédocles representa la concepción grandiosa de una teoría científica, tal como fue posteriormente desarrollada por el darwinismo.

La ciencia moderna ha confirmado las ingenuas concepciones mitológicas y cosmogónicas de la antigüedad remota. Sabemos así que el amor físico, eslabón originario de la cadena del desenvolvimiento natural de los seres, es en sí un efecto secundario, equivalente al producto de una diferenciación que únicamente se explica

por el desarrollo de la vida orgánica en general. El hermafroditismo, es decir: la reunión de las células de diferente sexo en un mismo individuo constituye efectivamente el estado más antiguo y primitivo de los seres. Únicamente más tarde se realiza la separación de los sexos.

Según Haeckel (1), el hermafroditismo se da no solamente entre los animales inferiores, sino que todos los remotos antepasados del hombre, comenzando por los gasteróides y terminando por los procordiones, han sido andróginos. Y lo son también las plantas. Una prueba irrefutable de esto nos lo suministra el hecho ya comprobado de que muchas especies de pescados son todavía hermafroditas y lo son igualmente muchos vertebrados de otras clases.

La separación de los sexos, el “gonocorismo”, como lo denomina Haeckel, sólo aparece más tarde al bifurcarse las células y establecerse el contraste entre la masculina y la femenina en individuos diferentes. Más tarde aún, se agregan a las glándulas sexuales los órganos auxiliares y secundarios; y en último término, aparecen los caracteres sexuales denominados “secundarios” o, lo que es lo mismo, las netas diferenciaciones del sexo masculino y femenino que conciernen, no ya a los órganos de la generación en sí, sino a diferentes partes del cuerpo que parecen no tener relación directa con el sexo: la barba del hombre, el seno de la mujer, etc.

En resumen; la formación morfológica de los órganos sexuales queda sujeta a la célebre ley formulada por Haeckel y llamada por él “ley biogenética fundamental”, según la cual, la ontogenia representa un bosquejo abreviado e incompleto de la filogenia o desenvolvimiento de la especie desde sus tiempos más remotos hasta el presente. En los grandes tratados de Kölliger y de Hertwig se encuentran las imágenes más auténticas de la ontogenia de los órganos sexuales.

De acuerdo, pues, con estas bases anatómicas del amor humano habrá que decidir la psicología de los seres en toda su vastedad, como lo propone Heusen en su magnífico libro “Physiologie de la génération”. Heusen coloca plenamente los actos de la generación dentro de la esfera general de la vida orgánica.

Los rasgos fundamentales de todo amor —tanto en el hombre, como en el animal, como en la planta—, las fuentes más antiguas del amor son la *afinidad colectiva* de dos células sexuales perfectamente

(1) Ernest Haeckel, “Antropogenia”. Véase también a este respecto el libro “Los Estados Intersexuales”, del doctor Gregorio Marañón.

definidas entre sí en lo masculino y femenino. Es lo que Haeckel denomina “quemotropismo erótico”. “Todas las demás circunstancias y todos los otros fenómenos —dice Haeckel— que concurren en el acto de la generación entre los animales superiores son, cualquiera sea su complejidad, de naturaleza subordinada y secundaria. Podemos aseverar que tales fenómenos sólo han venido a agregarse ulteriormente al acto simple de la copulación y la fecundación. Siempre y por todas partes —continúa— el ansia de fusión de dos células ha constituido la causa prima y originaria; siempre y por doquier este incidente, tan pequeño en apariencia, ha ejercido su irresistible influjo sobre el desarrollo de las más variadas especies. Ningún poder orgánico iguala a éste en cuanto a la extensión y a la intensidad del efecto diferencial”.

Establecido así el hecho fundamental de la generación, pasemos al examen de las sensaciones amorosas que se manifiestan en el hombre a través del instinto sexual. Moll ha aclarado esta oscura noción en una forma ingeniosísima. Según él, el instinto sexual en el hombre adulto se descompone en dos elementos: el instinto “de desentumecimiento” y el instinto “de contracción”. El primero impulsa a una función local de las partes genitales y, en lo que respecta al macho, a la eyaculación. El segundo instinto: el de contracción, impele al macho a aproximarse a la hembra y a ésta —y por la misma causa— a acoplarse con el macho. Desde el punto de vista de la filogenia, el “desentumecimiento”, como medio de reproducción es, por supuesto, el más esencial, ya que se produce en los animales inferiores tan claramente como en los superiores. La contracción únicamente se presenta como un incidente secundario tan pronto como dos seres se acoplan para la propagación.

En el desarrollo del hombre, la presencia de las glándulas germinativas constituye el hecho fundamental, y el “desentumecimiento” en el macho viene a representar el efecto inmediato de la actividad germinativa. En la hembra, por el contrario, la secreción del óvulo no depende directamente del instinto de “desentumecimiento”, pero cabe afirmar que ambos factores coinciden entre sí, como puede apreciarse todavía entre los peces.

Albert Moll, en su “Recherches sur l’instinct sexuel”, transporta, a partir de aquí, la discusión a un problema de la más alta importancia y de cuya solución dependerá completamente el esclarecimiento de una muchedumbre de fenómenos. Moll trata de establecer cuáles son los lazos entre lo que es hereditario y transmitido

por los padres y lo que es adquirido por el propio individuo dentro de la esfera del amor sexual.

En este punto, diferimos radicalmente de Moll, llevados por consideraciones históricas a una interpretación diametralmente opuesta de la que da a los hechos ese autor. Moll trata de probar, por medio de una argumentación ciertamente ingeniosa, que no solamente el instinto de “desentumecimiento” sino incluso todas las variadas manifestaciones del instinto de “contracción” son hereditarias, inclinándose a atribuir la mayor parte de los fenómenos tanto psicológicos como patológicos del instinto sexual a la transmisión hereditaria, en tanto que los factores propiamente adquiridos no jugarían, según él, ningún papel importante. El instinto sexual normal y el anormal (sensación sexual opuesta, homosexualidad) se explican, de creer a Moll, con sobrada sencillez sin más que recurrir a la herencia y no por hábitos contraídos y reprimidos bajo la influencia de tales o cuales circunstancias.

No puede negarse, ciertamente, que algunas características corporales y mentales sean transmitidas. Pero nuestras propias investigaciones nos fuerzan a reconocer que la transmisión hereditaria representa, en lo referente al amor, un papel mucho menor que el de los hábitos adquiridos y, por de contado, más pequeño todavía que el de las influencias exteriores.

Por eso, nuestra tarea inmediata se ceñirá a demostrar, recurriendo al método histórico, la influencia que ejercen sobre el individuo los factores externos y esperamos que el lector participará de nuestro punto de vista.

Moll cuenta entre los defensores de su teoría a R. de Krafft-Ebing quien, en su tan conocida obra “Psicopatía sexual”, hace derivar una gran cantidad de perversiones sexuales de causas hereditarias. Pero el doctor Schrenk-Notzing, aproximándose en esto a nuestro criterio personal, considera a la sugestión y a las influencias externas como la causa más constante, inmediata y eficiente de muchas de aquellas anomalías. Krafft-Ebing tiene, sin embargo, el mérito indiscutible de haber pasado minuciosa revista, y desde su plano de psiquiatra, a todos los dominios de la vida sexual. Según él, es evidente que, como acto precursor de los desarreglos sexuales, el onanismo desempeña un importante papel y, bajo este aspecto, lo ha estudiado y sometido a dura crítica.

Otro trabajo muy profundo que pudiera servir de gran ayuda al estudioso es el que nos ofrece el doctor Rohleder en su formidable libro “La Masturbación”. Rohleder hace allí importantes acla-

raciones sobre la naturaleza de los desarreglos sexuales según sus actividades y conformación corporal y destaca el hecho de que éstas ejercen una influencia directa sobre las funciones genéticas. En este aspecto hay que tener en cuenta, ante todo, la sensibilidad física, el correcto funcionamiento del metabolismo y las normalidades o anormalidades de índole psíquica.

Havelock Ellis, por su parte, nos ha suministrado también un cuadro completo de estas cuestiones y resumido todos los otros factores en su obra "L'homme et la femme". Según él, sólo mediante el examen de las relaciones sensoriales con la vida sexual es posible establecer la frecuencia con que se adquieren los estados anormales. Pero no existe hasta ahora una verdadera *psicología experimental* del amor; y cuanto hasta el presente se ha escrito bajo el rubro "Psicología del amor" resulta, desde el punto de vista de la ciencia, escasamente digno de atención. Havelock Ellis escribía ya al respecto: "un corto número de investigaciones que exigen, cada vez, una nueva confirmación y más amplio desarrollo; algunas observaciones sobre una multitud de hechos acumulados sin orden en el curso de una larga experiencia práctica, aunque mal comprendidos y diversamente interpretados..., he aquí todo lo que la psicología empírica puede ofrecernos hasta el presente en lo que concierne a las diferencias intelectuales de ambos sexos".

Tales son los materiales recogidos en los libros de antropología y etnología que nos abren un vasto campo para la exploración de los fenómenos de la vida sexual, considerados como objetivos inmediatos de la ciencia. Y en ellos encontramos ya muchos puntos de contacto con los problemas que plantea la sociología histórica.

2. EL AMOR COMO PROBLEMA HISTÓRICO

L amor, tomado como factor histórico, representa, desde el punto de vista evolutivo, la relación en gradual proceso hacia la vida de la libertad que debe existir entre el amor físico y el orden social, el Derecho, la Moral, la Religión, la lengua y la poesía, tal como estas manifestaciones del espíritu se interpretan al presente. Importa, sin embargo, dejar sentado que, en esta esfera de hechos, hay que hacer abstracción de la ley de causalidad y de todas las demás leyes que adquieren un sentido propio en el terreno de la

ciencia pura. Ni siquiera el *método orgánico* sociológico, imaginado por Herbert Spencer, puede explicar los fenómenos históricos. No existe ley alguna que sirva para interpretar certeramente los acontecimientos sociales y sí solamente algunos de sus rasgos más externos.

El amor, como fenómeno social, como producto de la sociedad, se nos representa principalmente bajo dos formas: el matrimonio y la prostitución.

Eduard Westermarck, profesor de la Universidad de Helsingfors, escribió una obra de un valor incalculable y fundamental sobre la historia del matrimonio; un libro que creemos digno de ser colocado a la misma altura que hayan alcanzado las mejores obras de historia de la Civilización y de sociología de los Buckle, de los Tylor y de los F. A. Lange. En aquella su “Historia del Matrimonio”, Westermarck demostraba de una manera absolutamente irrefutable y con argumentos científicos de la más concreta solidez que el matrimonio ha representado siempre y por doquier la *forma sociológica primitiva* y la meta final, sociológicamente hablando, del amor. Pulverizaba también y reducía a la nada Westermarck la doctrina —todavía sostenida en estos tiempos por Bachofen, Mc. Leñan, Morgan, Lubbock, Bastian, Lippert, Kohler y Post— que afirmaba la completa libertad sexual primitiva o la pretendida promiscuidad de los sexos en que había vivido el género humano en el comienzo de los tiempos. La “Crítica de la doctrina de la Promiscuidad” debe ser reputada como uno de los trabajos más brillantes de la sociología moderna y su resultado no dejará, en mi opinión, de ejercer la más grande influencia sobre las teorías concernientes a la vida sexual; y esto no solamente desde el punto de vista sociológico sino también desde el filosófico.

Según Westermarck, el matrimonio o, lo que es lo mismo, el emparejamiento permanente de dos seres de sexo opuesto, se encuentra ya entre muchas especies de animales inferiores y constituye la regla entre los monos antropoides, siendo, naturalmente, un hecho común entre los hombres desde los remotos tiempos de la prehistoria. Esto debe atribuirse evidentemente al desarrollo de un instinto peculiar en virtud de la poderosa influencia ejercida por la ley de la selección natural. Es, por consiguiente, muy probable que, contra lo que se ha afirmado tantas veces, conociese y practicase el matrimonio. Y precisamente esa práctica monogámica de los primates (el hombre y el mono) sería, según todas las apariencias, la causa del escasísimo número de nacimientos, registrados en

aquellas lejanas épocas, así como la de la larga duración que se acordaba antiguamente al período de la infancia.

Westermarck afirma, casi con absoluta certidumbre, que el matrimonio humano debe ser considerado como el resultado de una herencia transmitida por los primeros hombres simios. Demuestra, además, Westermarck que cabalmente entre los pueblos inferiores, la promiscuidad de los sexos y los contactos carnales fuera del emparejamiento natural son menos frecuentes que entre los pueblos de mayor desarrollo cultural. Por consiguiente, tenemos muchos motivos para suponer que, *con el progreso de la Civilización, los ayuntamientos no conyugales de los sexos se han acrecentado en grado máximo*; que ese mismo progreso ha aumentado el número de las personas solteras y, por lo menos en lo que a Europa respecta, ha contribuido a dilatar el período medio en que los matrimonios solían realizarse. Hoy, éstos se realizan tardíamente.

La perpetuidad del matrimonio no es, sin embargo, general. En la mayor parte de los pueblos no civilizados —lo mismo que en aquellos de civilización muy avanzada— el hombre se ha reservado el derecho de repudiar a su mujer en cualquier instante y cuando las circunstancias lo aconsejen. Pero, en muchos otros, el divorcio o el repudio constituyen la excepción. Mas únicamente en las sociedades modernas se da el caso de que se le acuerde a la mujer el derecho de separarse de su marido. Y es que, por lo general, la duración del matrimonio o del emparejamiento de dos seres crece o decrece en razón del perfeccionamiento de las leyes y de acuerdo con los cambios introducidos en la moralidad y las costumbres.

De lo dicho hasta aquí se infiere que así como el matrimonio puede y debe ser considerado como la forma más eminentemente social del amor, como el manto más perfecto con que se ha recubierto en todo tiempo la vida sexual, la prostitución debe ser mirada como su antítesis, como un fenómeno antisocial. Se ha llamado a la prostitución, como es sabido, *un mal necesario*. Pero esta es una argucia sin sentido y todavía no existe una historia científica de la prostitución que demuestre tal aserto y que responda a las exigencias de las modernas investigaciones sobre ese *mal necesario*. La monumental obra en ocho volúmenes, de Dufour. “Histoire de la Prostitution”, contiene, ciertamente, una muchedumbre de materiales asombrosa, pero materiales que fueron recolectados sin método ni claridad y que tampoco pueden tomarse como base para llegar a una dilucidación de aquel problema. Inútilmente se intentaría formar un juicio sobre las causas reales de la prostitución des-

pues de haberla leído ni, mucho menos, proponer los remedios que acabarían con esa plaga social. El camino para llegar a esa meta ha de ser incuestionablemente el de las conclusiones establecidas por la sociología, por la higiene y por la economía política.

Bebel, en su libro: “La Femme et le socialisme”, quiso contribuir a esa necesaria labor, pero lo único que hizo fue esparcir notoriamente muchos prejuicios y errores sobre las reales causas de la prostitución. Para Bebel, tales causas radican exclusivamente en la explotación económica y en los salarios de hambre —lo que presupone no otear más que una faz del problema. En cambio G. Behrend, en un concienzudo estudio sobre el mismo problema, descubre causas enteramente distintas, casi todas referidas a las depravaciones adquiridas en el trato social.

B. Tarnowsky, el observador quizá más atento y experimentado después de Behrend, llega extrañamente al mismo resultado, si bien por distintas sendas; y, como aquél, tilda de muy poco consistente el argumento bebeliano de que el pauperismo y los salarios de hambre sean la fuente, eternamente inagotable, de donde brota la prostitución. Con Bebel concuerda Hegar, quien se esfuerza también en refutar las aserciones de Behrend y propone al mismo tiempo ciertas externas medidas para lo que él llama “supresión de la miseria sexual”.

Pero la tentativa más audaz para explicar la prostitución es, indudablemente, la realizada por Lombroso. Lombroso establece, de antemano, la relación existente entre la prostitución y el crimen, y asienta aquella sentencia de que “la donna delinvente e prostituta”. Para él, la mujer de vida airada es tan sólo una variedad del “reo nato”, del “criminal de nacimiento”. Lombroso hace notar muy justamente que, en razón de esas probadas concatenaciones entre crimen y prostitución, el tipo de ramera no se da exclusivamente, como se ha supuesto y se sigue suponiendo, entre las clases sociales inferiores, sino que, en diversas formas, existe su equivalente en las esferas más altas de la sociedad. En consecuencia, la pobreza no puede ser considerada como la causa primera y permanente de la prostitución. La teoría de “la prostituta de nacimiento” debe continuar en pie, como valedera, aunque, por otro lado, haya que imputar muchas veces su caída a influencias exteriores, tales como una falsa educación, el medio, el mal ejemplo, etc.

La actuación de la mujer dentro de la sociedad está principalmente condicionada por las costumbres y, después, por las leyes que regulan la vida social y familiar. Si tomamos al matrimonio —y

no puede tomarse de otra manera— como la piedra maestra en que está asentada la sociedad, más aún: como la meta final y sociológica del amor, tendremos que la llamada “emancipación total de la mujer” o, lo que es lo mismo: la radical supresión de todas las distinciones sociales, civiles y económicas establecidas entre el hombre y la mujer se nos aparecerá como una contradicción en sí misma, como un error que llevaría aparejadas las más desastrosas consecuencias. Una emancipación de esa clase conduciría al aniquilamiento del matrimonio y establecería una división entre el trabajo del hombre y de la mujer cuya consecuencia obligada sería la destrucción de la familia. Es innegable, por otra parte, que la *emancipación total* de la mujer choca con la realidad, aun dando por admitidas brillantes excepciones que no hacen sino confirmar la regla, existen grandes diferencias físicas e intelectuales entre la mujer y el hombre. Y esas diferencias no pueden salvarse en forma alguna por medio de legislaciones o reglamentos. La concesión de derechos más amplios a la mujer y la posibilidad de que ésta se instruya en igual medida que el hombre son perfectamente admisibles, especialmente si se tiene en cuenta la complejidad de la vida moderna y el retraso que ésta ha impuesto a la realización del matrimonio. Pero el alfa y omega del problema femenino queda y quedará sintetizado, a nuestro modo de ver, en esta breve sentencia: *la mujer es la compañera del hombre, sin la pujanza física y mental de éste.*

La biología y no el mero sentimiento tiene en este caso la palabra.

Otra cosa muy distinta es el lado jurídico de las relaciones entre el hombre y la mujer; problema que está íntimamente ligado con el punto de vista ético. Y uno de los objetivos más importantes de una ciencia de la vida sexual consistirá en estudiar la influencia ejercida por las doctrinas morales vigentes en nuestro tiempo sobre el amor, así como sobre sus manifestaciones más notorias, y exponerlas en todas sus aspectos. Una tarea como ésta, aunque imperfecta todavía, ciertamente, ha sido intentada ya por W. Rudeck en su “Histoire de la moralité publique”.

En efecto; la reglamentación de la vida sexual constituye una parte integrante de la historia de la moral a grandes rasgos, y Rudeck tiene razón al definir a esta última como “una crítica de la Civilización social”, ya que los valores morales en ninguna parte se reflejan tan fielmente como en la esfera de la vida sexual. Que los criterios morales acerca de las relaciones sexuales han sido ente-

ramente distintos para las diversas épocas y en los más variados pueblos es un hecho completamente averiguado y que ya nadie discute, pero un examen crítico de la moral como “imperativo categórico”, establece, sin embargo, cada vez que se intenta de verdad, ciertas normas de validez universal. La ética de la vida sexual marcha al unísono con el perfeccionamiento del género humano y, como Westermarck lo demuestra, el sentimiento de la vergüenza o del pudor es una cosa completamente secundaria y, en ningún modo, la causa esencial del uso de los vestidos.

Otra vasta región para las investigaciones científicas es la que queda abierta también mediante el estudio de las conexiones existentes entre el amor y las religiones. G. Hermann, cuyo excelente libro hemos citado ya con anterioridad, ha demostrado pormenorizadamente cómo toda mitología y toda religión antiguas se desarrollaron siempre sobre fundamentos sexuales y cómo hasta los ritos de las confesiones más modernas siguen subsistiendo sobre la base de un sustratum de festividades y misterios carnales creados por los pueblos primitivos.

Según Hermann, incluso puede afirmarse que todas las religiones o mejor dicho, todos los confesionalismos ejercieron influencia sobre la vida sexual en una forma extraordinariamente funesta. Basta representarse simplemente el misticismo religioso, acompañado de éxtasis y desarreglos psíquicos, el culto de “la Iglesia de Satán”, la “Misa Negra”, etc., etc., para dar la razón en este punto a G. Hermann. Al degenerar en confesionalismo, las religiones monoteístas no superaron moralmente a las pagánicas y, repúgnenos o no su gran crudeza verbal, hay mucho de exacto en aquel aforismo de Nietzsche: “la religión puso veneno en el amor; no murió, y degeneró en vicio”. Forzoso es reconocer que la mayor parte de las epidemias eróticas tienen un subfondo religioso.

La prueba de que los fenómenos del amor se hayan revestido en diferentes pueblos bajo formas nacionales nos ha sido demostrada por la etnología. El amor, entre los rusos, es distinto que entre los franceses; y lo es igualmente entre los griegos y los hijos de Bohemia. Esta diferencia etnológica encontró una sorprendente expresión objetiva en el lenguaje, en el cual, como es sabido, los matices más sutiles de los sentimientos amorosos y sexuales se revisten con vocablos apropiados según los diversos grupos humanos. C. Abel en su “L'idée de l'amour dans quelques langues anciennes et modernes”, fue el primero en realizar un examen del

amor a través de la lingüística, refiriendo sus observaciones al latín, inglés, hebreo y ruso.

El amor nos arrastra a la poesía. Y por eso las obras literarias ofrecen una amplia comarca de investigación histórica al oteador de ese sentimiento humano y le suministran, al mismo tiempo, los adecuados materiales para la edificación de una verdadera *psicología del amor*. La literatura universal, nos brinda, al decir de Stein, la materia prima más delicada, la tierna arcilla que sólo espera las manos moldeadoras de auténticos escultores para entregarles sus secretos. Quedan todavía en ella verdaderos tesoros científicos por descubrir. Hornero y la Biblia, los libros védicos y los Upanichadas guardan las fieles imágenes de todo lo que el amor representó en cada pueblo y en cada época.

La vida sexual está influida, finalmente, por el progreso material de un período determinado de la historia. La guerra y la paz, la vida de la ciudad y el idilio campestre, la manera de vestir y de alimentarse, tan diferentes según las épocas y los lugares, todo eso ejerce el más grande dominio sobre las relaciones amorosas entre el hombre y la mujer.

Tal se nos aparece, en síntesis, el amor como fenómeno histórico. Infinitamente rico en sus matices; mudable y aleatorio, pero siempre sometido a una ley constante y noble que deja entrever una significación mucho más elevada de Eros que la que el simple contacto físico pone brutalmente ante nuestros ojos.

3. EL AMOR COMO PROBLEMA METAFÍSICO

A evidencia de que el amor humano juega un papel de una eminentemente importancia en la vida social y familiar podría ser demostrada por el hecho de que ese profundo sentimiento haya engendrado y continúe engendrando todavía el más alto éxtasis poético en todos los pueblos de la tierra. En virtud de esa enajenación poética, el hombre idealiza a la mujer hasta convertirla en inasible sueño metafísico para no buscar en ella la carnalidad del amor o aun su real imagen, sino la esencia divina que en el propio amor se esconde. Así lo expresa don César en “La Novia de Mesina” cuando dice:

*“No el encanto gracioso de su sonrisa,
no los atractivos que asoman a su rostro,
sino su ser íntimo, su misteriosa esencia
es la que me martiriza con violencia santa”.*

¿Qué es pues, esta vida “íntima y misteriosa”? ¿Cuál es el auténtico sentido, la meta fundamental del amor?

Dos célebres filósofos, Arthur Schopenhauer y Eduardo Hartmann, expresaron, a propósito de él, el mismo juicio metafísico, un juicio que cobró en su época el más dilatado eco y que encontró también, como es lógico, muchos partidarios y detractores. Schopenhauer situó la trascendencia del amor en el *cumplimiento de las intenciones de la especie* para prolongarse a sí misma en el curso infinito de las generaciones. “Todas las intrigas amorosas de la generación actual —dice Schopenhauer— constituyen, por consiguiente, en su conjunto, la grave *meditatio compositionis generationis futurae, e qua itetum pendent innumerae generationes*. (La grave meditación sobre la composición de la generación futura, de la cual dependen, igualmente, las generaciones que subsiguen).

Por efecto de esto, la intención de la especie, manifestada bajo la forma del amor sexual, se trueca en una finalidad personal de los mismos individuos y se les representa, en consecuencia, como la suprema felicidad, como el acto más decisivo de sus deseos ardientes y sublimes, de los sentimientos y los transportes más elevados; la ven como el tema inagotable de toda poesía lírica, épica y dramática; como la finalidad de la comedia e incluso de la tragedia. Eros desempeña pasionalmente su papel lo mismo sobre el hombre de la calle que sobre aquel que se aloja en los reales palacios. Y el hecho de que los amantes tomen “el cumplimiento de la intención de la especie” como el punto culminante de su felicidad personal es precisamente lo que constituye su trágica ilusión y su ceguera. Ceguera e ilusión que ya fue reciamente interpretada por los griegos con su sentido fatalista de la vida. Para el griego, el hombre, al abandonarse a la voluptuosidad, comete una grave falta que el individuo engendrado deberá expiar y pagar con sufrimientos y aún con la misma muerte. La vida de un hombre, con sus infinitas penas, sus deseos y sus dolores innumerables puede ser considerada como la explicación y la paráfrasis del acto de la fecundación. “¡Qué duro y acariciante es Eros como expresión del deseo de vivir! Busca el bienestar, la alegría plácida y la dulce voluptuosidad para sí, para los otros y para todos. De esta manera seduce y

lisonjea para deslizarse por la vida. Pero, tan pronto como está instalado en el interior del corazón, el tormento atrae el crimen y el crimen engendra el tormento”. Tal es el tema de Esquilo.

La ilusión, el descontento y la desesperación que el amor trae consigo fueron ya magníficamente descritos por Eduardo Hartmann en su “Filosofía del Inconsciente”. He aquí sus conclusiones: “Para cualquiera que haya comprendido el resultado ilusorio de la felicidad del amor después del amor carnal, e incluso antes de la unión..., para éste, en el fondo de su conciencia, el fenómeno del amor no oculta nada de saludable, ya que su razón se revuelve contra el derecho de unos fines que no son los suyos propios; para ese hombre, el placer que procura el amor queda borrado y anulado, y solamente el dolor que le acompaña sigue subsistiendo intacto en su conciencia”.

Ahora bien; quien, como nosotros, conciba la idea del amor con un sentido evolutivo, rechazará semejante metafísica de la vida sexual. Puede admitirse que el lado puramente físico del amor traiga consigo más penalidades que placeres y hasta que nos haga acariiciar sublimes esperanzas que luego se desvanecen cual la espuma. Pero es que el amor físico no representa otra cosa que el comienzo más remoto de un desarrollo evolutivo, cuya meta promete, precisamente, al individuo la suprema beatitud. El amor físico no es más que un puente provisional para llegar a la otra ribera del amor, tal como el divino Platón lo comprendía. El fin metafísico del amor se endereza a poseer la libertad absoluta por medio del conocimiento. “Y Adán conoció a Eva” es una profunda frase que nos recuerda la Biblia.

La dialéctica de Platón y de Hegel dilucidó certeramente esta verdad, y Wigand, en su “La vraie signification de l’amour platonique”, hace notar con mucho tino que el amor platónico no se opone en modo alguno al amor natural o físico. Aquel amor tan decantado simboliza la suprema aspiración hacia lo bello, es la escala y la guía verdadera hacia el positivo amor, no sólo humano, sino hacia todas las bellezas que se esconden en el arte y en la ciencia, para llegar, de grado en grado, a la zona de lo Absoluto.

Aun se nos esclarece todo esto con una luz más brillante cuando aprehendemos en su sentido exacto la genialidad de las palabras, eternas e imperecederas, que la divina Diotima pronuncia en “El Banquete”, de Platón. “Esta es —dice— la verdadera manera de acercarse al amor o de dejarse conducir hasta él por otro. Comenzando por el amor hacia un bello objeto aislado, como es el

hombre, nos elevamos más y más hasta obtener otra meta más sublime y así, en progresión ascendente, desde la unidad hasta la dualidad y desde lo doble a la contemplación de todas las bellas formas, y desde las bellas formas a las bellas costumbres y a las bellas acciones; y de las bellas acciones a los hermosos conocimientos; hasta que, finalmente, acabamos por amar el conocimiento en sí y la *esencia de toda pura belleza*. Únicamente por ascender hasta ese punto de la vida, querido Sócrates, la existencia merece ser vivida por el hombre, pues hay que admitir que existe un lugar desde el cual *la Belleza se contempla y recrea en sí misma*".

Tal es el verdadero sentido del amor platónico que, como se ve, no se opone al amor sexual, sino que procede de él y desde él asciende a formas más altas, marcando la íntima unión que existe entre el acto de la reproducción física y el de la creación artística o intelectual.

La meta última del amor está situada en el terreno de lo Absoluto. Y, como si así lo presintiera, Schopenhauer dice en sus "Parénesis y Máximas": "allí donde buscamos regocijos, felicidad momentánea, placeres, frecuentemente encontramos premios de categoría bien distinta: instrucción, conocimientos, juicios, es decir: bienes duraderos y auténticos en lugar de un falso bien efímero".

Por misterioso que parezca a primera vista el amor platónico, se nos aclara con una luminosidad deslumbradora también mediante el método dialéctico de Hegel, de aquel "filósofo universal", como le llama Michelet. Para Hegel, el amor tiene un sentido evolucionista, ya que la vida lleva oculta, en sí misma, un problema que no halla ni puede hallar su solución exclusivamente en las funciones vitales.

Podría llamarse a todo esto, si se quiere, la tragedia del mundo psíquico. Pero es que, así como en el mundo físico o material no caben reglas o leyes absolutas, tampoco caben finalidades absolutas en el mundo intelectual. Actualmente, las nociones *engendrar* y *conocer* se nos representan como eslabones de una cadena de analogías y de afinidades tal como Platón las había ya entrevisto al anunciar por boca de Sócrates que "conocer es engendrar". El Eros filosófico es el blanco hacia el que tiende el Eros psíquico. Y nuestra verdadera actividad la constituye el pensamiento creador. Es el genio de la especie que se desata así de sus ligaduras y alcanza la libertad a medida que nosotros mismos nos emancipamos de todas nuestras aspiraciones individuales y sensuales.

El amor sensual y físico es, en consecuencia, el eslabón primero de la cadena evolutiva que conduce al Conocimiento, a la Idea, a lo Absoluto. Mas la ciencia pura tampoco puede ni podrá prescindir del sentimiento. Y, en cuanto al mismo amor en sí, nada hay en él de oscuro, nada de vano o de quimérico; no es una neblina engañadora. Su comienzo y su final están condicionados por el Logos.

CAPÍTULO I

El siglo del Marqués de Sade

EL marqués de Sade, a cuya vida y obras vamos a referirnos en el presente capítulo, fue, bajo todos los aspectos, un hijo de su propio siglo: del dieciocho. Pero, al mismo tiempo, era un francés. Al disponernos a publicar la primera obra científica sobre este hombre singular, cuyo renombre, para bien o para mal, ha llenado el mundo entero, tenemos que confesar que presupondría vano empeño tratar de entenderle y comprenderle en toda su dimensión si no se le estudia y se le explica como un producto de su época y también como un hijo de la Francia del siglo revolucionario por excelencia.

Los moralistas han pronunciado ya su juicio condenatorio contra Sade. Pero tal condena, refrendada incluso hasta por eminentes psiquiatras y neurólogos, debe quedar en suspenso y ser sometida a revisión en tanto que no se aporten ante un competente y severo tribunal todas las pruebas que fueron omitidas al formular aquel juicio y mientras no se exploren, también, las circunstancias externas que hicieron posible a Sade y se reconstruya el medio donde aquél se formó, se desarrolló y desplegó su actividad.

Achelis decía bien cuando afirmaba que “el relato de una vida o de unos hechos nunca será comprensible, a menos que a esa vida y a esos hechos se los instale en el exacto marco temporal en que tuvieron lugar”. La vida humana es siempre un reflejo de su época.

Por eso, nuestro propósito inmediato se cifra en el anhelo de buscar en los capítulos siguientes los hilos que ligan el espíritu subjetivo del marqués de Sade con el espíritu objetivo de su época. En

este aspecto, cabe apuntar por delante, que Sade representa, al mismo tiempo el “ancien régime” francés y la Revolución, los años de esplendor y decadencia que marcan el reinado de Luis XV y aquellos del Terror y de la sangre que comienzan con el asalto a la Bastilla.

Sus dos principales y malfamadas obras literarias son —no puede desconocerse este hecho— un producto de la Gran Revolución francesa. En las páginas que subsiguen, tendremos que examinar, por consiguiente, lo que Sade ha recibido de su época, a fin de saber lo que él le ha dado a ella por su parte. No repetiremos aquí, sin embargo, hechos sobradamente conocidos acerca de lo que fue aquel cataclismo social que acabó con la realeza francesa y con los odiosos privilegios de los nobles; queremos simplemente *explicar* las obras del marqués de Sade y aún la propia vida del marqués mediante el examen lento del tiempo en que le cupo vivir, así como el de las características singulares que, en el aspecto político, social e individual, ofreció el célebre “dix-huitième”.

1. CARÁCTER GENERAL DEL SIGLO XVIII EN FRANCIA

EN su novela “Justina”, Sade llama al siglo dieciocho “el siglo absolutamente corrompido” y hace decir, por añadidura, a Noirceuil, “que corre grave peligro quien pretenda ser virtuoso en siglo tan enfangado como aquél”. Por consiguiente, la convicción de que esa época estaba completamente corrupta se imponía, en primer término, al espíritu de Sade como se impuso a la conciencia de otros hombres de más alta envergadura intelectual.

Hegel encontró términos todavía más exactos para calificar todos los acontecimientos franceses de aquel tiempo. Dice en su “Filosofía de la Historia”: “la situación general de Francia podría representarse como un agregado informe de privilegios, como un régimen despojado de todo idealismo y contrario a toda razón; como un Estado en el que triunfaba la insensatez y en el que, a la depravación de las costumbres, había que añadir la depravación espiritual”.

¿Y qué otra cosa que la síntesis de esa doble depravación o el espejo donde esa época de las iniquidades se refleja son las obras del marqués de Sade?

El “dix-huitième” pertenece a esas “edades frívolas” que un eminente discípulo de Hegel, Kuno Fischer, ha caracterizado exactamente. Épocas frívolas —dice— son aquellas que corresponden a un período de manifiesta decadencia, de descomposición política y social y que están condenadas a morir, generalmente con una muerte violenta, a fin de que, de sus escombros y cenizas, surja una nueva vida más pujante.

Por su parte, Fichte también acertó a describir esas épocas de la frivolidad con rigurosa exactitud. “En esas épocas —escribe Fichte— los pueblos parecen sacados de sus verdaderos objetivos y adquieren un aire de avejentamiento y de impotencia, aunque, detrás, se columbre una naciente aurora. Se conoce —continúa— que una época ha agotado completamente su vitalidad en que no queda ni un solo simulacro de su vida moral y en que la misma vida material reclama estímulos artificiales para ser impulsada a la acción, ya que su energía interior, aquella que se producía por sí misma en sus vigorosos períodos juveniles, ha desaparecido por completo. La vida, durante esas épocas, disfraza su fatiga con desfrenos y bullicios. Todo aparece en ellas desnaturalizado, exento de seriedad y trascendencia. Por doquier, priman la prosa y el egoísmo, la impotencia, la liviandad y la alegría forzada”.

La era de los Césares romanos, la de los Papas del Renacimiento y la de la Monarquía de Francia en las vísperas de la Revolución son épocas semejantes a las descritas por Fichte más atrás. El placer a todo evento, el goce por el goce mismo; tal fue, efectivamente, el santo y seña del siglo dieciocho en Francia.

Pero aquel que quiere gozar a cualquier precio, tiene un nombre: el *egoísta*. Y jamás el egoísmo llegó en Francia a culminaciones tan insensatas como durante el “ancien régime” y aun durante la Revolución. El ministro Saint Fond, perfecto paradigma de un ministro de Luis XV, se deja decir en “Julieta”: “bien loco será el hombre de Estado que no haga pagar al Estado sus placeres. ¿Y qué nos importa la miseria del pueblo, con tal de que nuestras pasiones queden satisfechas? Si yo creyese que el oro puede brotar de las venas de la plebe, haría sangrar a todos los ciudadanos, uno detrás de otro, para hartarme de su preciosa substancia”.

Sade explica que esa frase caracteriza al “ancien régime” y tal vez esté en lo cierto. Pero si antes de la Revolución una clase de egoísmo tan repugnante como esa no se había manifestado más que en las clases reinantes, entre la nobleza y el clero, durante la Re-

volución descendió e infectó todas las clases sociales, hasta las más humildes.

Adolphe Schmidt, que tomó el material para sus descripciones de la época revolucionaria francesa de auténticos documentos contemporáneos, no se expresa mejor que el ministro Saint Fond en la novela de Sade: “estalló por todas partes —dice— un egoísmo exacerbado; el amor de sí mismo y la avaricia se desataron, no tan sólo en las altas esferas de la sociedad, sino que se infiltraron, igualmente, en todas las clases populares y principalmente entre las de los campesinos, quienes acabaron por esparcirlos de frontera a frontera en razón de su simple número. Los sentimientos de egoísmo y de avaricia dominaron a aquellos hombres a tal punto, que todos los demás, incluidos el patriotismo y la filantropía, quedaron esfumados por completo. El corazón se sobrecoge de asombro y de horror viendo hasta qué grado, durante la Revolución y en medio de las más brillantes jornadas a favor de la Libertad, de la Igualdad y la Fraternidad, de los Derechos del Hombre y del pretendido “amor al género humano”, todos esos ideales se trocaron en jolgorio y en una persecución tan descarada cual sañuda de cuanto estaba incluido en tan hermosas palabras. Todo era cálculo frío por aprovechar las circunstancias y para la rapaz especulación sobre las desgracias del Estado y la miseria del prójimo. El vecino trataba de engañar al vecino; el amigo al amigo y nadie luchaba por otra cosa que por pescar a río revuelto, buscando su propia prosperidad, enriquecerse y elevarse por sobre la desgracia de los otros” (1).

El famoso Mercier, cicerone de Schopenhauer durante su permanencia en París, no se expresa de otro modo al referirse “a aquel siglo del egoísmo consumado”.

Vamos, pues, a estudiar someramente ese egoísmo en sus más variadas formas, ese rasgo esencial y general que informó y caracterizó toda la vida del siglo dieciocho francés.

Es sabido que el egoísmo suscita la avidez del placer y que éste encuentra su máxima satisfacción en la sensualidad de tipo sexual. El “dix-huitième” fue, por lo mismo, el *siglo de la concupiscencia erigida en norma y en sistema*. Moreau distingue tres etapas fuertemente acusadas por sus extravíos sexuales en la Historia de Europa. La primera es la del Imperio Romano en su período de declinación; la segunda comprende las grandes epidemias de “neuro-

(1) Adolphe Schmidt: “La Situation á Paris pendant l'époque révolutionnaire”

patía general” registradas en la Edad Media, que dieron lugar a la creencia en ícubos y súcubos o que se manifestaron en el culto de la presunta “Iglesia de Satán” con sus horribles monstruosidades sexuales; y la tercera en el siglo dieciocho, bajo la Regencia.

“¡Voluptuosidad!” Era la palabra obligada del lúbrico “dix-huitième” al decir de los mejores conocedores de aquel tiempo: de Edmond y Jules de Goncourt en su “La Femme au dix-huitième siècle”. “La voluptuosidad constituía el gran secreto de ese siglo, su encanto, su propio espíritu. Se respiraba en él la voluptuosidad y la voluptuosidad se desprendía de él como una fruta madura. Era su atmósfera y su aliento. Era su musa y su inspiración, su vida y su genio. La voluptuosidad circulaba por el corazón de ese siglo, por sus venas, por su cerebro. Ponía acentos de malicia en todos sus gustos, en sus hábitos, en sus costumbres y en sus obras. Surgía de la boca de aquel tiempo y de su mano, ascendía desde sus ínfimos subfondos y se dilataba en torno suyo; revolaba sobre Francia, la poseía, era su hada madrina, la dictadora de sus modas, de su estilo, de sus artes; y nada queda de aquel tiempo; nada sobrevive de aquel siglo de la mujer que no haya sido gestado por la voluptuosidad, que no haya sido por ella tocado, conservado como una reliquia de gracia inmortal en el perfume del placer”.

Pero lo que distingue en Francia al siglo XVIII de todos los demás y lo que no ha existido en este aspecto ni antes ni después de aquella época, es la *sistematización* del amor carnal. El siglo dieciocho se reservó los derechos de redactar, precisamente para sí mismo, un código de inmoralidad. Toda la existencia gira en torno del acto sexual. Ciencia, artes, modas, conversaciones, gastronomía, todo aparece como penetrado por el letal aliento del amor puramente físico; un aliento que se expande como un infecto perfume y que paraliza toda energía intelectual. Y cuando ésta resurge bajo los chispazos de la gran Revolución, gloriosa e imperecedera, que engendró la nueva época, todavía ese aliento pestilente quedará adherido a ella; todavía la atrajo de nuevo hacia la tierra y la esclavizó por largo tiempo, trocando su energía juvenil en crueldades feroces y en una sed insaciable de sangre. La voluptuosidad del “dix-huitième”, tan magistralmente evocada por los hermanos Goncourt, jugó un inmenso papel en las jornadas de septiembre del año noventa y tres.

2. LA FILOSOFIA

EL espíritu de una época se manifiesta con la máxima claridad y, también, con la máxima exactitud en su filosofía. Por eso, la filosofía francesa del siglo XVIII fue, por así decirlo, la expresión sistematizada del egoísmo, de la avidez de placeres y de la sexualidad de ese tiempo. Toda ella está impregnada de un aliento enteramente *sensual y materialista*.

Sade hace decir a la Dubois con toda dureza: “el combustible de la antorcha de la Filosofía es estiércol”. Y, sin embargo, Sade es un filósofo a su modo y la Filosofía desempeña un importante papel en sus obras literarias. Muchas de ellas están llenas de discursos filosóficos que analizaremos en un capítulo ulterior. Pero el marqués procede con escaso eclecticismo, y todavía con menor sentido crítico. Cita, por ejemplo, mezclándolos entre sí, a Spinoza, Vanini y Holbach y, hoja seguida, a Buffon, quien había tratado de atenuar, como se sabe, el escandaloso materialismo de su tiempo. Los nombres de Voltaire y de Montesquieu no podían faltar naturalmente en las páginas de Sade, aunque para éste, Montesquieu no sea más “que un filósofo a medias”.

La influencia más profunda ejercida sobre Sade parece haber sido la de La Mettrie. Por lo menos, las ideas filosóficas expuestas por el marqués —si puede llamarse así a aquel revuelto pot-pourri— revelan infinitos puntos de contacto con los pensamientos expresados por el autor antes citado. Ambos buscan la legitimación y la glorificación de los amores carnales por medio de sus discursos.

Por aquel tiempo, ya Voltaire y Montesquieu habían dado a conocer los principios filosóficos de Locke en Francia y, por otra parte, el escepticismo de Pierre Bayle había señalado a la Filosofía como opuesta a la fe cristiana y aún como doctrina más elevada y próxima a la Verdad. Mientras que entre los filósofos ingleses —así como en Voltaire y en Montesquieu— las opiniones francamente sensualistas no fueron desarrolladas más que teóricamente, el sensualismo no alcanzó a manifestarse sino como una doctrina meramente científica; pero bien pronto se aunaron varios esfuerzos para introducir el sensualismo —y su consecuencia directa: el materialismo— en el peligroso terreno de la práctica. Según aquella filosofía sensualista, el acto de conocer es una función de los

sentidos. El fundamento de toda moral consiste, por consiguiente, en el propio bienestar, en el egoísmo. Nada hay de eterno más que el movimiento, que produce por sí mismo todas las cosas y que no tiene necesidad de contar con un Creador. El libre albedrío y la inmortalidad del alma, así como la idea de Dios, no son más que simples utopías. La materia es la sola cosa cierta. El alma no existe. El ateísmo es la sola religión que encuentra satisfacciones en la adoración de la naturaleza, en una vida feliz y en los regocijos psíquicos.

De todos estos teoremas formulados por La Mettrie y Holbach se seguía lo que precisamente caracteriza la vida del siglo dieciocho en Francia: su oposición a la Iglesia y a la Religión, y su partidismo declarado en favor del individualismo a todo evento. Jamás filosofía alguna fue llevada a la práctica con una energía semejante a la que empleó el siglo dieciocho para aplicarla a todas las condiciones de la vida, con el designio consciente de transformarla de raíz. La Revolución francesa fue, antes que nada, la obra de los filósofos. Esto ha sido reconocido unánimemente, hace mucho tiempo ya, para que haya que insistir sobre ello.

Por eso Barruel, fanático defensor del viejo régimen, del carcomido “ancien régime”, decía en su “Histoire du Clergé pendant la Révolution Française” que “esta Revolución había sido preparada en Francia por hombres que, bajo el nombre de filósofos, parecían haberse reservado la misión de derrocar, los unos, el trono, y los otros el altar”.

Hubo, en efecto, filósofos que se ocuparon de política y de religión. El principal representante de la filosofía política fue Mirabeau, el ardoroso y crepitante abogado del Tercer Estado. Y él fue también el autor de la famosa sentencia: “Si queréis una revolución, comenzad por descatolizar a Francia”.

Hasta qué punto había penetrado en la conciencia del pueblo el ateísmo de los La Mettrie y los Holbach se revela por el siguiente caso, referido por Dutard: tres sacerdotes regresaban de cumplir una lúgubre misión. El que marchaba delante golpeó con una cruz de plata a un cargador que marchaba junto a su compañero de trabajo.

—¡Voto a tal —gritó el que había recibido el casual golpe—, lárgate de aquí con tu cruz!

—¡Cállate —le dijo su compañero—; estás delante del buen Dios!

—¡Bah, el buen Dios! —replicó el otro—; ya no hay buen Dios!

Se comenzó, pues, a realizar en el peligroso terreno de lo real lo que, entre otros, predicaba el marqués de Sade sin descanso en sus escritos, es decir: a suprimir la detestada religión. Durante las sesiones de la Convención del 17 de noviembre de 1793, Cloots aseguró que la religión constituía el más grande obstáculo para la felicidad humana y sostuvo que no hay otros dioses que los de la Naturaleza, ni otro maestro que la propia humanidad. El dios popular: la Razón, debería unificar a todos los hombres.

El 7 de noviembre de 1793, el arzobispo Gobel abjuró sus creencias religiosas solemnemente en el seno de la Convención, y en compañía de un grupo de sacerdotes sometidos a su cayado espiritual, renegó del culto católico y del cristianismo. Dos sacerdotes que eran miembros de la Convención siguieron inmediatamente su ejemplo.

El 10 de noviembre, en la iglesia de Notre-Dame quedó, como se sabe, inaugurado el singular culto de la diosa Razón. La Razón estaba representada por una mujer joven y bella, a la que el Presidente de la Convención abrazó y dio un beso fraternal. “Así fue —dice Schmidt— cómo la razón abstracta se personificó en una diosa material, cómo esta diosa fue degradada hasta el nivel de una hembra callejera y cómo la divinidad indivisible se tradujo en una pluralidad de diosas o de mujeres divinas”.

Se ve así, por consiguiente, que el ateísmo total —que en Sade tomaría bien pronto un aspecto desvergonzado— no era algo exclusivo de este autor. Sade, simplemente, se puso a tono con su época. Era lo que entonces se llevaba. Y él pretendía andar a la moda.

Pero, a poco que extrememos el análisis, se comprenderá, sin esfuerzo, que todos estos hechos y gestos ateos tenían únicamente por origen y por meta los placeres sexuales; esos placeres que, durante la Revolución, adquirieron dimensiones verdaderamente escandalosas. La Razón, cuyo culto se inauguró por aquellos días, y que, teóricamente representaba a la Filosofía, los había venido glorificando desde mucho tiempo atrás. Sade cita a este respecto el libro de La Mettrie “*Sur la Volupté*”, interpretando ese título como “el arte de gozar”.

La Mettrie explicaba en él las reglas que deberían adoptarse para la obtención de los grandes placeres que procura el amor físico y que, para él, constituían, por supuesto, todo lo que hay de mejor y más deseable en el planeta. “La satisfacción de todos los caprichos de la imaginación debe ser sagrada”, establecía por anticipado La Mettrie.

La filosofía, puesta al servicio del movimiento intelectual de aquella época, luchó por la libertad política, religiosa y moral. Y, consecuentemente, dirigía sus tiros contra el Estado, la Iglesia y las costumbres. Con todos esos elementos, el marqués de Sade se construyó una formidable catapulta con la cual lanzaría los pedruscos más violentos y pesados contra aquellos mismos blancos.

Por eso se nos hace indispensable pasar una breve revista al Estado, a la Iglesia, a la Literatura y aun a la vida pública de aquel tiempo a fin de otear en qué forma y en qué grado pudieron todas esas instituciones influir en la conciencia de Sade y también en sus obras literarias.

3. LA REALEZA

LA juventud del marqués de Sade correspondió al reinado de Luis XV; su edad viril al de Luis XVI. Cuando murió “el rey más depravado que Francia ha sufrido”, Luis XV, en 1774, Sade tenía 34 años. Pasaremos en silencio, por considerarlos hechos ampliamente conocidos y de escasa importancia para nuestro tema, todo lo que se refiere a aquella administración de los soberanos de Francia durante el libertino “dix-huitième”; aquella conmoción que comenzó con la gran crisis financiera provocada por Law bajo la Regencia, que condujo, bajo Luis XV, a la pérdida de las principales colonias y, finalmente, bajo Luis XVI, a la Revolución. Igualmente silenciaremos el sistema de odiosas prerrogativas imperantes en favor de la nobleza y el clero. Pero no podemos callar ya el hecho de que aquel ejemplo dado por los monarcas franceses en el siglo XVIII ejerció la influencia más perniciosa que pudiera concebirse sobre la sociedad del “ancien régime”, convertida ya de por sí al más franco y acabado materialismo.

La época de la Regencia había ya puesto en boga el epíteto y el tipo del “vividor”; tipo y epíteto que se convertirían, después, en visible paradigma para el siglo entero. ¿Y cómo podría ser de otro modo si el “vividor” por excelencia era el propio Rey Luis XV, famoso por el número de sus amantes y por sus sonadas bacanales en el *Parque de los Ciervos*?

El gobierno de las “maitresses” bajo Luis XV ha encontrado en los hermanos Goncourt —a cuyas obras literarias remitimos al lector— descripciones que no podrían ser sobrepujados. Y por ellos es sabido —si otros, entre ellos Moreau, no ratificaran sus palabras— que la vida de este rey fue “una lujuria continuada”. Sus amantes, a pesar de ser tantas y tan frecuentemente sustituidas, no le resultaron, empero, a Luis XV suficientes. En su famoso Parque de los Ciervos, Luis XV supo crear el modelo perfecto de todos esos burdeles secretos de París que desempeñan tan importante papel en las obras del marqués de Sade. ¡Imagínese: un rey sosteniendo un burdel para sí mismo, para su uso particular!... Todas las diatribas de Sade contra la realeza estarían justificadas plenamente por sólo este simple hecho.

Existe un libro sobre el Parque de los Ciervos: “Le Parc-aux-Cerfs ou l’origine de l’affreux déficit”, que resulta altamente ilustrativo respecto de lo que fue la vida desenfrenada de Luis XV. Dicho parque había sido instalado hacia 1750 en Versalles, exclusivamente para el rey, por la marquesa de Pompadour, una de sus “amigas” más notorias, con la idea de procurarle un nuevo género de placeres extenuantes y continuos a fin de seguir manejando ella misma, entretanto, los asuntos estatales. La directora del regio lupanar era una tal Bertrand, y el proveedor de la constantemente renovada mercancía femenina —bella y juvenil, por supuesto— se llamaba Lebel.

Al principio, parece que no hubo más que tandas de dos o tres bellas pupilas en aquella mansión regia. Pero, tan pronto como murió la Pompadour, se vio ciertamente muy poblada. Las pupilas encargadas de “agradar” al soberano aumentaron a docenas.

Hay, sin embargo, otra versión, según la cual, madame de Pompadour, que ostentaba el extraordinario título de “inspectora en Jefe de los placeres de Su Majestad”, habría reclutado ya por todo el reino nuevas y desconocidas bellezas con el fin de tener bien abastecido el serrallo donde ejercía un dominio absoluto.

Como sea, el “Parque de los Ciervos”, aquella trampa habilísima tendida a la inocencia y a la ingenuidad, vino a convertirse en el modelo perfecto de la corrupción de las costumbres, de todos los descarríos y de todas las prácticas viciosas que eran capaces de imaginar sus infames administradores y usufructuarios. Aun prescindiendo de la nefasta influencia que un establecimiento como aquél ejerciera sobre la moralidad pública, bastaría tener en cuenta las sumas enormes que costaba al Estado para que algunas con-

ciencias rectilíneas sintieran el asombro y el horror. ¿Quién podría, en efecto, calcular los gastos ocasionados por aquella legión de tratantes de blancas y Celestinas que vivían en perpetuo movimiento para descubrir por todas las cuatro puntas del reino las bellezas femeninas más delicadas y exquisitas, de transportarlas a su lugar de destino, de vestir las y adornarlas convenientemente, de equiparlas, perfumarlas y trocarlas en hadas seductoras mediante procedimientos refinados? Se ha supuesto que algunas de aquellas mujeres destinadas al insaciable apetito de Luis XV costaron al tesoro público un millón de libras. “Entrando únicamente dos en turno por semana —asevera un autor—, llegarían a ser mil en diez años y, en ese caso, los gastos se habrían elevado a mil millones”.

Eso, sin contar los niños nacidos en el “Parque de los Ciervos”, aunque, a la verdad, éstos hayan ocasionado menos dispendios. Por consiguiente, se le podría dar la razón en cierto modo al autor apuntado más arriba cuando asevera que el “Parque de los Ciervos fue la causa principal del desastre financiero de Luis XV”.

Una multitud de murmuraciones, que no parecen en forma alguna exageradas, circularon ya por entonces a propósito de las orgías organizadas en aquel regio burdel, donde, según refiere el galante aventurero Casanova en sus “Memorias”, sólo tenían entrada las damas que habían sido presentadas a la Corte.

De acuerdo con otro autor alemán, bien digno de fe por cierto, “las Saturnales de los Romanos durante el período de los Césares, las horribles lupercales de Tiberio, Calígula, Nerón, Agripina, Messalina, Locusta y demás monstruos humanos” no fueron más que simples sombras de las que se realizaron en el “Parque de los Ciervos”. La ebriedad se aliaba allí con el juego; las especias, el vino y los licores corrían parejas con los perfumes, con las *vistas* proyectadas mediante el uso de linternas mágicas, con la música y toda suerte de diversiones bestiales. Y este autor hace tomar parte en ellas, desde luego, al marqués de Sade.

Lo que Moreau cuenta al referirse al “Journal de Barbier” acerca de la singular combinación de las prácticas religiosas con las lascivas que en el “Parque de los Ciervos” imperaba, y en las cuales desempeñaba un gran papel el propio Luis XV, es auténtico. “Cada vez que Luis XV va a pasar la noche en el “Parque de los Ciervos” —cuenta Moreau— no solamente cumple sus deberes religiosos con devota furia, sino que no tolera que las jóvenes sacerdotisas del otro culto falten a las exigencias de la fe cristiana. Encerrado en el camerino de una cualquiera de sus favoritas, Luis obliga a

su juvenil amiguita a desnudarse detrás de las cortinas, mientras él mismo se despoja de sus regias vestimentas. Hinojándose, luego, sobre el tapiz, el rey ordena a su gentil alumna imitarle y, desembarazados así de todo lo que constituyen las externas pompas y vanidades de este mundo, se ponen a salmodiar las preces del día, humedeciéndose la frente con agua bendita, extraída de un pila de fino cristal que se halla en la cabecera de la cama. Una vez acabadas las oraciones y asperjado con la misma agua el seno de la muchacha, la pareja se levanta, se cuele bajo las sábanas, se corren los cortinajes y los nombres del Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos son invocados insistentemente por el rey hasta tanto que el rito amoroso le hace adoptar otro vocabulario bien distinto”.

Luis XV tenía también a su servicio —cosa única en su género— un empleado especial para la administración de sus orgías. Se llamaba La Ferté y el singular título oficial que ostentaba era el de “Intendente de los caprichos reales”.

Son bien conocidas las circunstancias en que Luis XVI suprimió ese cargo monstruoso apenas ascendió al trono. El jueves 19 de mayo de 1774, nueve días después de la muerte de su predecesor, Luis XVI se paseaba con la reina y los príncipes por el bosque de Bolonia, cuando M. de la Ferté se presentó ante él. El monarca le examinó de arriba abajo y, guiñando un ojo, le preguntó:

—¿Quién sois?

—Sire, me llamo La Ferté.

—¿Y qué deseáis de mí?

—Sire, vengo a ponerme a vuestras órdenes.

—¿Para qué?

—Soy el Intendente de los “*menus-plaisir*” de la Corte.

—¿Qué quiere decir eso?

—Sire... se trata de los caprichos de Vuestra Majestad.

—Mis... caprichos consisten, como lo veis, en pasearme a pie por el parque. No os necesito.

Y, sin más, el Rey le volvió las espaldas alejándose en compañía de sus familiares (1).

Pero al libidinoso Luis XV no le bastaban “sus caprichos personales” ni sus aberraciones sexuales en el “Parque de los Ciervos”. Quería informarse cumplidamente y en detalle de las de aquellos

(1) “Chronique secrète de Paris sous le règne de Louis XVI”, en “Revue Rétrospective” (Tomo III).

que le acompañaban en sus locas saturnales e incluso de las que se celebraban en París entre sus súbditos. Para ello se hacía contar pormenores de todos cuantos incidentes obscenos eran descubiertos por la policía parisiense, todos los picantes detalles de las aventuras escandalosas acaecidas en la capital. Y no eran pocas. P. Manuel, en su “La Police de Paris dévoilé” (tomo II) revela muchos de estos “entretenimientos” del monarca y refiere al mismo tiempo en qué consistían los escándalos amorosos que tanto le divertían.

Luis XVI y su mujer María Antonieta, personalmente, deben ser eximidos de todo reproche de inmoralidad. Pero como, dentro de la Corte de este rey continuó viviéndose aquella vida de “descarados placeres” inaugurada por su predecesor y como el conde de Artois era, efectivamente, un “vividor” de la más baja catadura, las salpicaduras han caído sobre el monarca desgraciado que pagó culpas ajenas en el cadalso y, antes que nada, sobre la reina que, como princesa austríaca, gozaba de muy escasa popularidad. La célebre “historia del collar” fue, como se sabe, estrepitosamente explotada para calumniar a aquella bella mujer. La más mínima imprudencia de María Antonieta, cualquier ligereza cometida por ella fue magnificada y tildada de acción sospechosa por sus calumniadores y enemigos secretos. Todavía cinco años después del advenimiento al trono de Luis XVI, apareció una torpe poesía que, más tarde, sería propalada por medio de numerosas refundiciones y añadidos y cuya primera edición se ha convertido en una rareza bibliográfica. Dicho poema, cuyo título exacto es: “Les amours de Chariot et Toinette”, versa sobre las presuntas relaciones de María Antonieta con su cuñado el de Artois —posteriormente Carlos X— y la reina aparece pintada en aquellos sucios versos como una verdadera Mesalina a quien “el rey impotente no puede satisfacer”.

“Chariot”, conde de Artois, es el cortesano que más intervino personalmente en las orgías organizadas en la capital por las descochadas “maitresses” de aquel tiempo, juntamente con el duque de Orléans, más conocido por el nombre de Felipe Igualdad. El conde de Artois era cliente habitual del Palais-Royal y obligado compañero de farra de todos los “vividores” en todas las correrías nocturnas. En sus “Nuits de Paris”, cuenta Rétif de la Bretonne que existía en el “faubourg” St. Antoine una elegante casa de citas que era frecuentada sobremanera por el duque de Orléans y el conde de Artois. “Allí —agrega— se entregaban a todas las infamias, a esas infamias que luego eran descritas por el marqués de Sade en

su novela “Justina o las Desgracias de la Virtud”. Fue en este lugar también donde se cometieron todas las aberraciones que más tarde pintaría en sus escritos. La fama escandalosa del de Artois estaba tan difundida, que cuando su esposa entró en París en 1755, fue saludada en plena calle por una turba de picaros con una inmundada canción cuyo sentido es bien claro y que prueba al mismo tiempo a qué grado de inmoralidad había llegado el populacho.

Pero todas estas locuras y escandalosas orgías del de Artois y del futuro Felipe igualdad recaían, sin embargo, sobre María Antonieta, tal vez porque era joven y galante y bella o acaso por el contraste que ofrecía con su pesadote esposo.

Sade la llama “la primera ramera de Francia” y no deja pasar una sola coyuntura sin injuriarla, demostrando, además, un irrefrenable odio contra “toda la basura alemana y la casa de los Austria”. Parece como si el marqués, contagiado por el aire revolucionario de la época, quisiera pulverizar y reducir a la nada a “todos los reyes de la tierra que saquean a los pueblos” y de establecer sobre las cenizas reales una república popular y universal.

4. LA NOBLEZA Y EL CLERO

LA nobleza y el clero ocupan un puesto de primera línea en las novelas de Sade. Príncipes, duques, condes, marqueses y caballeros aparecen pintados al lado de los Papas, de los cardenales, obispos, arzobispos y abates, con un aspecto de monstruos eróticos y de ateos. Toda la corrupción del “viejo régimen” desfila allí ante nuestros ojos.

La nobleza y el clero no formaban en Francia, a decir verdad, más que una sola clase, ya que el clero procedía, en su mayor parte, de la nobleza. El primogénito de un gentilhomme era siempre militar; el segundo, sacerdote o fraile, y las hijas que no encontraban con quien casarse, tomaban el velo religioso. La protección a la nobleza por parte del Estado había adquirido dimensiones inauditas en el siglo XVIII. Todos los cargos públicos, prebendas, magistraturas y comisiones militares estaban distribuidos entre la nobleza. “Muchos hijos de nobles —dice L. S. Mercier en su “Tableau de París”— mandaban un regimiento a la edad de dieciocho o veinte años aunque no tuvieran la menor instrucción castrense. Y en ellos

pasan su juventud entre el lujo, los placeres, y siempre al lado de sus complacientes cortesanas”.

Una singular posición social, intermedia entre el clero y la nobleza, era la que ocupaban los abates, hombres anfibios y atildados que en todo se entrometían y que a nadie ni nada representaban, sin embargo. El mismo Mercier refiere que, en el París de aquellos días, pululaban como moscas los abates y otros tonsurados que, sin servir ni a la Iglesia ni al Estado, llevaban una vida completamente ociosa e irregular y que no se ocupaban sino en futilidades, en traer y llevar chismes y, cuando más, en cubrir las formas externas con títulos de preceptores, de poetas o de escritores.

Eran estos individuos los clientes más asiduos de todos los nocturnos establecimientos de diversión, aun cuando en otro tiempo, cada cortesana que denunciara la visita de un abate, recibía cincuenta francos de prima por la valiosa delación.

El célebre gastrónomo Brillat-Savarin, en su “Physiologie du goût”, nos ha dejado una curiosa pintura de lo que era un abate del atildado y vicioso “dix-huitième”. “Cuando una familia noble tiene varios hijos —dice— destina uno de ellos a tomar el hábito. De este modo, obtiene en seguida grandes prebendas que bastan para pagar su educación. Más tarde, se le nombra canónigo, abad u obispo, de acuerdo con sus personales aptitudes para la carrera eclesiástica. Este es el tipo legal, por decirlo así, de los abates. Pero hay muchos, muchísimos falsos abates, jóvenes de la buena sociedad que se hacen pasar por tales sin que lo sean, desde luego. La cosa es ciertamente bien sencilla. Basta un ligero cambio en la indumentaria, adoptar un aire de benefactor, dárseles de erudito o de poeta y, con ello, se pasa a ser uno de tantos, uno cualquiera de los auténticos, y se tienen en seguida amigos, amantes y anfitriones, ya que cada casa elegante se considera muy honrada con sentar uno de estos abates a su mesa”.

Los abates —ya fuesen físicamente gordos o flacos, altos o bajos— vestíanse con pulcritud y se mostraban dulces, exquisitos, curiosos, sibaritas, ingeniosos e insinuantes. Más tarde, al degenerar esta clase social esencialmente francesa, se trocaron en sencillos santurriones. Sade pintó este tipo de hombres en el abate Chabert, el gran *amigo* de Julieta y preceptor de su hija.

Los abates figuraban, por supuesto, con excesiva frecuencia, en los informes secretos de la policía sobre el libertinaje del clero de París, publicados más tarde por Manuel. Pero nadie se mostraba sorprendido por tan “pequeños placeres”.

Otro representante típico del siglo dieciocho era el llamado “caballero”. Y también encontró en Brillat-Savarin su punzante descriptor. “Muchos de estos caballeros —escribe— habían encontrado ventajoso y simple armarse ellos mismos como tales —cuando no por un ventero a la manera quijotesca—. Llevaban siempre la espada haciendo casi un ángulo recto con el cuerpo, la cabeza alta, la nariz al viento, las piernas estiradas; eran jugadores, seductores, camorristas y se adscribían por lo general a la escolta de alguna dama bella y joven que estuviese de moda. Al comienzo de las guerras revolucionarias, la mayor parte de estos “caballeros” se inscribieron en el ejército; otros emigraron y el resto se perdió confundándose con la multitud. Los escasos supervivientes son reconocibles aún por su fisonomía y porte. Pero ahora están enflaquecidos y su paso no resulta ya marcial, pues el que más y el que menos está atacado por el reuma” (1).

Los representantes del clero resultan en las novelas de Sade los autores de las peores atrocidades. Con particular delectación, Sade denuncia sus prevaricaciones, su hipocresía y su impiedad, y se revuelve, luego, contra ellos lanzándoles al rostro mil groseras injurias. Reconozcamos, sin embargo, que le asiste un gran derecho para comportarse así. Le dan la razón todos los documentos históricos —auténticos— que justamente habremos de examinar al hacer un análisis de su conducta poco morigerada. No somos nosotros quienes hablaremos sino los testimonios de testigos presenciales y los informes de la policía parisiense, en los cuales bebió abundantemente el marqués de Sade. Esos documentos no hacen sino ratificar los conceptos de Sade.

Sabido es que las obras del marqués fueron incluidas en el “Index”; pero no a causa de su presunta obscenidad, sino por su recio contenido anticlerical. Según Sade, todas las calamidades de Francia eran debidas a la relajación del elemento religioso; y las incontables extralimitaciones y corrupciones a que se entregaban los eclesiásticos, en sus novelas, no parecen sino una literal transcripción de las que, efectivamente, existían en el terreno de la realidad. Como esas novelas no fueron, en último término, más que la pintura exacta de la época: del corrompido siglo dieciocho, todos los tipos de una patología sexual exacerbadísima están en ellas representados: el pederasta activo y el pasivo, el “lecheur” y el “sanguinaire”, la lesbiana y la Celestina. Bastaría citar, a este respecto,

(1) Brillat-Savarin: “Physiologie du goût”.

las horribles bacanales de convento descritas en “Julietta”, así como las celebradas en otros recintos religiosos e incluso en las catacumbas del Claustro Panthemont. Los prelados que en ellas intervienen son todos ateos, blasfemos y viciosos. Sade hace leer —cosa única en sus obras— dos poesías pornográficas y sacrílegas del cardenal Bernis a uno de sus personajes en “Julietta”.

Todo esto puede parecer exagerado, producto de una mente atormentada. Pero —repetimos— el marqués se limitó a transcribir lo que sucedía en torno suyo. Actualmente, y utilizando los informes de la policía de aquel tiempo, cualquiera puede obtener las pruebas irrefutables en que Sade se basó para exponer en sus obras toda la corrupción que llenaba de miasmas a su época.

5. LOS INFORMES SECRETOS DE LA POLICÍA PARISIENSE

PIERRE Manuel nos ha legado, en su ya aludido libro: “La Police de Paris dévoilé”, una exacta fotografía del estado de la moral parisiense en las vísperas mismas de la Gran Revolución. Y Adolphe Schmidt, uno de los conocedores más profundos de la historia de Francia en el siglo XVIII y que también recogió por su cuenta informaciones semejantes a las de Manuel, designa la obra de este último como “una de las más verídicas fuentes del “dix-huitième” (1).

Pierre Manuel inserta en su famoso libro un capítulo aparte titulado: “La policía y el clero”, en el que satiriza muy acremente el olvido en que los religiosos de aquel tiempo tenían sus votos de castidad. “Voy a relatar —comienza diciendo— el libertinaje en que han caído aquellos que amenazan con las penas del infierno a quienes, abandonados a las tentaciones de este mundo, cometen algún desliz contra el sexto mandamiento. Nombrar a los culpables no es deshonorarlos ni tildarlos de lascivos, aunque sí sea apuntar que no son castos. Porque el hombre verdaderamente casto es aquel que únicamente tiene contactos carnales con su esposa”.

Véanse algunas de las informaciones transcriptas por Manuel y que están tomadas, en su totalidad, de los protocolos del Inspector

(1) Adolphe Schmidt: “Tableaux de la Révolution Française”.

de la Policía de París, de las denuncias de los Comisarios de distrito, de las propias confesiones de los culpables y aun de las comunicaciones de sus superiores.

12 de febrero de 1760: El hermano Francisco Lortal, profeso de Toulouse, encontrado en casa de la Laurent, calle de Chantre, con la Zéfiro. Había puesto en práctica la máxima de Virgilio: *nudus ara, seré nudus!* (Comisario Thierion; Inspector Marais).

2 de julio de 1766: Jorge Le Payen, ecónomo de Cerny, con Flora. *Sponsus super sponsam.* (Comisario Grimperil; Inspector Marais).

30 de marzo de 1764: J. Ignacio Javier Dreux, licenciado, profesor de Teología. En caso de Ágata. *Oculoque, manaque.* (Comisario Mutel; Inspector Marais).

8 de febrero de 1764: Jacobo Brehí, de la plaza Maubert, en casa de La Garde, a quien tomaba, sin duda, por un altar a la romana. (Denunciado por el prior Amable Martin; Comisario Duriman).

4 de noviembre de 1763. Pedro Simon, cuarenta y seis años de profeso. Ha firmado la relación de sus placeres con... temblorosa mano. (Comisario Mutel).

14 de diciembre de 1762. Lorenzo Dilly, hermano mendicante de la calle de San Honorato. En casa de la Boyerie, donde cantaba: *tiradme de... mi cordón.* (Comisario Sirebaud).

9 de noviembre de 1765: J. José Biache, llamado el hermano Constantino y José Etienne, de la casa de Crepy; ambos en el cabaret “El ciervo que monta”, donde habían pedido “un lit á trois”, aunque no tuviesen en su compañía más que a la Marín. (Comisario Mutel).

30 de junio de 1765: Noel Clemente Berthe, llamado el hermano Paul: en casa de La Lebranc, recibiendo disciplinazos excitantes de manos de ésta. (Comisario Mutel).

1 de marzo de 1765: Gabriel Anheiser, llamado el padre Gabriel: “Sous le lit, en chemise”, dentro de la alcoba de Agnes Viard. Llevaba viviendo con ésta de siete a ocho meses. (Comisario Fontaine).

19 de febrero de 1767: el P. Constance. Encontrado entre Victoria y Emilia, comparándose al asno de Buridán. (Comisario de Ruisseau).

17 de febrero de 1760: Andrés Carrón. Escribiendo en las paredes de la casa de Zaira: *ego ad flagela paratus sum.* (Comisario Sirebaud).

30 de diciembre de 1762: Don Claude Jouse, de 63 años. En casa de Maria la Nueva. *Ubi non horruit virginis uterum*. (Comisario de Ruisseau).

5 de noviembre de 1763: Bernardo Nicolás. En los alrededores del Palais-Royal y en las avenidas de Vincennes, con tres cordeleros y Rosalía, que les hacía la... vida agradable. (Comisario Mutel).

26 de octubre de 1765: “Yo, el suscrito, Honorato Regnard, de 53 años de edad, canónigo regular de la orden de... y procurador de la Casa de Santa Catalina, confieso que el señor Marais (comisario) me ha encontrado en casa de la San Luis, calle du Figuier, adonde fui de mi propia voluntad ayer para divertirme con la Félix, a la cual hice desvestirse. Y hoy, estando jugando con la Félix y la Julia, su compañera, me despojaron de mis vestimentas, vistiéndome a seguido de mujer y pintándome con colorete los labios y lunares postizos en las mejillas. El Inspector me ha sorprendido de esta guisa. Declaro que hace muchos años padezco esta “fantasía” y que nunca había podido satisfacerla. En fe de lo cual firmo esta declaración que contiene la verdad exacta”. (Lleva también la firma del Comisario Mutel).

18 de julio de 1768: Simón Boucel, encontrado con las llamadas Previlles, Luisa y Sofía.

17 de marzo de 1760: Francisco de Maugre, de la calle Haute-Feulle. Sorprendido entre La Désirée y la Zaira. Todos los tres muy felices. (Comisario Sirebeau).

2 de mayo de 1762: El hermano Nicéforo. Encontrado en casa de La Laville, quien le mostraba... *albentes coxas, inguina, crura, nates*. (Comisario Mutel).

28 de febrero de 1765: Lorenzo Durand. Encontrado en casa de la Doumolin, practicando el precepto:

“Entre la carne y la camisa
hay que guardar el bien que se hace”.

(Comisario Sirebeau).

3 de diciembre de 1760: J. D. Tordoir, subprior de Nantes. Sorprendido en casa de la Mausy, en la posición del profeta que resucita a la hija de la Sulamita. (Comisario Sirebeau).

19 de octubre de 1762: Jacobo Boulard, ex maestro de novicios y prior. Encontrado en casa de la Lagarde, delante de la Victo-

ría y de la Julia... *querens quara devoret*. (Comisario de Ruisseau).

14 de noviembre de 1761: Etienne Leroi. Encontrado con la Chantrelle, el cual, una vez que las Gracias hubieron cortado las alas al Amor, estaba acogido al seno de Venus... y reposaban. (Comisario Mutel).

9 de mayo de 1761: Juan Pedro Bedosse. Encontrado en casa de la Zéfiro. *Per ipsam, cura ipsa et in ipsa*. (Comisario Sirebeu).

2 de agosto de 1752: P. Bernard, célebre predicador. Encontrado con dos y hasta con tres chiquillas en casa de la Lassalle. Esto era para él el regalo de una duquesa. Pagó seis luises y medio. Y, encima, al cirujano Pouce, cuarenta escudos y tres libras por visitas. (Comisario Mutel).

5 de agosto de 1773: Hermano Camilo, de la casa de Hayet. Encontrado con la Teresa, en casa de la cual se llamaba a sí mismo “el portero de los Cartujos”. (Comisario Mutel) ⁽¹⁾.

14 de septiembre de 1763: Hermano Fermín. Sorprendido en casa de la Royer, la cual le comparaba a uno de esos lectores que comienzan un libro y no lo acaban. (Comisario Mutel).

27 de octubre de 1765: Francisco Canova. Encontrado en casa de la Lamourette. *Cum pariter victi, femina virque jacent*. (Comisario Mutel. Inspector Marais).

5 de noviembre de 1764: Francisco Terrasse-Desbillón, de cincuenta y dos años. Encontrado en casa de La Mouton, donde se divertía de lo lindo. (Comisario Mutel).

3 de abril de 1764: Blas Meisser, canónigo de... Encontrado en casa de la Blampié. Éste parecía ser de gustos semejantes a Rubens, quien, como es sabido, no amaba más que a las beldades de un peso superior a las doscientas libras. (Comisario Rochebrune).

14 de agosto de 1761: Marco Antonio Montai. Encontrado con la Provenzal, *anhelantem alte stratis in lectis*. (Comisario de Ruisseau).

8 de julio de 1760: Mario Mocet, arcipreste de..., de sesenta años de edad. *Nudus, una manu ad mammam, altera pudendis adhibita, inguniculabat*. (Comisario Mutel).

⁽¹⁾ “El Portero de los Cartujos” o “Historia de Don Bugre” es una novela escrita para defender la sodomía. Algunos autores se la atribuyen a Sade. El informe citado arriba, que data del año 73, pudo ser conocido por el marqués aunque esto no puede asegurarse firmemente.

3 de agosto de 1760: Juan B. Thevenet, canónigo de... Encontrado con Adelaida, quien, si hubiese tenido el poder de Diana, no habría dejado de cambiar en perros a todos los Acteones. (Comisario Sirebeu. Inspector Marais).

26 de junio de 1765: Juan Pedro Pelletier. Encontrado en casa de la Lambert, per *cuncta cava corporis libidinis recipientem*. (Comisario Mutel).

2 de agosto de 1760: Pedro Luis Thorin. Encontrado con Zaira. Esta, *in dextrum semisupina latus*. (Comisario Sirebeu).

27 de octubre de 1763: Carlos María Thibault de Monsauche. Conducido a Saint Lazaire, por ser esta la tercera vez que... se levantaba con la Aurora. Se encontró en sus ropas una epístola en verso, en la que el abate Theton cantaba aquello que Hebe mostró a los dioses y lo que quisieran ver los reyes si, por querer divertirse, osaran ascender hasta un quinto piso. (Comisario Mutel).

9 de mayo de 1765: Juan Bautista R., el cual *truncus iners jacuerat et inutile in lignum* en casa de La Guerin. (Comisario Sirebeu).

23 de mayo de 1763: Felipe Augusto Tomollex... *quidquid leberet pro licito judicans*, con la Desnoyers. Esta es la tercera tesis que presentaba. (Comisario Mutel).

24 de febrero de 1761: P..., preceptor de los hijos del marqués de P. Encontrado con la Perla, *lile vero statim solvit zonam et leges inierunt benevolae Veneris*. (Comisario Sirebeu).

28 de octubre de 1762: Francisco Detraussin de Jausse, profesor de elocuencia. La Sabiduría no combatía, sin embargo, a la manera de los Partos, sino volviendo más bien la espalda. (Comisario Fontaine).

Esta es una corta parte de la larga lista. Y, ante ella, todo comentario resulta superfluo. *Facta loquuntur*. Los hechos hablan por sí mismos. Y estos hechos, estos auténticos documentos suministran una explicación suficiente acerca de la corrupción religiosa de aquel tiempo y justifican hasta la saciedad la parte del león que al clero le corresponde en las novelas de Sade cuando se trata de pintarlo como era, así como el odio que éste respiraba contra él. Porque la inmoralidad es en sí un mal, pero cuando la cometen precisamente aquellos que están encargados de predicar la moral, todavía resulta más abominable, abochornante y disociadora.

Pierre Manuel hace notar al cabo de su larga recopilación de documentos acusadores, el hecho de que en ellos no aparezca

citado ningún prelado. La causa estriba, a su parecer, en que nadie osaba hablar de la inmoralidad del episcopado en virtud de la influencia que éste ejercía en la Corte. Sin embargo, él mismo enumera varios casos, y especialmente uno que con toda probabilidad sirvió de modelo para los escritos del marqués de Sade.

Aparte estos valiosos informes suministrados por Manuel, existe otra obra muy conocida sobre la inmoralidad eclesiástica en el siglo dieciocho francés; obra basada en las piezas de un proceso que se encontró en la Bastilla después de que aquella cárcel-fortaleza fue tomada por el pueblo amotinado en 1789.

Pero la particularidad de estos informes consistía en que el destino de muchos de ellos no era otro que el de deleitar a Luis XV y saciarle de manjares para sus insaciables apetencias por *saber lo que otros hacían* en momentos semejantes a los por él vividos en el “Parque de los Ciervos”. Cada mañana, Luis XV se hacía leer todas estas denuncias inmorales por los comisarios respectivos, así como otras muchas incluidas hoy en dos volúmenes intitulados “Las Noches de París”. La lectura de toda aquella literatura policial y pornográfica tenía, naturalmente, por objeto “reavivar la lubricidad caduca del monarca” y no el de servirle de pauta para volver por los fueros de las buenas costumbres y la sana moral de sus vasallos.

Otros detalles no menos interesantes sobre la conducta del clero de París son los que pueden encontrarse en las “Confesiones de una Muchacha” (L’Espion Anglais), tomo X. Lo que allí se cuenta es ruborizante y no queda en forma alguna por debajo de lo más terriblemente real descripto en sus novelas por el marqués de Sade.

Otro de los asuntos más escandalosos de aquel tiempo y que llegó a adquirir un renombre universal fue el registrado entre el P. Juan Bautista Girard y su penitente Catalina Cadière ⁽¹⁾.

El “affaire” Girard-Cadière, que suscitó una enorme literatura en torno suyo y sirvió también de modelo a un gran número de novelas pornográficas, se encuentra descripto con pormenores en el “Recueil général des pièces concernant le procès entre la Demoiselle Cadière et le P. Girard”. El P. Girard había fundado, en su calidad de director del seminario y limosnero naval de Tolón, una congregación secreta de penitentes, de la que entró a formar parte

⁽¹⁾ Una auténtica relación sobre este hecho es la de A. Kurtzel, en su libro: “Le P. Girard et sa santé; contribution a l’histoire religieuse du siècle précédent”.

la bella y piadosa Catalina Cadière, hija de un rico hombre de negocios. Echando mano de recursos de un misticismo sexual eminentemente refinado, Girard consiguió seducir a la inocente muchacha y aprovecharse de sus sueños y de sus visiones para lograr lo que quería. Las prácticas desarrolladas por Girard llevaron bien pronto a Catalina a un grado de grave histerismo, en el transcurso del cual, un día apareció encinta. Girard supo librarla, sin embargo, de aquella carga por medio de eficaces abortivos. Enteradas de esto las autoridades, le sometieron a proceso y fue condenado, pero un tribunal le absolvió poco después en medio de la general indignación.

Voltaire mismo escribió sobre este hecho y aun estampó al pie de un dibujo que representaba a la Cadière y a Girard, el siguiente dístico mordaz:

“Esta muchacha ve a Dios; Girard ve a esta muchacha. ¡Ah, Girard es, en verdad, más feliz que ella”.

6. LA MISA NEGRA

LA mística sexual llegó a su apogeo en el siglo XVIII francés mediante el culto llamado “satánico”. “Satán” representaba en él “la personificación del misterio carnal” y era como una protesta, también personificada, contra la absorbente dominación del “misticismo metafísico divino” (1).

La historia de esta sorprendente secta, cuyas fantásticas y horribles alucinaciones encontraron en Felicien Rops un artista especialmente dotado para reproducirlas pictóricamente, ha sido contada por G. Legué, bajo el título: “Médecins et empoisonneurs au XVIII siècle” e igualmente por Stanislaw Prybyszewsky en “L’Origine et le culte de l’église de Satan”.

Satán-sátiro, Satán-Pan y Satán-*Fallus* eran los antiguos dioses “del instinto y la voluptuosidad” y fueron venerados, tanto por los espíritus refinados como por el populacho. Constituían esas deidades las fuentes inagotables de los placeres de la vida, del entusiasmo y de la locura. Baco y Dionisios no andaban lejos de ellas.

(1) G. Hermann: “La Genèse” (Tomo III).

“Satán-Sátiro era aquel que había enseñado a la mujer el arte de la seducción, el que había impulsado a los hombres a satisfacer sus instintos sexuales; el que aparecía perpetuamente embriagado de colores; el que inventó la flauta pánica e imprimió en los músculos humanos los rítmicos movimientos hasta que una santa demencia se apoderaba de las almas y el “fallus” sagrado colmaba el fértil surco con su substancia abundante”.

“Todo esto ocurría en aquella feliz edad de los alegres misterios pagánicos, consagrados a la Madre Naturaleza, Después, vino el cristianismo judeo-helénico y predicó el ascetismo místico y sobrenatural de la paternidad divina. La Iglesia arrancó al hombre violentamente de los brazos de la Naturaleza; “destruyó la selección inconsciente que éste realizaba y que se manifestaba al exterior por medio de la belleza, de la fuerza y del esplendor del arte. La nueva creencia protegía todo lo que la naturaleza trataba precisamente de eliminar: el fango, la fealdad, la enfermedad, lo paralítico, lo lisiado, lo castrado” (1).

Pero la Naturaleza no se deja violentar impunemente. Y la Iglesia se vio obligada a ceder y a consentir que finalmente se amalgamara el culto pagánico con el suyo propio. “Las bacanales celebradas en la antigüedad en honor de Ceres, continuaron verificándose después en honor de las festividades de la Virgen María con tanta solemnidad como antes; e incluso hasta el siglo XIII, los pueblos occidentales conmemoraban otras fiestas, de neto origen pagánico, durante las cuales se realizaban lascivas orgías, que eran denominadas “las fiestas de los asnos” o las “fiestas de los locos” (2).

Según Floegel, innumerables restos del culto fálico pervivían *comouflados* entre los nuevos cultos y hasta los capiteles de los templos abundaban en figuras obscenas. Uno de los motivos favoritos en los bajorrelieves de catedrales e iglesias lo constituía la escena de Noé realizando el acto carnal con sus hijas, de acuerdo con el relato de la Biblia.

Pero el culto de la “iglesia satánica” propiamente dicha fue estatuido por la secta de los Maniqueos en la Francia Meridional. “Es desde allí desde donde Satán inicia su carrera triunfal por toda Europa”. La sectas secretas de aquellos que se denomina-

(1) Es sorprendente que Prybyszewsky haya coincidido de modo tan sorprendente, al expresarse así, con la tesis y aun con las mismas palabras que Federico Nietzsche estamparía más tarde en su “Genealogía de la Moral”. (N. del T.)

(2) Floegel: “Histoire du grotesque-comique”.

ban a sí mismos “los Perfectos” fueron organizándose por todas partes, abandonándose, después, exclusivamente a los placeres sexuales y adquiriendo una indecible odiosidad contra la verdadera doctrina del cristianismo. Los “Perfectos” se dedicaban a matar e injuriar a los clérigos dondequiera que los encontrasen; hacían uso sacrílego de los vasos sagrados y gran parte de sus cultos no representaba otra cosa que una parodia burda de los del catolicismo. En sus reuniones, en sus misas burlescas, el “sábado satánico” estaba ya completamente preformado hasta en sus más mínimos detalles. Cada novicio tenía la obligación de abjurar, al ser admitido, la fe católica, de escupir sobre la cruz y de renunciar al bautismo y a la santa Unción.

A pesar de las persecuciones desatadas por la Iglesia católica, esta secta se conservó y su divisa: “*Nemo potest peccare ab umbilico et inferius*” (nadie puede pecar con el ombligo y las partes inferiores), encontró numerosos partidarios, sobre todo entre los clérigos “poco satisfechos, desde el punto de vista del instinto sexual”. Matar el pecado por medio del pecado: tal era el principio dominante y, por así decirlo, filosófico que primaba en sus orgías carnales. El sacerdote santificaba a todas las mujeres que con él pecaban. Las monjas eran “las consagradas”, es decir: las favoritas de los pecadores. La *muerte negra* del siglo XIV, la flagelación, el furor de la danza y el hambre fueron aumentando aquella histeria sexual hasta el extremo. Fue entonces cuando los adoradores de Satán llegaron a su máximo desarrollo. Después, y no obstante las más crueles persecuciones de que aquella secta era objeto por doquier, continuó subsistiendo y, desde entonces, no dejó de celebrar sus siniestras misas y sus ritos esotéricos. Todavía en el siglo XIX reapareció bajo diversas formas, si bien más disimuladas y sencillas. Los “adamitas” o “nicolaitas” y los “Picards” de Bohemia que practicaban el nudismo colectivo y vivían en plena comunidad con sus mujeres y que parecían haber quedado exterminados en 1421 en una de las islas del río Luschwitz por Juan Ziska, reaparecieron en 1848 en cinco lugares del distrito de Krudin bajo el nombre de *Marroquíes*. Escogieron este mote porque, según decían, esperaban la exterminación de todos los católicos a manos de un enemigo que habría de venir de Marruecos.

Muy semejante a esta secta, apareció otra en Nueva York, después de 1831: “La Comunidad de Oneida” o “Comunidad de los Perfeccionistas”, como ellos se llamaban, y cuya misión no era otra que la de desenterrar del olvido el antiguo nombre de “Los

Perfectos” y sus licenciosas costumbres. Y aún en fechas posteriores a esas, el culto de Satán se celebraba en París, según nos lo revelan los escritos de Huysmans y otros autores (1).

Por lo que respecta a Francia, el proceso de Madeleine Bavent, en el siglo XVII, adquirió, como es sabido, una gran notoriedad y dejó al descubierto ante los ojos del público muchos secretos acerca de la Misa Negra o de Satán. Lo mismo ocurrió con el “affaire” del abate Guibourg, en cuya casa oyeron misas negras Racine, Lord Buckingham y la marquesa de Montespan.

El marqués de Sade se revela en sus novelas como un seguidor fanático del misterioso culto de Satán. Numerosas Misas Negras son dichas en “Julietta” y en “Justina”, y especialmente en la última, se hace la descripción de una de ellas que fue celebrada bajo las bóvedas de un claustro. Una muchacha que substituía a la Santísima Virgen fue colocada en un nicho con los brazos extendidos hacia el cielo. Luego, despojada de sus ropas, se la colocó sobre una recia y amplia mesa, se encendieron velas en torno suyo “y se consumaron sobre su desnudo cuerpo los más absurdos ritos”.

Otra vez, Julietta entra en el salón de la “Sociedad de los amigos del Crimen” e, impudicamente desnuda, remeda los ritos religiosos y comete toda suerte de sacrilegios. Mas ello quiere decir que Sade se limitaba a copiar en sus escritos lo que la sociedad de su tiempo realizaba en la sombra. El nada inventó ni añadió a lo usualmente conocido en el terreno del vicio.

7. LA MUJER EN EL SIGLO XVIII

EL siglo dieciocho es, por lo menos en Francia, el siglo de la mujer. Con razón presume Georges Brandes en sus “Essais” que si los hermanos Goncourt, esos adoradores del eterno femenino, dotados de una finísima sensibilidad, se sintieron atraídos por la historia del siglo XVIII, fue “precisamente a causa del influjo que la mujer ejerció durante toda aquella época”. El libro de los Goncourt: “La Mujer en el siglo XVIII”, aun tomado como una obra galante tendiente a destacar los lados favorables antes que los desfavorables de la mujer, debe ser considerado como uno de los trabajos más atrayentes de la historia de la Civilización.

(1) J. C. Huysmans: “Lá-Bas” y “En Route”.

La incontrastable influencia de la mujer a todo lo largo del “dix-huitième” francés ha sido pintada por los hermanos Goncourt en uno de los capítulos de ese libro con trazos que nadie ha sobrepujado hasta el presente. “El alma de ese tiempo —escriben—, el centro de ese mundo, el punto de donde parten todos los rayos, la cima de donde todo desciende, la imagen sobre la cual todo se modela, es la mujer. Desde el comienzo hasta el fin de ese siglo, el reinado de la mujer fue el único reinado visible; el único gobierno que cuenta es el de madame de Prie, el de Mailly, el de Chateauroux, el de la Pompadour, el de la Dubarry, el de la Polignac. La mujer impera como soberana en la administración del Estado, en la política, en la sociedad, y su influjo se deja sentir por igual en todas las esferas de la vida. La guerra o la paz fueron frecuentemente decididas de acuerdo con la voluntad de una mujer y no de acuerdo con las conveniencias o la salud del Estado. Y en los famosos salones del “dix-huitième”, ya sean los de Deffand, los de Nécker, Lespinasse, Geofrin o Grandval, son siempre las mujeres quienes, en su condición de creadoras de esas instituciones, dieron el tono a las disputas del día y sobre los sistemas científicos. En ellos, en esos salones, fue donde se formó la cultivada sociedad moderna” (1).

Pero precisamente la Francia del XVIII nos demuestra que allí donde la influencia de la mujer se deja sentir excesivamente, los lazos de la familia, de esa piedra fundamental de la sociedad, tienden a aflojarse, a relajarse, a romperse; que el amor toma formas inmorales y que, al lado de la omnipotencia de la mujer, puede muy bien existir el desprecio hacia el sexo femenino, como ha sido cabalmente el caso paradójico de esa época.

El amor durante el siglo XVIII fue puramente físico. O, mejor dicho, se trocó en simple voluptuosidad. El amor carnal sustituyó a la pasión, y el marido enseñó e inculcó a su mujer todos los artificios amorosos de una amante, tal como lo aseguran, con conocimiento de causa, los Goncourt. La Filosofía se utilizaba para sancionar los excesos de la carne y acabó por convertirse en la apología de la ignominia.

Invitada a la comida de cualquier comedianta famosa, sentada a la mesa de una Quinault, mezclada entre los libertinajes verbales de Duelos o de Saint-Lambert, en medio de las paradojas suscitadas por el champagne, en plena ebriedad espiritual y de elocuencia, la

(1) Véase también a este respecto: “Renaissance et Rococó”, de Charles Frenzel y “Darwin versus Galini”, de E. du Bois-Reymond.

mujer oía decir siempre acerca del pudor: “¡Bella virtud para colgárnosla del vestido con alfileres!”

Cómodos sofismas embarullaban todas las ideas morales de la mujer. Aquel amor puramente físico que había sido proclamado como supremo ideal por el naturalismo y el materialismo, practicado por Helvetius y por otros antes y después del matrimonio y glorificado por Buffon en la famosa frase: “en el amor sólo lo físico cuenta”, se manifestó en la mujer “en una forma enteramente brutal”, según lo reconocen los Goncourt.

Las relaciones entre el hombre y la mujer únicamente perseguían objetivos carnales y sensuales, y quienes trataban de embellecer el amor lo hacían sólo con el anhelo de tornarlo más excitante y adorable, rodeándolo de obstáculos y de pecaminosas complacencias que tenían que ver más con la lujuria, que con el corazón o el sentimiento. El término “galanterie” adquirió en aquellos días otra significación que la que tiene usualmente. Quería decir “conducta inmoral”, conducta que en nada se distinguía ciertamente de la observada por las mujeres de vida alegre, a no ser que fuese por la observancia de ciertos métodos hipócritas destinados a aumentar la seducción del placer mientras se conservaba un aspecto de dignidad *coram populo*.

“El Arte de Amar”, de Bernard, imitación pobrísima del libro de Ovidio, aconsejaba toda suerte de trucos y convencionalismos para entregarse sin temor al libertinaje más completo. Contemplando toda aquella “exquisita corrupción” y aquel arte refinado que practicaba la mujer para satisfacer todos sus apetitos sin intervención alguna del verdadero sentimiento amoroso, el abate Galiani repetía: “las mujeres de este tiempo no aman con el corazón; aman con la cabeza”.

El amor puro, el amor por el amor mismo, era considerado como “una aberración del pensamiento”; pero, en cambio, en el amor corporal intervenían todos los sueños impuros soñados por imaginaciones calenturientas y artificialmente exaltadas, todas las más extravagantes fantasías que fuesen capaces de sugerir las voluptuosidades insaciables. El amor acabó siendo así tan sólo un juego emocionante y peligroso en el que se ponía a contribución todo lo que puede darse de más refinado en punto a lubricidades mentales. ¿Con qué objeto? Únicamente con el de aumentar el placer.

Cuenta Casanova en sus “Memorias” que un tal Blondel obligaba a vivir a su propia mujer, no en su domicilio con él, sino en

una *casita* separada a fin de que, al visitarla, se le antojara una amante y su comercio carnal con ella le procurase un goce pecaminoso.

La preparación o entrenamiento para todos esos placeres sexuales se efectuaba por medio de cínicas conversaciones. Sade no cesa de repetir en sus novelas que las delicias del amor se acrecientan extraordinariamente por medio de pláticas lascivas y, antes que nada, profiriendo palabras crudas y groseras. Pero aquí, como en otros puntos, Sade había extraído sus conocimientos de la realidad.

En su “Tableau de Paris”, cuenta Mercier, por ejemplo, que las mujeres públicas que existían a millares en aquel tiempo habían enseñado a la juventud a usar un lenguaje desenfadado —lenguaje soez—, del cual hacían ellos, después, gala frente a las damas respetables; “de tal manera —dice— que hay que hacer notar la paradoja de que en ese siglo tan cortés, las gentes fueran extremadamente groseras en el amor”. Ni siquiera las pláticas con las más empigorotadas damas denotaban, según él, sentimientos delicados, sino todo lo contrario: “eran ricas en frases dobles y del peor gusto, así como en chistes escandalosos”. Dudosas e impertinentes agudezas, que hasta desdeñaban por pacato el grano de pimienta de la ironía y el equívoco; actitudes y gestos que evocaban las imágenes más atrevidas y, en general, “un tono de intimidad manifiesta que permitía adivinar, sin embargo, otras intimidades más secretas ya realizadas o que estaban por realizarse”, tales eran los estimulantes del amor en esa época.

De aquí se seguía una impudencia inaudita entre el sexo femenino. A los 30 años, la mujer había perdido hasta el último resto del pudor. Únicamente le quedaba cierta “elegancia en la indecencia” o, como entonces se decía, “el encanto de la voluptuosidad”. La mujer contrajo todos los hábitos del hombre más depravado; su gran felicidad consistía “en proclamar la pérdida de su reputación”, como escriben los Goncourt. Por eso, las mujeres se alegran y refocilan, en las novelas de Sade, de ser hembras de la vida; hacen gala “de que todo el mundo tenga derecho a ellas” y se afanan sin recato de haber alcanzado méritos para ostentar públicamente el título de casquivanas. Hasta un puro corazón, un alma delicada como lo era la de madame Rolland, se muestra carente del sentimiento de la moderación. En sus “Memorias”, describe minuciosamente su cuerpo y su conformación física; pinta allí cómo eran su

garganta, sus caderas y sus piernas con la misma sangre fría que si se tratase de los encantos corporales de una estatua de mármol (1).

¿Qué tendría, entonces, de extraño que la Julieta de Sade describa sus propios y personales encantos íntimos con un tan aterrador cinismo?

Damas nobles llevaron su impudicia a tal extremo que, asemejándose en esto a los donjuanes más audaces e inmorales, alquilaban para sí mismas “casitas de placer” o lupanares, como las que tenían aquellos, “a fin de alojar en semejantes nidos sus pecaminosidades”. Los hermanos Goncourt lo testifican. Y hasta se dio el caso de que señoras de la aristocracia se fueran en busca del placer a lupanares. Rétif de la Bretonne asegura haber encontrado a la condesa de Egmont prostituyéndose en una casa pública, hombro a hombro con miserables ramera. Y, en cambio, no resultaba extraordinario que mujeres de vida alegre se entremezclaran en los círculos distinguidos de la sociedad con aristócratas para satisfacer a los “señores”, como podemos leerlo en las páginas de “Les Contemporaines”.

Podemos citar todavía otros ejemplos: el de la Du Barry, sin ir más lejos. Hija de un empleadillo en la oficina de contribuciones, la Du Barry fue, primero, modistilla de París; luego, entró en la casa pública de Madame Gourdan como pupila, hasta que allí conoció al conde Juan Du Barry, con cuyo hermano se casó, una vez que, siguiendo su camino de ascensos graduales, llegó a ser la amante de Luis XV. ¿Cómo podría entonces parecer raro o anormal que, viendo todo esto, la alta aristocracia femenina imitara un ejemplo semejante y organizase, en consecuencia, una verdadera cacería de “bellezas femeninas” para sus propias satisfacciones? De aquí surgiría un verbo que pronto se pondría de moda: el verbo “encanallarse” (2).

“Encanallarse” era lo que entonces se consideraba “chic”, elegante, refinado. “Encanallarse” era señal de distinción y quien más se “encanallaba” más admirado era en sociedad.

A medida que se aproximaba la época revolucionaria, la corrupción de las costumbres fue invadiendo hasta las capas populares femeninas. A las mujeres del pueblo acabaron de corromperlas las (*)

(1) Véase a este respecto “La Littérature et la Société Française pendant la Révolution”, de F. Lotheissen.

(2) Véase “Histoire de l’amour dans les temps modernes”, de Cénac Moncaut

(*) Falta una oración en la edición impresa (*N. del E. d.*)

no es otro que el de un franco exacerbamiento sexual producido entre las clases más bajas por reflejo de lo que sucedía en las de arriba. Las reuniones de aquellas históricas de remate tuvieron por escenario el cementerio de San Medardo, junto a la sepultura del abate París, tan renombrado en otro tiempo por su severo ascetismo.

“Desde todos los barrios de la ciudad —escribe W. de Rechterew en su “La Suggestion et son importance sociale”—, la multitud femenina se dirigía hacia el cementerio de San Medardo para tomar parte colectivamente en las contorsiones y en los éxtasis. El cementerio entero y las calles adyacentes estaban atestados de una cerrada muchedumbre: muchachas, mujeres, enfermas de todas las edades que se “convulsionaban” al unísono y en un ritmo creciente y acentuado por instantes. Podían verse allí mujeres tumbadas cuan largas eran, invitando a los espectadores a golpearlas en el vientre y sin que dieran muestra alguna de calmarse hasta que el peso de diez o doce hombres fornidos las dejaba aplastadas contra el suelo. Y junto a ellas, muchachas en plena doncellez, repitiendo la escena por su cuenta. Danzas de un carácter pasional, como el famoso “salto de circo” ejecutado por el abate Bécherand, ponían bien pronto en estas “convulsiones” un marcado tinte erótico.

Dulaure ha descrito con espacio el papel que jugaba la lascivia en esta curiosa forma de histeria y cómo tales “convulsiones” contribuyeron grandemente a desarrollar por todas partes una licencia sexual desenfrenada (1).

El elemento erótico de aquellas “convulsiones” era fácilmente reconocible por el hecho de que las muchachas, durante sus accesos más violentos, “no pedían jamás mujeres para socorrerlas. Los auxiliares eran siempre jóvenes y vigorosos”. Por otra parte, y a medida que la epidemia fue generalizándose, las “convulsionistas” se vestían más llamativa e indecentemente, hasta manifestar claros indicios de ir deslizándose hacia el desnudismo adánico, adoptaban actitudes provocativas y lanzaban miradas de invitación a los muchachos que se prestaban a auxiliarlas. Algunas, incluso les gritaban a bocajarro: “Dadme hijos; de otra manera, me moriré”.

El desenfreno y las perversiones no se hicieron esperar, por consiguiente; y como las mujeres, en sus orgasmos, invitaban a los hombres “a servirse de sus pechos, de sus vientres y de sus piernas para pasear por ellos”, los numerosos embarazos que se produ-

(1) J. A. Dulaure: “Histoire physique, civile et morale de Paris”.

jeron entre las “convulsionistas” pueden explicarse de la manera más simple y natural.

La histeria (denominada entonces “vapores”) estaba extraordinariamente extendida ya durante el siglo XVIII entre las mujeres francesas, como nos lo demuestra un libro de madame Abri-cosof. Sauvages, creía, por su parte y no enteramente sin razón, que las causas principales de la histeria residían en los excesos del amor así como en la vida muelle y voluptuosa que se vivía en aquel tiempo. La histeria que producía más singulares excentricidades era la denominada “histeria lúbrica”.

Fueron las mujeres y no los hombres quienes crearon y pusieron a la moda esa forma del amor que en los tiempos modernos se denominó *sadismo*, expresión que definiremos más adelante en un sentido mucho más amplio y profundo. La “malignidad” y las “perfidias” estuvieron, durante el siglo dieciocho, a la moda en el amor, y la criminalidad se convirtió en un elemento esencial para las satisfacciones de la carne. “La corrupción —dicen los hermanos Goncourt— se trueca así en el arte de ejercitar crueldades; las faltas de fe, las traiciones en el arte de practicar la tiranía. El maquiavelismo se entroniza en la galantería y la domina y gobierna”.

Poco antes de la Revolución, los “maestritos del amor” se convirtieron en los “grandes maestros de la perversidad”, en los exaltados defensores de la inmoralidad teórica y práctica. Eran hombres sin escrúpulos, desvergonzados e hipócritas que aprovechaban toda carnal coyuntura para prevaricar y disfrutar; que planeaban con absoluta sangre fría los más repelentes crímenes, que no retrocedían ante nada y que si se dirigían a una joven era sólo con el designio de corromperla y pervertirla. ¡Los tipos que servirán de modelo a los personajes de Sade se han impuesto en aquella sociedad! Esto está fuera de duda. Y no tan sólo han triunfado, sino que encuentran, para realizar sus infamias, mujeres degeneradas, cómplices femeninas, peores todavía que ellos mismos. “La degeneración —dicen los Goncourt— alcanzó en algunas mujeres raras y abominables, un grado casi satánico.”

Estos monstruos femeninos martirizaban a la mujer honesta, cuya virtud les repugnaba, y sabían desembarazarse, por medio del asesinato y con maligna alegría, de aquellas a quienes odiaban por considerarlas un estorbo e, incluso, de aquellos hombres que habían sido sus amantes.

Que no crean, sin embargo —escriben los Goncourt— quienes todo lo consideran fantasías, que estos tipos humanos son creaciones de la imaginación. Eran entes humanos bien reales por cierto. Criaturas que han dejado sus huellas en la sociedad y cuya existencia y acciones están atestiguadas por gran número de personas”. Los Goncourt señalan, por ejemplo, al Duque de Choiseul, al Duque de Louvois y al Conde Frise como torturadores convictos y confesos de sus amantes; y, en otros autores, hay muchos más que actúan en el amor cual si se tratase de demonios arrebatados por lujuriosa y ciega tempestad.

El “régimen del terror en los dominios amorosos”, precedía de este modo al “régimen del terror político”, desencadenado durante la Gran Revolución y, desde luego, estaba instalado en Francia mucho antes de que Sade, ebrio de la sangre que veía manar a raudales de la guillotina, pensara trasladar a sus novelas todo aquello que nada tenía ni de sorprendente ni de nuevo para los hijos de aquel tiempo sanguinario.

¡El terror amoroso! ¡Y cuan frecuentes no fueron y cómo se celebraron durante el otro Terror bajo la diabólica dirección de Chaumette, aquellas “teosóficas orgías voluptuosas” en que se llegó a adorar, en una forma mundana, a “las diosas de la Razón”: a la Maillard, a la Mancore, a la Aubry! Del “terror amoroso” a las “tejedoras de Robespierre”, a las “flageladoras” y a las espantables “furias de la guillotina” no había ya más que un paso. El terreno estaba abonado de antemano.

*“Ahora las mujeres se truecan en hienas;
se entretienen haciendo un juego del Terror;
con sus dientes de panteras destrozan
el corazón, todavía palpitante, del enemigo.*

Con estos versos caracterizaba el gran Schiller a aquellas criaturas degeneradas, a aquellas furias del Averno, anegadas en sangre y en blasfemias, y así son descritas igualmente en otro poema de aquel tiempo, si bien de menos artística prosapia que el anterior:

*De estas espantables hembras
los inagotables senos
como las públicas fuentes
dan de beber a todos los transeúntes;*

*Mas el licor que de ellos corre
y del cual la abominable multitud
se sacia con avidez
no es —¡ay!— leche, sino sangre* (1).

Hemos visto cómo durante el siglo XVIII las mujeres se esforzaban en Francia por transformarse, por lo menos parcialmente, en hombres, cómo ejercían en la política, en el amor y en las ciencias la más grande y nefasta influencia; cómo sin estar reconocida *de jure* la emancipación de la mujer, había adquirido valor *de facto*. Y, sin embargo, jamás el menosprecio y el desdén por la mujer fue más notorio que en ese siglo. ¿De qué podían servir todas las agudezas espirituales, todas las aspiraciones científicas de la mujer cuando, por esa misma razón, la base de la familia quedaba visiblemente resquebrajada, cuando la meta de la actividad femenina estaba puesta fuera de su propio hogar, cuando su afán se cifraba en el placer, en el brillo externo y en el lujo? ¿Y no podría por ventura columbrarse en la suerte que corrió la mujer de Francia en el “dix-huitième” algo así como un espejo de lo que les ocurrirá a las mujeres futuras que bregan por asemejarse a aquéllas en punto a libertades, emancipaciones y franquicias? Tal vez no constituyera vana o fallida labor examinar ese punto y ver si la pretendida emancipación total de la mujer aseguraría en el porvenir su dignidad.

Resulta, por de pronto, ilustrativo el hecho de que los cuatro pensadores que la Francia del siglo XVIII produjo: Montesquieu, Rousseau, Voltaire y Diderot, predicaran el desprecio a la mujer. Tal vez fuese por reacción contra lo que todos los cuatro contemplaban en su siglo. Recuérdense los sarcasmos amargos de Voltaire en sus cartas a su fiel amiga madame Du Chatelet. La mujer, según Rousseau, no ha sido creada más que para el placer del hombre. Montesquieu afirma que el hombre posee la fuerza y la razón, mientras que la mujer no cuenta más que con su encanto personal. Y Diderot tan sólo ve en la mujer la fuente de los placeres sensuales.

“Así —dice E. Legouvé en su “Histoire morale des femmes”, comentando las críticas de los cuatro— la mujer es, según Diderot una cortesana; según Montesquieu, una criatura agradable; según Rousseau, un objeto de placer y según Voltaire, nada.”

(1) E. Lairtullier: “Les Furies de la Guillotine”.

Cuando, durante la Revolución, Condorcet y Sieyes se pronunciaban por la emancipación política de la mujer, sus alegatos se vieron acallados igualmente por las voces de los tres más grandes continuadores del pensamiento que primó entre los grandes cerebros del “dix-huitième”: Mirabeau, Danton y Robespierre. Y por lo que se refiere a Napoleón... para él, como se sabe, no había en el mundo una cosa menos admisible que ésta: “la de dejar hacer a una mujer lo que ella quisiera”.

Otro de los más profundos concedores de la mujer del siglo XVIII, Rétif de la Bretonne, proclama su desprecio por ella en los más enérgicos términos, y la causa de ese desprecio es bien comprensible en él. Como lo ha demostrado Westermarck con una perfecta evidencia en su clásica obra, el matrimonio es la institución a la cual debe la humanidad su perfeccionamiento moral; es la institución por excelencia. En el matrimonio, la mujer es igual al hombre porque ella le complementa. Fuera del matrimonio, en cambio, la mujer no es capaz de reemplazar al hombre. Abandonada a su suerte resulta un ser inferior ante la terrible lucha por la vida. Por consiguiente, una completa emancipación como la que hoy se pretende fracasará en vista de las diferencias incontestables que existen entre la naturaleza masculina y la femenina. Comprometer la existencia del matrimonio significa debilitar la estimación moral acordada a la mujer por el hombre.

Tal vez opinar de esta manera suene mal ante algunos oídos; pero lo que aquí dejamos apuntado no es mera literatura y quedará comprobado tan pronto como esa emancipación femenina se realice.

8. LA LITERATURA FRANCESA

LA literatura francesa del siglo dieciocho puede considerarse como inscrita bajo el signo de la pornografía. En ninguna época de la Historia, ni siquiera en la de los Césares, se convirtió tanto a las Bellas Letras en el agente de la voluptuosidad y el sensualismo como lo fue bajo el “ancien régime” francés. La representación de los placeres sexuales es, ciertamente, antigua en la literatura de Francia, como lo demuestran ampliamente sus romances de la Edad Media; pero solamente en el siglo XVIII se comienzan

a introducir como obligado recurso, en lugar de la sana naturaleza y de la ingenuidad de los “misterios, las pinturas exacerbadamente sensuales con el propósito evidente de servir de estimulante venenoso a una sociedad extenuada por el vicio” (1).

El siglo dieciocho francés ha producido la mayor parte de la literatura pornográfica que en la actualidad existe. El número de las obras de esa clase supera, con mucho, a todas las de los otros siglos juntas, siendo curioso que casi todas ellas se escribieran durante el lapso comprendido entre el 1770 y el 1800, época que el espiritual Aubertin ha calificado “de período de la ausencia completa de talentos”. La tónica de esos años, en lo que a literatura se refiere, la dio la trivial mediocridad, aquella mediocridad intelectual que no supo atraer a los públicos sino recurriendo a los tintes eróticos (2).

Todos esos libracos pornográficos hacen del culto de la carne su tema central y principal. Sus autores nada conocen de más elevado y bello que las formas voluptuosas, que las diversas variedades de los placeres sexuales. El burdel es un paraíso y la mujer pública mucho más respetable que la más fiel de las esposas. “A la verdad —escribe Janin— ninguna época se ha ensuciado con libros obscenos más que el siglo dieciocho, ese siglo en el que hasta los más grandes hombres de letras: Voltaire, Jean Jacques Rousseau, Diderot y Montesquieu sacrificaban ante el gusto del día sus talentos.”

Tanto en los albores como durante la Revolución, la literatura pornográfica pareció haber suplantado todas las producciones intelectuales de más noble envergadura. Las librerías se habían convertido en almacenes de suciedad. Dice Mercier refiriéndose a lo que ocurría en ese aspecto en el año 1796: “no se ven en los escaparates más que libros pornográficos, con títulos e ilustraciones gráficas que rechazan, de consuno, el pudor y el buen gusto; se venden esas monstruosidades por doquier: en canastas, por debajo de los puentes, a la puerta de los espectáculos públicos, en los bulevares. El veneno no es caro. Diez *cobres* el volumen. Y todos estos libelos indecentes, aun los más licenciosos, se hacen entre sí la propaganda, se dan mutuo bombo unos a otros, mientras que si hay alguna diatriba furibunda... ésta está destinada al libro serio, a las obras que llevan el sello de la honestidad pública. Se diría

(1) Véase a este respecto Jean Scherr: “Histoire Littéraire Universelle”.

(2) Charles Aubertin: “L’esprit public au XVIII siècle”.

que los vendedores de folletos son privilegiados mercaderes de inmundicias. Todo título de libro que no proclame alguna infamia parece estar excluido de la venta. La juventud puede encontrar en sus páginas, sin tomarse gran molestia, lecciones muy provechosas acerca de todos los vicios conocidos”.

Pero el principal lugar de venta era el famoso Palais-Royal, al cual nos referiremos más tarde con espacio. El Palais-Royal, Meca de todos los refocilos carnales, era igualmente el mercado principal de las obscenas producciones literarias que inundaban el mundo parisiense como un diluvio de excitantes. Penetraban allí tales libelos hasta debajo de los vestidos de las damas, según lo asegura Paul Lacroix; lo que dio motivo a Bérard para contar una anécdota que permite adivinar la enorme propagación que habían tenido ya los escritos del marqués de Sade. “Me acuerdo —dice— de que una mujer respetable por su conducta y edad, habiéndome rogado que le procurase algunas obras para llevárselas al campo y hacérselas leer a sus hijitos, incluyó en la lista “Justina o las Desgracias de la Virtud”, de Sade, suponiendo que, por su título sería un libro moral y educativo”.

No puede causarnos extrañeza, por lo tanto, que libros como esos se encontraran a la venta en los burdeles por millares de millares. Cuenta Parent-Duchatelet que Peuchet, un antiguo archivero de la Prefectura de la policía, recibió orden de Napoleón, al final del Consulado, de recoger toda la indecente mercancía de esa clase que se encontrara en manos de mujeres de vida alegre y destruirla. La tarea de Peuchet no fue pequeña, ciertamente. La destrucción de libelos se contó por toneladas. Solamente un ejemplar de cada clase se depositó en la Biblioteca Nacional como recuerdo. La declaración que, después, formuló Peuchet, está testimoniada por Parent-Duchatelet, a quien el bibliotecario Van Praet presentó el catálogo y mostró dichos libros enterrados en un rincón de los subterráneos de la Biblioteca Nacional (1).

En las obras del marqués de Sade se hace también alusión frecuentemente a la muchedumbre de libros obscenos que por París circulaban en su tiempo. El pasaje más interesante a este respecto es aquel que figura en el tomo tercero de “Julietta”, donde ésta y Clairwil husmean en la celda del padre Claude y descubren, “aparte un buen vino y mullidos sofás”, una bien nutrida y escogida biblioteca pornográfica. Julieta dice a propósito de esto: “no es

(1) A. J. B. Parent-Duchatelet: “De la prostitution dans la Ville de Paris”.

posible formarse una idea exacta acerca de los dibujos y libros pornográficos que allí encontramos”. El primero fue “El Portero de los Cartujos”, producción más chocarrera que libertina y “que, además, tuvo, según se dice, la propiedad de despertar el arrepentimiento del autor en la hora de su muerte”. El segundo libro que hallaron en la pesquisa de la celda fue “La Academia de las damas, obra de excelente plan, pero de pésima ejecución. El tercero se titulaba “La Educación de Laura”, mísera chapucería que contiene, según Julieta, muy escasos motivos excitantes, “pocos crímenes y, también, muy pocos gustos crueles”. Finalmente apareció “Teresa filósofa”, obra encantadora del marqués de Argens”, con ilustraciones de Caylus, y única entre las cuatro anteriores que unía la lubricidad a la impiedad. Julieta y Clairwil hallaron también en la celda del monje gran cantidad de “miserables folletos escritos en los cafés o en las casas de lenocinio”, entre los cuales incluyen las mismas obras de Mirabeau, “que no es nadie ni lo será en toda su vida”.

La Delbene guardaba también en su biblioteca una numerosa colección de libros pornográficos y quiso prestárselos a Julieta para que los leyese durante la misa y se consolara así “de ser el testigo de ese lúgubre sacrificio”.

En cuanto a sus obras propias, Sade las ha calificado como modelos de obras obscenas. A tal punto, que hasta un abate lee, en “el salón de ejecuciones de] obispo de Grenoble, la “Filosofía en el Boudoir”. Lo que, a su juicio, bastaría para probar cuánta había sido su propagación.

A fin de orientar a nuestros lectores en este aspecto, haremos un corto resumen de las obras eróticas francesas más importantes del siglo XVIII, ya que, gracias a la extensa bibliografía del conde J. Gay “sobre libros de amor”, así como a la de Henry Cohen, tenemos un conocimiento amplísimo acerca de aquella prodigiosa cantidad de literatura libertina; pero nos limitaremos a mencionar los más típicos ejemplos.

Pierre Joseph Bernard, llamado por Voltaire “gentil Bernard”, fue el Ovidio del siglo dieciocho. Su “El arte de Amar”, poema en tres cantos y pedestre imitación del “Ars Amandi”, de Ovidio, produjo una gran sensación y figuró durante mucho tiempo en el “boudoir” de las mujeres elegantes. Se trata, en realidad, de unos poemas en los que, al decir de los hermanos Goncourt, “las rimas parecen entrelazadas con una cinta de color de rosa, aunque el pensamiento no sea más que un arrullo”. Pero, ciertamente, ese

arrullo resultaba voluptuoso y, por otra parte, la crudeza del lenguaje supera con mucho al de Ovidio. Bernard dictaba en estos poemas un curso completo acerca del amor carnal más refinado, recomendando, de paso, la lectura de otros autores lascivos a fin de completar la tarea propia.

Crébillon (hijo), Claudio Próspero Jolyot de Crébillon, puede ser considerado como el verdadero creador de la literatura lasciva del siglo dieciocho. Sus obras se caracterizan por la elegancia y el cinismo, así como por la audacia y el libertinaje. Su libro más popular fue “El Sofá”, cuyo solo título basta para intuir el contenido. “La Espumadera” y “Los amores de Zéo Kinizal”, donde se describen las aventuras privadas de Luis XV, pertenecen al mismo género. Citemos, además, “La Noche y el Momento”, “¡Qué cuento!” y “Los extravíos del corazón y del espíritu”, libros acerca de los cuales decía Sade que adulaban al vicio y se apartaban de la virtud. En las obras de Crébillon puede notarse claramente ya la tendencia a embellecer y sancionar la más vulgar sensualidad recubriéndola con un manto filosófico.

Juan Francisco Marmontel creó, en su libro “Incas”, el tipo de novela anticlerical del siglo dieciocho y hay que reconocer que tuvo una influencia decisiva sobre las descripciones posteriores hechas en torno del clero en las novelas eróticas. Sade había leído a Marmontel y le cita varias veces en su “Idées sur les romans”.

La “Teresa filósofa” o “Memorias para conocer la historia de M. Dirrag y mademoiselle Eradicée”, mencionada también por Sade en “Julietta”, pinta los extravíos de algunos frailes, basándose en el caso del Padre Girard (Dirrag) y de la Cadière (Eradicée). Pero, como lo hemos visto, Sade atribuye esta novela al marqués de Argens y las ilustraciones al conde Caylus, siendo esta opinión compartida también por Gay. Es, sin embargo, probable que el positivo autor sea el comisario de guerra Luis Montigni, como parecen demostrarlo investigaciones muy recientes. Y, en lugar de Caylus, el ilustrador quizá haya sido Antonio Pesne, célebre pintor de la corte de Federico el Grande. Pese a su gran reputación de arqueólogo, Caylus no desdeñó escribir un gran número de novelas pornográficas que adquirieron enorme boga en su tiempo.

Andrés Robert Andrea de Nerciat fue por espacio de dos años bibliotecario de Casel y más tarde se convirtió en el confidente de la reina Carolina de Ñapóles. El fue quien escribió el tan malfamado libro “Felicia o mis calaveradas” y, como continuación de esta obra, “Monrose o el libertino por fatalidad”.

La circunstancia de que los espíritus más distinguidos de aquel siglo no se avergonzaran de conquistar la gloria al precio de esta clase de publicaciones prueba de una manera contundente que la pornografía estaba por entonces a la moda y que incluso se consideraba de buen tono en esa época. El caso del arqueólogo Caylus, que acabamos de citar, es un ejemplo notorio,

Pero ni aun los hombres geniales como Mirabeau y Diderot titubearon en comprometer su reputación literaria publicando relatos pornográficos. Mirabeau, especialmente, es con frecuencia citado por Sade y no cabe ya dudar a estas alturas de que “La Educación de Laura” fue el modelo que Sade utilizó para su “Filosofía en el Boudoir”, según lo ha dejado ya establecido A. Eulenburg. En “Mi conversión” (Londres 1783), Mirabeau describe las aventuras de un hombre prostituido que se hace pagar sus servicios especiales por damas nobles, monjas, etc. Y “El Biblión Erótico” es igualmente un libro escandaloso de Mirabeau.

En “Jacobó el Fatalista”, de Denis Diderot, se narran lúbricas historias que, según Charles Franzel, sitúan a aquel autor en el terreno picaresco “bien por encima de Crébillon”. En su célebre novela “La Religiosa” (París 1796) —cuya protagonista se ha querido identificar con una hija del Regente de Francia—, Diderot nos ofrece una viva descripción de la vida monástica, en la que se pintan desenfadadamente los descarríos lésbicos y otros vicios. “Las Joyas indiscretas” tienen igualmente un tono acentuadamente erótico. Y ahora puede comprobarse que la particular predilección que tenía Diderot por las afirmaciones paradójicas, tal como se encuentran también en Sade, influyó también sobre este último en los dominios de la vida sexual.

Choderlos de Laclos fue, según Nordier, “el Petronio de una época menos literaria, si bien más pervertida, que la del auténtico Petronio”. Su “Liaisons Dangereuses”, tan famosa, describe la corrupción de la aristocracia, que el autor conocía demasiado bien *de visu* en su calidad de amigo del célebre Felipe Igualdad. Charles Nordier refiere un detalle interesante “a propósito de algunas obras satíricas y de otras claves como esa”, que durante su juventud le fueron mostradas en diversas capitales de provincia. Porque es de advertir que las publicaciones de aquel género no se limitaban a París. En las adormiladas capitales provincianas también se producía mercancía pornográfica para solaz de los aburridos habitantes y, sobre todo, de los empleados estatales.

J. B. Louvet de Couvray ha retratado el tipo del “caballero” en su “Faublas”, libro no tan cínico como los anteriores, pero en el cual se dan igualmente amplias noticias sobre los hábitos viciosos en que había caído la nobleza. En las inacabables aventuras amorosas de “Faublas”, el afeminamiento del héroe juega un importante papel, tal como sería utilizado más tarde por Sade en las páginas finales de “Julietta”, cuando Noirceuil, disfrazado de mujer, se casa con un hombre.

Rétif de la Bretonne, autor de una fecundidad pasmosa, es, juntamente con Sade, el más famoso escritor erótico de la época revolucionaria. Paul Lacroix ha consagrado a este hombre extraordinario una obra que podría pasar por modelo del moderno género bibliográfico y que todo bibliófilo releerá siempre con placer: “Biographie et Iconographie de tous les ouvrages de Rétif de la Bretonne”. Y en ella demuestra que de la Bretonne es uno de los primeros autores de ese género y que, en algunos aspectos, supera al propio marqués de Sade. Pero, por el momento, únicamente nos interesa analizarlo como autor contemporáneo del marqués para subrayar la influencia que pudo haber tenido sobre él. Sade se muestra, sin embargo, despectivo cuando habla sobre Rétif en uno de los pasajes de su libro “Idées sur les romans”. “Rétif —dice— inunda al público con sus producciones. Va a ser necesario instalarle una imprenta a la cabecera de la cama. Y aun cuando esté dormido, ella sola continuará imprimiendo sus *terribles* libracos, de un estilo ramplón y con fastidiosas aventuras, extraídas siempre de los subfondos humanos. El único mérito de Rétif es el de ostentar una prolijidad que... sólo los vendedores de pimienta tendrán que agradecerle.”

Pero ¿no podría columbrarse en este réspice de Sade a su colega una sombra de envidia, suscitada por la competencia que Rétif le estaba haciendo. Más tarde veremos cómo la opinión de de la Bretonne sobre la obra de Sade no era mejor que la que éste tenía acerca de la suya. Sólo que el ilustre marqués se sentía muy por encima de Rétif por el hecho de que éste procediera de las clases más bajas de la sociedad. Para Sade, Rétif siempre sería un plebeyo.

Rétif de la Bretonne supo expresar, en efecto —y sin que ello quiera decir que se olvidara de pintar la de la nobleza— toda la corrupción moral del populacho y, desde este punto de vista, viene a ser como el complemento del marqués de Sade, con el cual tiene, por otra parte, una gran afinidad. Eulenburg hace a este respecto

algunas observaciones muy interesantes y agrega irónicamente: “Rétif de la Bretonne, este *Rousseau del arroyo* ⁽¹⁾, está infinitamente más cerca de Sade que de Rousseau, individualidad grandiosa y poderosa antes que nada”.

Por su parte, Dessoir expresa así su juicio sobre él: “Rétif vivió constantemente torturado por la sensualidad más acentuada y acabó por verse arrastrado a una especie de idolátrico exhibicionismo de su propio yo. Pero hay que reconocer que supo, como nadie, analizar los orígenes, la naturaleza y el desarrollo del amor sexual y consagrarle un culto verdaderamente exquisito”.

En Rétif encontramos en germen al Sade literario, aunque más débil, más pasivo y, por así decirlo, menos sanguinario que éste. Si Rétif hubiese sido de naturaleza más activa, más impulsivo, más vibrante; si en vez de ser hijo de un pobre labrador, hubiera contado desde su juventud con medios materiales y vivido en el ambiente del marqués de Sade, tal vez habría llegado a ser un segundo “Célebre Marqués” y, desde luego, le habría sobrepasado, como escritor, por su talento y por la delicadeza y agudeza de sus descripciones. No se debe a una casualidad, ciertamente, el hecho de que la alabanza de esta extraordinaria personalidad, una veces tan deliciosa, otras tan aguda, otras tan desgarrada, resuene en todos los tonos en la obra de Rétif.

Agreguemos a todo eso que este raro autor fue, al mismo tiempo, tan apasionado amorador de las mujeres que, no contentándose con las numerosas amantes fijas que tenía, se dedicaba a perseguir por las calles a cuantas muchachas bonitas se ponían a su alcance, con fines más atrevidos que los del mero pasatiempo. Además, era de una pésima educación y completamente descuidado en el vestir. Él mismo cuenta, cínicamente, en “Los Contemporáneos”, que “desde el año 1773 hasta hoy, 6 de diciembre de 1766, no me he comprado un solo vestido. Carezco de camisas y sólo un viejo chaquetón azul, el primogénito de mis ternos, me sirve para cubrirme diariamente”. Hay que agregar que el tal chaquetón estaba completamente hecho trizas y lleno de remiendos.

A pesar de andar en esa facha, Rétif recomienda mucho la educación y la elegancia cuando se está entre mujeres. No cesa de repetirlo y, en su “Pornógrafo”, apunta una serie de prescripciones a este respecto y dice, regocijado, que la propaganda que hace

(1) “Ce Rousseau du ruisseau”, figura en el texto, haciendo un juego de palabras, intraducible al castellano. (*N. del T.*)

acerca de la propiedad en el atuendo personal ha dado excelentes frutos entre las ramerías de París.

Lo más significativo en la manera de componer de de la Bretonne era que utilizaba, aparte sus infatigables observaciones personales, las de los demás. El conde Alejandro de Tilly refiere en sus "Memorias" que Rétif de la Bretonne vino una vez a verle y le pidió que le contase sus aventuras eróticas con el fin de insertarlas en una obra que estaba escribiendo. Hay que señalar también como hecho muy importante las relaciones de este escritor con Mateo Francisco Pidanzat de Mairobert, célebre autor de "L'Espion Anglais" y gran compilador de materiales para la confección de las "Memorias Secretas de Bacahumont". Mairobert, no sólo hizo imprimir ciertas obras en la imprenta secreta de Rétif, sino que fue colaborador de este último. A él precisamente se debe el documentado tratado sobre las dieciséis clases de mujeres prostituidas y de los rufianes de París, inserto en el "Pornógrafo", "Mairobert le suministró también numerosas noticias para "Los Contemporáneos", para "El Búho" y para "La Maldición Paterna".

Pero la obra más importante de Rétif es, sin disputa, "Les Nuits de Paris ou le Spectateur nocturne", fuente inagotable para el conocimiento de las costumbres francesas de la época revolucionaria, libro único en su clase, y donde asoma como en un espejo la fisonomía moral de París hacia el fin del siglo dieciocho, "verdadero cuadro nocturno de la capital de Francia", cuya composición le exigió un trabajo de veinte años. "Cada mañana —dice Rétif— escribía todo lo que había visto la noche anterior".

Lacroix ha hecho un análisis detallado de los ricos materiales reunidos en ese "espectador nocturno", así como de los dieciséis tomos de "Monsieur Nicolás", donde Rétif de la Bretonne relata la historia de su propia vida con mucho mayor verismo que el que suele ser usual en libros análogos. El tomo trece ofrece un especial interés por lo que atañe a su amorosa existencia, ya que Rétif registra allí, día por día, todas las mujeres que ha conocido en su vida, las que ha seducido y aun aquellas que ha dejado encinta.

"Les Contemporaines ou aventures des plus jolies femmes de l'age présent", colección de relatos que descansan sobre la base de hechos reales, son, desde luego, los que han adquirido mayor boga. Los protagonistas de tales noticias autorizaron al autor para que los citara por sus nombres propios en el escrito. Y su asunto principal se funda en la pintura de las costumbres de la época, tal como las vivía el populacho.

“El Aldeano y Aldeana pervertidos, o los peligros de la ciudad”, que constan de cuatro tomos, son, según el conde de Tilly, algo así como “Les liaisons dangereuses” de las clases sociales inferiores: un documento fehaciente que proclama la triste verdad de que la virtud, sometida a perpetuo contacto con el vicio, acaba por ser necesariamente aniquilada.

En una categoría semejante se podría colocar “Le Pied de Fanchette”, historia de una modistilla de la calle Saint-Denis, cuyo diminuto pie había seducido a Rétif. En general, Rétif es un fetichista declarado del pie de la mujer. Sentía una fanática pasión por los pies breves y los zapatos bonitos de las damas. Por eso, el pie de Fanchette constituye el verdadero protagonista de esta novela. “Su pie —escribe—, su piececito, que hará volver tantas cabezas a su paso, se calzaba con un zapato color rosa, tan bien trabajado, tan digno de encerrar en sí un pie tan precioso, que mis ojos, una vez que se fijaron en aquel pie encantador, ya no se pudieron apartar de él... ¡Pie bello!, susurré en voz baja: tú no huellas los tapices de Persia y de Turquía; nada te libra de la fatiga de llevar sobre tí un cuerpo que podría ser la envidia de las Gracias; andas solo por el mundo, pie breve, pero vas a tener un trono en mi corazón.”

Rétif nos suministra también en sus notas la historia de los más bellos pies femeninos. Los “piececitos”, enfundados en zapatos primorosos, como joyas en su estuche, aparecen continuamente en todas sus obras. Un día, vio a la “Fanchette” real, de carne y hueso, en la calle de Saint-Denis y su pie, “prodigio de pequeñez”, le inspiró el tema de su novela.

El libro de Rétif que recuerda más que ningún otro las obras del marqués de Sade, es “Ingénue Saxancour ou La Femme Séparée” (tres tomos), que, al decir de él, es la historia de su hija y de su propio y desgraciado matrimonio. Rétif sobrepasa en este libro “las fronteras del más descarado cinismo” y el propio autor confiesa que se encontrará en esta obra, claramente llamado por su nombre, “todo eso que tiene su asiento en el mundo de los horrores”. La desventurada esposa se ve sometida, una vez consumado el matrimonio, a todos los caprichos de un libidinoso e insaciable marido y tiene que soportar sobre su carne las infamias y crueldades que le son infligidas por “su exacerbado verdugo” para procurarse el placer. (Vale recordar a este respecto que Alejandro

Dumas, padre, cuando publicó en 1851, por instigación de Paul Lacroix y en “Le Siècle”, un relato titulado “Ingénue”, en el que Rétif y su hija Agnes eran los protagonistas, fue denunciado por la familia de Rétif de la Bretonne y condenado a una multa.)

Silenciamos algunas otras obritas de este autor que, tanto por su forma como por su fondo, no pueden ser clasificadas propiamente entre las pertenecientes a las bellas letras. Pero sí recordaremos en esta rápida ojeada a la literatura erótica y contemporánea de Sade dos poemas que fueron popularísimos en el siglo dieciocho. Uno de ellos es el titulado “La Foutromanie”, modelo de lubricidad, que apareció en 1755 y cuyo autor es Sénac de Meilhan, a quien se atribuye también “El Portero de los Cartujos”. “Foutromanie” está dividido en seis cantos y cada uno de ellos consta de trescientos versos. Cuando se publicó, el escándalo que se produjo fue tal, que el censor Le Noir recibió órdenes estrictas del gobierno para que lo hiciera retirar inmediatamente de la circulación. Pero, a pesar de tan severa medida, se vendieron varios ejemplares y algunos de ellos nada menos que al elevado precio de nueve libras.

La “Foutromanie” consiste, según su autor, en la felicidad que experimentaron los dioses al sacudir el fastidio de su lado por medio del abandono de la moral. Pero también hace felices a los hombres, como lo prueba en seguida con ejemplos. El poeta comienza la enumeración de los bienaventurados por mademoiselle Dubois, actriz de la Comedia Francesa. Le siguen a continuación las damas Arnoux y Clairon, esta última emparejada con el conde de Valbeile. Después vienen madame Allard con el duque de Mazarino y la cantante Vestrisy que se convierte en la sibarita más insaciable del refocilo sexual. Al acabar el primer canto, aparecen en escena duques y grandes damas de la Corte entregándose a las delicias de la carne con sus lacayos. La ardiente lubricidad de la vieja Polignac de Paulien es minuciosamente descrita en último término.

El segundo canto comienza con la descripción de las bellezas corporales de una joven novicia que se sacrifica a la pasión de un muchacho pervertido. En seguida, se intercala una poesía titulada “Padre Crisóstomo”, referente a los escándalos de los conventos. Detrás viene un hombre atacado de satiriasis que se introduce furtivamente en un convento de monjas. Luego, hay un ataque rudísimo contra el tribadismo y la pederastía —cuya introducción en Francia se achaca al viejo conde de Elboeuf— y concluye con una larga y recia digresión acerca de las jugarretas de la sífilis.

El tercer canto está casi todo él encaminado a demostrar el papel que aquella terrible enfermedad juega en el amor. Primero se hacen grandes alabanzas sobre los métodos curativos empleados hasta la fecha para atacar “el mal galante”; se celebra después a los “héroes de la sífilis”, particularmente a los altos personajes que han sido víctimas de ella y, al cabo de una serie de descripciones altamente indecorosas sobre el duque de Orléans y de madame de Montesson, el autor revela el lío amoroso existente entre la duquesa de Orléans y monsieurs de l’Aigle y de Molfort, a los cuales la duquesa transmite “el mal de Nápoles”. El Príncipe de Beauffremont cae en desgracia por haber tenido comercios carnales con un suizo. Y, finalmente, termina con una alabanza al Aretino, “inventor de las “poses” plásticas”.

El canto cuarto es un himno en honor del burdel. Las ilustres Celestinas y todos los huéspedes famosos de las casas de lenocinio de París son allí citados por sus nombres: las Paris, las Garlier, las Rokington, las Montigny, las Lericourt y las Gourdan. Vienen, después, las saturnales celebradas en los establecimientos de lujo. “El lecho y la mesa” se suceden en aquellos versos sin descanso, defendiendo el autor, por esta causa, la teoría de que los alemanes deben ser más afectos que los franceses a la “Foutromanie”. En cambio, dice pestes de Italia, donde perdió su dinero y su salud.

En el canto quinto anima a los “sifilióforos” a que pierdan su terror a la terrible enfermedad, ya que —asevera— no todas las mujeres de la vida están atacadas de ese mal. Montesquieu lo tuvo, así como Rousseau y Marmontel. Viene seguidamente un gran elogio de Dorat, “poeta futrómano”. Una digresión sobre los holandeses por el hecho de que no se interesan más que por el oro de sus bolsas. Pintura de prelados impúdicos. Luego, otras alusiones atrevidas a las emperatrices María Teresa y Catalina de Rusia, así como al rey de Polonia y a la reina de Dinamarca. Pero se lamenta de que “mesdames de France”, tías de Luis XV, continúen solteronas, perdiéndose por ello el manjar más sabroso de la tierra. Finalmente, se inserta un florido elogio de Agyrony, inventor de un tratamiento popular contra la sífilis, que sirvió para curar “el mal galante” al propio autor del poema. Y acaba proclamando a la “Foutromanie” como el alma del universo.

El otro poema, no menos célebre, lleva por título: “Parapilla” y es, en buenas cuentas, una traducción del original italiano que se conoce por “Il Cazzo” (fallus), palabra que cierto eclesiástico de

alto rango tiene siempre en el poema a flor de labio. Y cuando un cortesano le hace notar lo impropio de esa palabra, el malhablado responde: “cazzo, cazzo; voy a repetirlo hasta que ese vocablo pierda toda su indecencia”.

En francés, el poema consta de cinco cantos y el tema puede sintetizarse así: Rodríguez ha obtenido del cielo, como premio, cierto artefacto misterioso que hace la felicidad de todas las mujeres. El primer ensayo lo realiza en Florencia con la célebre doña Capponi. Luego, el artefacto se desliza en un claustro y viene a caer en manos de Lucrecia Borgia, hija del papa Alejandro VI. En el pasaje siguiente el autor nos transporta a Roma para hacernos presenciar las orgías que allí se están celebrando en los aristocráticos palacios y acaba con una conversación del más subido color entre una muchacha y un empingorotado personaje a quien todos conocen en Europa.

Hemos repasado así las principales obras de literatura erótica pertenecientes al siglo dieciocho francés. Y huelga insistir en que su influencia sobre las costumbres fue inmensa, aterradora. El propio Sade pudo darse cuenta de ello e incluso ha dejado un excelente testimonio de primera mano que revela hasta qué punto había él comprendido la importancia de toda esta literatura pornográfica. Escribe: “El epicureismo de las Ninon de Lenclos, de las Marión de Lorme, de las Marquesas de Sevigné y de Lafare, de las Chaulien y las St. Evreniont, de toda esa encantadora sociedad de mujeres, en fin, que como representantes de las languideces de la diosa Citerea, comenzó a pensar, como Buffon, “que nada había de sabroso en el amor si no era el placer carnal”, hizo cambiar en seguida el estilo literario de la antigüedad clásica. Los escritores de este siglo comprendieron que las ñoñerías no podrían divertir a una época pervertida por la Regencia, una época recién libertada de las locuras caballerescas, de las extravagancias religiosas y de la adoración de las mujeres; encontraron más sencillo divertir a esas mujeres y corromperlas, antes que servirlas y enseñarlas. Crearon entonces hechos nuevos, escenas, conversaciones más en consonancia con el espíritu del día; envolvieron el cinismo y la inmoralidad en un estilo suave y agradable, algunas veces incluso filosófico, y ya que no instruyen a los públicos, por lo menos los deleitan”.

9. EL ARTE

EL arte francés del siglo dieciocho fue también un fiel espejo de su tiempo. La arquitectura, la pintura, el teatro y la coreografía no tuvieron otro objeto que el de excitar la sensualidad. El célebre “rococó” representaba la exaltación artificial de los sentidos, ofreciendo un placer especial por medio de aquellas ornamentaciones archi-recargadas, de líneas caprichosamente entrelazadas y ondulantes, así como de pinturas con escenas lascivas y rozagantes desnudeces.

Georges Brandes trazó un admirable cuadro acerca de las artes plásticas —y principalmente, de la arquitectura— en el siglo XVIII. “En la arquitectura de Luis XV —escribe— se trató de materializar lo imponente, la soberbia en el estilo. Por encima de la comodidad y del confort primaban una fría pompa y una rígida etiqueta. Quien haya visto el dormitorio de Luis XIV en Versalles reconocerá que se trata de una cámara escasamente confortable. Pero, bien pronto, todo aquello cambia. Los salones majestuosos pero inhabitables son reemplazados por “casitas”, tales como las que poseería después todo hombre de mundo, a fin de esconder en ellas una vida de aturdimiento y desenfreno. Por eso, las grandes proporciones, así como la pureza y la claridad en los efectos de las masas, desaparecieron en la arquitectura. Los esfuerzos se concentran en luchar contra la dureza y la pesadez de la piedra, en quebrar la rigurosidad de las líneas; todo se torna redondo y abultado; los ángulos llevan el signo de la extravagancia y de la petulancia en los gustos. En la arquitectura, como en la escultura, el estilo barroco llega en el siglo dieciocho a su apogeo. Por donde se extienda la vista no se encuentran más que Amores y Gracias, repetidos hasta el infinito como en los dibujos que ilustran las “Poesías Fugitivas” de Voltaire. En los jardines y entre las cantarinas cascadas, Pan, el de las patas caprinas, oprime entre sus brazos membrudos a ninfas esbeltas y blancas. En la pintura, se repiten esas escenas campestres cuyo lejano modelo es el Jardín de los Amores, realizado por Rubens; pero en vez de la plena alegría de la vida y de las figuras macizas que surgen de la paleta de aquel pintor, sólo entrevemos aquí formas vigorosas, delicadas y sutiles, trocadas en puro aliento y vestidas con capri-

chosos vestidos. En lugar de una vigorosa sensualidad, asoma allí un impotente juego erótico, mezcla de intrascendente flirt y de cuchicheo dibujándose siempre sobre un fondo de arboledas en sombra, de escondites, de voluptuosas estatuas y de melosas praderas. Bajo Luis XIV todos los vestidos habían sido pobres y raídos; se llevaban largos cuellos y hasta los jubones y las blusas aparecían desgastados y con las mangas almidonadas en tal forma que ni uno solo de sus pliegues permitía el menor movimiento. La incómoda peluca hacía necesaria una vestimenta grave y mesurada. Bajo la Regencia, en cambio, todo tendió hacia la comodidad perfecta. Los deshilachados ribetes y dobladillos desaparecieron; en lugar de las pelucas, aparecen las cabelleras empolvadas y peinadas con tiesura; y en todos los aspectos de la vida, ya fuese en el vestir, ya en el de acomodarse en una casa, priman la desenvoltura y la comodidad. El tiempo era sólo algo digno de ser matado alegremente en el “boudoir”. Así como se habían introducido el café y el té del Oriente, se introdujo también el diván oriental, esos divanes tan muelles y tentadores que suministrarían a Crébillon, hijo, el título de su relato más famoso y que tan frecuentemente aparecen también en las novelas de Sade sustituyendo a los lechos. El sillón bien relleno y ahuecado arrincona al sillón liso y duro o a la escueta silla de brazos del pasado, aquel mueble incomodísimo de perpendicular respaldo. El adorno de la casa consiste en cortinajes de seda que tamizan voluptuosamente la luz, en espejos de cuerpo entero con marcos sobredorados, en relojes de pared con ricas incrustaciones y en toda suerte de muebles recargadísimos de adornos. Las habitaciones huelen siempre a perfumes enervantes. Es el siglo del placer”.

La pintura expresa más concretamente aún que la arquitectura el carácter de aquel siglo. El deseo de innovar, de excitar el apetito estragado, inspiró a los artistas del “dix-huitième” un refinado talento inventivo. Boucher, Wateau, Fragonard, Lancret, el “pintor de las fiestas galantes”, desdeñaron la simple e ingenua desnudez de las diosas de un Lebrun y de un Nicolás Mignard. Sus “bañistas” y sus “pastoras” no son ya figuras mitológicas, sino mujeres de vida alegre parisienses que se dejan ver completamente desnudas por los espectadores, bien en el baño, bien sobre el terciopelo del diván. Estas presuntas náyades y coquetas pastorcitas con el cuello descubierto, con los vestidos más o menos levantados, son mujeres de la época, damiselas “bien conocidas en las *soirées* del Trianon y de Luciennes”.

Si la glorificación de los placeres sexuales produce ya, desde las páginas impresas de un libro, una notoria excitación —muy buscada por lo mismo durante el siglo XVIII—, la representación figurada por medio del color y del pincel tenía que actuar sobre los sentidos de una manera mil veces más intensa. Por eso fue tan estimada en el siglo dieciocho. “El realismo en la pintura —dice Cénac Moncaut— ejercía una funesta influencia sobre la juventud y sobreexcitaba todos sus instintos sexuales.” Y así, el marqués de Sade, que enumera en sus novelas todo aquello que es susceptible de aumentar el refocilo sensual, hace gritar a Saint Fond al final de una salvaje orgía: “Ah, qué falta habría hecho aquí un dibujante para transmitir a la posteridad esta divina y sensual escena”.

Los pintores pornográficos no podían faltar, por consiguiente; se propagaron como una epidemia, inspirándose en las desnudeces de Fragonard y de Lancret. No era insólito el caso de que las cortesanas se hiciesen pintar desnudas y en una postura plástica cualquiera por sus amantes. La historia de O'Morphi, una de las amantes de Luis XV y asidua pupila del Parque de los Ciervos es lo suficientemente conocida para que tengamos que referirla nuevamente aquí, sí no es a título de ejemplo. El rey debió la “adquisición” de tal belleza al caballero Casanova, quien lo refiere con pormenores en sus “Memorias”. Durante una de aquellas de sus correrías en busca de goces sensuales, el vividor aventurero había trabado amistad con una actriz flamenca, llamada O'Morphi, una de cuyas hermanas se caracterizaba por su extraordinaria hermosura. Casanova se volvió loco por ella, hasta el extremo de que describe sus encantos en un lenguaje entusiasta. Ansioso de ver a la dueña de aquel cuerpo, siquiera fuese en pintura, la hizo retratar, mediante la suma de seis luises de oro, por un pintor alemán “en una pose divina”. La pose en que el artista la reprodujo era, según el propio Casanova, además de “divina”, deliciosa”. Estaba “acostada sobre el vientre, apoyándose con los brazos y los senos en la almohada y su cabeza ligeramente vuelta, como si hubiera estado parcialmente echada sobre la espalda. El artista, muy hábil y de excelentes gustos, pintó su parte inferior con el máximo verismo, a tal extremo que nada podía pedirse de más bello”.

Un amigo de Casanova le expresó sus deseos de obtener una copia de aquel cuadro. La obtuvo, y al enseñársela en Versalles, monseñor de Saint-Quentin la encontró tan admirable que le faltó, en verdad, tiempo para mostrársela al rey. “Su muy cristiana ma-

jestad —continúa diciendo Casanova—, gran conocedor en estas materias, quiso persuadirse por sus propios ojos de si el pintor había retratado a la muchacha con absoluta fidelidad. Y si el original fuese tan hermoso como la copia, el nieto de San Luis... sabía bien el destino que le daría”. Y así fue como Casanova perdió a su amante, por obligada cesión al rey Luis XV, quien bien pronto la instaló en el “Parque de los Ciervos”, previo pago a la hermana mayor de la O’Morphi de una suma de mil luises.

Establecida en Versalles, la bella, al cabo de un año, tuvo un hijo que fue llevado, “como tantos otros... no se sabe dónde, ya que durante todo el tiempo que vivió la reina María jamás se supo el paradero de los hijos naturales de Luis XV”.

Casanova enseñó más tarde esta pintura famosa, en Aix, a una beata francesa con la cual había tenido cierta aventura galante, habiéndole gustado de tal manera que se hizo retratar por él en la misma audaz postura que la bella flamenca.

Según Parent-Duchatelet, durante todo aquel siglo y principalmente durante la Revolución francesa, se vendían dibujos y pinturas de una perversa lascivia en todos los burdeles de París sin que la policía moviera un dedo por impedirlo. Y sabido es que desde el año de 1790 al de 1793, se distribuían gratis a todos los clientes de las casas de lenocinio las caricaturas más infames de Luis XVI, de María Antonieta y de otros importantes personajes de la Corte. Se puede, por consiguiente, aseverar que las casas de mala nota contribuyeron poderosamente a desatar todas aquellas desgracias públicas que Francia experimentó durante la época del Terror. Y en ese mismo período era frecuente encontrar también imágenes semejantes, no ya solamente en las casas *non sanctas* sino en medio de las calles de París. Numerosos vendedores y revendedores de semejante mercancía la vendían sin empacho en las mismas galerías del Palais-Royal y en otros lugares frecuentados por el gran público sin que a nadie le sorprendiera aquel tráfico inmoral.

Excusado sería decir, después de esto, que las obras de literatura pornográfica aparecían abundantemente ilustradas con obscenos dibujos y que las novelas del marqués de Sade, especialmente, “se tenían por más deleitosas si llevaban una buena cantidad de estas atrevidas estampas”.

La “Crónica escandalosa” menciona un nuevo y extraño sistema de esa clase de pinturas que sólo la imaginación de un decrepito libertino en perpetua búsqueda de inéditos excitantes podría

haber ideado. Se trataba de “una obscenidad de nuevo género”, desconocido por completo hasta ese siglo, de un descubrimiento que, como se decía entonces, “haría época”. Nos referimos a las “chaquetas de sobremesa”. Como los justillos masculinos, según la moda de entonces, se llevaban abotonados hasta arriba, el pecho quedaba siempre invisible. Pero las nuevas “chaquetas de sobremesa” llevaban una falsa abotonadura y, durante las orgías de cierta clase, los libertinos no tenían más que tirar de una cintila para que su pecho quedara al descubierto y, entonces, sus Mesalinas podían ver trazados en ellos los más lúbricos dibujos, en los que ningún detalle se omitía por impúdico que fuese. Esta refinada invención torna ilusoria la sentencia bien conocida de Ben Akiba. La tendencia a poner en juego todos los elementos que pudiesen servir de incentivo a la sensualidad desenfrenada se manifestaba igualmente, aunque en un grado menor, en la escultura. Con los tres Coustou —dice Arsène Houssaye en su “Histoire de l’Art Français au 18ème siècle”— el arte escultórico cae en la franca pornografía. El desnudo, poco antes tan ingenuo y virginal, es bien pronto mancillado; el mármol se trueca en carne excitada y hay en él todos los estremecimientos y todas las tibiezas de los brazos y de los senos femeninos cuando se entregan al amor físico. Las muchachas son muchachas empalidecidas por la molicie y el lujo, cortesanas corrompidas que luego se convierten en bacantes en los racimos y bajorrelieves; son pecadoras de la corte de Luis XIV y de Luis XV, desde madame de Montespan a madame de Pompadour. El ilustre Houdon, expresión la más acabada del arte escultórico del “dix-huitième”, personificó en sus bustos todos los vicios, todas las pasiones y todos los rostros lúbricos de aquellas descomedidas cortesanas.” Sus “Dianas”, sus “Frinés” y sus “bañistas” muestran todas por igual una desnudez ultrasensual.

André Gretry, el principal exponente de la música francesa en el siglo XVIII y que, como hombre, “se dedicó a amar a cuantas muchachas y muchachuelas” se ponían a su alcance, tampoco demuestra en sus partituras otra verdadera pasión que la de la voluptuosidad, según lo reconoce y lo proclama Houssaye. Una circunstancia particular nos prueba hasta qué punto el marqués de Sade fue un neto producto de su época y cómo su arte y su personalidad sólo pueden ser interpretadas a través de ella. Nos referimos al prurito que sintió por el teatro, a la *mimomanía*, que era otra de las características del “dix-huitième”. No sólo escribió una gran cantidad de obras teatrales, sino que tomó frecuentemente

parte como comediante en representaciones de “amateurs”. La pasión por estas representaciones absorbió a Francia a lo largo del siglo XVIII adquiriendo una intensidad que, actualmente, se nos antoja incomprensible. En cada castillo, en cada casa acomodada, se consideraba indispensable tener un teatro doméstico o privado. “Cada procurador —escribe Bachaumont— quiere tener un escenario casero y hasta una “troupe” de comediantes para su propio solaz. El regusto por el teatro penetró hasta en los mismos círculos eclesiásticos. Y una célebre cortesana: la Pompadour, fue quien introdujo los espectáculos ofrecidos por “amateurs” en la corte de Luis XV.

Las obras teatrales habían adquirido, sobre todo durante el curso de la decena de años que precedió a la Revolución, un carácter cada vez más libertario. Algo hemos dicho ya sobre las comedias cuyo tema era la vida conventual. Poco antes de la Revolución y durante ella, un verdadero diluvio de esas comedias obscenas inundó los dominios de la realeza y de la misma iglesia. El número de obras pseudorevolucionarias fue también considerable. Las más atrevidas fueron: “El Triunfo de la Razón pública”, de Léonard Bourdon; “El Mausoleo de los impostores y la inauguración del templo de la verdad”, de Sylvain Maréchal; “El Enjuiciamiento último de los Reyes”, de Desbarreux; “Los poderosos torpedeados por la Montaña y la Razón o la Deportación de los Reyes de Europa”. En esta última obra se presentaba a los soberanos disputando entre sí por un pedazo de tierra. La emperatriz Catalina dice al Papa:

—¿Te has tragado tu pececillo, Santo Padre?

—Tú tienes unas tragaderas por donde los grandes peces pasan confortablemente —responde aquél.

Un poco más adelante, la emperatriz da un sopapo al rey de Prusia y éste le responde con un fuerte puntapié en las posaderas.

Por este patrón grosero se guían, más o menos, las bajezas y los discursos descarnados de aquellas obras de teatro.

El marqués de Sade ideó, sin embargo, otros modelos para las representaciones pornográficas que ofreció en Bicêtre y Charenton por sus compañeros de presidio. Había fundado allí el famoso “Théâtre Gaillard”, en el cual estrenaron hasta autores renombrados como Grandval, Caylus y Pirón. Sade no se limitaba en estas obras a expresar simples propósitos y a recomendar gestos impúdicos a los actores, sino que llevó sus audacias hasta extremos más concretos.

Todavía en 1791 existía un teatro público en el Palais-Royal, donde, según Mercier, un pseudo salvaje y una salvaje realizaban el acto de la cópula carnal en pleno estado de naturaleza y a la vista de un nutrido público de uno y otro sexo. ¡La cópula como espectáculo! Esto ya representaba algo para los aburridos y atrevidos “mirones” de la capital, cuyos representantes más típicos encontraremos más tarde en las novelas de Sade. El éxito fue lisonjero. El “salvaje” y la “salvaje” continuaron ofreciendo sus exhibiciones ante un público sobreexcitado y cada día más numeroso, hasta que el juez de paz decidió, por fin, intervenir y obligó a comparecer a su presencia a ambos actores, encontrándose entonces con la sorpresa de que el “salvaje” era un tipejo del faubourg de St. Antoine y la “salvaje” una vulgar ramera. El espectáculo fue, naturalmente, prohibido. Pero, gracias a la malévola curiosidad de los espectadores parisienses, el rufián y la ramera habían ganado ya una suma considerable de dinero.

Las actrices, las cantantes, las coristas y las bailarinas constituían el gran fondo de reserva de donde se nutría la prostitución parisiense, como se verá más adelante. Y, por lo mismo, los *foyers* de los teatros eran algo así como “los bazares” donde los donjuanes de toda laya y condición ejercitaban sus talentos para concertar citas e intrigas, como nos lo recuerda el aventurero Casanova en sus “Memorias”.

10. LA MODA

EN el siglo dieciocho era vulgar aquel aforismo que rezaba: “es necesario que los vicios reinen sobre el pueblo y que se propaguen entre él, ya que, de otro modo, es el pueblo quien quiere reinar sobre los nobles”. El vicio puede ser también “el opio con que se adormece al populacho”. Por consiguiente, los teatros, el lujo, los cabarets y los burdeles a montones debían servir a ese fin.

“Impunidad para la lujuria” era el santo y seña de aquel tiempo. Y detrás de los cabarets y de los burdeles, venían las modas; esas modas que tienen en Francia, como es ya axiomático, una importancia capital. Tanto los hombres como las mujeres debían llevar vestimentas que se acomodaran a la moral de los tiempos o,

lo que es lo mismo, que pusieran en evidencia las partes más incitantes del cuerpo, especialmente las posteriores. A tal objeto, hacían exhibiciones especiales y se celebraban fiestas en las que, yendo de audacia en audacia, las muchachas acababan por bailar completamente desnudas.

El papel que las modas representan en lo sexual es, según lo afirmaba el marqués de Sade por boca del ministro Saint Fond, en su "Julietta", el de actuar como poderoso excitante. Por eso, Saint Fond recomienda a la protagonista que se presente en público desnuda o semidesnuda a fin de acabar con los últimos restos del pudor.

Pero, como se ve por lo dicho, Sade tampoco hacía otra cosa que interpretar literariamente en este caso la realidad. El consejo de Saint Fond fue, en efecto, interpretado al pie de la letra y durante muchos años el desnudismo integral fue practicado en los teatros. "En la misma audacia del desnudo, había aún otras audacias con fines provocativos —dicen los hermanos Goncourt en su "Histoire de la Société française pendant le Directoire"—. Un Décadi por la tarde, del año V (1), dos mujeres se pasean por los Campos Elíseos cubiertas únicamente con un manto de gasa; otras dejan ver tranquilamente sus pechos por completo descubiertos. Ante tal exceso de impudicia plástica, la gritería estalla al fin. Y aquellas "griegas" en traje de estatuas son empujadas, entre pullas y apostrofes, hasta sus carruajes por la excitada multitud".

El vestido femenino en el siglo XVIII y aun los adornos de esos vestidos fueron inventados exclusivamente con vistas a despertar los deseos carnales. El estragado y fatigado gusto de los parisienses hizo que sobre las modas prevaleciesen las más extrañas fantasías. Jovencitos y jovencitas imaginaron que su deber consistía en corregir a la Naturaleza y darle una cumplida lección cambiando sus rubias o negras cabelleras por cabelleras blancas y empolvadas como las que ostenta la senectud. Los Goncourt describen con su insuperable estilo todas estas; continuas metamorfosis de la moda durante el siglo XVIII y hacen atildadas referencias a sus audaces invenciones, a sus refinados caprichos, a su insistencia en dejar al descubierto esta o la otra parte del cuerpo, a los peinados gigantescos de las damas, a los lunares postizos, a los calzados, a los

(1) Decadi equivale al décimo día de la semana republicana francesa, y el año V corresponde también a la nueva Era que pretendió instaurar la Revolución.

rosetones y a los lazos. La moda constituía un pretexto para las descocadas exhibiciones corporales y rendía, además, homenaje a la actualidad. Así, después del proceso del padre Girard, se vieron aparecer las cintas “a la Cadière” y los bordados en que figuraban las escenas más salientes de aquel “affaire”. El “sistema Law” trajo como consecuencia los rosetones “del sistema”; y a las cintas “a la Cadière”, de comienzos del siglo, sucedieron, ya por el final del mismo, “los lacitos a la Cagliostro”.

Cuanto más se aproximaba la época revolucionaria, más se extremaban las desnudeces en la moda. El culto por la gasa y la admiración por los vestidos hechos exclusivamente de tules vaporosos prevalecieron sobre todos los demás. A tal punto, que los atavíos de “las diosas de la Razón” acabaron por ser completamente transparentes. El vestido se iba recortando más y más sobre la espalda y el pecho, acabando por dejar al descubierto los senos y los brazos. Después, les tocó el turno a las piernas y a los pies. Se pusieron en boga las correas ceñidas en torno de los tobillos desnudos —a la romana— y los anillos de oro en los dedos gordos del pie. Terpsícores de piernas al aire se paseaban impudicamente por los jardines públicos, vistiendo únicamente una túnica bajo la cual asomaban los muslos adornados con anillos de oro y de diamantes, según lo refieren los Goncourt. Un periodista que había asistido a la inauguración del Tivoli, cuenta que, en aquella oportunidad, numerosas “diosas” se presentaron con trajes tan vaporosos y sintéticos “que se podía ver cuanto se deseaba”. Y la baronesa de V... encontró un día en los Campos Elíseos a una de aquellas beldades en puro traje paradisiaco, paseando muy tranquila del brazo de un caballero (1).

Un reportero alemán que visitó a París por aquel tiempo, escribía: “vaya usted una vez siquiera al concierto de la calle Feydeau y se sentirá asombrado por la cantidad de joyas que llevan las mujeres. Examine usted más de cerca a estas resplandecientes criaturas y notará sin esfuerzo que, o no llevan camisa o que, si la llevan, es sólo a medias. Todo el brazo, el pecho y la espalda van al descubierto. Algunas de ellas, pareciéndoles todavía poco lo que enseñan, han abierto por uno o por ambos costados sus faldas de fino crepé, a fin de que usted pueda recrearse sin trabajo con la vista de sus lindos muslos. Pronto, la indecencia de estos vestidos llegará al *non plus ultra*. Madame Tallien se presentó en el último

(1) J. Renouvier: “Histoire de l’Art pendant la Révolution”.

gran baile de la Opera, no solamente con la cabeza, los senos y los brazos cubiertos de joyas, sino con los pies adornados con cintas, a la usanza romana, y en cada dedo gordo del pie llevaba un magnífico anillo de oro” (1).

Los vestidos a la griega que valieron el mote de “maravillosas” a quienes los llevaban fueron introducidos en París por Teresa Cabarrús, la querida de Tallien, después de haberse exhibido ya en público, durante la época del Terror en Burdeos, con un vestido ultrafrívolo. Haciendo justo *pendant* con estas “maravillosas”, había una casta de hombres apodados “los increíbles”, por aquello de que se vistieran con arreglo a los dictados de la más manifiesta fealdad. Esto era debido a que, durante la Revolución, no era la belleza, sino la virilidad y hasta la fuerza bruta y muscular lo que se estimaba como el supremo bien. Los atildados donjuanes se trocaron entonces en Hércules y, consecuentemente, la voluptuosidad se convirtió en brutalidad.

También las tendencias sexuales pervertidas encontraron durante el siglo dieciocho su suprema y acabada expresión, como era lógico, en la moda. La pederastia, extendidísima y ejercitada a todo evento y sin tapujos, trajo como consecuencia aquella extraña moda que se llamó el “*derrière* de París”. La explicación de tal mote es sencilla. Se debía a que “esa singular parte del cuerpo, tan mal-famada y vulgar desde otros puntos de vista, tiene la notoria propiedad de excitar fuertemente la sensualidad” y, como las mujeres públicas se percataron de ello, bien pronto idearon la manera de exhibirla con un descaro tan provocativo y marcando tan netamente todas las formas mediante un juego perfectamente calculado al caminar, “que era forzoso volver la cabeza para verlas”.

Aquella moda de exhibir tan abiertamente las nalgas —y a propósito de la cual dice Dulaure que las que la llevan se asemejan a “la Venus Hotentote”— estaba en pleno apogeo durante el reinado de Luis XVI.

Por su parte, el tribadismo, al ir ganando terreno igualmente día a día, logró implantar otra moda sorprendente. Las lesbianas, con fuertes inclinaciones masculinas, se habían multiplicado prodigiosamente durante la época del Terror. La “virago” resultaba un tipo común y corriente en las calles parisienses. Y, por supuesto, llevaba una vestimenta apropiada. Mercier cuenta que “había oído decir, en una tienda —donde se hablaba de líos y de modas— que

(1) W. Rudeck: “Histoire de la moral publique en Allemagne”.

fueron las lesbianas quienes impusieron la costumbre de peinarse “a la garçon”, la de llevar sombreros masculinos y rebajar los tacones de los zapatos hasta dejarlos casi completamente planos”.

11. LA PROSTITUCIÓN

EL marqués de Sade se documentó para escribir sus dos novelas “Justina” y “Julieta”, en París. Fue, indudablemente, en esa ciudad donde experimentó e imaginó todo o casi todo lo que en esos libros relata. Los materiales se los suministró la realidad de la capital de Francia. Y por eso, resulta muy sencillo rastrear, como hechos ciertos y conocidos en París, muchas escenas descritas por él en ambas obras.

Porque el París que Sade vivió y conoció era aquel del cual dijo Montesquieu en sus “Cartas Persas” “que es la ciudad más sensual del mundo y donde se inventan los placeres más raros”. Casi todas las descripciones de los grandes burdeles que aparecen en los escritos de Sade se refieren directamente a casas públicas parisienses e, igualmente, la gran mayoría de los protagonistas de sus novelas son mujeres de vida alegre, recortadas sobre modelos auténticos. Por consiguiente, se hace indispensable una previa pintura de la realidad de París para hacerle comprensible.

El marqués de Sade alude en “Julieta” al burdel de la Duvergier, situado en un faubourg de París. Era un lupanar doble que “servía igualmente para hombres y para mujeres”. En el interior de la casa, que se alzaba, solitaria, en el centro de un hermoso jardín, la Duvergier tenía a su servicio un cocinero especial y varios criados, y contaba, además, con bodegas bien repletas de licores y con encantadoras muchachas cuyos honorarios por cada entrevista se elevaban a diez luises de oro. La mansión tenía dos salidas contrapuestas: una en el testero y otra en la parte posterior, de tal manera que las visitas pudieran entrar y salir en forma discreta y sin temor a ser vistas.

El mobiliario era agradable y lujosísimo y, en los “boudoirs” se respiraba tanta voluptuosidad como distinción. Desprovista de moral y de melindres religiosos, pero apoyada por la policía, la Duvergier, en su calidad de proveedora de sabrosa mercancía a personajes de alto vuelo, podía permitirse extraordinarias liber-

tades y cometer impunemente toda suerte de atrocidades. Su burdel se veía frecuentado por príncipes, nobles y ricos burgueses, quienes se cuidaban de arreglarle sus asuntos en las esferas policiacas.

Cuando, más tarde, Julieta instala por su cuenta en París una casa pública, con arreglo al modelo de la que le ofrece la de la Duvergier, seis Celestinas se encargarán de buscarle bellas muchachitas, no sólo en París sino en provincias. Como en la otra, hay en esta casa pública de Julieta, magníficas salas de recepción, penumbrosas habitaciones, galerías, *boudoirs*, “gabinetes de ayuda” y harenes o serrallos, como los llama Sade, donde las víctimas de uno y otro sexo son instruidas y entrenadas para convertirse en bestezuelas de placer. Víctimas, en general, inocentes y que, ya sea por la fuerza o por la astucia, han sido arrebatadas a sus familiares. La secreta protección de la policía facilitaba la tarea. ¡Y allí, a ese lupanar de lujo, era adonde iba a celebrar sus horribles bacanales todo el mundo distinguido de la capital, en terrible y repugnante mezcolanza con verdugos, asesinos, presidiarios y flageladores!

Pero ¿cómo podría causar extrañeza todo esto si aquellos lupanares eran tan sólo una copia del que la misma realeza sostenía por su cuenta en el “Parque de los Ciervos”?

Alcide Bonneau apunta la hipótesis de que fue el “Parque de los Ciervos” el que sirvió de modelo al marqués de Sade para las pinturas de lupanares que insertó en la “Julieta” y aun para las que, como mera repetición, vuelve a incluir en “Justina”. No hemos encontrado huellas probatorias de tal aserto, pero de lo que no cabe duda, es de que el marqués estudió los prostíbulos de París hasta en sus más mínimos detalles y que, en consecuencia, se limitó a trasladar a sus novelas exactamente lo que había visto. Con gran conocimiento de causa cuenta Sade verdaderas “maravillas” acerca de lo que en tales lugares ocurría. Ahora bien; como Sade tenía 34 años cuando murió Luis XV, puede asegurarse con relativa certeza que conocería el “Parque de los Ciervos” personal y directamente. El autor alemán que hemos citado en otros pasajes y que le atribuye nada menos que el cargo de “*maître de plaisir*” de Luis XV, nos asegura que Sade adquirió sus informes de fuentes auténticas, pero no dice que fuese precisamente en el “Parque de los Ciervos”.

La casa de lenocinio más célebre de París durante el siglo dieciocho, la más visitada y la más insistentemente citada por los autores contemporáneos fue, sin duda, la de madame Gourdan. Estaba en la calle de Deux Portes y se la consideró, tanto bajo el reinado de Luis XV como bajo el de Luis XVI, “como el garito de

la corte” e igualmente como el lugar obligado donde iban a parar cuantos ricos extranjeros llegaban a París.

Dicha casa se distinguía tanto por sus disposiciones especiales como por el lujo, ya que todo estaba allí enderezado a satisfacer hasta los más triviales deseos y caprichos de los visitantes y de las visitantes. Pero lo más llamativo de ella era, desde luego, el “serrallo”. El serrallo era una vasta sala de recepción custodiada por “un lucido cuerpo de guardia”, consistente en una o dos docenas de muchachas que tenían la consigna de permanecer siempre firmes en sus puestos para acatar las insinuaciones de la clientela. Era allí también donde se acordaban los detalles sobre el precio y las labores. Todo estaba reglamentado con escrupulosa exactitud. “¡Considérese qué indecencias se contratarían en semejante salón, qué horrores e infamias se cometerían en tal sitio!” —exclama, indignado, Pidanzat de Mairobert al llegar a este punto. Y su indignación se explica.

Este “serrallo” de la Gourdan es, incuestionablemente, el que sirvió de modelo a Sade en sus novelas. El marqués, lo mismo que aquella elegante Celestina, hace estipular frecuentemente en salones como ése el precio de venta del amor, así como la clase de complacencias demandadas por los alegres visitantes.

Venía luego “La Piscina”, un cuarto de baño donde eran introducidas en primer término las muchachas raptadas en las provincias y en París por los agentes de la Gourdan. Allí se les daba un buen baño, se les suavizaba la piel y se les perfumaba y empolvaba con cosméticos y esencias de toda clase. Allí también, y muy a la mano, se encontraba la llamada “agua de doncella”, un fortísimo astringente, por medio del cual madame Gourdan “reparaba las bellezas más averiadas”.

El marqués de Sade —y ello prueba una vez más que sus escritos son mera transcripción de lo visto— menciona frecuentemente este “noble remedio” ideado por la Gourdan y se lo hace usar a sus heroínas, como lo veremos al hablar de los cosméticos y los afrodisíacos. Se guardaba también en “Las Piscina” la llamada “esencia para uso de monstruos”, un extracto poderoso de hierbas que, por su penetrante olor, devolvía la virilidad a quienes la habían perdido y sobreexcitaba a los más bravos hasta el extremo de hacerles cometer increíbles “crueldades”. Tal específico, atribuido al doctor Guilbert de Préval —charlatán al cual nos referiremos más adelante con espacio— era, según aseveran los escritores que lo usaron, una medicina milagrosa, ya que servía al mismo tiempo para preservar,

para hacer el diagnóstico de las enfermedades venéreas y para curarlas. Por consiguiente, madame Gourdan inyectaba una pequeña cantidad de esta panacea farmacéutica a las muchachas recién llegadas a su casa a fin de verificar su positivo estado de salud. Era lo que, irónicamente podríamos denominar hoy, una especie de penicilina del siglo XVIII. ¡Qué habrá de nuevo en este pícaro mundo!

Más tarde, venía el cuarto de “toilette” donde las alumnas de aquel colegio dedicado a Venus se sometían obedientes a un segundo procedimiento preparatorio de muy difícil descripción en estas líneas. Finalmente, venía “el salón de baile”. Una cámara secreta cuya entrada daba a la casa de un comerciante que convivía con la Gourdan, facilitaba el acceso de quienes, por su significación personal, no osaban penetrar por las puertas ordinarias. Altos personajes y gentes de toga, así como las damas de alto coturno entraban en el lupanar pasando ocultamente por la citada cámara. Había allí toda clase de vestimentas y disfraces apropiados y, a su capricho, el eclesiástico podía vestirse de seglar, el magistrado de militar y las damas, de cocineras o de simples provincianas. La Gourdan no descuidaba detalle y sus ricachonas dientas encontraban en seguida “un vigoroso galán reclutado en la campiña” y que, creyendo de buena fe que iba a correr una aventura con una mujer de su igual —sin saber que se trataba de una dama disfrazada— “no se esforzaba ciertamente en suavizar sus expresiones verbales ni en atemperar su ímpetu”. Era cabalmente lo que deseaban las viciosas visitantes.

A continuación venía la “enfermería”. Era la habitación destinada a los hombres escasamente viriles, cuyas fuerzas se trataba de restablecer por todos los medios imaginables. Una suave luz caía desde lo alto; pinturas y grabados pornográficos adornaban las paredes; en los rincones se veían esculturas del mismo género y encima de las mesas se apilaba toda una inagotable mercancía de libros provocativos. En el fondo de una alcoba había un diván de satén negro, y sobre el techo y a todo lo largo de las paredes laterales estaban instalados unos enormes espejos que reflejaban, no sólo los objetos todos del incitante “boudoir”, sino hasta el mismo diván y cuanto en él sucedía. látigos de áspera crin servían para la flagelación y a los clientes más enfermos se les suministraban ciertas grageas de diferentes colores a granel, aunque una sola de ellas, según respetables testimonios, fuese más que suficiente para cambiar en un león a un corderillo. Tales grageas recibían el nombre de “pastillas a la Richelieu”, debido a que este alto personaje, para

quien fueron inventadas, se las suministró a muchas mujeres a guisa de afrodisíaco.

En la “enfermería” se había pensado también en las mujeres. Para ellas había una gran provisión de bolitas de piedra, llamadas “manzanas de amor” que, bien colocadas en su sitio, parece que tenían propiedades semejantes, respecto del sexo femenino, a las atribuidas a las pastillas Richelieu en el caso de los hombres. Mairobert no sabe explicar concretamente “si los químicos habían analizado esta piedra”, pero dice que “se la supone compuesta y que los chinos hacen de ella grande uso”. También se exhibían allí otros artefactos que se dicen inventados en los colegios de muchachas y con la venta de los cuales, la Gourdan hacía pingües ganancias. Por lo menos, entre su correspondencia se hallaron numerosas cartas de mujeres en las que le solicitaban el rápido envío de semejante artefacto, fuese cual fuese su costo. ¡Hasta tal punto llegaba en esas fechas la corrupción de las costumbres!

La Gourdan vendía también para los hombres unos grandes anillos negros, llamados “ayudas”, cuya misión describen morosamente los cronistas. Por último, se vendía allí toda una bien surtida colección de “levitas de Inglaterra” y que, diciéndolo con Mairobert, “son instrumentos que se utilizan como escudos contra los dardos envenenados del amor sin lograr otro resultado que el de restar intensidad a los goces”. A Mairobert, precisamente, se le atribuyó durante mucho tiempo aquella famosa definición, según la cual estos artefactos “son una coraza contra el gozo y una tela de araña contra el peligro”. Pero ahora ha venido a descubrirse que mucho tiempo antes que él, una mujer, madame de Sevigné, había escrito en una de sus cartas, taxativa y literalmente que, las *levitas de Inglaterra* eran “cuirasses contre la volupté et toile d’araignée contre le mal”.

En casa de la Gourdan había otra sala denominada “el cuarto de escucha”. Se trataba de un sotabanco oscuro en cuyas paredes había diseminadas numerosas mirillas hábilmente disimuladas, así como unos audífonos especiales e igualmente “camouflados” a través de los cuales podía oírse y verse todo lo que pasaba en el resto de la casa. La Gourdan tenía así un excelente punto avanzado de escucha, y sus clientes un maravilloso “balcón” desde el que podían distraerse y divertirse a su placer con los placeres de los otros.

El llamado “Salón de Vulcano” se caracterizaba por tener en el mismo centro un sillón de la más extraña forma y de unos efectos aterradores. Tan pronto como alguien se sentaba en él, un disposi-

tivo especial lo hacía bascular y la persona sentada quedaba con las piernas en alto, separadas y fijadas por abrazaderas colocadas a ambos lados. Esta invención era debida a monsieur de Fronsac, hijo de Richelieu, quien se servía de una mágica silla como aquella para aprovecharse sin trabajo de las mujeres que se oponían a su insaciable lascivia. Fronsac, cuando no daban resultado sus palabras, se limitaba a sentarlas en el sillón y a violarlas. Ciertamente es que aquella infame villanía le valió ser desterrado de la Corte, pero solamente fue por corto tiempo. A su regreso, continuó practicando la cruenta barrabasada sin volver a ser molestado por la policía.

El “Salón de Vulcano” estaba dispuesto de tal modo “que los llantos, los sollozos, las quejas y hasta los menores suspiros que en él se produjesen pudieran ser perfectamente escuchados desde los gabinetes contiguos. En las novelas de Sade encontraremos, como se verá, un invento de esta clase para dar mayor incentivo al vicio.

La Gourdan era, además, la principal proveedora de muchachitas para el gran público. Y como disponía de fuertes medios pecuniarios —sin contar con sus apoyos oficiales— estaba casi siempre en condiciones de satisfacer todos los pedidos. Poseía en Villiers-le-Bel una soberbia quinta, aislada en medio del bosque, a la que sólo iba muy de tarde en tarde, pero que le servía para atender a sus pupilas enfermas así como a las que quedaban encinta. Este rústico chalet era al mismo tiempo “el lugar más escondido” donde determinadas personalidades del gran mundo iban a celebrar sus sonadas farras. La mala fama de esta casa era tal que por ironía, los aldeanos de los contornos la llamaban “el convento”.

En París existían dos categorías de Celestinas. Las primeras eran las seductoras de la inocencia; las segundas, las proveedoras de chiquillas desposeídas ya de su doncellidad. Únicamente las primeras se exponían al castigo. Bien leve, por cierto, pues únicamente consistía en hacerles montar a contrapelo en un burro y darles así un paseíto ante el público. La Gourdan pertenecía a la segunda clase y aun parece que ponía un cuidado especial en que sus novicias fuesen prostitutas antes de entrar en su casa por cualquiera de los numerosos acólitos que tenía a su servicio a fin de eludir responsabilidades. Además, tales acólitos tenían la obligación de enviar a su señora un informe especificando con claridad todos los detalles corporales de la aspirante. Se ha conservado una carta de un inglés enviada a la Gourdan, en la cual se definen minuciosamente los encantos que debía poseer la personita requerida por él, y esto de-

muestra, por lógica, que madame Gourdan conocía previamente la conformación física de todo su personal.

En casa de la Gourdan se educaba también a las muchachas para aspirantas a entretenidas de los nobles. La gran carrera que más tarde haría la condesa Du Barry se debió precisamente a esa clase de educación administrada en el colegio de la Gourdan.

Pero también grandes damas de la aristocracia concurrían allí a recibir sus formidables lecciones. Una de éstas, madame de Oppy, fue capturada por la policía en 1766 en casa de la Gourdan mientras sustituía temporalmente, y por puro placer, a una de las pupilas que se hallaba ausente.

El 14 de noviembre de 1773, madame Gourdan pronunció en honor de su difunta colaboradora Justina París, una oración fúnebre que todavía puede leerse en “L’Espion Anglais” y que aparece tan intensamente impregnada de un espíritu sádico que no podemos resistir la tentación de ofrecer de ella un corto resumen. Las ideas expresadas en aquella fúnebre oración fueron inspiradas por el príncipe de Conti, uno de los más empedernidos vividores del viejo régimen, pero quien la escribió fue la propia Gourdan a fin de leerla durante una orgía en casa del propio Conti. “La Oración Fúnebre en honor de la muy alta y muy poderosa madame Justina París, Gran Diaconisa de Citerea, Pafos, Amatante”, etc., etc., como se titula, fue leída por la Gourdan “en presencia de todas las Ninfas de Venus” y llevaba este epígrafe singular:

*“La viruela — Oh, Dios Mío,
me ha agujereado todos los huesos”*

Es de advertir que la viruela era uno de los tantos nombres que recibía “el mal de Nápoles”.

La historia de Justina era recordada en el texto a grandes rasgos. Según parece, sus propios padres le indicaron, desde su propio lecho de muerte, cómo debía iniciar su carrera, haciendo del libertinaje el objeto formal y valedero de su porvenir. “Contad, hija mía, los días que no consagréis al placer por no existentes” —le dijeron.

Este consejo, que también puede encontrarse en todos los libros del marqués de Sade, fue puesto en práctica sin dilación ni empaños por Justina tan pronto como el ataúd de sus progenitores fue metido bajo tierra. Inmediatamente, entró en un burdel de París haciendo rapidísimos progresos en el servicio de Venus. A los pocos meses se enredó con el embajador de Turquía. Luego, vinie-

ron los viajes por Inglaterra, por España, por Alemania y Justina aprendió, durante ellos, a ser flemática con los ingleses, grave con los españoles y trascendental con los alemanes. Finalmente viajó a Roma, “la ciudad reina del mundo y el centro de la lujuria”. Recorrió de un extremo al otro la Península, aceptando invitaciones y gentilezas especiales de prelados, príncipes y nobles. Desgraciadamente, “el mal galante”, que era en ella hereditario, hacía su aparición de vez en cuando y aguaba un tanto sus festivales; pero, al retornar a París, esos males no fueron óbice para que prosiguiera su vida de ruidosas farras, para obtener nuevos triunfos y crearse una insuperable reputación como dueña de una casa de lenocinio. Al cabo, terminó sus días en un hospital, como no podía menos de suceder.

Este discurso fúnebre pronunciado por la Gourdan en honor de su cofrade, ¿habría sido desconocido por el marqués? No lo creemos. Por lo ráenos, es fácil identificar a la madame París que recorre Italia en la Julieta de Sade, que también marcha de triunfo en triunfo desde Florencia hasta Roma y desde allí a Nápoles, dejando detrás de sí una fama escandalosa de mujer pública por excelencia.

El galante aventurero Casanova, cuya autenticidad histórica ha sido demostrada en una forma concluyente, entre otros, por F. W. Barthold en su libro: “Les personages historiques dans les Mémoires de Jacques Casanova”, relata una visita que él hizo en 1750 al burdel de la París, llamado Hotel du Roule, y allí nos suministra un animado cuadro de la vida y las costumbres de estas casas de lenocinio parisienses en el siglo dieciocho que, por completar la descripción sistemática de la casa de la Gourdan, creemos oportuno transcribir aquí. “El Hotel du Roule —dice Casanova— era famoso en París y yo no lo conocía todavía. La dueña lo había amueblado con elegancia y tenía allí doce o catorce ninfas escogidas, con todas las comodidades que se hubieran podido desear: buena mesa, buenas camas, limpieza, soledad en los soberbios bosquecillos contiguos... Su cocinero era excelente y sus vinos exquisitos. Se llamaba madame Paris —nombre de guerra, por supuesto— pero que a todos gustaba. Protegida por la policía, se mantenía lo bastante alejada de París para estar segura de que quienes fuesen a visitar su establecimiento serían personas muy por encima de las de la clase media. El orden interior de aquella casa estaba reglamentado como una partitura musical y había una tarifa razonable para todos los placeres. Se pagaban seis francos por el almuerzo con una Ninfa, doce por la cena en la misma compañía y el doble por pasar allí la noche.”

Hagamos alto por un instante a fin de comprobar que esta pintura de Casanova concuerda, casi palabra por palabra, con la descripción del lupanar de la Duvergier en la “Julietta” de Sade. El establecimiento de la Duvergier tenía, como el de Justina París, “una aislada situación” en medio de “un jardín” y contaba también, como aquél, con un experto cocinero, con vinos exquisitos y estaba más o menos “tolerado por la policía”. Si consideramos que en las descripciones de los burdeles de la Gourdan y demás celestinas parisienses no se encuentra en parte alguna la mención de un cocinero, que las referencias son casi idénticas en Casanova y en Sade y, en fin, que Casanova murió en junio de 1798, después de haber dejado terminadas mucho tiempo atrás sus, Memorias en manuscrito; que él no podía utilizar, por consiguiente, para tales “Memorias” la “Julietta”, aparecida en 1797, y que no conoció tampoco al marqués de Sade; considerando todos estos hechos —decimos— se puede concluir con certidumbre que ambos autores, tan importantes para nosotros bajo el mismo aspecto como fuentes para la historia de la corrupción del “dix-huitième”, *pintaron el mismo prostíbulo con palabras casi idénticas*. El marqués de Sade habría descrito así, bajo el nombre de la Duvergier, las actividades íntimas de Justina París. Tenemos la convicción de que futuros investigadores añadirán a las analogías halladas por nosotros otras nuevas.

Se sigue de todo esto que las obras del marqués de Sade representan un documento valioso, no sólo para interpretar las costumbres depravadas de aquel siglo, sino también para la ciencia médica. Por eso este hombre despertó en nosotros inmediatamente el más vivo interés. Nos propusimos *comprenderle* para poder *explicarle*, y bien pronto adquirimos la persuasión de que los datos que suministraba no eran simples productos de su mente, sino fiel reflejo de una época. Comprendimos, igualmente, que Sade, como individuo, únicamente puede ser considerado e interpretado examinándolo como fenómeno histórico y no “rara avis” aparecida de improviso en aquel siglo inmoral.

Volvamos, al cabo de esta digresión, a los relatos de Casanova. “Tomamos —dice el donjuanesco aventurero— un fiacre y Patu ordenó al auriga: ¡A Caillot! Después de media hora de carrera, nos detuvimos ante una puerta cochera sobre la cual se leía: Hotel du Roule.

“La puerta estaba cerrada. Un suizo bigotudo apareció en una portezuela falsa y vino gravemente a examinarnos. Juzgándonos

gente de dinero, nos franqueó la puerta y entramos. Una mujer tuerta y como de alrededor de cincuenta años —aunque conservara todavía los restos de su pasada belleza— salió a recibirnos, y luego de habernos saludado con cortesía, nos preguntó si veníamos a cenar en su casa. Ante nuestra respuesta afirmativa, nos condujo a una hermosa sala donde vimos catorce muchachas, todas ellas bellas y vestidas con trajes de fina muselina. Al advertir nuestra presencia se levantaron e hicieron una reverencia llena de gracia. Todas eran, poco más o menos, de idéntica edad, las unas rubias, morenas o castañas las otras; de tal manera que había donde escoger para todos los gustos. Las revistamos lentamente dedicando a cada una algunas palabritas galantes y, al fin, hicimos nuestra elección. Las dos seleccionadas manifestaron su regocijo con un grito y nos besaron con una tal voluptuosidad, que un novicio en las lides amorosas habría quizá tomado aquellas caricias por verídica ternura. Luego, nos llevaron al jardín mientras se hacía la hora de que nos avisaran para cenar. Este jardín era amplio y estaba artísticamente distribuido para servir de incentivo a los placeres.

“Madame Paris nos dijo: “¡Vamos, señores, vamos: a gozar del aire fresco y de la seguridad... en todos los aspectos! Mi casa es el templo de la seguridad y de la salud”.

“La chiquilla que yo había escogido tenía algo de Carolina y esta circunstancia hizo que me pareciera más deliciosa. Pero cuando estábamos por la mitad del más dulce quehacer que en el mundo existe, nos llamaron para cenar. Nos sirvieron bastante bien; y la comida nos había arrastrado a nuevos lechos cuando, reloj en mano, apareció la tuerta de marras para prevenirnos que nuestro juego había concluido. El placer estaba reglamentado en aquella casa al minuto.”

Para terminar, diremos que Casanova y su amigo decidieron pasar la noche en el burdel.

La casa pública de la Richard, de la que se nos suministran tan interesantes datos en “L’Espion Anglais”, era otra de las más famosas de París y la principalmente frecuentada por eclesiásticos. Madame Richard había hecho su debut en la carrera amorosa con la seducción sistemática de confesores particularmente jóvenes. Esta especialidad de su erotomanía le sugirió la idea de abrir un establecimiento especial para tonsurados. Y a fe que tuvo éxito. En poco tiempo, madame Richard se convirtió en la proveedora de juvenil mercancía “para un seminario y muchos miembros de la curia”, según lo asevera el autor de “L’Espion Anglais”.

Otro de los lupanares más escandalosos fue el denominado “Casa de las Negras”. En Sade figura así: un tipo voluptuoso, en Venecia, lleva todos los días al establecimiento de Julieta dos negras, buscando la satisfacción carnal por el contraste entre la raza negra y la blanca. Negros y negras desempeñan también un gran papel en la cena *antropofágica* que se verifica en Venecia. En el castillo de Cardoville, en Grenoble, al que Justina fue arrastrada como víctima de aquel monstruoso libertino, dos negros lo reemplazan en sus funciones en su calidad de cómplices de las bacanales que allí se celebran diariamente. En “Alina y Valcourt” aparece también una licenciosa ilustración gráfica en la que se representa a tres mujeres y un hombre en “poses” desvergonzadas, en tanto que dos de los cuatro negros que se mantienen a los costados blanden sus mazas con un aire salvaje.

Tampoco los negros son una invención de Sade. En 1790 existía ya en París un burdel de mujeres de color. Primero, estuvo situado en la calle nueva de Montmorency, en el domicilio de una tal Isabel, y más tarde, fue trasladado a la calle Xaintonge, en una casa que perteneció a un individuo apellidado Marchand. Consta que estaba bien abastecido de negras, mestizas y mulatas. No había precios fijos, pero la mercadería de esta casa “era vendida como se venden los esclavos en caravanas”.

Fraxi supone que es propio de los franceses el gusto por las mujeres de raza negra. En todo caso, sabido es que, al presente, se encuentran en ciertos establecimientos parisienses y de provincias bellos ejemplares de hembras de ese color.

Remitiendo a nuestros lectores, para todo lo que se refiere a otros grandes burdeles del siglo dieciocho francés, a la célebre obra de Rétif de la Bretonne “Le Pornographe”, así como al libro “Les Bordels de Paris”, nos limitaremos a aludir ahora al existente en el faubourg St. Antoine donde, según Rétif, el duque de Orléans, el conde de Artois y otros altos personajes se entregaban a bacanales y crueldades fuera de medida y donde se cometían igualmente todas esas “bestialidades” que el marqués de Sade describiría más tarde en su “execrable novela”: “Justina o las Desgracias de la Virtud”.

Toda aquella enorme cantidad de lupanares no bastaba, sin embargo, a satisfacer las perversiones del “ancien régime”. Se juzgó, por consiguiente, necesario instalar el templo de los goces carnales en la propia casa. Y esta fue la razón de que los grandes señores y ricos libertinos de la época crearan para sí mismos, en las llamadas “casitas”, sus propios burdeles particulares, imitando

a las otras, a las grandes, en miniatura. Entre los potentados, no había uno que no tuviera su “casita” con unas cuantas “amigas” a su absoluta disposición. Esto se consideraba, por lo menos, de buen tono tanto entre los jóvenes como entre los viejos. Casanova conoció en París a un caballero octogenario, D’Azigni, “el deán de los petimetres” —como le llama él—, que se pintaba la cara con coloretos, usaba trajes floridos, se embadurnaba con pomada la peluca, se peinaba las cejas con tintes negros y llevaba encima toda una tienda de marfil. Pues bien; hasta este viejo “vividor” estaba “tiernamente amarrado a su querida, a la cual había comprado una “casita”, donde cenaba todas las noches en unión de otras “amiguitas”, todas jóvenes, todas encantadoras y capaces de dejar por él la más elegante sociedad”. (El marqués de Sade también poseía en 1772 su “petite maison” sobre la colina de Saint-Roche).

Existían, además, los llamados “clubes alegres secretos”. Todos esos clubes que Sade ha pintado bajo la denominación de “Sociedades de los amigos del Crimen” y todo lo que, desde ahora en adelante, designaremos nosotros con el término “misterio del vicio”, existía en la realidad. En París había clubes secretos, cuyos miembros se reunían para estudiar los matices más diversos del placer —poniendo, naturalmente, en práctica el resultado de sus estudios— y que contaban con *templos* adornados con estatuas de Príapo, de Safo y de otros muchos personajes que simbolizan los excesos carnales. Los socios de tales clubes usaban entre ellos un lenguaje especial y signos, también particulares, para reconocerse.

“La Isla de la Felicidad” o “La Orden de la Felicidad” o la “Sociedad de los hermafroditas” —que de todas estas maneras se llamaba— era el club más famoso de esta clase. Había sido fundado por un tal monsieur de Chambonas, según lo cuenta Dulaure. Dicha sociedad secreta hacía todas las designaciones, todo el ceremonial y todos los ritos externos “a la marinera” y dirigía sus cantos y sus invocaciones a San Nicolás. “Maestre”, “patrón”, “Jefe de Escuadra”, “Vicealmirante”, tales eran los títulos de los diversos grados que ostentaban los “caballeros” y “señoras” afiliados a la secta, y todos llevaban un ancla al lado del corazón y debían hacer solemne juramento de fidelidad y discreción eternas cuando eran llevados “a la Isla de la Sublime Felicidad”. En sus “asambleas más que galantes”, según dicen los hermanos Goncourt, se pronunciaban discursos audaces y obscenos.

Otra sociedad, llamada de los “Afroditas”, vivía rodeada de un gran misterio. Y a fin de que sus miembros no lo revelasen

jamás, les imponía un terrible juramento y cambiaba frecuentemente sus sitios de reunión. Aquí se daban a los varones nombres tomados del reino mineral y, a las mujeres, otros tomados del reino vegetal.

Mas, a pesar de todo esto, fue encontrado el manuscrito donde figuraban los reglamentos de una de estas sociedades, los signos de reconocimiento y la lista de los socios —con “sus nombres de placer”—, con lo que quedó todo al descubierto. Era la “Sociedad del Momento”. Dicho manuscrito nos ofrece una profunda lección acerca de las repelentes aberraciones sexuales a que sus socios se entregaban. Con razón los Goncourt denominan a estas asociaciones “las sociedades del cinismo”.

La secta “Anandryne”, celeberrimo club de lesbianas, formaba la cuarta sociedad pornográfica secreta. Celebraba sus orgías en “el templo de Vesta”. Un pasaje de Delbene nos explica el origen y la formación de todas esas extravagantes asociaciones. Es aquel en que asegura “que los vicios no deben ser suprimidos, y que basta con que se les rodee de un misterio lo suficientemente profundo para hacerles más apetecibles”.

La descripción del club secreto de “los amigos del Crimen” debida a la pluma de Sade, resulta una mera copia de los modelos que el marqués había conocido en el París de su tiempo. “Los amigos del crimen” tenían una imprenta secreta con doce escribas y cuatro lectores. Había en el local diversos “gabinetes de asistencia”, servidos por muchachas y muchachos que tenían la obligación de abandonarse a los caprichos de los visitantes. Se veían allí “jeringas, bidets, levitas de Inglaterra, ropas finas, jabones, perfumes y toallas”.

En los dos “serrallos” con que contaba la casa, había a disposición de quien llegase, muchachos, chicas, hombres y mujeres, así como animales cuya misión no era otra que la de satisfacer todas las más raras apetencias amorosas. El asesinato costaba cien escudos. La entrada en el salón principal de reunión había que hacerla desnudos y a los neófitos se les exigían ciertas prácticas repugnantes y de muy difícil descripción. Cuando fue recibida Julieta como miembro del club, se le preguntó si se avendría a cometer los crímenes y las impudicias que le fueron enumerados. Y sólo después de haber respondido afirmativamente, le fueron entregadas “las instrucciones para las mujeres”. Las saturnales realizadas en tal club se describirán más tarde, cuando hagamos el análisis de “Julieta”.

Creemos haber demostrado ya hasta el exceso por medio de la exposición hecha hasta aquí que el siglo XVIII, con su egoísmo y sus concupiscencias bestiales fue el siglo de la prostitución. La ramera fue adorada, idealizada, puesta en un plano superior al de la mujer honesta, y más cuanto más fuese capaz de procurar placeres y refinados goces. En la “Philosophie dans le Boudoir”, la novicia Eugenia pregunta a su institutriz en asuntos de amor, madame de St. Ange, “qué es una ramera”, palabra que la novicia oye pronunciar por vez primera. Y la profesora responde: “se llama de esta manera, hija mía, a las victimas de los extravíos de los hombres, siempre prestos a dejarse llevar por su temperamento o por su interés a los peores excesos; felices y respetables criaturas a quienes la sociedad señala como infames, pero a quienes corona la sociedad, ya que, siendo mucho más necesarias en la vida que las gazmoñas, tienen el coraje de sacrificar, para servirla, todo su cuerpo y las potencias enteras de su alma. ¡Vivan aquellas que creen que ese nombre les honra! Las ramera son mujeres verdaderamente amables y las únicas filósofas. En cuanto a mí, querida mía, que llevo doce años trabajando para merecer ese nombre, te aseguro que, en lugar de formalizarme, me divierto ejerciendo la profesión. Hay más: me gusta que me llamen de ese modo; tal injuria me deja la cabeza caliente y los pies fríos.” (Es lo que los hermanos Goncourt llaman “alegrarse de la pérdida de su buena reputación”, añadiendo que era el signo característico de las mujeres del siglo dieciocho).

Rétif de la Bretonne hace el panegírico siguiente de la prostitución en su “Monsieur Nicolás”: “si ustedes no pueden acostumbrarse a la *moniandria*, no se desesperen. Ustedes pueden ser todavía útiles. Por los escogidos placeres que ustedes proporcionarán, por las delicias que trae aparejadas su profesión, retengan a los hombres en el camino de la naturaleza y traten de impedir que se escapen con otras menos morales que ustedes o de perder la salud con las que sepan prodigarles menos cuidados. No sean nunca exigentes ni chismosas; piensen que las mujeres de su clase son un verdadero paraíso para el hombre, las verdaderas diaconisas del placer. ¡Respetémoslas!”.

Esta glorificación de las mujeres alegres tomó frecuentemente las formas más extravagantes. Así, cierto caballero de nombre Forges, expresó su vehemente anhelo de morir entre los brazos de una de ellas. Era un tipo que se había pasado toda la vida buscando alegría y felicidad en los lupanares y quería seguir gustándolas

en la hora de morir. Su deseo se cumplió, pues vino a fallecer en pleno acto sexual entre los brazos de una ramera.

Uno de los ejemplos más elocuentes acerca de la consideración de que gozaban esta clase de mujeres en el siglo dieciocho se refleja claramente en la conduela observada por la policía respecto de ellas. Ya hemos visto cómo el marqués de Sade hace proteger el burdel de la Duvergier por los guardias. Tal era, en efecto, el estado de cosas en la época en que se escribió “Julietta”, durante el régimen del Terror y aun bajo el Directorio. Durante la Regencia se había procedido a detener algunas de estas mujeres, a castigarlas e incluso a deportar a otras a Nueva Orleans. Basta tan sólo acordarse de “Manon Lescaut”, el célebre relato del abate Prévost, que inauguró, por otra parte, la glorificación de la muchacha alegre en la literatura francesa del “dix-huitième”. Pero aquella vigilancia cesó bien pronto y sólo alguna que otra mujer enferma fue enviada a Bicêtre. El famoso inspector de policía Marais tenía, es cierto, la obligación de enviar partes regulares al Rey Luis XV sobre cómo se desarrollaba la vida de la prostitución en París ⁽¹⁾. Pero, aparte de que tales informes sólo servían, según se ha visto, para divertir al soberano, no hubo jamás una vigilancia sistemática y eficaz.

Parent-Duchatelet, que registró los archivos de la policía de París correspondientes a los años comprendidos entre el 1724 y 1778, se vio obligado a decir “que la tolerancia de la administración pública en lo que se refiere a la prostitución era completa”, que no se mezclaba en nada, salvo en algunos casos graves, y que expedía autorizaciones que sobrepasaban a las que puedan actualmente concederse en cualquier parte de la tierra; que no se practicaban pesquisas más que cuando se producían abundantes y clamorosas quejas por parte de los vecinos; que algunas veces se cometieron asesinatos en ciertas casas públicas; que, en otras, muchachas y hombres fueron arrojados a la calle por las ventanas; que los alborotos eran suscitados muchas veces por fulanos disfrazados de agentes de la autoridad; que los habitantes de ciertos barrios corrían los más graves peligros al entrar en sus casas y que, muchas veces, ni podían siquiera entrar a causa de los disturbios.

Siguen diciendo los informes policíacos revisados por Parent-Duchatelet que los arrestos se hacían de la manera más arbitraria,

(1) Todos estos informes se encuentran manuscritos en la Biblioteca Nacional, y Maxime du Camp ha recogido muchos de ellos en su obra: “Paris, ses fontions et sa vie”.

que nada había fijado en reglamentos y que todo dependía del capricho de los comisarios de policía y de sus agentes; y, finalmente, que, a medida que se avanza en los primeros años del siglo XVIII, los castigos eran menos severos y la manera de proceder menos ruda y expeditiva (1).

La Revolución, que vino en seguida, marcó la edad de oro de las mujeres públicas y la situación, tal como la describe Sade en sus obras, corresponde enteramente a la realidad. Según el citado Parent-Duchatelet, a partir de 1791, se comenzaron a abolir todas las antiguas instituciones. Por consiguiente, la profesión ejercida por aquella clase, de mujeres quedó libre de todas las ordenanzas legislativas especiales. La ley del 22 de julio del mencionado año habla, es verdad —aunque muy vagamente— de esta cuestión en el segundo título y bajo el capítulo que trata de la policía correccional en que se señalan las medidas tomadas en lo concerniente a las costumbres; pero es evidente que el legislador de esa época no pretendía castigar más que a los individuos que sedujeran a los menores de edad de uno y otro sexo para proporcionárselos, luego, a un tercero. No se pronuncia contra la actividad de las rameras y aun parece que considera esa profesión como una, cualquiera de las que la mujer puede ejercer libremente. Por consiguiente, un reglamento sobre esa materia se habría considerado como un atentado a la libertad ciudadana.

Dichas mujeres estaban igualmente exentas de toda inspección y fueron consideradas al mismo nivel que las demás que se dedicaran a otra clase de trabajos, es decir: eran autónomas para reglar su actividad como mejor les pareciese. Gracias a un error incomprensible de la Asamblea Nacional, se les concedió una absoluta franquicia, lo que representaba para ellas una mejora como no se había conocido en ninguna época ni en ningún país del mundo.

Un desenfrenado libertinaje, un escándalo sin precedentes fue la natural consecuencia de esas leyes. El régimen del Terror y el Directorio señalaron el apogeo de la prostitución. Lo reconoce así el marqués de Sade, quien vivió desde el 1790 al 1801 —exceptuados seis meses que estuvo en la cárcel—, en plena libertad dentro de París y siendo, por tanto, testigo del triunfo y del reinado de aquella indecible impudicia colectiva.

Fue por aquellos días cabalmente cuando la mujer de vida alegre se convirtió en la “diosa Razón” que todos debían adorar, pros-

(1) A. J. B. Parent-Duchatelet: “De la Prostitution dans la ville de Paris”.

ternados y cuando, por la misma causa, cada mujer se hizo una hetaira. En junio de 1793, se estrenó en el Teatro de la República una obra nueva titulada “La Libertad de la Mujer”. Pero lo que, en verdad, se defendía en ella, era “la vergüenza y el vicio en la mujer”. El protagonista era un marido disoluto, de un carácter inconstante y amigo de las conveniencias por cálculo. Y acababa por confesar: “sería bueno que más de algún feliz mortal participara de los encantos de mi mujer”.

Las mujeres galantes —aseguran los cronistas de la época— “se multiplicaron en las calles, y sobre todo en el Palais-Royal, en la Maison-Egalité y en los Campos Elíseos; en los palcos de los teatros, en los cabarets y en los grandes restaurantes triunfaban el descoco y la impudicia. París, en medio del caos revolucionario, se convertía en la cloaca entera de toda la República y atraía hacia sí todo el fango de las provincias; la sensualidad adquiría día a día un carácter intolerable hasta trocarse en una extrema brutalidad. Especialmente durante el año de 1796, el bulevar del Temple fue teatro de las escenas más lúbricas realizadas por militares. Embrutecidos por los placeres carnales y siempre, sin embargo, en compañía de mujeres, allí hicieron gala tales hombres de una conducta bestial llevada hasta el más alto grado. Chiquillas de doce y catorce años, autorizadas por sus propias madres, iban allí tranquilamente a prostituirse con la desatentada soldadesca. Pero aun hubo otros lugares, como el Palais-Royal y los Campos Elíseos, que ganaron en perversión y corrupciones al bulevar del Temple.

En verdad que, repasando esas escenas a través de los relatos de la época, cabe afirmar que en París se realizaba el ideal que Sade había preconizado en sus novelas, a saber: *la voluptuosidad en masa y por sugestión*. En aquellas bacanales tomaba parte el pueblo entero. Los vestidos “a la griega”, la increíble desnudez que hemos ya descrito en otra parte —cuyo, objeto no era otro que el de arrastrar a las personas que aun se conservaban puras hacia el turbión de sus desenfrenadas orgías— acabaron de echar leña sobre el fuego. Rétif de la Bretonne ha denunciado certeramente como nadie lo que era esta total *infección* de las costumbres al tratar de los vestidos que llevaban las muchachas alegres cuando paseaban por las calles. “Las chicas perdidas —dice— salen a la calle, pasean; unas se hacen llamativas por la elegancia de sus trajes, pero, con mayor frecuencia, por la indecencia con que exhiben sus seductores encantos; jóvenes atrevidos se toman con ellas, incluso en público, libertades criminales, y nuestros hijos, testigos de estos horrores,

tienen que atosigarse de veneno. Poco a poco, éste fermenta, se desarrolla con la edad y, al fin, lo que ven en torno suyo acaba por llevarlos a la perdición... La hija de un artesano, la de un burgués mismo, aun en esa edad en que la natural ingenuidad no le permite imaginar el mal en nada, ve una mujer semidesnuda, seguida de cerca por una caterva de tenorios que acaban por abordarla y chulpearla. Aquella muchacha inocente siente el deseo de imitar a esa mujer, débilmente al principio, claro está, pero con tal vehemencia, más tarde, que seguramente terminará como el modelo. Y no es esto sólo: jovencitos y jovencitas que deberían estar todavía bajo la férula paterna, se entregan descaradamente a gozar de los placeres precoces y aun a enervarse en otras formas... Para evitar este peligro, era menester tener una virtud a toda prueba o carecer de temperamento.

Para ilustrar estas palabras, A. Schmidt cuenta, basándose en informes policíacos —hay que recalcar bien esto último porque el hecho parece increíble—, que en octubre de 1793, el jardín de la Revolución y especialmente las galerías próximas al teatro Montausier, se hallaban siempre atestados de muchachitas de siete a quince años que se entregaban en público a las más inconcebibles lubricidades. Y, además —agrega Parent-Duchatelet—, estaban “casi tan desnudas como la mano, ofreciendo a los transeúntes un espectáculo envilecedor”.

No es, por consiguiente, una casualidad que semejantes monstruosidades se repitiesen en el otoño de 1793, después de los terribles días de septiembre en que la sangre corrió a torrentes. Ni constituye tampoco mera sorpresa que la culminación de los lujuriosos actos colectivos coincidiera con el régimen del Terror. Sade, que había sido encarcelado en el mes de diciembre de ese mismo año, pero que fue libertado poco después, vivió feliz entre la sangre, y todos aquellos hechos le inspiraron las escenas que más tarde trasladó a sus libros con el máximo verismo. Fue, entonces también, cuando los clubes secretos se hicieron públicos y dieron en la Opera los llamados “bailes desnudos”, por el hecho de que los asistentes iban, en efecto, así, a excepción de los rostros que aparecían enmascarados, como lo cuenta Jules Janin; fue entonces también cuando el número de festivales auspiciados por las mujeres de vida airada alcanzaron cifras asombrosas, cuando las “desnudeces griegas y romanas” se exhibieron hasta en las vitrinas y cuando en no menos de veintitrés teatros se ofrecieron a los públicos obras de un atrevimiento inconcebible.

Baste saber que el número de mujeres públicas existentes en el París del 1770, se elevaba a una cifra que oscilaba alrededor de las 20.000 sobre una población de 600.000 y que durante la Revolución, y de acuerdo con los datos fidedignos suministrados por Parent-Duchatelet, esa cifra aumentó en 30.000.

Si nos fijamos en las diversas categorías de estas mujeres podemos comprobar en seguida que las clases de las cortesanas del “antiguo régimen” se reclutaban, casi en su totalidad, en el mundo de los teatros. Fueron las actrices, las cantantes, las bailarinas de la Opera quienes ascendieron más rápidamente en categoría y quienes gozaban, también, de mayor consideración.

Mercier nos dice, en su “Tableau de Paris” que las coristas de la Opera ejercían sobre los hombres una singular atracción. Y La Mettrie agrega con énfasis por su parte: “vayamos a la Opera y allí comprobaremos que la voluptuosidad no ha tenido jamás un templo más magnífico ni más frecuentado”; y a seguido se dedica a ensalzar y ponderar los encantos de las célebres bailarinas la Jale y la Camarzo. D’Alembert decía con crudo cinismo, en su “La Chronique scandaleuse” que “la frecuente prosperidad y la fortuna material de las bailarinas y las cantantes era una consecuencia obligada de la *ley del movimiento*”.

Una viva luz se expande sobre todos estos hechos a la mera lectura de dos anécdotas contadas por Casanova. Su amigo Patu le había introducido un día en casa de una célebre cantante, llamada mademoiselle Le Fel, popularísima en París y miembro de la Real Academia de Música. La Fel vivía con sus tres hijos, encantadoras criaturas que, como lo pedía su edad, se dedicaban a hacer diabluras por la casa. “Los adoro” —le dijo la Fel a Casanova.

—Lo merecen por su belleza —respondió, galante, Casanova— pues cada uno tiene un aspecto diferente.

—¡Ya lo creo! —comentó entonces, riendo, la cantante—: como que el mayor es hijo del duque de Annecy; el segundo del conde de Egmont y el más pequeño debe su existencia a Maisonrouge, el que se acaba de casar con la Romainville.

—¡Ah, perdón! —dijo ante esto Casanova—; yo creía que erais vos la madre de todos ellos...

—Y no os equivocáis, caballero —aclaró, riéndose la Fel—; claro que lo soy.

“Y al decir esto —agrega Casanova—, la cantante miró a Patu y soltó una risotada que no logró sonrojarme, pero que bastó para advertirme de mi yerro. Yo era novato en estas lides y no estaba

acostumbrado a ver a las mujeres adjudicarse, en una forma tan cínica, los derechos masculinos. Mademoiselle Le Fel no estaba, sin embargo, mal considerada. Por el contrario, andaba siempre en muy buena compañía. Era, sencillamente, una mujer que se había colocado por encima de eso que se llama “el prejuicio”. Si yo hubiera conocido más profundamente las costumbres de aquel tiempo me habría enterado de que esas cosas estaban a la orden del día y de que los grandes señores que desparramaban así sus nobiliarias primogenituras abandonaban a sus hijos en las manos de sus madres, pagándoles, eso sí, fuertes pensiones. Por consiguiente, la lógica de éstas era estricta: *“cuantos más hijos acumularan, mejor vivirían ellas con la ayuda de los papas”*.

La segunda anécdota es todavía más chispeante. Un día en que Casanova estaba en casa de Leni, maestro de baile de la Opera, se encontraban allí cinco o seis muchachas de trece a catorce años la que más, todas ellas acompañadas por sus madres y aparentando un aire modesto y distinguido. Casanova les echó algunos piropos que ellas escucharon con los ojos entornados y haciendo varios remilgos. Una de las chiquillas se quejaba de que le dolía la cabeza. Casanova se apresuró a ofrecerle su frasquito de esencias a fin de que se le despejase y, entonces, pudo escuchar que una de las compañeras de la enferma dijo a ésta: “seguramente no dormiste bien anoche”.

—Ah, no; no es eso —respondió la inocente Agnes—; yo creo que de lo que se trata es de que estoy embarazada.

Ante tan inesperada respuesta en una chica de su edad —y que tanto por su aspecto como por sus suaves formas, tenía todas las apariencias de una virgen, Casanova exclamó: “se me hace difícil creer que seáis una señora casada”.

Entonces ella le miró durante un instante con la mayor sorpresa y, volviéndose luego hacia sus amiguitas, todas se echaron a reír de aquella inocencia manifiesta del galante caballero.

Ni las comediantas ni las coristas de la Opera percibían sueldo, de manera que “numerosos señores tenían que encargarse de suplir esta falta de honorarios”. Pero lo curioso era que, con escasas excepciones, toda esta multitud de comediantas no trataba de triunfar por su belleza. Generalmente, las feas tenían mayor éxito. Y esto por una simple razón: porque de su propio peso se caía que una chica que no era bella tenía que renunciar de antemano a la virtud si no quería morir de hambre. Y a los hombres no les gustaba

andar con muchos remilgos como suele suceder en el caso de las bonitas.

Un diálogo que figura en “L’Espion Anglais”, sostenido entre el conde de Lau y Milord All’Eve, sobre las “maîtresses” más famosas de París, nos demuestra que las más conocidas pertenecían casi por completo al teatro. Baste decir que la cantante de ópera La Guerre fue una damisela por quien el duque de Bouillon se gastó en tres meses la bonita suma de 800.000 libras. Lo que, teniendo en cuenta el poder adquisitivo de la moneda en aquel tiempo, representa una fabulosa cantidad.

La Pairie era otra de las damitas que pertenecía al grupo de las que estaban contratadas para mostrarse desnudas ante el Mariscal-Príncipe de Soubise, en la “casita” que éste costeaba para sus placeres. El traje edénico “era, en casa del Mariscal, el único obligado para las mujeres, como lo era igualmente en casa del abate Terrai”. Este amoral eclesiástico tenía en su casa de la calle de Notre-Dame una habitación con un suntuosísimo lecho. Cuando la “amiga” ocasional trepaba hasta él, encontraba una pintura velada. Y al retirar el velo, podía ver una bellísima mujer completamente desnuda. “Señora, es el vestido obligado en este sitio” —aclaraba el abate con gran calma y dando a entender por medio de un gesto que su deseo era verla como la modelo del cuadro.

La célebre señorita Du The había debutado, al principio, como corista de la Opera con el nombre postizo de Rosalía y fue llevada a ese puesto en recompensa por haber iniciado al joven duque de Chartres “en las prácticas de Venus”. Cuando ese noble la dejó, Rosalía se fue a Londres, donde arruinó a varios lores; volvió nuevamente a París para abrir un garito que le dejó enormes ganancias y al cual sólo tenían acceso los más ricos personajes. Esta Mesalina parisiense era extremadamente avara e interesada. Más tarde fue la querida del duque de Artois (1).

No se crea, sin embargo, que la Du The vivía siempre en la abundancia. En un informe del inspector de policía Marais, del 12 de diciembre de 1766, puede leerse: “ayer, la Du The no tenía un centavo; tuvo que pedir prestado un escudo de seis libras para ir a Los Italianos”.

La actriz Dubois, de la Comedia Francesa, había compuesto un índice o catálogo en el que figuraban todos los clientes con quienes

(1) Para más detalles sobre la Du The puede verse la “Correspondence secreta, politique et littéraire”

había tenido trato a lo largo de su vida y éstos llegaban ya, en 1775, a la respetable cifra de 16.527, al cabo de 20 años de ininterrumpida actividad. De donde resultaba que había tenido alrededor de tres por día. De ella se decía “que era una mujer tan avarienta de dinero como de placer”.

La historia de esta mujer, bien conocida en todo París, influyó poderosamente en el marqués de Sade, quien acabó por hacérsela contar, en su “Filosofía en el Boudoir”, a madame de St. Ange, Mesalina de circunstancias, que al cabo de una carrera de veintidós años había procurado satisfacciones sexuales a 12.000 clientes. Por aquí se comprueba una vez más cómo Sade se limitó casi siempre a transcribir la realidad en sus obras.

La Chanterie, que también comenzó su carrera como corista de la Opera, era una rara belleza, un, perfecto ángel femenino. Los pintores la buscaban ávidamente para modelo. Al extremo de que un cuadro que aparecía sobre el altar de una iglesia, exhibía a la Chanterie transfigurada en Madonna.

En el libro “Les Etoiles de Paris”, de P. Lacombe, pueden encontrarse muchas de estas anécdotas sobre las actrices del siglo XVIII y, en “L’Espion Anglais” se cuentan igualmente varios chascarrillos muy sutiles a propósito de ciertos juegos de palabras a que era muy afecta la renombrada cantante la Arnould.

Las modistillas y empleaditas de comercio eran otras de las competidoras de las damiselas de teatro y, como éstas, parece que tuvieron un gran éxito. Y acaso por esto “las obreritas y empleadas” aparecen más de una vez en las novelas de Sade. Rétif de la Bretonne ha pintado con las más vivas tintas en sus libros toda esta clase de buscadoras callejeras procedentes casi siempre de las tablas o de los obradores. Incluso cuenta que sostuvo una larga correspondencia personal y clandestina con las modistillas de un gran almacén de novedades que existía entre las calles de Grénelle y Saint-Honoré, enterándose por ellas de muchos de sus “misterios”.

La propietaria de tal almacén era una señora llamada Devillier, que trabajaba para la condesa Du Barry, modistilla en otro tiempo como ya lo hemos referido, antes de que entrara en la casa de Madame Gourdan.

Según Parent-Duchatelet, las mujeres públicas de París sentían predilección por colocarse como empleadas de almacenes durante la Revolución. Solamente en el Palais-Royal se contaban más de veinte; y ocho de ellas se habían repartido en las antiguas galerías de madera. Todas ostentaban, como señal del oficio, ciertos

frascos llenos de polvos de diferentes colores y dispuestos en un orden característico, a fin de que todo el mundo las reconociese sin esfuerzo, o bien se mostraban detrás de los mostradores ostentando coronas de flores en la cabeza. Es, por consiguiente, fácil imaginar lo que sucedería en aquellos locales separados en dos secciones; el antemostrador y el post-mostrador, ambos a dos bien estrechos por cierto y sin otro mobiliario que algunas sillas y un biombo. Los informes de la época que se conservan sobre ellos, nos hablan de los horrores que allí podían presenciarse así como de los desórdenes ocasionados diariamente por la bulliciosa clientela de semejantes galerías.

Tampoco sorprendería el hecho de que la prostitución del París de aquellos tiempos se desarrollara extraordinaria y principalmente en los restaurantes, los cafés y los cabarets. Cuando andaba a la caza de una aventura amorosa, Casanova tenía la costumbre de meterse en un café, en la seguridad de que allí no le costaría gran trabajo topar con una belleza condescendiente.

Existía el parágrafo catorce del Reglamento de la Policía francesa del 8 de octubre de 1780 por el que se conminaba a todos los dueños de cabarets y de puestos de refrescos, etc., a que no tuvieran en sus casas muchachas de vida airada so pena de una multa de cien francos; pero jamás se puso en práctica. Además, esta ley únicamente se aplicaba a aquellos que subalquilaban a tales muchachas, pero no a quienes servían refrescos y bebidas a las chicas que entraban en sus establecimientos y a las cuales decían no conocer.

El oficio de tratante de blancas estaba ya muy desarrollado en el siglo dieciocho. El marqués de Sade ha pintado muchos de estos tipos repugnantes, como, por ejemplo, Dorval, quien, gracias al trabajo de sus chicas, había llegado a ser el propietario de treinta casas. Peuchet habla de estos convenidos que hacían legión en 1789 y lo mismo hace Rétif de la Bretonne en su "Pornographe", aparecido en 1770. A mediados de aquel siglo, un teniente de la policía de París recibió un informe privado, cuyo autor se expresaba así al respecto: "sabad que esta clase de mujeres no pueden pasarse sin un protector... Ordinariamente, su elección recae sobre el más criminal a fin de que inspire terror a sus colegas y competidores y, también, para buscar en él un apoyo contra todos... Pero cuando una mujer de esta clase ha escogido su rufián, ya no puede dejar de ser su amante; tiene que sostenerlo en su vagancia, tiene que darle dinero para vino, para su juego e incluso para que se vaya a divertir con otras mujeres. Porque la reputación de éstos estriba

en tener varias “amigas” a la vez. Ahora bien; si la desgraciada quiere deshacerse de él por no poder ya soportar su tiranía, entonces no le queda más recurso que el de buscarse otro más guapo que él y, por lo mismo, mil veces más despótico y tiránico”. (Sin embargo, se dieron casos de rufianes entre la misma nobleza de Francia, como, por ejemplo, el vizconde de Letorieres.)

Había, en fin, una multitud de proxenetas, de “maquerelles”, de Celestinas de todo tipo y condición, turba inevitable y complementaria de la prostitución que, naturalmente, se encuentra catalogada en las novelas de Sade en todas sus infinitas variedades. Las Celestinas llevaban diferentes motes. Las “traficantes”, que ya no estaban en estado de ejercer su profesión y que acudían a los lugares del vicio para favorecer los negocios. Las “pies al vuelo” corrían con otra clase de negociaciones más discretas. Las alcahuetas propiamente dichas y las mujeres que traficaban con menores recibían el nombre de “maquerelles”, “bailadoras”, “abadesas”, “superioras” y “madrinas”. Las expresiones “cortesana” o “dueña de casa” no fueron adoptadas hasta después.

En “Justina” y en “Julieta”, todos los burdeles y lugares orgiácos estaban abundantemente provistos de muchachos y principalmente de muchachas cuyo oficio era el de despertar la lascivia de los clientes y que eran sacrificados colectivamente a las más crueles codicias por parte de sus explotadores. Puede asegurarse ahora que este tráfico estaba muy extendido en el siglo dieciocho en toda Francia y, como lo hemos visto ya en otros capítulos, el propio “Parque de los Ciervos” exigía para él solo un número considerable de esas víctimas. En sus “Nuits de Paris”, Rétif de la Bretonne suministra sobre estas infamias noticias tan detalladas que erizan el cabello. Cuenta, por ejemplo, que en 1792, era fácil ver bajo las arcadas del Palais-Royal chiquillos de uno y otro sexo “y de la edad más tierna”, excelentemente vestidos y dirigidos en sus evoluciones por Celestinas que profanaban su inocencia y les hacían perecer prematuramente. Muchas veces estas desgraciadas víctimas morían al cabo de una de aquellas bacanales en que se les obligaba a tomar parte. “Se paga ahora al muchacho —dice Rétif de la Bretonne— como se paga a un animal rendido y fatigado, un precio convenido por anticipado entre sus padres y la Celestina, que es quien gana siempre buenas sumas con la mercancía”. Rétif asegura que este deshonesto tráfico existía ya desde el “antiguo régimen” y que constituía —lo que es más tremendo— una de las principales fuentes de ingresos del inspector de la policía, quien segura-

mente cedería una parte de sus ganancias al sub-prefecto. Y, por lo demás, no fue jamás reprimido. El comisario Mairobert conocía bien aquel asunto. Y dio amplios informes a Rétif. Pero todavía obtuvo éste otros más precisos y aterradores por medio de una de aquellas infernales traficantes que se avino a revelarle muchos de los misterios de su oficio.

Rétif se ocupó en esclarecer todo lo relativo a la organización de la prostitución en París y lo transcribió en su "Pornographe", obra en la que, según Parent-Duchatelet, "se encuentran tratadas de una manera bastante ligera cuestiones cuya naturaleza reclama la reserva y la gravedad". Dicho libro fue compuesto en colaboración con un inglés: Lewis Moore y con el concurso del abogado Linguet y el del Censor Real Pidanzat de Mairobert. Pero, a Rétif le movía un gran proyecto: el de humanizar la vida de la desventurada mujer pública.

En sus coloquios con el jefe de la policía, le proponía establecer, en todas las ciudades, edificios espaciosos en los que vivirían, reunidas, todas ellas. Hizo los planos de estas casas y redactó un reglamento de setenta artículos en cuyo texto se encuentran las más extrañas ideas. Por ejemplo, Rétif divide las chicas en varias clases, según su belleza y sus encantos; fija el precio que deben cobrar, organiza el personal para el servicio interno de la casa así como para el externo; inscribe aparte a las mujeres casadas, a las que quedan encinta y a los hijos que tengan, de acuerdo con su edad y sexo. Pasa, luego, a ocuparse de las enfermedades de las contagiadas y de las viejas y ni siquiera se olvida del clérigo o capellán que se cuidará de dar consuelos espirituales a todas estas desgraciadas. Por último, lleva su atención hasta los más minuciosos detalles, como son los de la ropa de cama, la alimentación y los gastos que ocasionará una vida semejante. Con razón fue Rétif objeto de amargas burlas con motivo de ese libro.

Casi al mismo tiempo, un anónimo autor y quizá admirador entusiasta de la obra de Rétif, publicó en manuscrito sus opiniones particulares sobre el problema de la prostitución en París. Las mejoras propuestas por él estaban también basadas en la fundación de casas especiales, en las cuales no debería haber ninguna "superiora". Quería restringir el número de esas casas a... quinientas, a fin —como lo apuntaba— de facilitar la vigilancia.

El marqués de Sade, que poseía en muchos aspectos un gran talento imitativo, intentó tratar también este problema a su manera. Un bibliófilo parisiense (M. H. B.) posee, entre otros autógrafos

y documentos referentes al marqués, un proyecto de lupanar donde se insertan las ordenanzas de la casa, cómo han de ser el vestíbulo, los alojamientos de las mujeres, las “cámaras de tortura” —cada una de ellas destinada a un género de torturas especiales—, etc., etc. Sade no olvida ni siquiera el cementerio donde serán enterradas las víctimas que sucumban durante las orgías. Puertas secretas facilitarían las entradas y salidas sin que nadie sea advertido. Finalmente, describe “cómo deberá ser una comida excitante”.

12. EL PALAIS-ROYAL Y LAS OTRAS CASAS ALEGRES

EL Palais-Royal era una ciudad dentro de otra ciudad. Era la ciudad de las muchachas de vida alegre de París y, al mismo tiempo, el centro de la vida parisiense del siglo dieciocho, con sus garitos, con sus conspiradores realistas y jacobinos, sus ninfas y sus bandidos, sus clientes distinguidos, aunque depravados, su lujo y su miseria. Representaba, en suma, un pequeño mundo de por sí abigarrado, bello y paradójico.

Situado cerca del Louvre, el Palais-Royal había sido edificado durante el espacio de tiempo comprendido entre 1629 y 1634 por Le Mercier sobre el emplazamiento de los antiguos hoteles de Mercœur y de Rambouillet. En principio, estuvo destinado al cardenal Richelieu, pero por un corto tiempo fue habitado por el propio Luis XIV. Este monarca lo hizo después reconstruir y se lo regaló a su nieto, el duque de Chartreux, viniendo a parar, finalmente; por este conducto, a ser propiedad de la casa de Orléans.

El regente Felipe de Orléans destinó el Palais-Royal a ser el asiento principal de los placeres y de las locuras sexuales para sí mismo y para la sociedad más distinguida. Su biznieto, el duque Luis Felipe José de Orléans, el famoso Felipe Igualdad, lo hizo reconstruir por completo desde 1781 a 1786. Fue entonces cuando tomó la forma que tiene actualmente, trocándose en un conjunto de palacetes, jardines, arcadas, bazares, teatros, garitos, restaurantes y otros muchos establecimientos llamativos. La galería principal del Palais-Royal estaba al este y se denominaba “Galería de Valois”; al oeste se encontraba “la galería de Montpensier” a cuya extremidad norte estaba situado el teatro que existía desde 1784. Orientada hacia el norte, se encontraba la “galería de Beaujolais”. Ciento

ochenta y seis arcadas rodeaban el magnífico jardín del Palais-Royal, que se extendía, majestuoso, en forma de un paralelogramo y que acabó de embellecerse cuando, en su inmediata vecindad, fue construido el teatro de la “Comedie Française”.

Fue en el Palais-Royal donde se desarrolló, antes y durante la Revolución, aquella actividad, viva y variada, que halló eco entre los escritores de todas las naciones y que ha dado motivo a mil repetidas descripciones. Casanova nos informa del aspecto que ofrecía en 1750, es decir: antes de su reconstrucción. “Sintiendo la curiosidad de conocer este lugar tan magnificado —escribe— comencé a observarlo todo. Vi un bello jardín, alamedas orladas de grandes árboles, fuentes con surtidores, altas casas que lo rodeaban, multitud de hombres y mujeres que paseaban por ellas, bancos diseminados aquí y allá donde se vendían nuevos folletos, aguas de colonia, dentífricos y baratijas. Vi montones de sillas de paja que se alquilaban por el módico precio de un “sou”, lectores de periódicos que se mantenían a la sombra, chicas y hombres que almorzaban solos o acompañados, mozos de café que subían y bajaban por una escalerita cubierta por carpas”. Un abate suministró a Casanova los nombres de todas las buscadoras que por sus alamedas paseaban a la búsqueda de clientes.

El consejero de justicia oldemburgués Gerard Antoine de Halem, amigo de los condes de Stolberg y autor de una historia del ducado de Oldenburgo nos ha dejado también una pintura muy interesante y verídica acerca del Palais-Royal, “de esta capital de París”, como él lo llama. Halem vivió en París durante el año de 1790 y, por consiguiente, su relato data de los mismos comienzos de la Revolución. Desde el momento en que Halem hizo su entrada en el Palais-Royal tuvo la suerte de reconocer y destacar el rasgo característico de aquella “ciudad”. Vio “una multitud de golfillos danzando una ronda al compás de una canción cuyo estribillo era:

*Viva el amor,
Viva el amor. . .*

Después, Halem topó con esta inscripción:

*“Extranjero, aquí podrás divertirte.
El supremo bien es la voluptuosidad”.*

Era el mote que mejor podía convenirle al Palais-Royal. “Los detalles de todas estas maravillas —sigue diciendo Halem en su ensayo titulado “Les Jardins d’Epicure”— así como las de los bule-

vares y las del Puente Nuevo las conocen todos mis lectores, y si yo os condujera directamente a la alameda de Los Suspiros tampoco creo que os llevaría a un sitio enteramente desconocido por vosotros. Pero, una vez allí, tengo que abandonaros a vuestro propio destino. Allí, vosotros os las compondréis para deslizaras entre Scila y Caribdis, entre la morena y la rubia, sin el peligro de naufragar. Os aconsejo, eso sí, taparos bien los ojos para no ver las bellezas que desfilarán ante vosotros y cuyos encantos aumentan más y más a medida que la noche va cayendo; para pasar por alto los guiños lánguidos y seductores que esas bellezas os harán y los ramos de flores que ofrecen con un aire amabilísimo. Tapaos también las orejas, como Luises, para no escuchar su tierno murmullo, ese “*sorrisi, parotette e dolci stille di pianto o sospiri*” del Taso, sus “cómo va eso” acechantes y sus “good night, my dear Sire”, y su canto de sirenas que dice así, más o menos:

*Amemos en el instante de despertar,
amemos al levantarse la aurora,
amemos al ponerse el sol
y durante la noche, amemos una vez más.”*

Aun concediendo que la relación de Halem pueda ser exagerada, hay que reconocer que el Palais-Royal no era otra cosa que el “rendez-vous” principal de todas las cortesanas.

Aunque todavía en 1772, el marqués de Carraccioli afirme que el Palais-Royal era el paseo obligado de los elegantes, el Luxemburgo “el de los soñadores”, las Tullerías “el de todo el mundo” antes y después de la Opera y, sobre todo durante las tardes, hay que reconocer que después del incendio de la Opera (1781) y de la transformación del Palais-Royal con la construcción de sus galerías y arcadas, la totalidad de la vida nocturna parisiense se concentraba enteramente allí. Allí, por lo menos, se desarrollaron, durante la Revolución y el Directorio y siempre bajo las sombras de la noche, todas esas horribles escenas de las que hemos apuntado algo más atrás. Según los hermanos Goncourt, el Palais-Royal acabó por convertirse en “el antro de los fulleros y de las prostitutas”, en la “cloaca de París”, tal como la describieran Mercier en “Le nouveau Paris” y Rétif de la Bretonne en su monumental obra sobre el Palais-Royal. El examen de este último, sobre todo, tiene la precisión del que pudiera practicar un cirujano sobre las entrañas de un cadáver. “Se sabe —escribía en 1796— que el nuevo Palais-Royal se ha convertido en el “rendez-vous” universal de las emo-

ciones, de los asuntos turbios, de los placeres, de la libidinosidad, de la perversión, del juego, del agiotismo, de la venta de dinero, del asesinato y, sobre todo, en el templo de la prostitución.”

Mercier, por su parte, deseaba ardorosamente que Lavater, “ilustre psicólogo”, hubiera podido encontrarse un viernes por la tarde en el Palais-Royal “a fin de leer sobre los rostros de las gentes que por él se paseaban todo lo que el hombre lleva oculto en el fondo de su corazón”. Allí se paseaban las mujeres galantes, las cortesanas, las duquesas y las respetables burguesas y “*nadie se engaña al respecto*”. Cada una va a lo suyo. Pero es posible que el eminente doctor Lavater se hubiera equivocado, sin embargo, a pesar de toda su ciencia. Porque se precisaba una pupila realmente zahorí para interpretar todos los gestos y muecas —algunas muy delicadas— de toda aquella turba de paseantes y buscadores de ambos sexos. “Sostengo por lo mismo —continúa diciendo Mercier— que monsieur Lavater encontraría más de alguna dificultad para distinguir entre una mujer de honesta condición y otra dedicada a livianos oficios; en cambio, un estudiantillo de Derecho que hubiera abandonado las aulas para irse de jarana, seguramente sabría acerca de lo que en el Palais-Royal pasa mucho más que Lavater”.

En el Palais-Royal era también donde encontraban su inspiración algunos intelectuales y poetas. Podían escoger allí su compañía, según les conviniera, o bien entregarse plácidamente a sus meditaciones. “Que llueva o caliente el sol —escribía uno de esos intelectuales— mi invariable costumbre es la de caer a eso de las cinco de la tarde por el Palais-Royal para pasearme un rato. Soy quizá el único que anda por allí a solas soñando sobre un banco de Argenson. Mientras la gente va y viene, yo me entretengo conmigo mismo, autodiálogo sobre política, sobre amor, sobre asuntos estéticos o sobre filosofía. Allí puedo dejar mi espíritu en absoluta libertad y, en efecto, él mismo, mi espíritu, se lanza en pos de la primera idea, sabia o loca, que se presenta, igual que, en un sentido material, en la alameda de Foi, uno cualquiera de nuestros disolutos jovencuelos se lanza en pos de una cortesana de aire atronado, de sonriente rostro, de ojo vivaz y de naricilla respingona; o bien, mi pensamiento, igual también que esos donjuanes juveniles, cambia esta idea por la otra; ataca a todas a la vez y acaba por no quedarse finalmente con ninguna. Las ideas son mis cortesanas ordinarias”. Hay que reconocer que el símil es expresivo.

Los paseos nocturnos por el Palais-Royal adquirieron una notoriedad universal y representaban para el forastero “la primera cu-

riosidad de París”. Allí encontraba picantes aventuras todo aquel que las buscara. Hasta ocurrió con frecuencia que hombres que habían ido al Palais-Royal en busca de algún menudo placer, toparan allí de improviso —y con la consiguiente sorpresa desagradable—... con sus propias mujeres paseando por las sombreadas alamedas no con intenciones diferentes a las que aquéllos llevaban. Esto cuando no las sorprendían en pleno y flagrante delito, según se nos refiere varias veces en la ya citada “Chronique scandaleuse”. Toda mujer que anduviese vagando a ciertas horas por el Palais-Royal quedaba automáticamente catalogada como hetaira, perteneciese o no perteneciese a ese gremio y como tal la trataba el transeúnte.

Una poesía galante de la época —si bien mordaz en grado extremo— tiene por misión hacer un cumplido elogio del esplendor que revestían las noches estrelladas del Palais-Royal; y por ella se sabe también que los engaños matrimoniales no eran escasos en tal sitio.

La famosa alameda de los Suspiros era el paseo obligado de las más hermosas y seductoras buscadoras, ya fuesen éstas reclutadas entre las clases altas de la sociedad, o bien, entre el populacho. Damas de la aristocracia, el mundo del teatro, el mundillo de alto porte y las chicas alegres de primera fila constituían en este lugar el principal objeto de atracción para todos los superexcitados visitantes. Pero en las restantes alamedas, en la de la Foi, por ejemplo, una multitud de distribuidoras de placeres “andaban de un sitio a otro, bien persiguiendo o bien dejándose perseguir por jóvenes y viejos libertinos de todos los puntos de Europa”. Aquello era lo que podría haberse llamado el Eldorado de la prostitución; de una prostitución que tenía sus escondites en los numerosos almacenes, garitos, cabarets, variedades y teatros, concienzudamente diseminados. Y allí fue precisamente donde Rétif de la Bretonne aprendió “las diferentes maneras de divertirse con las mujeres” o “con los hombres”. Todo esto se lo enseñó su amigo, el célebre charlatán Guilbert de Préal, quien se había iniciado en los misterios y en todos los géneros de la voluptuosidad que se practicaban en el Palais-Royal. Rétif asevera que podía escribir de memoria los nombres de las hetairas de la alameda de los Suspiros y dice que conocía *de visu* a las “huríes”, a las “emparejaduras”, a “las circenses”, a “las sulamitas”, a las “ex sulamitas”, a las “pastorcitas”, “a las cantantes”, a las “conversadoras” y, en fin, a todos los fenómenos morales del siglo dieciocho. O como nosotros diríamos ahora,

a todos los tipos más diversos de la patología sexual. Diremos ahora únicamente cuatro palabras acerca de las sulamitas, a las cuales Rétif consagró el segundo tomo de su obra sobre el Palais-Royal.

Las sulamitas habían tomado su nombre de la conocida concubina del rey David, es decir: de aquella doncella, fresca y tierna, que debía reanimar, con su calor vital, las desfallecientes fuerzas del rey salmista de la Biblia. Había en París y en el Palais-Royal empresarias que contaban a su servicio con numerosas muchachas destinadas a un objeto semejante al de la famosa Sulamita. Para merecer tal honor debían estar en la flor de la edad, ser doncellas y estar completamente sanas, condición que se pretendía mantener alimentándolas con una comida especial e imponiéndoles cotidianamente ciertos ejercicios físicos.

Se calculaba que una chica podía servir tres años en este empleo y, por supuesto, mientras se mantuviese en estado núbil. En tres años, la sulamita habría dominado por completo al machucho galán y rechazaría sus emanaciones sin influir en él. Pero en el caso de que ella hubiera accedido a sus solicitudes carnales le “devolvería los humores pecaminosos que le había extraído”.

Ahora bien; el período de servicio en el “sulamitismo” se consideraba, por otra parte, el noviciado y doctorado más eficaces para ingresar más tarde en la orden de las cortesanas con más brillante porvenir. Al final de la primera, se las iniciaba en la segunda y nueva profesión.

Todavía describe Mercier otra especialidad del Palais-Royal, que en su época se consideraba una invención satánica. Consistía en un restaurante, que era al mismo tiempo una casa de lenocinio de lujo, y en el que, durante las comidas se abría el balcón a una señal dada por una dulce música, apareciendo entonces una nube de deliciosos perfumes y, envueltas en ella, varias ninfas tan bellas como ligeramente vestidas que descendían de un Olimpo imaginario para ayudar a hacer la digestión a los comensales.

Las cuarenta y cuatro figuras de Venus que un libertino dibujante francés se entretuvo en fijar sobre el papel podrían haber sido aumentadas hasta el centenar si a ellas se hubiesen añadido todas las que hacían plásticamente, entre las once y las doce y en las noches estrelladas del Palais-Royal, las diaconisas de Venus que por allí merodeaban.

Durante los días del Terror, el Palais-Royal fue el escenario de las más bárbaras orgías y el obligado punto de reunión de todas

las buscadoras de París. El jardín, las galerías y los otros locales públicos sirvieron aquellos días de cómodo “rendez-vous” para militares y damiselas. Unos y otras se paseaban allí durante esos días en verdaderas bandadas obstruyendo el paso a los transeúntes; y, desde luego, importándoles un bledo sus escándalos, se abandonaban públicamente a desenfrenados actos. En algunas crónicas se afirma que muchos de aquellos soldados acabaron por convertirse en verdaderos rufianes y que incluso algunos de ellos sólo abrazaron la profesión de las armas con el designio de vivir a costa de las mujeres.

Concluyamos nuestra descripción del Palais-Royal con las palabras de uno de los mejores conocedores de toda la corrupción del siglo dieciocho: de Mairobert, quien escribía en “L’Espion Anglais”: “todos esos establecimientos del lujo y del placer parisienses no representaban otra cosa que una casa pública donde reinaban la lubricidad y el desenfreno. A eso se reducían los paseos nocturnos del Palais-Royal”.

Aunque todos los demás establecimientos similares quedaran en un plano secundario comparados con el Palais-Royal, existían, sin embargo, otros en gran cantidad, si bien duraron poco tiempo, debido al hecho de que establecieron la obligación de pagar una entrada. “Le Vaux Hall”, el de verano y el de invierno, y el “Coliseo” eran, fuera del Palais-Royal, los refugios más elegantes. Previo pago de una a tres libras por entrada, los clientes podían hallar allí toda suerte de regocijos. Un artista italiano, Torrè o Torres, inauguró el “Vaux Hall” durante el verano de 1764 en el Bulevar de San Martín. Se quemaron, entonces, fuegos artificiales, hubo iluminaciones y se instaló un teatro de magia. En 1768, se agregaron bailes, fiestas campestres, pantomimas y concursos de destreza chispeante, sostenidos por clowns.

El “Vaux Hall” de invierno estaba instalado en la parte oriental del barrio de Saint-Germain, cerca de la calle de Guisard. Construido en 1769, fue inaugurado el 3 de abril de 1770. Su principal distracción consistía en los ballets ejecutados por bellas danzarinas, pero en 1785, había fracasado por completo y hubo que cerrarlo.

El “Coliseo” era un edificio rodeado de jardines, destinado esencialmente a la danza, al canto y al teatro, a las fiestas, a los fuegos artificiales y a otras diversiones semejantes. Estaba situado al extremo oeste de los Campos Elíseos y fue inaugurado con motivo de las bodas del Delfín (del que fue más tarde Luis XVI). En 1778 había ya dejado de existir. Según Dulaure, el designio oficial que

se perseguía con todos estos establecimientos era el de divertir a los parisienses; pero ocultamente, de lo que se trataba era de pervertirlos, de aturdirlos y robarlos. Para lo único que sirvieron fue para aumentar el número de bailarinas y de mujeres de vida airada.

13. ONANISMO Y TRIBADISMO

DESPUÉS de habernos extendido sobre la prostitución tal como era en aquel tiempo y de aludir a los principales lugares donde se desarrollaba su principal actividad, pasaremos a enfrentarnos con las conocidas perversiones sexuales, comenzando por la más común de todas: el onanismo.

La palabra “agitar”, “mover”, “cabecear”, que constituye la expresión técnica empleada por el marqués de Sade al referirse al onanismo, se encuentra en todas sus novelas casi a cada página. En el mismo comienzo de “Justina”, mientras la protagonista de ese nombre llora la muerte de sus padres, su hermana “Julieta”, que ha aprendido esas prácticas en el colegio, le enseña gráfica y personalmente “cómo puede satisfacerse la naturaleza humana por medio de ellas”. Esta excitación voluptuosa “que cualquiera puede procurarse en cualquier momento sin el ajeno concurso”, es —según Julieta— el mejor consuelo contra las aflicciones, ya que el onanismo —continúa diciendo— hace desaparecer todas las sensaciones dolorosas. La Delbene, directora del colegio donde Julieta recibió su educación, y mujer extraordinariamente lasciva, había acostumbrado a su organismo, a la temprana edad de nueve años, a responder a los deseos de la cabeza. Y en la “Sociedad amigos del Crimen” había también una sala especialmente dedicada al onanismo. El amigo de madame de St. Ange, que dicta a Eugenia, al comienzo de la “Filosofía en el Boudoir”, un curso completo acerca de los artificios y expresiones técnicas del amor, no olvida de instruirla en el onanismo, “esta manera agradable —dice— de proporcionarse placeres”.

Cuenta Mirabeau que madame Richard estaba escandalizada por la enorme propagación que el onanismo había adquirido en Francia. Esta perversión sexual, que según se sabe por un miembro

de la Academia de Bellas Letras, se practicó extraordinariamente entre los antiguos, pero que más tarde había caído en el olvido, retornó como una diversión moderna en el siglo de la voluptuosidad y de la filosofía pornográfica. Privada y colectivamente, se practicaba en los lupanares de la Florence, de la París, de la Gourdan y de la Brisson. Y acaso su gran boga se debiera a que no ofrecía los peligros de las enfermedades venéreas tan difundidas y generalizadas en tal época.

Los libertinajes desenfrenados del onanismo durante el siglo XVIII fueron estudiados en la célebre monografía de André Simón Tissot, obra la más importante de ese género, que demuestra la propagación de tal vicio y el gran número de desórdenes sexuales en que, como consecuencia de ella, había caído la disoluta burguesía francesa. Aquel folleto de Tissot causó una inmensa sensación y adquirió, a pesar de sus evidentes exageraciones al tratar algunos puntos como el de las consecuencias funestas del onanismo, una gran boga en toda Europa. Como lo recuerda H. Rohleder en su libro "La Masturbation", el trabajo de Tissot alcanzó un número extraordinario de ediciones.

Desde el punto de vista de la historia de la vida sexual, quizá sea el problema del tribadismo uno de los más curiosos que nos ofrece la Francia del siglo XVIII. Creemos que ni la misma Safo de la antigüedad podría haber imaginado un estado de cosas semejante a aquel que, a ese respecto, primó en Francia durante tal época. Las obras del marqués de Sade nos informan, como siempre, cumplidamente acerca de este hecho extraordinario, dándonos una imagen fiel acerca de la multiplicación y de la frecuencia con que se desarrolló el amor lésbico o sáfico.

Las páginas de "Julietta" comienzan ya con la descripción de escenas escandalosas celebradas entre las hermanas del colegio de Panthemont. Mondor se deleita contemplando una de esas escenas de amor lésbico, siempre realizadas delante de él, y un tipo notable de tríbada es aquel que nos muestra Clairwil; tipo lleno de una implacable odiosidad contra los hombres, pero enamorada, en cambio, hasta el frenesí, de las mujeres, con cuatro de las cuales —y hasta con la misma Julieta— se entrega a desenfrenos.

El arte supremo del amor lesbiano lo encontramos en Bolonia. La princesa Borghese y la reina Carolina de Nápoles son lesbianas. Y esa especialidad del amor cuenta con numerosas socias en Venecia.

Aunque con menos frecuencia, en “Justina” hay igualmente escenas de amor sáfico como, por ejemplo, las que se desarrollan entre Dorotea y madame Gernande,

Sade trata de explicar prácticamente el fenómeno del lesbianismo. Con ese fin, nos cuenta una aventura sucedida entre Julieta y la Durand, una señora que, en el otoño ya de su vida y careciendo de los atractivos necesarios para hacerse amar por los hombres —aunque parece más bien que es su propia conformación física la que le arrastra a esos excesos—, se lanza a buscar en el amor sáfico un sucedáneo del amor viril. Sade hace notar expresamente esta circunstancia de las físicas anomalías al hablar de otra lesbiana, madame de Volmar. Ésta, aunque no cuenta con más de veinte años de edad, es ya la más apasionada amiga de la Delbene y tiene condiciones que le permiten desempeñarse cumplidamente en las funciones del varón. La Zatta es igualmente una mujer con todas las características del varón y Sade asegura que todas las lesbianas ejercitan la pederastia, porque, al adoptar las pasiones de los hombres, se apropiaban también sus refinamientos, “y como el de la sodomía es el más delicado de todos, fácilmente se comprende que las lesbianas hagan de ella uno de los más divinos placeres”.

En su libro “Mi conversión”, el propio Diderot describe una curiosa escena de tribadismo que es realizada colectivamente nada menos que por treinta damas de la corte.

Las escenas relatadas por los autores pornográficos —entre los cuales se puede colocar a Diderot con su “Religiosa”— no sobrepasan, sin embargo, los límites de las que se sucedieron en la realidad del corrompido siglo XVIII. En efecto; Mairobert ha recogido, en sus tantas veces aludido “L’Espion Anglais”, numerosos documentos fehacientes del más alto interés a este respecto; documentos que nos permiten columbrar, desde una perspectiva sorprendente, la manera que tenían de vivir aquellas mujeres pecaminosas del París pre-revolucionario y cuáles eran sus organizaciones y sus clubes secretos. Pero en nuestra presente exposición de tales hechos nos dejaremos guiar por el texto de “Las confesiones de una muchacha”, relato que nos suministra un cuadro lleno de vida acerca de los misterios de la famosa “secta Anandryne”, que celebraba sus festivales en el llamado “Templo de Vesta”.

Madame Gourdan, la célebre celestina, había logrado alquilar para su burdel de París a una muchacha originaria del pueblecito de Villiers-le-Bel e hija de un labrador. Un día, su padre la encontró, al ir a París, haciendo la carrera en las Tullerías. Aquello

trajo como consecuencia un gran escándalo público, ya que el ofendido padre pretendió llevar el asunto ante los tribunales. Pero el caso acabó por arreglarse sin pasar a mayores, debido a que la muchacha había sido ya contratada para esas fechas por la Real Academia de Música como aprendiz de canto. En vista de ello el padre retornó, mohíno, a su pueblo. Pero ocurrió que la chica estaba encinta. Mairobert, que la conocía personalmente y que asistió a algunas de las borrascosas escenas desarrolladas entre ella y el burlado labrador, trabó gran amistad con Safo —pues así se hacía llamar ahora la muchacha— y ésta acabó por contarle, íntegra, la tremenda historia de su vida. No cabe, empero, atenerse estrictamente a lo que Mairobert cuenta, ya que en su calidad de Censor Real de todos los deslices de la sociedad parisiense, ha involucrado en “Las confesiones de una muchacha” sus propias experiencias. En todo caso, su singular “confesión” representa una de las más interesantes contribuciones al estudio de las costumbres del “dix-huitième”.

Safo había sido desde su más lejana juventud extremadamente coqueta. Era vanidosa, perezosa, amaba el lujo y el placer y, en suma, poseía todas las cualidades específicas para convertirse en una mujer de vida alegre. A la edad de quince años era ya de una coquetería tan terrible que uno de sus mayores regocijos consistía en admirarse, desnuda, ante el espejo y acariciarse todos los rincones de su cuerpo. “Me palpaba mi cuello, mis caderas, mi vientre, y jugueteaba —como dice ella misma con mucho más gráficas palabras— con mis más ocultos encantos; sentía en irresistibles estremecimientos, un fuego devorador que me incitaba a frotarme contra los objetos duros, contra todo cuanto encontraba a mano”...

Un buen día, la madre de Safo la pilló entregada a estas manipulaciones y la castigó tan severamente que la muchacha concibió el designio de escaparse de su casa. Como ya lo hemos indicado en otro sitio, madame Gourdan poseía en los alrededores de Villiers-le-Bel una sucursal de su establecimiento de París. Safo conocía este elegante garito y había visto algunas veces a los clientes y huéspedes del mismo, pasear por los jardines alegremente emparejados, cantando, riéndose y bailando. Decidió pedir “trabajo” en él. Como Safo era bonita, la Gourdan la recibió con los brazos abiertos y se la llevó a París, instalándola primero en la casa de un cómplice suyo, que era soldado de la guardia, y cuya esposa tenía la misión de iniciar a las novicias de la Gourdan en las artes del cortesanismo práctico. Pero entonces ocurrió lo inesperado: ocurrió que la pro-

fesora, luego de haber examinado minuciosamente a la nueva discípula, renunció a sus oficios ordinarios y dirigió a madame Gourdan la misiva siguiente: “Madame: usted ha encontrado un Perú en esta chiquilla. Imaginad que es una criatura de un cuerpo divino; divino, y, encima, tiene unas condiciones físicas tan especiales que creo que esta muchacha va a dar mejor resultado con las mujeres que con los hombres. Nuestras renombradas clientas que practican el safismo tendrán que pagarnos esta adquisición a peso de oro”.

La Gourdan, como es obvio, no echó la advertencia en saco roto. E inmediatamente escribió a madame Furiel, una de las lesbianas más ricas y descaradas de París, la carta que sigue: “Madame: acabo de descubrir para vos un rey o, si lo preferís, una reina, si es que, a fe, es posible encontrar algo que colme vuestro depravado gusto; ese gusto que tengo que calificar como una pasión completamente contraria a mis intereses. Pero conozco vuestra gran generosidad y eso me hace olvidar el rigor que debería emplear con vos en estos asuntos. Quiero advertiros que tengo a vuestro servicio una muchacha de quince años, que, además, es una magnífica amadora. Probad —me atrevo a decíroslo—, porque estoy persuadida de que no encontraréis palabras con qué agradecerme. Por lo demás, si no os conviene, devolvédmela porque todavía continuaría siendo un excelente bocado para los mejores catadores. Os saluda respetuosamente

Vuestra Gourdan.”

Inmediatamente se cerró el trato y Safo fue entregada a la Furiel, previo desembolso de 100 luises de oro.

Una vez trasladada a la lujosa mansión de la Furiel, Safo comenzó a ejercer su oficio. Primero, se le hizo tomar un baño, se le sirvió, luego, una copiosa comida y, por último, le mandaron acostarse a fin de que estuviese bien descansada. Al día siguiente, el odontólogo de la Furiel le arregló la dentadura, se la limpió con cuidado y le suministró varios gargarismos aromáticos. Le administraron más tarde un segundo baño, le cortaron cuidadosamente las uñas de los pies y de las manos así como los cabellos superfluos y, por último, dos expertas masajistas acabaron la tarea con una serie de masajes, a la “manera germana”, que la dejaron como nueva.

Claramente se ve por esta escena real hasta qué punto escribió el marqués de Sade de acuerdo con lo que exactamente sucedía en el siglo XVIII. Esta limpieza profunda y prolija ejecutada por ma-

sajistas jóvenes se encuentra descrita centenares de veces en sus novelas.

Concluida la tarea del masaje, Safo fue rociada con perfumes y se le adornó el cabello con flores. Su vestido consistía en una camisa “a lo Safo”, es decir, hendida por delante y por detrás desde la cintura para abajo y toda ella adornada con cintas; en un corpiño bien ajustado a la cintura y en una faldita de muselina que se pliegaba graciosamente a sus piernas. Acicalada de esta guisa, fue llevada a presencia de madame Furiel.

La recibió ésta recostada en un diván. Era una mujer de treinta a treinta y dos años, morena, de cejas oscuras, un poco entrada en carnes y con todos los signos externos del verdadero marimacho. Sin embargo, frente a Safo, adoptó una actitud de mujer tierna y cariñosa. Comenzó por decirle que no le exigía más que “un peu d’amour” y luego le enseñó el símbolo del tribadismo: dos palomas acariciándose con los picos. Al cabo de otras caricias, le preguntó de improviso: “¿no te han azotado nunca en las nalgas?”

Después de haber iniciado durante dos horas enteras en los misterios del amor lésbico a Safo, madame Furiel llamó a dos camareras para que procedieran a perfumarla de arriba abajo. En seguida, y para reponerse de la fatiga, pasaron al comedor para atacar un espléndido menú y durante la comida continuó informando a su discípula acerca de lo que era el tribadismo en París y cómo su culminación estaba en las bacanales de la “secta Anandryne”. La presentaría en ella.

En el “Templo de Vesta”, donde se reunían sus diaconisas, no tenía acceso, por supuesto, cualquier mujer. Para esto, se necesitaba haber pasado por determinadas pruebas. Para las mujeres casadas, el ingreso ofrecía aun mayores dificultades. Se encerraba a las aspirantas en un “boudoir” donde había una estatua de Priapo “mostrando toda su energía”. Se veían también allí diferentes grupos que representaban hombres y mujeres en actitudes obscenas. Los frescos murales se referían gráficamente a lo mismo. Numerosas reproducciones de los atributos viriles excitaban los sentidos y libros y grabados distribuidos por las mesas contribuían a exaltar la excitación. Al pie de la estatua ardía una especie de fuego sagrado que debía mantenerse perpetuamente encendido por medio de materias muy inflamables, de tal manera que la postulante no podía apartar de él sus cuidados y atenciones. Si por distracción, o bien por entretenerse demasiado en contemplar las estatuas y los frescos, el fuego se apagaba, aquello representaba la prueba contundente de su in-

atención y de su debilidad, y automáticamente era eliminada de la secta. Las pruebas duraban tres días consecutivos y, cada día, la guardia se prolongaba por espacio de tres horas.

En pago de sus condescendencias, madame Furiel prometió a Safo hermosos vestidos, sombreros, diamantes, joyas, espectáculos, paseos y lecciones de lectura y escritura, de danza y de canto. Pero, eso sí, debería guardarle una absoluta fidelidad, mantenerse siempre estrechamente unida a ella y, ante todo, no tener jamás comercio con los hombres. Safo aceptó la propuesta.

En consecuencia, al día siguiente comenzó la metamorfosis de la antigua campesina. Tenderos, modistas, mercaderes llegaron en tropel a casa de la Furiel para hermopear a Safo y llenarla de vestidos, joyas y sombreros. Por la noche, la Furiel la llevó a la Ópera, donde constituyó la admiración y la envidia de las demás lesbianas diseminadas en los palcos. Y por su parte, los hombres exclamaban en los corredores viendo a la encantadora conquista: “La Furiel ha encontrado carne fresca”.

Al día siguiente, Safo fue introducida con gran pompa y con una especial ceremonia en la “secta Anandryne”. En medio del “Templo de Vesta”, había un espacioso salón a través de cuyos vidrios se filtraban los rayos del sol. El testero estaba ocupado por una estatua de Vesta, con los pies descansando sobre un globo y teniendo el aire de descender desde el Olimpo hasta la asamblea para presidirla. Dicho globo, por su parte, “planeaba enteramente en el aire”, sin que un *prodigio* como éste asombrara a las iniciadas.

A Mairobert, sin embargo, un *fenómeno* como aquél le llamó poderosamente la atención y se propuso explicárselo por medio de razonamientos que hoy nos parecen sencillos, pero que, en su tiempo, revelaban cierta agudeza mental. “Es casi seguro —dice— que esa estatua de Vesta y el globo suspendidos por sí mismos, sean huecos y que se les haya insuflado un aire más ligero que el de la atmósfera reinante en el salón, de tal modo que se establezca entre ellos el equilibrio. Es la única manera de explicar este prodigio que tiene todas las apariencias de un cuento.” Y sigue dando otras explicaciones y refiriéndose a un padre Galien, dominico y antiguo profesor de filosofía y teología en la Universidad de Avignon que, en 1775, publicó un libro sobre “el arte de navegar por el aire”, basándose en “principios físicos y geométricos”.

Un estrecho corredor rodeaba el santuario de la diosa. Sus puertas de acceso estaban custodiadas por lesbianas que, haciendo las veces de soldados de guardia, se paseaban de arriba abajo con

absoluta seriedad. Frente a la entrada principal, cerrada por una doble puerta, había una gran losa de mármol sobre la cual podían leerse alusivos versos, grabados en letras de oro. A los dos lados, brillaba, en sendos altares, el sagrado fuego de Vesta. En uno de los ángulos se elevaba la estatua de Safo, patrona del templo y la más antigua y célebre sacerdotisa del amor que lleva su nombre y, frente a ella y en un plano más bajo, el busto de mademoiselle de Eon —hecho por Houdon—, la lesbiana moderna más célebre. Finalmente, se alineaban los bustos de las mujeres griegas cantadas por Safo: Telesila, Amitona, Kidno, Megara, Pirrina, Andrómeda, Cyrina, etc. Al otro costado de la sala, había un diván circular donde se sentaba la presidenta y su discípula de turno. Por parejas separadas, las tríbadas estaban igualmente sentadas en círculo, a estilo turco, sobre escabeles bajos, “con las piernas entrelazadas entre Madre y Novicia” o, según la terminología mística que ellas empleaban, “entre incuba y súcuba”. Las paredes estaban exornadas con relieves que mostraban impúdicamente las partes secretas del cuerpo femenino tal como aparecen representadas en el dibujo del amor conyugal en “La Historia Natural”, de Buffon y de los “más hábiles anatomistas”.

La recepción de nuestra pequeña Safo se realizó del modo siguiente. Sentadas en sus escabeles y luciendo los mejores y más atractivos vestidos, las diaconisas esperaban ya su llegada. Las “madres” llevaban una levita de color rojo con un cinturón azul y las “novicias” una levita blanca con el cinturón rojo, una camisola y una camisa con faldas abiertas por delante. Lo primero que vio Safo al entrar fue el fuego sagrado que ardía en una estufa de oro con una llama suave y exhalando delicados perfumes. Luego, fue invitada a sentarse a los pies de la presidenta, mademoiselle Raucourt, célebre actriz de la “Comedie Française”. La Furiel, que hacía de “madre”, tomó entonces la palabra y dijo: “Hermosa presidenta y queridas compañeras: aquí os presento una nueva postulante. Me parece que tiene todas las cualidades requeridas. No ha conocido jamás un hombre, está maravillosamente conformada y en los numerosos coloquios que con ella he tenido, he podido reconocer su fervor y su celo. Pido que sea admitida entre nosotras con el nombre de Safo”.

Pronunciadas estas frases, ambas se retiraron con el fin de que las assembleístas dictaminaran sobre el caso. Unos instantes después, la guardiana corrió a buscarlas para decirles que Safo había sido admitida por unanimidad a la primera prueba. En consecuencia se

la desvistió completamente, le dieron un par de zapatillas, la envolvieron en un manto de color claro y, en esta extraña vestimenta, la devolvieron al local donde estaban reunidas las asambleístas. Una vez allí, Safo ocupó el asiento de la presidenta, la despojaron del manto y todas las lesbianas, una por una, pasaron a examinarla a a fin de comprobar “cuántos de los treinta atractivos exigidos y grabados en el mármol” poseía la aspirante. Entretanto, una de las más antiguas “maestras” leía la traducción de un obscenísimo poema latino.

Estaba establecido en el reglamento que de las tres decenas de atributos exigidos, bastaba con que la novicia alcanzase la mitad para ser admitida. Se realizó la votación y la presidenta, una vez hecho el recuento, informó a la asamblea de que la aspirante había salido bien de la prueba. Todas habían emitido sus votos a favor de ella. La decisión fue entonces confirmada por un “beso a la florentina”, después de lo cual, Safo tomó los hábitos lesbianos y se adelantó a prestar el juramento de que renunciaría por siempre jamás al comercio carnal con el sexo masculino, así como a no divulgar los secretos de la secta. A continuación, la Furiel y Safo cambiaron entre sí sendos anillos de oro en cuyo interior estaban escritos sus nombres respectivos. Tomó seguidamente la palabra la presidenta y, entre otras cosas, comenzó diciendo: “hermanas: recibidme en vuestro seno, puesto que soy digna de vosotras”. En seguida se extendió sobre el origen de la “secta Anandryne”. Según ella, procedía de Esparta, donde ya Licurgo había fundado una escuela de Tríbadas. Los conventos femeninos de Europa, continuación de los templos de las vestales, eran una prolongación de aquellas viejas escuelas y representaban “el eterno sacerdocio del tribadismo”, si bien muy atenuado al presente hasta quedar reducido a un doble simulacro del amor lésbico a causa de la mezcla “de prácticas excesivamente minuciosas y de fórmulas pueriles”.

Después, la oradora desarrolló el tema de cómo una mujer joven puede encontrar por todas partes la ocasión de satisfacer sus apetitos sexuales con muchísima mayor facilidad que el hombre. Además, las mujeres pueden ayudarse unas a otras hasta hacerse indispensables y así, una nueva vida triunfa en todas las “vanidades de este siglo”. Los hábitos de penitente se truecan en hábitos de voluptuosidad. Los días de flagelación general terminan en bacanales, “porque la flagelación es un poderoso medio de excitar los sentidos”.

Pero era necesario que la verdadera lesbiana propagara por todas partes el culto de Vesta con celo y energía. La Raucourt hizo

un recuento de las lesbianas más renombradas: la duquesa de Urberx, la marquesa de Terracenes, madame de Furiel, la marquesa de Techul —que se hizo pasar por camarera, peinadora y cocinera a fin de alcanzar los favores de una enamorada suya: mademoiselle Clairon, célebre actriz del teatro francés—, la Arnould y la Sonck, favorita de un hermano del Rey de Prusia.

Al cabo de este enfático discurso, se atizó el fuego sagrado y dio comienzo el gran banquete en el vestíbulo. Hubo vino en abundancia —principalmente del “de Grecia”— y se entonaron canciones alegres y picarescas entresacadas casi todas ellas de los poemas de la clásica Safo. Cuando todas las circunstantes se sintieron ebrias e incapaces de refrenar, por lo mismo, sus instintos pasionales, comenzó la saturnal, desarrollándose tales escenas que, como dice el cronista de aquellos hechos, “no se podrían escribir sin que asomara el rubor a las mejillas”. Pero las participantes no sentían, por supuesto, ese rubor. Las dos heroínas que resistieran por más tiempo los asaltos amorosos de sus compañeras, recibían una medalla da oro con la imagen de Vesta grabada en el reverso, junto a sus propias efigies y sus nombres. El premio les correspondió ese día a Safo y madame Furiel (1).

Mademoiselle Raucourt, la presidenta de esta asamblea de *emancipadas* hasta el punto que se ha visto, sabía estar siempre en su puesto, para combinar lo útil con lo agradable. Había dado calabazas al marqués de Biévre, del cual fue la querida por algún tiempo, para consagrarse en lo sucesivo y enteramente a su nuevo género de vida. Pero no sin hacerse garantizar previamente una buena renta por el afable marqués. Para consolarse de algún modo, éste se dedicó entonces a ironizar sobre su propia situación. Y puso en boga un “calembour” en el que llamaba a su antigua amiga “Tingrate Amaranthe” —“l’ingrate a ma rente”—, o lo que es lo mismo: “la ingrata tiene mi renta”.

Pero ¿quién era aquella mademoiselle de Eon, cuyo busto se exhibía en el santuario de las trébedas de la “secta Anandryne”? La biografía de esta mujer o, mejor dicho de este hombre, constituye uno de los casos más notables en relación con las costumbres de la época. Daremos de ella una breve reseña.

(1) F. C. Forberg ofrece por su parte una breve descripción latina de estas “solemnidades” y asegura que en Londres existía también una secta secreta con el mismo nombre e idénticos reglamentos.

El caballero de Eon, Carlos Luis Augusto Andrés Timoteo de Eon de Beaumont, nació en 1728, en Tonnère de Bourgogne, y murió en Londres en 1810. Era un gentilhomme de gran talento que, por sus propios esfuerzos, había obtenido en París el título de doctor en Derecho y que fue más tarde censor, diletante literario y favorito de las más aristocráticas familias. Tenía reputación de llevar una cabeza bien asentada sobre los hombros. Pero el momento crucial de su destino se lo debió a su rostro singular, de una “delicadeza verdaderamente femenina”. Cuando Luis XV, poco antes de la declaración de la guerra de los siete años, tuvo que mandar a San Petersburgo un agente secreto llamado Douglas, le puso a sus órdenes a Eon, el cual —de acuerdo con los deseos de Conti o del rey, no se sabe con certeza—, debería adoptar el vestido femenino y ser presentado así ante la corte rusa. Una vez en San Petersburgo, Eon supo hacer llegar a manos de la Emperatriz cartas autógrafas del rey, se ganó la simpatía de la zarina y, en fin, prestó grandes servicios como diplomático a su patria. Al estallar la guerra de los siete años, se despojó de sus vestimentas femeninas y tomó parte en ella, siendo enviado después a Londres en calidad de agente diplomático secreto, papel que ahora desempeñó vestido de hombre. Pero allí tuvo una trocatinta con el embajador francés Guerchy. A tanto llegó la cosa, que Eon amenazó con publicar todos los documentos secretos que poseía para que llegaran a conocimiento del gobierno inglés. Luis XV logró calmar, si bien provisoriamente, al irritado caballero, asignándole una renta de doce mil libras y, para que pudiera defenderse de sus enemigos, le aconsejó en una carta, fechada el 4 de octubre de 1763, vestirse nuevamente de mujer. Eon no se avino a seguir el consejo por esta vez.

A la muerte del rey, volvió a reiterar sus amenazas en cuanto husmeó que podía perder su renta. Y entonces apareció un nuevo personaje en aquella real comedia. Este personaje no fue otro que el autor de “Las bodas de Fígaro”, monsieur de Beaumarchais, quien atravesó el canal de la Mancha y se fue a Londres con el designio de despojar a Eon de los comprometedores documentos secretos. Estaban ya éstos a punto de ser devueltos a Francia en las propias manos de Beaumarchais, cuando el hijo del embajador Guerchy intervino y declaró que se vengaría de la afrenta que se pensaba hacer a su padre, tan pronto como el miserable Eon osase pisar tierra de Francia.

Complicadas hasta este punto las cosas, hubo una cabeza ingeniosa —probablemente la de Beaumarchais— que concibió la idea

de allanar las dificultades, decidiendo a Eon a declarar públicamente “que no era en absoluto hombre, sino mujer”. La estratagema surtió efecto. Todas las desagradables consecuencias del lío anterior se desvanecieron así de un golpe. Todos los delitos imputados a Eon por indisciplina, todas las hostilidades literarias dirigidas contra Guerchy, padre, cesaron y sus actos se consideraron excusables por la natural mendacidad de una mujer picada en su amor propio. Pedir explicaciones, después de esto, por parte de Guerchy, hijo, se consideraba igualmente una locura. Pero el punto esencial y decisivo en las negociaciones de Beaumarchais para concluir la paz con Eon fue obligarle a hacer la declaración expresa y categórica de que “era una mujercita” y que añadiese que si alguna vez había desempeñado el papel de hombre era en virtud de un conjunto de casualidades y circunstancias muy difíciles de explicar. (Eon, sin embargo, explica este asunto de otro modo, afirmando que Beaumarchais obró de aquella manera por tener el absoluto convencimiento de que era verdaderamente mujer).

Sea como fuere, el hecho es que el 25 de agosto de 1765 quedó firmado el documento que puso fin a aquel oscuro negocio. Eon se comprometió a guardar todas las condiciones estipuladas, pero todavía reclamó ciertas ventajas y grados honoríficos. Por ejemplo, se empeñaba en querer llevar la Cruz de San Luis encima de sus vestidos de mujer y quería, de contera, una bonita suma de dinero, para comprarse —según decía— ropas y adornos femeninos.

Por fin, todo quedó arreglado y, a partir de entonces, el ex capitán de Dragones fue considerado en toda Francia —a excepción de unos cuantos iniciados en el secreto— como mujer. Y de ahí provenía el busto que “sus compañeras del mismo sexo” le erigieron en el “Templo de Vesta”. Casanova declara por su parte a este respecto: “sólo el rey sabía y había sabido siempre que Eon era una mujer, y toda la querella que ese falso caballero tuvo con el departamento de asuntos extranjeros fue una comedia que el rey permitió que se llevase hasta el fin, por divertirse”.

Louvet de Coubray acuerda a sus “Faublas” la misma metamorfosis. De hombre se convierte en mujer. Si bien, en cierta ocasión y en un lugar oportuno, dicho caballero se reveló como un individuo perteneciente al sexo masculino, y aun podríamos decir al ultramasculino.

Ya hemos hecho notar que durante la Revolución, las “viragos” aumentaron considerablemente. Sade ha pintado varios tipos de esta clase.

De cómo era considerado el lesbianismo en el siglo dieciocho francés nos suministra una prueba cierta anotación del conde Tilly a cuenta de la amiga sáfica de una muchacha con la cual se proponía casarse. “Confieso —escribe el conde— que éste es un género de rivalidad que no me ocasiona la menor molestia. Por el contrario; me divierte y tengo la inmoralidad de reírme de ello” (1).

14. LA PEDERASTIA

EL marqués de Sade canta las alabanzas de la pederastia en todos los tonos. Dolmancé, en la “Filosofía en el Boudoir” es, sin disputa, el más perfecto y consecuente de los pederastas. “No hay —asegura éste— en todo el mundo un placer que sea comparable a éste; yo lo adoro en el uno y en el otro sexo”. Describe, luego en detalle, las satisfacciones que proporciona este vicio repelente y apoya sus argumentos en el hecho de que esa forma del amor excluye con absoluta certidumbre el peligro del embarazo.

Pero aunque Dolmancé encuentre más atractivos en el sexo masculino, no desdeña sin embargo la ocasión de amar igualmente a las mujeres, como lo hace aquella vez en que se encarga voluntariamente de ejercitar a Eugenia en las lides amorosas.

Por el contrario, Brésac, a quien Justina sorprende en íntimo comercio con el lacayo, es un hombre juvenil, dominado enteramente por el instinto homosexual y que siente un exacerbado odio contra el sexo femenino, al que llama “sexo infame”. Brésac representa, si no estamos equivocados, el único tipo con el instinto sexual completamente invertido que Sade pinta en sus novelas. Todos los demás han ido adquiriendo el vicio progresivamente y, de vez en cuando, retornan sobre sus ímpetus varoniles. Pero es de creer que el marqués de Sade, que se sabe mostrar siempre como el más grande conocedor de los tipos patológicos sexuales, se atiene en estos casos a la estricta realidad. Brésac desarrolla la teoría de que “el pederasta pasivo” —como lo es él— tiene ordinariamente una naturaleza distinta a la de los hombres y explica sus insensatas pasiones como “efecto de esa diferente constitución física”. Por tanto —intuye—,

(1) H. Ellis y J. A. Symonds: “L’instinct sexuel contraire”.

sería una gran estupidez castigarle por lo que se supone en él un vicio o una maldad.

Por el contrario, Dolmancé da una explicación de la pederastia que, por lo que se refiere a la exposición de motivos, podría ser aplicable a la mayor parte de los invertidos. Él supone que si la naturaleza los hubiera creado para serlo constante y únicamente, les habría dotado de miembros especiales, como en el caso del hombre y la mujer normales. Pero, de que esto no es así, Sade ofrece la prueba en el hecho de que en él, las lesbianas se abandonan “al amor a la griega” o lo que es igual, por medio de artefactos que reemplazan las funciones masculinas.

Haya de ello lo que hubiere, lo cierto es que durante el siglo XVIII la propagación de este vicio fue enorme. La Duvergier nos cuenta hasta qué extremo eran buscados y pagados los pederastas y, al lado de ellos, los encantos femeninos pasaban muchas veces a ser despreciados. El “búlgaro”, como se le llamaba al invertido en el argot de la época, contaba mucho más en el mercado que la mujer. “Venus —dice por su parte el marqués de Sade— tiene más de un templo en Citerea” y hace hincapié en el hecho de que el “búlgaro” es muy buscado en Italia.

A partir del siglo XVI, la pederastia había ido ganando terreno en Francia, como se sabe. Mirabeau asegura que, durante la guerra de Enrique III, “los hombres se provocaban mutuamente bajo las arcadas del Louvre y que, en el reinado de Luis XIV, el homosexualismo tenía sus propias leyes y sus organizaciones bien definidas”. Enrique III mismo parece que fue homosexual. Enrique IV se esforzó, es cierto, por reprimir enérgicamente este vicio, pero no se pudo impedir que el comercio sexual entre los hombres, que se creía originario de Italia, reapareciera con más fuerza en los tiempos de Luis XIII.

Felipe de Orléans, hermano de Luis XIV, acabó siendo homosexual, y es un hecho notorio y bien conocido el de lo desgraciada que fue su mujer, la princesa alemana Elisabeth Carlota del Palatinado, llamada vulgarmente Liselotte, a causa de las predilecciones de su marido por el sexo masculino. En cuanto a Luis XIV, se cuenta que personas que vivían al lado suyo durante su minoría de edad, trataron de desviar sus instintos con el objeto de tenerlo así dominado sin recurrir a una favorita. Menos mal que el joven monarca concibió en seguida una decidida antipatía, no sólo contra la pederastia, sino contra quienes trataban de influir en su ánimo y en su vida por semejantes procedimientos. El camarero íntimo del rey,

Pierre de la Porte, insinúa en sus Memorias que el cardenal Mazarino trató de tener un comercio ilícito con el rey en 1625, cierta vez que este último, cuando tenía 15 años, fue a comer en casa de él. Pero este asunto, que ha sido investigado por A. Moll, permanece en las tinieblas y no creo que sea jamás esclarecido.

En un viejo libro publicado en 1695, titulado “La Francia galante”, hay un capítulo donde se habla de un club de pederastas fundado por el duque de Grammont, el caballero de Malta Tilladet y el marqués de Birand. Y entre sus reglamentos figura uno por el cual se establece “que todos los miembros de dicho club fuesen examinados a fin de hacer la comprobación de que todas las partes de su cuerpo estaban sanas y eran capaces de soportar las austeridades”. Estaba allí prescrita en absoluto la ausencia de la mujer y cada miembro debía “someterse a los rigores del noviciado, cuya duración se extendería hasta que su barba estuviera bien poblada”. Este club tuvo corta vida. Habiéndose inscrito en él un príncipe, el rey lo disolvió, no sin antes haber ordenado castigar al joven príncipe... “por do más pecado había”.

Si Bouchard cuenta, hablando del duque de Orléans, que “esa corte era extremadamente impía; que el de Orléans les tenía prohibido a sus muchachos ver a las mujeres y que algunas noches éstos iban a su puerta para encerrarse con él durante una o dos horas”, es de suponer que todos esos extravíos sexuales se deberían más a “un instinto todavía no diferenciado”, como lo quieren Havelock Ellis y Symonds, que al ejemplo que recibían en la propia corte del duque de Orléans y por la seducción directa. Y cuando leemos en los escritos de Isabel Charlotte, princesa del Palatinado, que “monsieur (el duque de Orléans) no piensa en otra cosa que en buscar placeres a sus muchachos” y que “los lacayos condescendientes reinan por todas partes como señores”, nos sentimos inclinados a dudar de las aserciones de Bouchard más arriba mencionadas.

Como sea, el culto de la pederastia continuó incólume en la corte francesa durante el siglo dieciocho. Y más bien habría que sorprenderse de que Luis XV, el rey lascivo por antonomasia, no encontrara placer en el ejercicio de la pederastia y de las otras prácticas homosexuales. En 1750, dos invertidos fueron quemados vivos en París.

El período revolucionario llevó este vicio a su más alto desarrollo. Hemos hablado ya, en otra parte, de las ilustraciones gráficas que circularon en aquel tiempo relativas todas ellas al homosexualismo. En 1789, Supin, comisario del departamento del Sena, daba

el siguiente informe a sus superiores: “de algún tiempo a esta parte, un nuevo género de impudicia comienza a desarrollarse y propagarse. Los datos que cada día me traen los agentes de la policía sobre homosexualismo aumentan hasta extremos inconcebibles. La sodomía y el amor sáfico están tan extendidos como la misma prostitución y siguen haciendo progresos”.

Rétif de la Bretonne toca este punto *in extenso* y, ya en el prefacio de su libro, escribe que la “sodomía, la bestialidad y otros vicios degradan a los franceses desde cinco o seis generaciones atrás”. Rétif cree atisbar la causa de la gran amplitud y extensión que cobró el homosexualismo entre los antiguos griegos y romanos en la gran similitud que hubo en aquellas épocas entre los vestidos masculino y femenino. Por consiguiente, recomienda que, en la actualidad, se distingan netamente entre sí ambas vestimentas a fin de evitar toda incitación al pecado por sugerencia de la ropa. Y no parece, desde luego, enteramente casual el hecho de que en el siglo XVIII, la época de la más grande propagación del llamado “amor platónico”, se pusiera tan en moda el usar “vestidos a la griega”. La moda y los vestidos pueden tener más importancia de lo que se cree en los extravíos sexuales.

15. LA FLAGELACIÓN Y LA SANGRIA

LA flagelación, ese auxiliar poderoso de la voluptuosidad, ha sido frecuentemente utilizado por el marqués de Sade en sus obras para crear el “clima” que él creía indispensable en sus lectores. Basta citar las grandes escenas de flagelaciones descritas en “Julieta” y en “Justina”, todas ellas desarrolladas entre mujeres. Julieta, enviada por la Duvergier, va a buscar, con tres modistillas, al duque de Dondemar a Saint-Maure, cuya monomanía sexual consiste en flagelar hasta sacar sangre de su cuerpo a las jóvenes prostitutas. Por obtener estos favores, el duque está dispuesto siempre a pagar enormes sumas.

El marqués de Sade ha llevado también sus estudios literarios a este terreno. Indica en sus novelas las obras más notables que existían en la época sobre la flagelación y, especialmente, las de Meibom y Boileau. Sus investigaciones le llevaron al convencimiento

de que son siempre los nombres quienes, en todas las épocas, representaron un papel activo en la flagelación. Y no deja de manifestar su extrañeza ante el hecho de que, dada la crueldad de la mujer, haya ésta manifestado escaso gusto por representar un papel activo en la práctica. Sin embargo, hace concebir a Dondemar la esperanza de que las mujeres adquirirán y desarrollarán esta especialidad en el futuro “hasta el punto en que yo lo deseo”.

W. M. Cooper, en su famoso libro sobre la flagelación, apunta interesantes detalles acerca del grado que esta viciosa práctica había adquirido en el siglo XVIII y, por su parte, Voltaire hace frecuente mención del látigo en sus escritos, especialmente cuando se le presenta la coyuntura de ridiculizar a los frailes. Cuando en aquellos siglos se castigaba con el látigo a los niños, las ayas sostenían que aquello fortificaba la musculatura y embellecía la piel y, en todas las escuelas y colegios, la pena de los azotes se consideraba como una cosa natural, lo que explica que, entre los mayores, cundiera rápidamente el hábito de la flagelación.

Durante la época del Terror, las “tejedoras” sacaban a las monjas de los conventos para azotarlas ignominiosamente. Y conocido es el trágico caso de Theroine de Méricourt, quien después de haber sido castigada a latigazos por una horda de mujeres, perdió el juicio. Todavía después de la caída de Robespierre, algunas muchachas fueron desnudadas en las calles de París y bárbaramente azotadas por los antiterroristas. Y por aquellos días existió también “un club del látigo”, en el cual se azotaba a las mujeres “que voluntariamente quisieran prestarse a este castigo por encantadora elegancia”. Se ha escrito tanto ya acerca de la predilección que sentía Juan Jacobo Rousseau por este género de excitación sexual, que constituiría redundancia contar una vez más la historia de los castigos de esta clase que le fueron impuestos por la señorita Lambercier. Quienes se interesen por todos aquellos detalles, pueden ir a buscarlos al libro de R. de Krafft-Ebing, titulado “Recherches sur le domain de la physiologie sexuelle”. La literatura francesa del siglo dieciocho está llena de narraciones de casos de flagelación acaecidos especialmente entre el bello sexo. Particularmente notorio es el caso de Teresa Berkley, quien tenía para su servicio un increíble arsenal de artefactos muy semejantes a los que, para castigar a los herejes, usaba la Inquisición.

Creemos necesario referirnos, por último, al papel que la llamada “sangría” desempeñó en la literatura del marqués de Sade. En su novela “Justina” aparece un conde llamado Gernande, el

cual no es capaz de satisfacer su instinto sexual más que practicando la sangría entre mujeres después de haberlas hecho comer copiosamente. Nos cuenta allí Sade cómo el referido conde sangró a su propia mujer y cuando ésta hubo perdido el conocimiento a causa de la debilidad provocada por la hemorragia, sació en ella sus deseos carnales. La práctica de la sangría era corriente también en determinadas épocas del año; y ciertas festividades religiosas como, por ejemplo, la de San Valentín y San Mateo, se celebraban con colectivas efusiones de sangre. Reulin y otros médicos de aquella época pretendían que el histerismo femenino podía curarse con sangrías ni más ni menos que como hoy curamos las infecciones con sulfas o penicilina. Briére de Boismont cuenta que cierto hombre practicaba sangrías a su amante porque mientras no veía sangre, su exaltación sexual no llegaba al apogeo conveniente. Es de creer que dicho individuo no habría leído la “Justina” de Sade y que, por consiguiente, su actitud no se debería a una imitación de lo que, en el conde de Gernande, era una práctica usual, sino a una aberración enteramente personal. Sade, como lo iremos viendo en otros aspectos, se limitaba a transcribir en sus obras lo que había visto u oído en la realidad.

16. LOS AFRODISIACOS, LOS COSMÉTICOS, LOS ABORTIVOS Y LOS ARCANOS

EN sus obras, Sade consagra una particular atención a los remedios sexuales, tomando estas palabras en su más lata acepción. De ahí que los grandes donjuanes extenuados por una vida de abusos carnales hayan buscado en él la manera de procurarse estímulos y excitaciones artificiosas. Los afrodisíacos más variados y exóticos para reanimar las fuerzas de esos decrepitos individuos figuran aquí y allá entre sus obras. Hay, desde los líquidos que aplicados sobre las partes genitales provocan automáticamente el deseo, hasta las tisanas “a base de hierbas aromáticas” y de vinos especiales que cumplen igual misión. La azafétida o goma de Arabia se utiliza también con gran frecuencia por los personajes de Sade como “un fluido excitante” y, en un pasaje de “Julietta”, se les apli-

can a las personas que toman parte en la orgía “otros fluidos estimulantes que olían a jazmín”, así como opio y “varios remedios que se vendían públicamente en Italia”.

Ya dijimos en otra parte que el burdel de madame Gourdan era una verdadera farmacia de afrodisíacos e hicimos igualmente referencia a las famosas “píldoras a la Richelieu”, cuyo ingrediente principal lo constituía la cantárida. El uso de la cantárida, como estimulante de los apetitos sexuales, es muy antiguo. Discorride hace ya mención de ella en su “Materia Médica” y el poeta romano Lucrecio parece que murió por haber abusado de un afrodisíaco que contenía cantárida en dosis muy concentradas. En la época de Ambrosio Paré —que narra muchas muertes semejantes debidas a la ingestión de cantárida— el uso de esas píldoras estaba ya muy generalizado en Francia aunque fuese, en realidad, Italia la cuna de esa clase de excitantes. La introducción de ellos en las Galias se le achaca con bastantes visos de verosimilitud a Catalina de Médicis. En las cortes de Enrique III y de Carlos IX se hizo un uso excesivo de esa droga y, más tarde, el duque de Richelieu acabó de popularizarla a través de sus aventuras amorosas. La boga que entonces alcanzaron las píldoras bautizadas con su nombre llegó hasta las ínfimas clases populares, acabando de ponerse a la moda bajo el remado de Luis XV. Y justamente en esta época es cuando tiene lugar el sonadísimo “affaire” del marqués de Sade en Marsella, “affaire” en que las famosas “píldoras a la Richelieu” jugaron un fatal papel. Por otra parte, las pastillas secretas y “magnánimas” de madame Du Barry, el “polvo de alegría” y las “pastillas de serrallo” —también popularísimas en aquel tiempo— estaban igualmente compuestas sobre la base de cantaridina.

Hoy se sabe científicamente que las cantáridas constituyen una droga peligrosa que fácilmente puede producir la inflamación de los riñones, de la vesícula y de la uretra. Los deseos sexuales provocados por ellas no obedecen más que a la excitación inflamatoria de la mucosa de la uretra y de la vesícula por efectos reflejos y únicamente puede surtir ese efecto en forma momentánea en el intervalo que media entre su ingestión y su expulsión.

Otro de los vicios más usuales de aquel siglo lo constituyó la práctica de los cosméticos, en cuya venta el charlatanismo llegó a su más alto apogeo. Los cosméticos se emplearon con tan escaso discernimiento y en tan prodigiosa cantidad que Casanova tuvo sin duda razón al prohibírselos—él que se preciaba tanto de don Juan—

a la duquesa de Chartres cuando vio que sus efectos estaban desfigurando el rostro a esa dama.

Otra de las curiosidades más notables del siglo dieciocho consistió en aquello que se denominaban “las falsas virginidades”, tan citadas en los documentos de la época, y que no consistían en otra cosa que en contraer, por medio de poderosos astringentes, los restos del himen perdido por las doncellas en sus aventuras amorosas, a fin de hacer pasar a sus dueñas por positivas vírgenes. Pero, a decir verdad, unas prácticas como esas no eran nada nuevo en Francia. Henri de Mondeville, médico que vivió en el siglo XIII y a comienzos del XIV, cuenta ya que en su tiempo se practicaban tales usos y aun apunta alguna de las prescripciones que solían ser frecuentes “para que las mujeres pudiesen simular su virginidad”. Habla allí de “vidrio pulverizado”, de “estopas empapadas en sangre de dragón” y de zumos de “diversas plantas hervidas en agua de lluvia” que, según las ingenuas creencias de la época, tenían la propiedad de devolver la virginidad a las muchachas o, al menos, de dejarlas tan “reparadas” en sus daños, que podían hacerse pasar por auténticas doncellas.

Durante el siglo dieciocho, que podría denominarse con justicia “la edad de oro de todos los artificios de la cosmética”, todas aquellas viejas consejas de la alta Edad Media volvieron a resurgir en Francia y aun se pusieron a la moda otros procedimientos no menos risibles y curiosos. Por lo que respecta al embellecimiento físico, hay que advertir que los hombres se entregaban a él con idéntico entusiasmo y, si cabe, con mayor impudor que las propias cortesanas. Los afeites, la colocación de lunares en lugares estratégicos, los polvos para el rostro y la cabellera y hasta la depilación corporal eran faenas cotidianas que llevaban tanto tiempo a los elegantes de aquella época como a las mismas mujeres. Y monsieur de Valencey, que fue testigo de la escena, cuenta cómo vio al duque de Orléans en la “lit” de madame de Montesson tan embadurnado de cremas, de polvos y de cosméticos que habría sido difícil distinguir, a no mirar más que a los rostros, quién de los dos era la verdadera mujer. Las obras del marqués de Sade, ajustándose estrictamente a la realidad, nos ofrecen también cuadros de viveza singular acerca del escalofriante empleo de los abortivos en el siglo dieciocho. Y, en realidad, habría que poner en ese tiempo el origen de la actual *denatalización* de Francia. Las estadísticas realizadas por Galliot y que alcanzan hasta el año 1789 constituyen un apropiado material para advertir hasta dónde había llegado la propagación de los abor-

tivos. Sus conclusiones terminan así: “por todas partes se lamenta la *denatalización* de este país. Se han expedido recientemente muchas leyes para proteger a los niños; pero nosotros pediríamos unas protecciones más expresas para los niños a quienes se impide nacer”.

En el siglo dieciocho se conocían, en efecto, todos los medios empleados hoy para impedir la concepción o para provocar el aborto. Basta leer a este respecto aquel pasaje de “Filosofía en el Boudoir” en que madame de St. Ange, respondiendo a una pregunta de Eugenia, enumera todos los anticonceptivos conocidos hasta la fecha. Los maltusianistas tendrían, en verdad, bien poco que agregar a lo que allí se recomienda. Mas si, por casualidad, aquellos fallaran, todavía quedaba el procedimiento del aborto, acerca del cual estaba también ampliamente informado el marqués. Desde el uso de la “sabina” hasta el de “la aguja apropiada”, todos son buenos y oportunos con tal que cumplan su misión.

Otro tanto puede decirse de los “arcanos antivenéreos” que inundaron de punta a cabo a la Francia del “dix-huitième”. Porque es de advertir que, aunque la embriaguez por los placeres sexuales llegara a su culminación, no por eso dejaba de temerse en alto grado el contagio del “mal napolitano”. Los charlatanes y vendedores de remedios hacían aquellos años el agosto vendiendo prodigiosas panaceas. Ignoramos si llegó a realizarse aquel proyecto que muchos tuvieron por entonces de fundar una casa *non sancta* en cuyo frontis figurara este rótulo: “se da placer a cambio de oro y se garantiza la salud”; pero, en verdad, que se justificaban tales prevenciones en vista de la extensión terrible de aquel mal.

El temor se agravaba mucho más por el hecho de que, según las creencias de aquel siglo, las enfermedades venéreas se transmitían simplemente por dormir en el lecho ocupado antes por otro; y por eso, Casanova nos refiere que él había adoptado por principio no dormir jamás en cama ajena.

La venta de preservativos contra los males venéreos se hacía pública y descaradamente en las tiendecitas del Palais-Royal. Pulu-laban también por allí los charlatanes que, sin el menor pudor, hacían la propaganda de sus remedios, ya oralmente, ya recurriendo a los carteles o a los volantes de mano. El más famoso de ellos era un tipo conocido con el nombre de “Doctor Préval”. Sus negocios marchaban por aquellos días viento en popa gracias al crédito que se otorgaba a sus mercancías, y Rétif de la Bretonne cuenta que fue él quien le instruyó en todos los secretos de la prostitución de París,

así como en las “artes amandi” que se practicaban en el Palais-Royal, donde Prével triunfaba con sus potingues.

Prével había comenzado sus estudios en 1746 y parece que se doctoró en 1750. Pero, en lugar de ejercer la medicina, dedicó largos años de su vida a buscar “un remedio infalible contra el mal de Nápoles”, hasta que, al fin, los hados coronaron sus esfuerzos. El remedio “infalible” apareció y, según rezaban sus folletos de propaganda, había curado con él en poco tiempo nada menos que a ocho mil personas. El éxito de la droga de Prével tuvo una tal resonancia que llegó hasta a América y, en la Martinica se hicieron con ella “increíbles curaciones”. Ante esto, Prével fue llamado a la corte, donde se le colmó de elogios y parabienes hasta un punto como no lo habría logrado el descubridor de un nuevo mundo; pero, eso sí, se le exigió que, antes de proceder en las personas de los nobles y palaciegos, hiciese el experimento en sí mismo y en presencia de testigos, a fin de dejar bien probada la eficacia del potingue.

Prével consintió en ello y, en 1772, lo increíble sucedió. Después de haber ingerido la milagrosa pócima y en presencia de grandes señores, nobles y cortesanos, nuestro doctor realizó el acto amoroso con una muchacha infectada hasta las cejas —por lo que se estaba tratando en un hospital de las Hermanitas de la Caridad— y... quedó intacto. Ahora bien; lo que no se cuidaron los cortesanos de aclarar fue de si el bueno de Prével debió aquella “increíble inmunidad” al hecho de que gozara ya de una infección sifilítica anterior que llevaría latente en sus venas.

Parent-Duchatelet asevera que “podría indicar por sus nombres y apellidos a todos los nobles que fueron, con él, testigos de la escena memorable”, pero que el alto rango que ocupaban dentro del Estado “le aconsejaba el silencio”. Sin embargo, los nombres de tales testigos de excepción han llegado por otros conductos a nuestro conocimiento y podemos enumerarlos sin lugar a reclamaciones. Eran, entre otros, el duque de Chartres, el duque de la Marche, el mariscal de Richelieu, el duque de Nivernis, el duque de Deuxponts y algunos otros “gentilshombres”. Por cierto, que el último de los nombrados hizo que algunos lacayos suyos repitieran la experiencia de Prével con ramerías sifilíticas y obtuvo en todos los casos el mismo resultado favorable.

En vista de todo ello, el Ayuntamiento de París contrató a Prével para que comenzase el tratamiento de la sífilis en Bicêtre por medio de su “infalible remedio”. Para los experimentos, se le

asignaron seis hombres y cuatro mujeres. Pero, entonces, la Facultad de Medicina de París tomó el asunto en sus manos y, en una asamblea memorable celebrada el 8 de agosto de 1772, Prével fue tachado de la lista de doctores por 154 votos contra 6. Despechado, inició entonces Prével una reclamación contra la referida Facultad e incluso llevó sus quejas contra ella hasta el mismo hemiciclo del parlamento, obteniendo la anulación del acuerdo de la Facultad. Pero, en 1777, volvió aquélla sobre su dictamen anterior y Prével fue definitivamente expulsado de la docta corporación y condenado a una multa de tres mil francos.

Aun cuando haya motivos para acatar el juicio de la Facultad de Medicina de París en este sonadísimo litigio, es conveniente advertir que los argumentos en que fundamentó su acusación contra Prével son ciertamente discutibles, como puede comprobarse por el siguiente pasaje: “habría que examinar desde el punto de vista de la moral —se leía allí— hasta dónde sería lícito un invento cuyo único objeto consistiría en añadir, al regusto por el refocilo sexual, el de la impunidad. Sabemos o, por lo menos, creemos que un invento semejante produciría un terrible relajamiento moral, del que serían las primeras víctimas el pueblo y el orden social y aun podríamos añadir que la pureza de las costumbres”.

Aquellos sesudos varones de la Facultad de Medicina interpretaban, según se ve, el contagio venéreo como el mejor freno para reprimir las naturales apetencias amorosas.

Pero Girtanner, un publicista de mucho más avanzado criterio, se rebeló contra semejante proposición de los doctores parisienses y la fustigó de esta manera: “El inventor de un remedio semejante —en ese caso Prével— no merece ni el desprecio ni el castigo, sino, muy por el contrario, se haría merecedor de la gratitud de todo el género humano, ya que, por él, el mal venéreo desaparecería en poco tiempo de la faz de la tierra. ¿Y qué filántropo no desearía con toda su alma que se realizara una tal revolución?”

El preservativo más usual contra las enfermedades venéreas en el siglo lo constituían las llamadas “Levitas de Inglaterra”, de las cuales se guardaban verdaderos arsenales en todos los lupanares y sitios alegres de París. Cuando, al llegar a Marsella, Casanova entró, como de costumbre, en un burdel para descansar de sus fatigas de viaje y manifestó a su amiguita de turno sus temores de que le tocara algo, la muchacha se apresuró a ofrecerle una “levita de Inglaterra” que “puso tranquilidades en su alma”. Pero hubo de rechazarla porque, según propia confesión, “era de calidad muy

ordinaria”. Entonces, la complaciente amiguita le mostró un bien surtido stock de otras más finas que se vendían a tres francos la pieza, y Casanova se apresuró a comprarle una docena “con el fin de ensayarlas, según cuenta, con una sirvientita de quince años”.

La “levita de Inglaterra” había sido inventada bajo el reinado de Carlos II, por el doctor Conton, cierto médico de Londres, cuyo apellido exacto no se ha hecho popular en todo el mundo debido a la equivocación de una letra que se cometió al transcribirlo; pero la materia prima que por entonces se utilizaba en su confección difería bastante de la actualmente empleada. Baste saber que en la época del doctor Conton, se fabricaban de intestinos ciegos de corderos, luego de ser sometidos a determinadas manipulaciones que J. K. Proksch describe cumplidamente en su formidable libro “Les mesures prophylactiques contre les maladies vénériennes”.

17. LA GASTRONOMÍA Y EL ALCOHOLISMO

“**S**INE Baco et Cerere friget Vénus” —rezaba ya un viejo aforismo latino. Y, copiándolo al pie de la letra, en la Francia del siglo XVIII se decía que tampoco “sin una buena comida y exquisitos licores se concebía el amor”. El marqués de Sade lo sabía perfectamente y, en su novela “Julietta”, la Delbene comienza por exclamar en una orgía: “desayunémonos bien; restauremos nuestras fuerzas. Cuando se ha perdido mucha carga, hay que recuperarla”. Y Noirceuil añade en otro pasaje: “la abundancia de comida prepara bien para el amor”. Por consiguiente, “las opíparas comidas” son frecuentes en la literatura de Sade. Clairwil es tan excesivo en los “abusos de la mesa como en los del lecho” y tan sólo se alimenta de aves y de buenos pescados y, aparte los buenos vinos, no bebe otra cosa que agua azucarada y helada. Ambrosio, otro de los personajes del marqués, se expresa de una manera semejante. “Las fuerzas prestadas por Baco a la diosa de la lubricidad —dice— son siempre utilizadas en beneficio de la última”. El vino y la comida juegan un papel importantísimo en todas las bacanales descritas por el marqués y, por su parte, Julieta y la reina Carolina de Nápoles consumen, entre escena y escena de sus encuentros amorosos, varias

botellas de champagne. El conde Gernande aparece como un bestial glotón y como un insaciable bebedor que, después de haber declarado categóricamente: “la intemperancia es mi divinidad y pongo su imagen al lado de la de Venus”, se bebe doce botellas de vinos variadísimos, una botella de ron y diez tazas de café como obvia preparación para sus orgías amorosas.

Pero estos personajes literarios no constituyen algo anormal dentro del marco de su tiempo. Porque el siglo XVIII fue, en verdad, “el siglo de la gran cocina y de los grandes cocineros”, como lo atestigua Paul Lacroix. A través de sus escritos nos informamos con toda suerte de detalles de que, en aquel tiempo, todo el mundo era “gourmand”, sobre todo y como es natural, entre la aristocracia, y de que “comer opíparamente” constituía uno de los principales objetivos de la vida. Las indigestiones por excesos en el yantar estaban a la orden del día.

Voltaire trinó muy severamente contra los “excesos gastronómicos cada día crecientes” de su época; excesos que, a su parecer, achatan y aniquilan el espíritu. Las borracheras que tenían por escenario el Palais-Royal durante la Regencia acabaron por hacerse habituales y generales en tiempo de Luis XVI. Los vinos más famosos y caros de la tierra, desde el Madera hasta los de España e Italia, rociaban las comidas de los grandes palaciegos y una comida en que no se gustasen todos ellos, se consideraba pobre y económica.

Según Brillat-Savarin, los caballeros y los abates eran los más grandes sibaritas. Los “almuerzos literarios y filosóficos” estaban entonces a la moda, pero en realidad, se consagraba en ellos más espacio a la gastronomía, como lo hace notar Paul Lacroix, que a las sutilezas del espíritu. Por su parte, Rétif de la Bretonne pinta en sus “Nuits de Paris” lo que fue una “célebre comida en casa de Grimod de la Reymière, hijo, y da preciosos detalles acerca de otros banquetes a que él asistió, entre otros al del charlatán Gilbert de Préval, en el que el poeta Robe recitó poemas cínicos para regocijo de la concurrencia.

Cuánto contribuyeron los excesos gastronómicos y alcohólicos a la depravación de las masas, lo sabemos hoy muy bien por Reichart, el juicioso historiador, enemigo de toda exageración, quien al referirse a los días sangrientos del mes de septiembre de 1793 nos traza con vivas tintas el retrato de aquellos sudorosos asesinos, ebrios de furor y de sangre, que mataban a sus compatriotas a golpes de hacha y de sable, de picas y bayonetas mientras entonaban la Marsellesa. “Se ha demostrado de una manera irrefutable —dice—

que las bebidas que se dieron a estos hombres contenían un ingrediente especial que producía un incontrolable furor y quitaban toda facultad de raciocinio. Un mozo de cuerda, detenido por haber tomado parte en los asesinatos del convento de San Fermín, confesaba: “Me han dado a beber algo bueno; pero yo también he hecho una buena obra: he matado, yo solo, a más de veinte frailes”.

Es, sin embargo, curioso, que el marqués de Sade haya introducido en sus novelas el tipo del vegetariano y del abstemio, anticipándose en esto a J. Newton, cuya obra “Retorno a la Naturaleza o Defensa del Régimen Vegetariano” sólo data de 1811. Sade nos presenta un vegetariano y antialcoholista típico en Bandole, si bien este personaje practica tal régimen de abstinencia por motivos meramente sexuales. Anticipándose a la “teoría Schenk”, Bandole afirma que, absteniéndose de beber licores y de comer carne, las mujeres no conciben y, fiel a esta doctrina, se alimentaba de vegetales y de agua.

18. LOS ENVENENAMIENTOS

LOS envenenamientos parecen formar la estela o el cortejo obligado de la prostitución y los abusos sexuales. Sabido es que, en la Roma antigua, el barrio de la Suburra era el refugio de los envenenadores y el mercado de todos los más famosos y eficaces venenos. Y no parece ciertamente una simple casualidad el hecho de que las famosas envenenadoras la Brinvilliers y la Voisin fuesen mujeres de vida disoluta.

Gracias a su profundo conocimiento de la vida sexual, Sade se percató de la conexión existente entre el envenenamiento y el vicio carnal, y la puso en evidencia por medio de algunos de los personajes de sus novelas. Varias veces describe con delectación el goce que produce la práctica del envenenamiento —goce, naturalmente, de carácter sexual—. Así, la envenenadora Durand, que vivía en el faubourg St. Jacques, era un monstruo erótico por excelencia y en ella puede encontrarse un tipo característico de la degeneración patológica. Aquella mujer histérica, cruel, fría y calculadora, tiene un jardín donde cultiva toda suerte de plantas venenosas, así como una alacena donde guarda otros venenos juntamente con afrodisíacos.

cos y anafrodisíacos, revelando aquella conexión entre el vicio carnal y el crimen que señalábamos más atrás. Entre los venenos guardados por la Durand había uno llamado “real”, con el que, al decir de Sade, se había enviado al otro mundo bajo el reinado de Luis XV a una cantidad incalculable de personas. Tenía, además, la Durand, alfileres y flechas envenenadas, así como diversas ponzoñas extraídas de serpientes.

Aquel “veneno real” es el que emplea Julieta para mandar al otro mundo a su marido, el conde de Lorsange; y para adormecer al monstruoso y antropófago Minski, echa una mezcla de estramonio al chocolate que aquél va a tomar en casa suya. Cuando la Durand y Julieta abren un prostíbulo en Venecia, la venta de los venenos les reporta una de las más netas y redondas ganancias.

El asesinato por medio del veneno estaba fuertemente enraizado en esta época desde el siglo XVII, durante el cual “se esparció una verdadera epidemia de envenenamientos” bajo el reinado de Luis XIV, sobre todo entre las damas de la aristocracia. El célebre abate Guibourg era, como se sabe, el principal proveedor de venenos y filtros para esas encopetadas damas. Y a tal extremo fue desarrollándose este sistema de crimen, que el rey tuvo que apresurarse a crear un tribunal en 1679 para ocuparse exclusivamente de los procesos por envenenamiento. La envenenadora que adquirió mayor renombre fue María Magdalena, marquesa de Brinvilliers, tan frecuentemente mencionada por Sade. Esta criatura excepcional estaba entregada ya, desde su más lejana juventud, a toda suerte de excesos carnales, como ha venido a demostrarlo una autobiografía encontrada entre sus papeles. Una insaciable concupiscencia la devoró durante toda su vida, siendo ésta la causa primaria de crueldades posteriores. La lascivia y la concupiscencia, que en el fondo no constituyen otra cosa que un egoísmo concentrado, acaban por volver insensible a la persona respecto de los sufrimientos ajenos. Y, luego, esta dureza del corazón se va cambiando, a medida que aumenta la degeneración sexual, en crueldad y en sed de sangre. Es lo que sucedió en este caso. La Brinvilliers aprendió de su amante Sainte-Croix a preparar y administrar los venenos y, después, acabó por emplearlos con una verdadera delicia. Envenenó a su padre, a sus dos hermanos, a sus hermanas y a otras muchas personas. Cuando se descubrieron tan horrendos crímenes fue, por supuesto, decapitada y sus cenizas lanzadas a los vientos de tal modo, que, como lo dice madame de Sevigné en sus cartas, “todo París corrió el riesgo de respirar los átomos de aquella mujerzuela”.

Y, efectivamente, parece que la infección temida por madame de Sevigné hubiera sido una realidad a juzgar por lo que vino después. Los envenenamientos crecieron en una forma alarmante y las autoridades se vieron en el caso de tomar severas medidas. La Voisin, la Vigouroux, la Desoeillet, la Delgragne y otras más son las famosas envenenadoras que se sucedieron en aquel tiempo en una rápida serie. Durante el siglo XVIII, los envenenadores más famosos fueron Desrues y su mujer. Esta excepcional pareja se había propuesto enriquecerse a toda costa y con la menor pérdida de tiempo posible. Su procedimiento más expeditivo consistía en eliminar de la vida por medio de fuertes venenos a todas aquellas personas que constituían un obstáculo para la realización de su proyecto.

Sade también puso sus ojos en estos terribles malhechores y los llevó a sus novelas como parte necesaria de la pintura del vicio que aquejaba a aquellos tiempos que él quería describir. Por eso, y no porque fuese un monstruo por sí mismo, el marqués ha tenido y tiene una tan funesta reputación. Sus libros parecen anegados en sangre, pero es que su época no le ofrecía otros ejemplos. Sade no *hizo sino volcar a su siglo en las páginas de sus libros*. Lo que ocurre es que el Directorio acabó con el Terror y, con éste, acabaron también todas las atrocidades cometidas por las muchedumbres. Pero en las obras de Sade, el Terror sigue latiendo todavía y, hoy, nos espanta y alucina. “Justina” y “Julieta” son las reliquias auténticas de una edad vergonzosa y es apenas natural que sus páginas exhalen un olor a cadaverina y que la suciedad carnal del siglo dieciocho renazca en ellas de nuevo al ser leídas.

Pero, ¿podría haber inventado un hombre solo todo aquello? Es evidente que no. Debemos ser justos con Sade. Y para esto lo primero que tenemos que hacer es conocerlo. Únicamente el conocimiento lleva a la justicia y no el sentimiento, ya sea de horror o de aversión, que nos despierten sus escritos. Únicamente un análisis sereno y, a ser posible, científico, puede darnos una idea aproximadamente exacta de la naturaleza de este hombre y llevarnos a formular un juicio definitivo sobre él.

Nosotros sostenemos que Sade no es más que un producto de su tiempo. En el siglo dieciocho, las ejecuciones se hacían, como es sabido, públicamente. Era un sistema pernicioso. Y si antes de la Revolución la crueldad de los suplicios ejercía una influencia nefasta sobre los espectadores, la poda incesante de cabezas y los asesinatos por centenares, durante ella, tenían que actuar sobre la

población de una manera mucho más terrible y deletérea. El pueblo francés, a la vista de semejantes escenas, acabó por familiarizarse con ellas y tomarlas por mera distracción. Todos los espíritus distinguidos de la época lo reconocen así. Montesquieu condena en “El Espíritu de las Leyes” las escalofriantes torturas infligidas a los reos y Voltaire se pasó toda su vida clamando contra semejantes actos de barbarie.

Hasta la Revolución, las penas de muerte más usuales en Francia eran las siguientes: el descuartizamiento, el suplicio de la rueda; la decapitación —pena la más suave de todas—. Pero la más frecuente era la de la rueda y por eso es la que figura también más en las novelas de Sade. Una vez extendido el reo sobre la rueda, el verdugo procedía a quebrar al desgraciado delincuente los huesos de las extremidades superiores e inferiores con una pesada barra de hierro, tratando de operar con una extraordinaria habilidad a fin de ganarse los aplausos de la concurrencia. Después se ataba al reo entre los radios de la rueda y se le dejaba así expuesto hasta que moría ante los ojos del público.

Una ejecución capital en París constituía siempre una fiesta para el pueblo, ávido de asistir a ella y de no perderse un solo detalle de la misma. Las más famosas fueron las del bandido Cartouche y de su banda, la de Nivet y sus cómplices, la de Deschauffonis —que fue primero estrangulado y, después, quemado—, la de la Lescombat —que fue colgada por haber asesinado a su marido—, la de Damiens y la del envenenador Desrues y su mujer, que perecieron en la rueda.

Pregoneros públicos se encargaban de anunciar a tambor batiente el día, el lugar y la hora de estas terribles ejecuciones. Y una inmensa muchedumbre acudía a presenciarlas como si se tratara de una fiesta. Entre esta muchedumbre tumultuosa y alborozada, no faltaban por supuesto ni las mujeres ni los niños, sin que a nadie se le pasara por la mente el desastroso efecto moral que actos de barbarie semejante podían producir en sus conciencias. Iniciado el acto, el verdugo, seguido de sus ayudantes, tomaba la actitud de un gran señor en medio de sus vasallos; iba peinado, empolvado, vestido con un traje de seda blanca y avanzaba hacia el cadalso proyectando miradas de superioridad sobre todo el mundo. El populo no perdía un detalle de la escena. Y en cuanto al condenado, éste podía bien pronto darse cuenta de si el público estaba o no de su parte por los aplausos o los silbidos con que era acogida su pre-

sencia. Claro que lo más frecuente era que le prodigasen mil insultos y vociferaciones injuriosas, acompañadas de blasfemias.

El más espantable suplicio tal vez sea el que se le aplicó al desgraciado Robert François Damiens, que el 5 de enero de 1757 había cometido un atentado contra la vida de Luis XV, y que, en castigo por ello, fue condenado a muerte en medio de los más atroces suplicios el 28 de marzo del mismo año. Carlyle, uno de los más grandes historiadores de la Revolución, escribía al referirse a las atrocidades cometidas durante la época del Terror: “Ch, esas estrellas eternas miran desde el firmamento nuestra tierra como ojos brillantes y dejan caer sus lágrimas de una piedad inmortal sobre la suerte de los humanos”. Por lo que a nosotros se refiere, diremos que mil ejecuciones por el procedimiento de la guillotina no bastan para superar el horror que nos causa la espantosa ejecución del infortunado Damiens; ejecución que clama verdaderamente a los cielos y que parece suplicar una lágrima de compasión de las estrellas. Aquella infamia cometida por el “ancien régime” no puede ser borrada por los arroyos de sangre que corrieron durante la Revolución. Y cuando rememoramos los detalles de semejante suplicio, caemos en seguida en cuenta de la capacidad de crueldades que oculta el hombre en sus entrañas y nos explica, sin necesidad de más, todo el posible horror que se esconde en las obras del marqués de Sade.

Damiens fue ejecutado de la misma manera que el asesino de Enrique IV, François Ravailac, en 1610. Primero, se le sometió a la tortura; le desgarraron el pecho, los brazos, los muslos y las pantorrillas con tenazas caldeadas en el fuego y, en seguida, echaron sobre las heridas aceite hirviendo mezclado con cera y azufre. Hacia las tres de la tarde, se condujo al desgraciado, primeramente, a Notre-Dame y, después, a la plaza de Grève. Todas las calles por donde desfiló el macabro cortejo estaban atestadas de un público enardecido “que no manifestaba ni pena ni piedad”.

A las cuatro y media comenzó el macabro espectáculo, cuya sola descripción hoy nos repugna hasta la médula. En medio de la plaza se había levantado un cadalso, donde Damiens, ansioso de morir cuanto antes, fue atado por verdugos a seis anillos de hierro, de tal manera que el tronco quedara completamente inmovilizado. Luego, se le encadenó la mano derecha y se la quemaron con fuego de azufre, mientras el desventurado lanzaba terroríficos alaridos. Después, le ataron brazos y piernas con fortísimas cuerdas cuyas extremidades se amarraron a los arneses de cuatro caballos. Cuando

todo estuvo dispuesto, las caballerías, azuzadas por gritos y trallazos, arrancaron al galope y el delincuente quedó casi descuartizado por el impetuoso tirón. Pero como los caballos, por impericia de quienes los manejaban, no arrancaron con la debida precisión, el descuartizamiento no se produjo ni a la primera ni a la quinta tentativa y durante más de una larga hora se practicaron ensayos sin tener para nada en cuenta los ayes del miserable Damiens y sus angustiosas llamadas a la muerte.

El público celebraba la duración del magnífico espectáculo así como la resistencia de Damiens. Finalmente, los verdugos obtuvieron permiso de los jueces para abrir con machetes las articulaciones del cuitado y facilitar así el descuartizamiento que no lograban los caballos. Cuando le abrieron las ingles, Damiens pudo levantar todavía la cabeza, pero estaba ya tan agotado que no se quejó. Por fin, al cabo de hora y media de tirones, le fue arrancada una pierna. El público aplaudió. Le fue, luego, arrancada la segunda y, entonces, Damiens lanzó un profundo quejido. Siguió el despojo de un brazo... y el condenado no moría. Sólo cuando le arrancaron el izquierdo cesó al parecer de respirar. “Tal fue —dice un cronista— el fin de este hombre miserable que sufrió, según el consenso general, los suplicios más grandes que haya experimentado hombre alguno en la tierra, a causa de su insólita duración”.

Sade nunca habría imaginado una escena como ésta si la realidad no se la hubiese puesto ante los ojos.

“La afluencia de forasteros —dice el duque de Croy— fue indescriptible ese día. Puede decirse que todos los habitantes de los pueblos vecinos y hasta muchos de las lejanas provincias, sin contar los extranjeros, invadieron las calles de París como si se tratase de presenciar la más inaudita diversión. Se habían pagado precios de locura no sólo por ocupar las ventanas que daban a la plaza de Grève sino por los mismos aleros de los tejados. Pero lo que más llamaba la atención —continúa diciendo— era el número de entusiastas espectadoras, de mujeres, ansiosas de presenciar este espectáculo en sus más mínimos y espantables detalles, sin que se viese asomar una lágrima a sus ojos, en tanto que muchos hombres sollozaban y volvían los rostros para ocultar sus ojos humedecidos”.

Madame Hausset, una de las espectadoras de la ejecución de Damiens, cuenta en sus Memorias que muchas mujeres jugaban mientras se le sometía al horripilante tormento y que, incluso, hubo algunas que se entregaron a otra clase de torpezas de más difícil descripción.

Nadie se extrañará tampoco al saber que el propio Luis XV contó, con todos sus pelos y detalles, esta ejecución a los embajadores acreditados en su corte. La piedad no se estilaba en aquel tiempo.

La Revolución encontró, por consiguiente, un público bien entrenado para presenciar toda clase de ejecuciones sangrientas. Y Sade pudo ser testigo de ellas. Cabalmente había sido puesto en libertad en 1790.

Los primeros chispazos de los asesinatos de septiembre, la toma de la Bastilla (14 de julio de 1789), la marcha sobre Versalles (5 de octubre de 1789) y los sucesos sangrientos de Aviñón en 1790 y 1791 permitían adivinar ya el papel importantísimo que desempeñarían las mujeres en las ejecuciones y masacres venideras, al mismo tiempo que probaban que la sed de sangre y la crueldad constituyen la característica específica de las vulgares hembras del populacho. Esas atroces pasiones florecieron, sin embargo, por igual en las clases aristocráticas. Particularmente en Aviñón, la discordia entre los aristócratas del “partido papal” y los miembros del “partido patriótico” cobró en seguida una violencia inusitada. El “patíbulo de los papistas”, que reclamaba víctimas y más víctimas desde los comienzos del año de 1790, fue sustituido por el “patíbulo patriótico” tan pronto como llegó a aquella ciudad el famoso Jourdan. Y el 14 de septiembre del año siguiente, Aviñón, que tenía fueros propios desde la época en que sirvió de sede papal a raíz del Gran Cisma de Occidente, quedó incorporado a Francia y, para regirlo, se instituyó un gobierno de seis “Directores patriotas”. La persecución cambió desde este instante de rumbo. El 16 de octubre de 1791, uno de aquellos patriotas encargados de reglamentar la vida de la ciudad, el ciudadano Escuyer, penetró audazmente en la iglesia de los frailes franciscanos a fin de “dirigir unas palabritas de exhortación” —según el eufemismo empleado por el cronista— a los papistas en ella reunidos. La respuesta fue “un penetrante alarido de los devotos y aristocráticos papistas”, entre los cuales había numerosas mujeres. Pero como Escuyer no hiciera mención de huir ante aquella gritería, las cosas adquirieron en seguida un peligroso cariz. En medio del tumulto y la confusión general, mil brazos se alzaron, amenazantes, mil puños cerrados se dirigieron contra los intrusos y, a los primeros golpes y a las primeras trituraciones ejecutadas por los hombres, se sucedieron los ataques de las mujeres, provistas de largas agujas y tijeras. Fue un espectáculo aterrador. Allí, en aquel mismo local sagrado donde reposaban tantos muertos ilustres y,

entre ellos, la misma Laura amada y cantada por Petrarca; allí, delante del propio altar sagrado e iluminado; de la imagen de la Santísima Virgen y de tantas venerables reliquias cristianas, se realizó una salvaje masacre francamente vergonzosa. Algunos de los guardaespaldas de Escuyer lograron escurrir el bulto en medio de la tiemenda trapatiesta y corrieron hasta la casa de Jourdan para pedirle que enviara sin dilación la guardia nacional para socorrer a sus compañeros y a su jefe, acorralados en el templo. Pero el ciudadano Jourdan era un hombre cachazudo y lento en sus decisiones. Con desesperante parsimonia, ordenó que se cerraran y vigilaran previamente las puertas de la ciudad; se puso, luego, al frente de un piquete de guardias nacionales y cuando llegó al templo de los franciscanos, encontró el sacro recinto sumido en un silencio dramático y completamente vacío. Los papistas habían huido, pero no sin dejar previamente varias víctimas tendidas por el suelo y, al propio Escuyer, derribado junto al altar mayor, nadando en un charco de sangre, atravesado su cuerpo por cien punzadas de agujones y tijeras, aplastado y horriblemente masacrado. La partida había sido ganada por los “papistas”.

Pero entonces, cabalmente, comenzó aquel terrible proceso que, con el nombre de “castigo en la torre de hielo”, de Aviñón, adquiriría por siempre una triste celebridad. Hombres y mujeres de la aristocracia fueron arrastrados hasta el solitario castillo y encerrados como bestias en estrechos y húmedos subterráneos que colindaban con el lecho del río Ródano. Al lado de estos terroríficos calabozos estaba la “Heladera”, la famosa “torre de hielo”, llamada también el “osario” y la “gran cámara mortuoria”, donde en épocas pretéritas, eran arrojadas las víctimas de la Inquisición.

El piso de la “Heladera” estaba literalmente cubierto de huesos y de esqueletos, su atmósfera era irrespirable y a los reos que en ella eran encerrados se les condenaba a morir de inanición y de frío. Las escenas que se desarrollaron en aquel sitio dantesco a raíz de la represión de Jourdan se resisten a todo intento de descripción. En medio de la oscuridad impresionante, entre chasquidos de huesos y un frío húmedo que taladraba las carnes, los aristocráticos papistas quedaron allí encerrados, sin que sus ululantes gritos hallaran misericordia en los brutales carceleros. Sabían bien aquellos míseros condenados que quien entraba en la “torre de hielo” no salía jamás. “Abandonad toda esperanza”, parecían decir sus paredes mudas, como en el poema del Dante.

Cuando el 15 de noviembre de 1791 el general Choisi entró en Aviñón y procedió a destituir al flemático pero carnicero Jourdan, pudo comprobar, con el consiguiente horror, que en los espeluznantes sótanos de la “Torre de hielo” habían perecido “ciento treinta personas, entre hombres, mujeres y niños”. Algunos de estos últimos estaban todavía aferrados a sus madres y todos los cadáveres formaban una masa informe y hedionda que hizo por varios días imposible la entrada en el macabro lugar hasta a las personas más caritativas y filantrópicas. Era un cuadro aterrador como nunca lo imaginó el poeta florentino para su poema de “El Infierno”.

El marqués de Sade tuvo noticias directas de los horrores cometidos en Aviñón, patria chica de sus antepasados, y los utilizó para sus descripciones literarias del “castillo de Roland”, donde también había un subterráneo repleto de esqueletos, procedentes de las víctimas inmoladas a la lasciva crueldad del propietario. Hasta la propia Justina fue arrojada en aquel horrendo abismo, “únicamente habitado por muertos”, siendo allí abandonada a su suerte, tal como lo fueron los desventurados papistas de Aviñón por el desalmado Jourdan.

Como es sabido, después de la masacre de los suizos de la Guardia el 10 de agosto de 1792 —acerca de lo cual dijo Carlyle “que la Historia registra pocos casos más horrendos” y que “la antigua bravura germánica quedó de nuevo patentizada en aquellos soldados que murieron combatiendo por su rey con un coraje a toda prueba”—, llegó para Francia “el reinado de los famosos días de septiembre, sombríos, espantables, semejantes a una noche de aquelarre en Laponia”. Desde el atardecer del domingo, 2 de septiembre, hasta la noche del jueves 6, las venganzas se sucedieron sin descanso en una forma inaudita. “Pueden parangonarse esos horrores —grita, estremecido, Carlyle— con la carnicería de la Noche de San Bartolomé, con las masacres cometidas por los Armagnacs, con las Vísperas Sicilianas, con todo lo que hay de más espantable y aterrador en los anales de la Historia”. “Terrible es la hora —sigue diciendo— en que el alma del hombre rebasa, con salvaje demencia, todas las leyes y todos los límites, dejando al descubierto su luzbética capacidad para el crimen y las inconcebibles venganzas. Se diría que, durante aquellos días, y tal como estaba ya previsto desde mucho tiempo atrás, la Noche y el Orco, los espíritus malignos y todas las fuerzas de la desolación hubieran abandonado sus dominios subterráneos para hacer su irrupción en París; monstruos horribles, caóticos, de faz repelente dominaron a la muí-

titud; monstruos que nosotros nos resistimos a mirar de frente, pero que, no por eso, debemos olvidar”.

Aristócratas, sacerdotes, suizos de la guardia real, fueron sacados de las prisiones entre terrible algazara y arrojados en pedazos a la calle por un; populacho enardecido y ebrio de sangre, entre el cual sobresalían por su furia insaciable las mujeres. Hubo un instante en que el montón de cadáveres obstruyó literalmente el paso; en que la sangre corrió en verdaderas oleadas por los bordes de las aceras en busca de las alcantarillas. Uno tras otro, los detenidos eran macheteados, descuartizados a sablazos hasta que sus filos se embotaron y fue necesario afilarlos de nuevo para proseguir la carnicera degollina. Toneles y cántaros de vino, traídos de los almacenes próximos por “las Furias de la Revolución”, restauraban las fuerzas y el ardor de los asesinos. Y cuando llegó la noche, la carnicería prosiguió como un macabro espectáculo. Los gritos se trocaron en aullidos, en un gruñido sordo, semejante al de una bestia enfurecida. Fue aquella noche cuando la bellísima cabeza de la Princesa de Lamballe cayó separada de su cuerpo por un certero golpe de hacha; cuando su cuerpo fue desmenuzado, convertido en picadillo, entre insultos y tremendas blasfemias que la humanidad quisiera olvidar, ya que no pudo evitarlas.

Nada diremos acerca de todos los demás horrores acaecidos en aquellos días infernalmente sangrientos; nada, por ejemplo, acerca de “la agonía de treinta y ocho horas” que hubo de soportar Journiac —y que él mismo ha contado con emoción inimitable en su “Histoire parlementaire de la Révolution Française”—; nada tampoco, sobre la “resurrección” de Matón de la Varenne, nada sobre el desventurado abate Siccard, cuya “Relation adressé à un de mes amis”, pone espanto y sobresalto en la conciencia. Esas tres voces pueden ser, por lo menos, escuchadas como una “maravillosa trilogía o como un triple monólogo” que deja traslucir sus pensamientos sombríos durante las horas de persecución implacable” que soportaron. Sí; a esos tres miserables seres podemos compadecerlos, escucharlos, comprenderlos; pero no oiremos a las “mil ochenta y nueve víctimas —de las cuales, doscientas eran sacerdotes”— que se vieron igualmente perseguidas y angustiadas por idénticos y quizás más sombríos pensamientos y que “fueron, una a una, tragadas por la muerte para siempre”. Así se expresa Carlyle. Y Mercier refiere un detalle escalofriante, un mínimo detalle si se quiere en medio de aquella convulsiva tempestad, pero que nos dice más, por su sencillez aterradora, que cien descripcio-

nés en globo. “Vi —dice Mercier—... vi un pie que sobresalía, único, rígido, estirado, por entre un montón de cadáveres. Vi ese pie, y mi impresión fue tan grande, que le reconoceré el día del Juicio Final, en la hora de la suprema justicia”...

Pero he aquí que todo aquello no bastaba y, entonces, apareció la guillotina. La guillotina, cuya invención se atribuye equivocadamente al médico José Ignacio Guillotín, “era la máquina para decapitar ideada por la Revolución Francesa”. Este artefacto aterrador había sido construido por un mecánico alemán llamado Schmidt, de acuerdo con las explicaciones y los planos de un cirujano francés de nombre Luis y se colocó por vez primera en abril de 1792 en la Plaza de Grève (1).

De cómo “trabajó” la guillotina durante los años de 1793 a 1794 pueden los lectores informarse cumplidamente por el emocionante capítulo que Carlyle dedica a este asunto en su “La Révolution Française”. No repetiremos, pues, aquí lo que en forma insuperable y magistral dijo ya el gran historiador inglés. Pero, por encima aun de aquel terror, por encima del espanto proyectado por la guillotina, sobresalieron “los grandes terroristas”, aquellos monstruos sin entrañas que se dirían escapados del infierno: los Fouché, los Collot y los Couthon en Lyon; los Saint-André, en Brest; los Maignet, en Orange, los Lebón, en Arras y los Carrier, en Nantes; todos esos horribles vampiros, “para vergüenza del universo, se emborrachan con la muerte y con la sangre”, según lo dice Carlyle. Pero se embriagan también con la voluptuosidad que para ellos exhalan todas esas muerdes y esa sangre. Son el modelo inigualable que Sade toma para trazar sobre ellos las siluetas de sus personajes literarios. Brunet ha señalado ya, con su índice acusador, al más carnicero y desalmado de todos los “grandes terroristas” del 93: a Juan Bautista Carrier, como uno de aquellos prototipos de que el marqués se sirvió para inspirarse, añadiendo “que sin la realidad de tal tétrico personaje, los de Sade no habrían tenido características tan salvajes y repelentes” (2).

Por su parte, el conde de Fleury, en su magnífico libro “Les grands terroristes”, ha llevado también sus investigaciones históricas hasta el punto de dejar plenamente confirmada la aserción de Brunet, que es también la nuestra propia. Juan Bautista Carrier

(1) G. Jorn: “Joseph-Ignace Guillotin”.

(2) Brunet: “Les crimes de l’amour”.

fue, efectivamente, un sanguinario verdugo por sensualidad. Se sabe ahora que tenía organizado en Nantes un “serrallo”, en el que se entregaba, junto con su amante e “inspectora general” la Carón, a las más escandalosas bacanales. Pasaba allí las noches en tremendas borracheras y siempre en compañía de mujeres de mala nota y de vulgares criminales: la Lamberti, la Lavaux, la Robin.

Carrier hizo “trabajar” la guillotina en Nantes “hasta que el verdugo se cansó”. El procedimiento de cercenar cabezas, una por una, le parecía muy lento y, entonces, inició la etapa de los fusilamientos en masa sobre la explanada de Saint-Maure. Cayeron allí, ametrallados y en tandas, hombres y mujeres, “algunas de éstas últimas junto con sus hijitos de pecho”. También se aburrió de fusilar el asesino Carrier y entonces recurrió a otro invento más eficaz y expeditivo: el de “la muerte por inmersión”, que se haría famoso por los siglos de los siglos. Los reaccionarios —o simplemente, los sospechosos— eran transportados en barcos de quilla plana o en gabarras río abajo, en medio de las tinieblas de la noche. De pronto, y cuando menos lo esperaban, se abrían las compuertas de estas naves y toda la “mercancía” se iba al fondo. Noventa sacerdotes perecieron una sola vez por este bárbaro procedimiento. Al día siguiente, Carrier, ironizando con la mayor sangre fría, daba parte de su “hazaña” a las autoridades superiores de la manera siguiente: “la sentencia de deportación fue ejecutada... bajo la forma de una *deportación vertical*”. ¡Era el refocilo del sádico, unida a una ausencia total de sentimientos!

En otra ocasión, los “deportados verticalmente” fueron ciento treinta y ocho. Y como algunos de ellos, tratando de escapar de la muerte, se aferraran con sus dedos crispados a los bordes de la nave, Carrier dio orden a sus esbirros de que se los cortaran a hachazos sin el menor miramiento. Más tarde, y para evitar tales “contrariedades”, Carrier y su ayudante Grandmaison dispusieron que los futuros “inmersos” fueran embarcados con las manos amarradas. Y como aun así, hubiera algunos que se sostenían a flote, ordenaron que les rematasen a tiros. Muchos testigos aseveran que Carrier obligaba previamente a las mujeres a desnudarse y que, incluso en más de una ocasión, cuando los hijitos de las víctimas chillaban y lloriqueaban ante las atrocidades cometidas con sus padres, Carrier ordenó tirarlos al agua, diciendo: “estos no son ahora más que lobeznos, pero un día acabarán por ser lobos”.

Otra de las diabólicas invenciones de Carrier fue aquella que se conoce en la historia con el nombre de “matrimonios a la republicana” y que consistía en amarrar por parejas a hombres y mujeres antes de arrojarlos al agua para que pereciesen ahogados.

Más compasivo, el río acabó por desplazar hacia la orilla a los numerosos cadáveres con que cada noche se rellenaba su fondo. Y cuando los buitres y los cuervos se precipitaron sobre ellos, Carrier comentó: “¡Qué río y qué animales más revolucionarios!”

Este Nerón de la Revolución Francesa gustaba de presenciar tales asesinatos en masa acompañado por sus amigas de “serrallo” al cual volvía, una vez terminada la “deportación vertical”, para continuar sus orgías hasta el amanecer.

Todo esto no es una invención quimérica, sino algo que, desgraciadamente, ha quedado escrito con letras reales e indelebles en las páginas de la Historia. Y esas mismas páginas nos dicen que las “deportaciones verticales” se repitieron nada menos que veinticinco veces y que *cuatro mil ochocientos sesenta personas* perecieron en ellas, sin contar a varios niños de menos de quince años. No es, pues, extraño que, comentando tales crímenes, exclamara el gran Carlyle: “todo esto tendrá que ser juzgado un día a plena luz del sol, y la memoria de estos horrendos hechos se conservará por los siglos de los siglos”.

Pero nótese esta extraña coincidencia: el carnicero Carrier, el más inhumano y “sanguinario terrorista”, habla el mismo lenguaje que Sade en la carta que dirigió a la Convención el 8 de Frimario de 1793. “Una vez instituido el apostolado de la Razón en medio de la Revolución —escribía allí— todos los prejuicios, todas las supersticiones y todos los fanatismos desaparecerán ante la llama esplendente de la Filosofía”. Son casi las mismas palabras tantas veces repetidas por Sade en sus novelas.

Pero aun hay más: refiriéndose a los eclesiásticos, Carrier abunda en los términos groseros de Sade. Cuando, por ejemplo, manda que ahoguen en el río a noventa sacerdotes condenados en Angers y ve que sus subordinados titubean, dice —como en un remedo de otra expresión familiar del marqués—: “No hay que hacer tantos misterios: ¡Vamos, al agua todos esos tipos!”

En Lyon, donde gobernó y mandó como un sátrapa oriental el fatídico Collot-d’Herbois, el sustituto de Fouché, la sangre corrió en verdaderos arroyos por la plaza de Terreaux, y el Ródano arrastraba diariamente hileras de cadáveres previamente mutilados. De una sola vez, doscientos nueve condenados fueron transpor-

tados a la otra ribera del río para ser allí masacrados a tiros y golpes de mosquetón sobre la explanada de Brotteaux. Fue —dice un testigo presencial— “una carnicería demasiado terrible para intentar describirla con palabras; tan terrible era todo aquello, que hasta los mismos guardias nacionales, por no ver a sus víctimas en el momento supremo, volvieron la cabeza al disparar.”

Hoy puede asegurarse que pocas veces ha habido una época con un desprecio mayor por la vida humana que la comprendida entre el 1792 y el 1794. Era frecuente ver por aquellos días bandas sueltas de asesinos buscando víctimas y más víctimas para la guillotina; bandas como aquella que se hizo famosa bajo el mote de los “Jéhus” o, bien, la “del Sol”, encargada de esparcir el terror por toda la Francia meridional. Las personas ejecutadas durante esa época, sea por el procedimiento de la guillotina o por cualquier otro más rápido y práctico, forman una imponente legión. Comenzando por el Rey Luis XVI y por la Reina y acabando por el zapatero Simón, todos tuvieron que pasar por trances muy semejantes. Incluso los mismos hombres que habían desatado aquella impresionante ola de terror. Con razón, pues, pudo decir el siniestro Saint-Just “que los revolucionarios no podrían encontrar la paz más que en la tumba”. Como Saturno, la Revolución Francesa acabó por devorar, uno por uno, a sus propios hijos.

Pero no fueron únicamente los asesinatos en masa y las torturas. Fueron las extorsiones, las violaciones y las infamias indecibles. En las cárceles, las mujeres eran violadas muchas veces por los propios carceleros, y madame Rolland cuenta algunos casos en sus “Merorias”; se fabricaban pelucas con los cabellos de los aristócratas asesinados y, en Meudón, había, según lo asegura Montgaillard, una curtiduría, donde se trabajaban “las pieles” de los guillotinado “que merecían la pena de ser utilizadas” y de las cuales se obtenía, al parecer, un excelente cuero. Aseguraban aquellos curtidores que la piel de los hombres era muy superior a la gamuza, tanto por su flexibilidad como por su solidez; pero que la de las mujeres “no servía apenas para nada” (1).

El final del Terror se acercaba. Pero todavía explotó en una última llamarada durante el mes de Pradial del año 1794 y los nueve

(1) Por la rareza del hecho, quiero dejar constancia en este punto de que existe en París un ejemplar de la “Filosofía en el Boudoir” (edición de Londres 1795, 2 volúmenes), encuadernada en piel humana. Lleva la firma de Lortic.

primeros días de Thermidor. En poco más de un mes fueron guillotinas mil cuatrocientas personas. ¿Quién podrá leer sin estremecerse la inacabable lista de aquellas infortunadas víctimas postreras y cuyos nombres y torturas interiores nos recuerda Housaye en su “Notre-Dame de Thermidor”? Un nombre resplandece por encima de todos los demás: el del poeta André Chénier, más tarde inmortalizado en la literatura dramática. ¡La Santa Guillotina “trabajaba” todos los días con afán!

Pero, finalmente, la ola terrible se contrae, pierde poco a poco su ímpetu y fiereza incontrastable y, con la caída estrepitosa y anhelada de Robespierre, el reinado del Terror se hunde en los infiernos para siempre. La fecha-tope de esta bacanal sangrienta la señaló el nueve de Thermidor, aquel día que, con justicia, fue saludado, alegre y entusiásticamente, por María José Chénier con su sublime “Himno”:

*Salve, Nueve de Thermidor, día de la liberación:
Tú vienes a purificar el suelo ensangrentado;
por segunda vez haces resplandecer sobre Francia
los rayos de la Libertad...*

La noche, la horrible noche, había quedado atrás.

19. MODELOS ETNOLÓGICOS E HISTÓRICOS

EL marqués de Sade era un agudo observador de la realidad circundante. Y, además, durante su cautividad, había estudiado a conciencia toda la literatura contemporánea. Por ello no debe extrañar el hecho de que sus obras vengan a ser, en resumidas cuentas, una combinación habilísima de sus lecturas y de lo que había visto en torno suyo durante uno de los períodos más agitados de la Historia. La Etnología, que empezaba a desplegar sus primeros aleteos como ciencia por aquellos días, fue una de sus principales fuentes de inspiración. El comienzo del estudio de la etnología, data como es sabido, del siglo dieciocho y se desarrolló principalmente en Francia, donde J. T. Lafitau publicó, en 1724, la primera obra importante de este género: “Costumbres de los salvajes americanos comparadas con las costumbres de los primeros tiempos”. Fue

éste un libro al que el propio Voltaire concedió gran importancia y del que probablemente se sirvió para escribir un trabajo análogo, si bien de mayor envergadura: “Essai sur les mœurs et l’esprit des Nations”.

Más tarde, los numerosos viajes de exploración realizados por ilustres sabios franceses del siglo dieciocho acabaron por despertar el interés hacia los pueblos salvajes. Basta citar a De Bouguen, La Condamine, Bougainville, La Perouse, Marchand, d’Hauteroche, Duhalde, Gralevois, Savary, Le Vaillant, Volney y Doumont,

Aunque todavía en una forma grosera y poco documentada, se empezó a comparar, científicamente, los hábitos y costumbres de los diferentes pueblos; y, sobre esas simples bases, a estudiar el propio desarrollo histórico de la Humanidad.

Claro que, por entonces, todavía salía mejor parada la civilización europea y se la glorificaba como la superior y más valiosa de todas. Los salvajes “no eran aún mejores que nosotros”. Lafitau escribía: “he leído con mucha aflicción que los pueblos bárbaros carecen de todo sentimiento religioso, de toda noción de la divinidad, de toda idea de que exista un ente sobrenatural a quien deban hacerse sacrificios; he leído que esos pueblos carecen de leyes y de autoridad y de que, en definitiva, apenas si tienen de hombres otra cosa que su figura corporal. Todo esto nos llevaría a imaginar a los salvajes como meros animales”.

Era la misma deducción extraída por Sade. Pero lo hacía, única e interesadamente, para justificar, por medio de los vicios que en los pueblos bárbaros habían encontrado los exploradores, aquellos que él quería para su época. Por eso se refiere con alegría en sus escritos a las civilizaciones primitivas cuyos miembros carecen por completo, y ante todo, de pudor. Era justamente el impudor que él anhelaba ver reinante entre sus conciudadanos. James Coock encontró muy difundida la pederastia en las islas del Mar del Sur. Por consiguiente —establecía Sade— la pederastia es natural y buena. Y si se pudiese hacer un viaje a la luna y allí existiesen seres humanos, Sade afirma que también en nuestro lejano satélite se hallarían pederastas, puesto que ese vicio “es propio del hombre en pleno estado de naturaleza”.

La crueldad de las mujeres era también la misma en todo el mundo remoto. Zingua, reina de Angola —un monstruo que Sade gusta de citar a cada paso—, “la más bárbara de todas las mujeres”, hacía sacrificar a sus amantes una vez que se cansaba de ellos;

organizaba batallas entre sus guerreros para entregarse en seguida al vencedor y hacía triturar en un mortero a todas las mujeres de menos de treinta años que estuviesen embarazadas. Zoé, esposa de un emperador chino, encontraba uno de sus más grandes placeres en hacer ejecutar en su presencia a todos los condenados mientras se entregaba a sus extravíos sexuales. Cuanto mayores eran las crueldades que los verdugos ensayaban, tanto más intenso era el goce de la sádica y terrible Zoé. Ella había sido la inventora de una columna de bronce, hueca, donde se tostaba poco a poco, hasta dejarlo achicharrado, al delincuente de turno. Teodora era otra mujer de refinada crueldad cuya diversión principal consistía en presenciar las castraciones humanas.

Llevado, en parte, por su fantasía erótica y, en parte, por sus lecturas, Sade llegó a prestar oídos al conocido relato de Américo Vespucio —al que no nombra, sin embargo—, según el cual las mujeres de la Florida aplicaban a sus maridos determinados insectos cuya picadura producía una úlcera incurable, pero también una sed de concupiscencia que nada podía calmar en este mundo.

Sade recurrió, por consiguiente, a los vagos conocimientos etnológicos de que su época disponía, para aderezarlos a su modo y justificar todos los vicios. La Biblia fue otro de los libros de que extrajo gran cantidad de materiales, sin que le arredrara el gran respeto que el libro santo inspiraba en toda Europa. En sus insaciables lecturas, el marqués buscaba nuevas fuentes de inspiración en las costumbres de los lapones, de los africanos, de los asiáticos, de los turcos, de los chinos, de los habitantes de Angola. Todo le resultaba familiar. Cita los viajes de Coock, los “Estudios sobre los hindúes, egipcios y armenios”, así como “Las Costumbres de todos los pueblos”, de Paw. Se entera así —o cree enterarse— de que en Tartaria y en la América precolombina, constituía “un gran honor prostituir a las mujeres”; de que el adulterio era moneda corriente entre los griegos; de que los romanos se prestaban mutuamente sus esposas y de que su decantada Zingua había promulgado una ley que prescribía “la entrega libre de las mujeres”. Esparta, Formosa, Tahití, el Congo, la China, el Japón, le proporcionaban una muchedumbre de “ejemplos convincentes” y que encuadraban en sus teorías como una ajorca a la muñeca. Sade hallaba en la célebre “Historia de los Celtas”, de Peloutier, la prueba de que el juego de “la cuerda cortada”, ejecutado por Roland o, lo que es lo mismo, el “ajusticiamiento por voluptuosidad” había sido ya practicado por los celtas, y se atrevía a expresar la aserción

siguiente: “casi todos los extravíos y todos los libertinajes narrados en la historia de Justina y que tanto han soliviantado a los moralistas pacatos, eran, en tiempos remotos, o simples juegos o costumbres legales o simples ceremonias religiosas”.

En cuanto a la práctica de la flagelación, Sade se apoyaba en el libro de Brantôme “Vies de dames galantes” y lo cita textualmente, indicando hasta la edición especial de que había tomado sus apuntes. Sade utilizó, por consiguiente, todas las ideas atrevidas de su tiempo y todas las fantasías más excéntricas que a la sazón existían sobre las monstruosidades humanas realizadas por seres atacados de eretomanía. Noirceuil declara, por ejemplo, “que se casará dos veces en un mismo día” —una como hombre y otra como mujer— y Julieta responde que, ella, por su parte, hará lo mismo y en las mismas extravagantes condiciones. Pero esto tampoco implicaba una mayor novedad, toda vez que Sade se “inspiró”, para formular tan extravagante hecho, en Nerón, el libidinoso emperador romano que se casó con Tigelino disfrazado de mujer y, con Sporo, vestido de hombre. Y lo que Julieta propone tampoco resulta otra cosa, en definitiva, que una vulgar imitación de lo que había hecho la emperatriz Teodora.

Sade cita con mucha frecuencia al famoso mariscal Gilles Laval de Retz, acerca del cual escribieron una excelente biografía Bossard y Maulle. Este Barba-Azul con charreteras, hombre de gran prestancia física y de una notable cultura, abandonó a los veintisiete años de edad “la corte, su brillante carrera militar y hasta a su propia mujer e hijos, se encerró, luego, en su castillo solitario, inició una vida de derroches, se entregó al estudio de las ciencias ocultas y mataba el resto del tiempo invocando a los Demonios y haciendo otras locuras semejantes. Finalmente, acabó por caer en los peores abusos sexuales, sin excluir la pederastia; se hizo raptor de menores, asesino, sádico y profanador de cadáveres. Según Eulenburg, que también ha escrito un excelente trabajo científico sobre él, Gilles de Retz logró secuestrar en su castillo nada menos que ciento cuarenta niños y los decapitó, uno por uno, de la manera más horrenda. Unas veces, el ejecutor era el propio mariscal y, otras, un obediente servidor suyo, quien compartía con su amo las “delicias” de semejantes asesinatos. Las profanaciones que el mariscal Gilles de Retz cometió con sus víctimas no podrían ser relatadas sin que la conciencia más tranquila se sublevase. Basta con extractar una parte de la declaración prestada por el confesor de aquel monstruo humano, Egidio de Rays. Dice así:

“Egidius de Rays, sponte dixit quamplute pueros in magno numero, cujas amplias non est certus, cepisset et capi fecisse, ipsosque pueros occidise et occidi fecisse, seque cum ipsis viciium et peccatum sodomicum comisse... tan ante quam post mortem ipsorum et in ipsa morte damnabiliter... con quibus etiam languentibus viciium sodomiticum comittebat et exercebat modi supra dicto”...

Gilles solía repetir jactanciosamente a sus cómplices: “nadie en el mundo comprende ni podrá comprender jamás lo que yo he hecho a lo largo de mi vida... Y tampoco existiría nadie capaz de hacerlo”. Ahora bien; los héroes de Sade hablan de sus excesos y de sus crímenes con el mismo diabólico orgullo que el mariscal. Sus bravatas son las mismas y Eulenburg ha hecho notar, con gran acierto, que el marqués de Sade no sólo no se contentaba con consagrar en diferentes pasajes de su “Justina” y de su “Julietta” “discursos entusiastas a mayor honra y gloria del mariscal de Retz” sino que pretendía emularle con sus personajes de ficción, como por ejemplo, con un tal Jerónimo, castellano de Sicilia, que se dedicaba a comprar y hacer comprar, por medio de una tal Clemencia, a todos los chiquillos del contorno a fin de torturarlos y gozar con ellos hasta la muerte, a imitación de Gilles de Retz”. Todo esto demostraría una vez más que el “joli” marqués no fue, en el fondo, sino un mero descriptor o recolector de todas las excentricidades e inmundicias sexuales que florecían en su época. Y aquella época era rica, desgraciadamente, en corrupciones y en siniestros personajes de la laya del mariscal. Lo reconoce hasta el propio Michelet cuando escribe en su “Histoire de France” (Louis XV): “¡Cuántos crímenes secretos, cometidos por hombres privilegiados, que nadie osaba perseguir y, mucho menos, castigar! ¡Y cuántos de aquellos poderosos pasaban, desde el campo de las meras fantasías al del franco asesinato!” Y a seguido cuenta que un consejero del Parlamento maltrató cruelmente a una muchacha antes de proceder a violarla impunemente, matando poco después al auriga que había sido su cómplice en el indignante hecho.

Sade hace también constante mención del conde Charolais, quien “cometió numerosos crímenes por simple libertinaje” y que unía, a un cinismo insuperable, una ferocidad de verdadero chacal. Durante sus bacanales, el conde de Charolais se aburría si no veía correr sangre a raudales y, para completar sus placeres, acomodaba a sus cortesanas de la manera más cruel. Paul Moreau dice de él que una de sus distracciones favoritas consistía “en abatir a tiros de fusil, unas veces a los obreros que trabajaban sobre el tejado

de su casa y, otras, a los pacíficos transeúntes que pasaban frente a su propiedad”. Pero la cacería de los trabajadores por los tejados era un deporte “más alegre” para él, porque las volteretas y convulsiones de los cadáveres al caer desde la altura “le proporcionaban un intenso placer”. Sade recogió también en sus escritos esta extraña aberración de Charolais y la incluyó entre las perversidades sexuales ordinarias de sus personajes novelescos. Así, por ejemplo, en aquel pasaje de “Julietta”, donde la protagonista, mientras satisface su instinto sexual con un desconocido, mata al padre de éste de un tiro “a fin de aumentar la voluptuosidad”.

Según el ya citado Michelet, el conde de Charolais no se acercaba a las mujeres más que cuando éstas se encontraban “à l'état sanglant” y su padre, el Príncipe de Conde, hallaba uno de sus hermosos refocilos en envenenar a las personas como lo hizo con el poeta Santeuil. Sus hijos, el duque de Borgoña y el conde de Charolais, habían heredado esas perversiones patológicas de su progenitor. Ambos utilizaron para sus fines siniestros la ayuda de una cómplice llamada La Prie. Un día se presentó en casa de ésta cierta dama de la buena sociedad y “los dos famosos príncipes la asaltaron y desnudaron, amarrándola después con un lienzo a fin de abusar de ella”. Finalmente acabaron por “achicharrarla como a un pollo”. La dama en cuestión acabó por zafarse de aquella trampa, pero transcurrieron varios años antes de que se curara totalmente de las quemaduras recibidas. Michelet asegura que el inventor de aquella “diablura fue el duque de Borgoña”. ¿No sería este monstruo el modelo que sirvió a Sade para trazar la silueta del duque de Dondemar, aquel duque que, en “Julietta”, rociaba con aceite hirviendo el cuerpo de cuatro muchachas para divertirse con sus contorsiones, Es más que probable que fuese así.

Pero la coincidencia siguiente no podría ser puesta en duda. Cuentan los hermanos Goncourt que el duque de Richelieu, el usufructuario de las famosas pastillas que llevaban su apellido, hallaba una de sus mayores satisfacciones sexuales en ver llorar a las personas que él mismo atormentaba. Y, en Sade, topamos con el rico comerciante Dubourg, quien también experimenta excepcionales goces sensuales viendo llorar a las muchachas a quienes torturaba.

El famoso antropófago Biaise Ferrage, apodado Seyé, parece haber servido también de modelo a Sade para otro de sus personajes. Ferrage o Seyé vivió en los Pirineos desde 1779 al 1780 y mató y devoró hombres, mujeres y, sobre todo, muchachas. Sade introdujo en sus novelas un tipo semejante a éste, que también

vivía en las montañas y se entregaba a idénticas atrocidades. En la novela se llama Minski, “el ermitaño de los Apeninos” y la propia Julieta estuvo a punto de perecer en sus garras.

En su ya citado libro “Les crimes de l’amour”, Brunet hace todavía mención de otros muchos tipos sádicos que vivieron y fueron célebres en el siglo dieciocho, como el de aquel gentilhomme polaco, autor de diversas obras históricas, el conde Potocki, quien habría cometido crímenes “del mismo género de los descritos por Sade”, lo que motivó que le desterraran de su patria por asesino convicto y confeso.

En Lyon, las costumbres estaban tan corrompidas antes de la Revolución; que se produjeron muchas mayores infamias en el terreno de lo real, que las que el “joli” marqués introdujo en sus novelas. Por eso está en lo cierto Michelet, que no ignoraba nada de esto, cuando dice que “no se debía a un mero azar el hecho de que un célebre autor —Sade— pusiese a aquella ciudad por escenario de muchos de sus más execrables engendros literarios”. Pero holgaría esa aseveración de Michelet, toda vez que el propio marqués confiesa en “Justina” que “el tratante de blancas que aparece en esta novela existió realmente en Lyon y que era, por consiguiente, un personaje histórico y no una fabulosa criatura de novela”.

Pero aún hay más: Jean Paul Marat, en honor de quien el marqués de Sade pronunció un enfático discurso el 29 de septiembre de 1793; aquel Marat que fue, incuestionablemente, uno de los más “sanguinarios chacales” que tuvo la Revolución Francesa, habría inspirado a Sade gran cantidad de las ideas terroríficas que éste esparce a boleo en sus novelas. “Marat —dice Sade— se comportaba como un hombre que se hubiera emborrachado, no con vino, sino con sangre y a quien los propios vapores de la sangre dieron más sed de sangre, una sed insaciable y cada día más creciente”.

En su famoso periódico “El Amigo del Pueblo”, Marat aconsejaba, ante todo, “los asesinatos en masa” y recomendaba que éstos deberían repetirse sin cesar a fin de que el escarmiento fuera permanente en las conciencias reaccionarias. En Sade, estas siniestras insinuaciones sangrientas se repiten en cada página, y se dirían, en el fondo, un remedo de los editoriales demagógicos pergeñados por Marat.

Cierto autor alemán lanzó la singular hipótesis de que tal vez “Justina” y “Julieta” no fuesen, en realidad, otra cosa que “la propia autobiografía del marqués de Sade”, ya que Justina parece

el equivalente de mademoiselle de Arout, y Julieta el de la condesa de Bray. La afirmación tal vez resulte atrevida, pero no acaso completamente improbable. Y es que, como asegura un escritor francés contemporáneo, “la realidad tiene también una enorme imaginación”. A Sade le bastó ceñirse a ella.

20. LA VIDA ITALIANA EN EL SIGLO XVIII

EN 1772, y como consecuencia del “affaire” escandaloso de Marsella, el marqués de Sade tuvo que huir, juntamente con su cuñada, a Italia, donde pasó cinco años. El fruto de esa larga permanencia en el vecino país fue la pintura de la vida italiana que Sade incluye en los tomos cuarto, quinto y sexto, de su “Julieta”.

Se jacta Sade en aquellas páginas “de conocer a Italia por experiencia propia” y aun añade: “quienes me conocen, saben que yo he recorrido toda Italia en compañía de una bellísima mujer; que por un simple principio de mi especial Filosofía, presenté esta mujer al Gran Duque de Toscana, al Papa, a la Borghese, y al Rey y a la Reina de Nápoles. Por consiguiente, mis lectores deben tomar como exacto todo aquello que se refiere a las perversiones sexuales descritas en mi libro. Los cuadros de las costumbres que yo trazo están igualmente atendidados a la más estricta realidad y aun agrego que mis lectores pueden estar seguros de que las escenas han sido trasladadas a las páginas de mis libros con tal verismo que para nada necesitaría el lector haber sido testigo de ellas. Igualmente les aseguro que los viajes y otros muchos detalles responden a la más rigurosa realidad”.

Tal es lo que escribe el propio Sade. Pero es evidente que, a pesar de esas declaraciones fanfarronas, hay en las novelas del marqués muchas monstruosidades y exageraciones que deben ser tomadas como simple producto de su patológica fantasía, aun cuando floten sobre un fondo de verdades relativas que pueden comprarse históricamente con sólo echar un vistazo a lo que era la Italia del siglo dieciocho.

Italia fue, sin disputa, el vivero y semillero de todas las corrupciones, ya sea en tiempo del Imperio Romano, ya en la Edad Media o en el Renacimiento. Dejando a un lado a los Césares y a la

relajada sociedad romana de las postrimerías del Imperio, ¿haría falta traer a la memoria las figuras del Aretino, del Papa Alejandro VI, de Lucrecia y César Borgia, de Julio Romano y de Agustín y Aníbal Carrache? Todas las aventuras eróticas de Bocaccio en el “Decamerón” nos parecen inofensivas fantasías comparadas con las que vivieron cualesquiera de los personajes precitados. Pero no eran sólo ellos. Italia entera imitaba, en alto o en bajo grado, la conducta de esos hombres.

El marqués de Sade nos asegura que, en su tiempo, la prostitución estaba a la orden del día en toda Italia. Las ciudades por donde pasa Julieta rebosaban de mujeres públicas, tanto de baja como de alta extracción; mujeres que exhibían su descoco lo mismo en las fiestas callejeras que en las que se celebraban en los aristocráticos palacios, en los cuales gozaban de una envidiable consideración. Y es que, para llegar a serlo de verdad, para merecer tal nombre, una ramera de Italia, según los cánones de la época, “debía pecar carnalmente no menos de 23.000 veces”. Sólo cuando había rebasado esa cifra, una mujer podía optar al ambicionado título, según lo ha demostrado C. J. Weber.

Casanova cuenta que encontró los jardines del Conde Federico Borromeo completamente atestados “de un enjambre de jóvenes beldades” dedicadas al culto de Venus, y ya es sabido que el embajador de Venecia en Turín tenía su casa abierta para todas las muchachas de vida alegre “a fin de que en ella se rindiese adoración al bello sexo”. Bolonia, cuyas licenciosas costumbres relata Sade con delectación, “abundaba en ninfas cantantes y danzantes” y, en Venecia, las aberraciones sexuales habían degenerado hasta extremos indecibles. Era en esta última ciudad donde la cortesana, convertida “en la peste de las villas italianas”, se sentía más admirada e idolatrada. Pero ¿en qué otro lugar del mundo podían ofrecerse a los sentidos tentaciones y placeres más refinados y variados y atractivos? ¿Dónde resultaba el matrimonio más propenso a las intrigas que en aquella ciudad, en la que “todas esas ataduras matrimoniales que impiden las aventuras de los cónyuges se consideraban prejuicios ridículos?” ¿En qué otra población de Europa había cortesanas más bellas, cultas y amables? ¿Dónde las mujeres de la aristocracia y las prostitutas extraoficiales se entregaban con mayor “romanticismo” y con mayor distinción —aumentada por el peligro— a los placeres de la carne que en San Murano o en San Giorgio, ¿En qué otra parte del mundo ofrecía el carnaval, con sus báquicos festivos y sus disfraces y caretas y bajo la tibie-

za acariciante de las noches veraniegas, más encantadoras aventuras? ¿Dónde se conocían los placeres de una buena mesa que superasen a los de Italia, ni vinos más exquisitos y espirituosos, aquellos vinos ya libados durante las orgías de la Roma Imperial en coruscantes copas de oro? ¿Dónde podían escucharse óperas más magníficas, voces más acariciadoras o contemplarse danzarinas más artísticamente desnudas ni festivales más picantes? ¿Dónde el decadente gusto aristocrático por los juegos de azar podía verse saciado, en un instante de suerte, con un montón de oro contante y sonante como allí? En ninguna parte. Por eso, Venecia era la obligada estación de término escogida por todos los viciosos aristócratas en su primer viaje por el mundo. Todos ellos regresaban de allí, es cierto, pervertidos y empobrecidos —tanto en bienes materiales como en su fuerza vital—, pero enriquecidos, por otra parte, de pecados; de aquellos pecados en que era maestra la ciudad entera de Venecia.

La importancia de Venecia como metrópoli de la libertad y del refinamiento sexual ha sido ya señalada, no por forasteros y extraños, sino por los propios nobles y cortesanos que en ella nacieron y vivieron y en cuyos “Diarios” o “historias privadas” pueden leerse maravillas al respecto. Un mismo y concreto afán arrastraba a todo el mundo elegante de Europa hacia la ciudad de los canales: gozar sin tasa de la vida y, especialmente, de los placeres corporales.

Para que los visitantes no sufriesen decepciones a ese respecto, las rameras gozaban en Venecia de la protección particular del gobierno, siendo, por así decirlo, el único lujo que las leyes consentían. Casanova ha referido en sus “Memorias” interesantes detalles acerca de la vida y las costumbres de las muchachas de vida alegre venecianas hacia el año 1750 y, especialmente, sobre una famosa cortesana. Y Sade confirma, por su parte, los informes del galante aventurero.

Italia era también por aquellos días el paraíso o la tierra prometida de los pederastas. Tanto que Sade, buen conocedor de la materia, puede decir brutalmente sobre el particular: “el *derrière* es lo más buscado en Italia”. Era una herencia que procedía de Grecia y de Roma y que había sido aumentada durante la Edad Media y el Renacimiento. En sus Cantos decimoquinto y décimosexto de “El Infierno”, Dante había hecho ya referencias bien concretas sobre la inmensa propagación que la pederastia había cobrado en Italia; y de lo que había llegado a ser este repugnante vicio en

tiempos del Papa Sixto IV (1471-1484) ofrece también una buena prueba este dístico latino que se había hecho popular:

*Roma quod inverso delectaretur amore
Nomen ab inverso nomine fecit Amor.*

Altos eclesiásticos y personajes famosos fueron acusados públicamente de practicar la sodomía. Miguel Ángel y el propio Leonardo de Vinci fueron, según todos los visos, pederastas, y el pintor Giovanni Antonio Razzi mereció, por su vida escandalosa a este respecto, el remoquete de “El Sodomita”.

Esta aberración sexual estaba tan extendida y era tal la audacia de quienes la practicaban que, en muchas ocasiones, se corría incluso un gran peligro de ser violentado por ellos. Casanova refiere que un día tuvo que defenderse bravamente cuando un tipo de esa calaña se abalanzó sobre él con fines inconfesables y siniestros. Y aún agrega el caso de un muchacho llamado Petronio, que ejercía públicamente en Ancona el oficio de “prostituida”, sin omitir tampoco las aventuras de cierto prelado muy notorio que hacía gala públicamente de practicar la pederastía. Y J. L. Casper cuenta igualmente que, en Nápoles y en Sicilia, ciertos tratantes de blancas ofrecían por igual al viajero muchachas o “bellísimos muchachos” (1).

Casanova nos informa también en sus “Memorias” de lo que eran “ciertas fiestas campestres” realizadas en las propiedades de la nobleza napolitana. Una de ellas, la ofrecida por Francavilla en honor de varios extranjeros, concluyó con los “accouplements erotiques” de varias parejas juveniles a la vista de todos los invitados; cosa que parece que “divirtió mucho” a las damas allí presentes. Y de que esto no fue una mera fantasía de Casanova tenemos la prueba concluyente en el hecho de que el marqués de Sade —que no conoció las Memorias del trotamundos galante— describe en el quinto tomo de “Julietta” un “baile campestre dado por el príncipe Francavilla” durante el cual suceden cosas semejantes a las apuntadas por Casanova.

Leopoldo I de Toscana, el “gran sucesor de la *première putain* de Francia” —María Antonieta—, era, al decir de Sade, un mons-

(1) Conviene recordar a este respecto que Italia ha producido la más famosa de las novelas sodomíticas, como lo es la que lleva por título: “Alcibiade fanciullo a scuolla”.

truo erótico; si bien conviene advertir que el intenso “odio que el marqués sentía hacia la casa de los Austria tal vez le hiciese exagerar un tanto su pintura. Pero Casanova, que no tenía por qué experimentar esa aversión hacia Leopoldo de Toscana, dice igualmente de él, que “su única pasión se concentraba en el dinero y en las mujeres”.

Sade cataloga a la Reina Carolina de Nápoles entre las lesbianas más descocadas y perfectas. Tanto ella como su esposo, el rey Fernando IV, se distinguieron por una “pronunciadísima voluptuosidad”, que halló su principal expresión en una fiesta popular celebrada en Nápoles y durante la cual perecieron cuatrocientas personas inmoladas a los instintos sádicos de aquella reina. Y es que, ante Carolina no caben reivindicaciones históricas. Helfert, en su “Marie Caroline d’Autriche, reine de Naples”, hizo una tentativa sensacional por salvar el honor de aquella soberana, tratando de negar muchos de los hechos que se le imputaban y atenuando los restantes. Pero fracasó estruendosamente ante la refutación con que le salió al encuentro Maurice Broche. Este dejó comprobado documentalmente que las revelaciones hechas por Gorani, por Coletta y por otros muchos autores contemporáneos respecto de la vida y andanzas de aquella impúdica mujer deben ser reconocidas y acatadas como auténticas.

Hablando de ella afirma Coletta “que era una mujer de ciegas pasiones y de una lascivia devoradora”. Y Gorani, por su parte, deja ya traslucir su pensamiento cuando escribe como epígrafe en sus “Memorias”: “Desde hace mucho tiempo hemos sido las víctimas de los tiranos y, frecuentemente, se ha corrido un velo sobre sus crímenes. ¡Yo voy a descorrer ese velo!”.

Carolina es, para este autor, “la harpía austríaca” que concentraba en sí misma toda la lascivia de una Mesalina y todas las desnaturalizadas ansias amorosas de una Safo. Asevera que se entregaba por igual a los hombres más despreciables y abyectos, y seguidamente a otras mujeres, sin que ello fuera óbice para que sostuviera un lío amoroso con su ministro Acton ante las mismas narices de su esposo.

Añade que “esta harpía sin par” hizo morir a todos sus hijos o les volvió enfermos a fuerza de crueldades. Una vez, su esposo, el rey Fernando, enfurecido, le gritó por el hueco de la cerradura del cuarto en que se había refugiado: “Lo que Austria nos ha dado en tí a los napolitanos no es una reina, ni una esposa, ni una madre,

sino una furia, una harpía, una Mesalina vomitada del Averno y lanzada contra nosotros”.

El comercio carnal que Carolina sostuvo con la célebre Lady Emma Hamilton, la amante de Nelson, adquirió una extensa notoriedad. Mucho se ha discutido sobre este hecho, pero la opinión de Coletta acerca del entendimiento de ambas mujeres parece confirmada por todos los observadores más concienzudos. “En los salones regios, en los teatros —dice A. Gagnières—, Emma se sentaba, a la vista misma del público, al costado de la reina. Y se sabe que, dentro de la regia mansión, todo: desde la mesa hasta el baño y el lecho lo tenían en común. Emma representaba la suprema belleza para aquella soberana que era la lascivia personificada”.

La bacanal referida por Sade que tuvo por escenario las ruinas de Herculano y de Pompeya debió de ser celebrada, evidentemente, más de alguna vez en la realidad bajo el patrocinio de Carolina. Se sabe al menos que, en 1798, una opulenta fiesta semejante fue verificada en tales lugares y en honor de Nelson. Pero lo que sí puede afirmarse con absoluta certeza es que el asesinato en masa de que habla Sade fue un riguroso hecho histórico, si bien no tuvo las proporciones que la fantasía del marqués le dio. El 18 de octubre de 1794 hubo, en efecto, un tiroteo en las calles de Nápoles, durante el cual perdieron la vida treinta personas y otras muchas quedaron gravemente heridas sólo para que la reina Carolina pudiese gozar de un inédito placer.

Según Gorani, ni durante la época más depravada del Imperio Romano se vio una corrupción de las costumbres semejante a la que reinó en la corte de Nápoles bajo los auspicios de la reina Carolina. Este escritor no la llama por otro nombre que por el de Mesalina, y el propio Almirante Nelson dice, hablando de Nápoles, que no había en aquella ciudad mujer alguna virtuosa y que todos los hombres eran dignos de la horca o de ser condenados, por lo menos, a galeras. A ser ciertas las apreciaciones de Gorani, Nápoles hervía de tipos que, por graciosa paradoja, se dirían extraídos de las novelas del marqués de Sade. Eran, según él, engañadores, mentirosos, criminales de sangre fría y sin entrañas. Más de 30.000 individuos arrastraban una vida de verdadero vagabundaje, aunque el número de los presos era exorbitante. Las mujeres tenían a sueldo agentes secretos para vigilar a sus amantes y comprobar su fidelidad, mientras que ellas mismas se entregaban a la más franca y descarada infidelidad amparadas, cabalmente, por los mentados agentes secretos que actuaban, a la vez, como guardaespaldas. La

prostitución alcanzaba cifras asombrosas y cada día aumentaba con la llegada de las forasteras, que eran más apreciadas “por ser más bellas y menos ardientes” que las mismas hijas de Nápoles.

Para Gorani, el rey Fernando IV era “un hombre sensual con el corazón endurecido” y cuyas principales pasiones se cifraban en atormentar y matar conejos, perros, gatos y hasta hombres, y en mantener líos amorosos con una cantidad innumerable de mujeres, mientras que la reina Carolina y el ministro Acton le engañaban sin el menor miramiento.

Con lo apuntado hasta aquí, creemos haber demostrado hasta el exceso que el marqués de Sade fue simplemente un hijo de su época, un producto de su tiempo y todo cuanto él ha relatado en sus novelas, por increíble y monstruoso que parezca, tuvo su correspondiente modelo, en alto o en bajo grado, en el terreno de lo real. El no inventó nada; se limitó a recoger, trasladar y ampliar en ocasiones lo que la vida le brindaba. Si de algo puede acusársele es de haber dejado un terrible pero exacto testimonio de las indecibles amoralidades de su siglo. Vivió en un período de suciedad y de miseria, de lascivia y de instintos criminales y es apenas natural que el eco de aquel período, que sus escritos nos devuelve, suscite en nosotros —hijos de otra moral y de otros tiempos— la aversión y el horror y hasta la incredulidad. Pero no tenemos el derecho de condenar —y menos sin conocimiento de causa, como se hizo hasta ahora— a este hombre, que si puede tener un valor como sujeto de estudio para los especialistas de la patología sexual, lo tiene también como cronista y testigo de unos hechos que en el mundo han sucedido y que, por lo mismo, el mundo no debe ni puede ignorar. Desde este punto de vista, Sade adquiere todo el valor de un documento viviente.

CAPÍTULO II

Vida del Marqués de Sade

1. SUS ANTEPASADOS. — LA LAURA DE PETRARCA

*Era 'l giorno ch'al sol si coloraro
Per la pietà del suo Fattore i rai,
Quand' i' fui preso, e non me ne guardai,
Che i he' vostr' occhi. Donna, me legaro.*

QUIÉN ignora estos célebres versos del más famoso soneto de Francisco Petrarca, en que canta su primer encuentro con Laura, la Madonna Laura tan amada; aquella Laura a la que debemos las flores más perfumadas de la poesía lírica brotadas en la más armoniosa lengua del mundo? ¿Y, por otra parte, cómo aquella aparición celeste, aquel símbolo de los sentimientos más delicados y sublimes tendría acceso en un libro sobre el marqués de Sade?

¡Ah, es que aquella divina Laura que Petrarca entrevió por vez primera el memorable lunes de la Semana Santa de 1327 en la iglesia de Santa Clara, en Aviñón, era la hija del caballero Audebert de Noves, síndico de la ciudad y, a su vez, la esposa de un tal Hugo de Sade, tronco remoto de la estirpe de los Sade (1).

Y he aquí por qué extraño modo “la historia literaria ha reunido —cruel paradoja— en una misma familia, también, a la personificación del amor más desinteresado y puro, casi divino, con el principal representante de las perversiones eróticas más repelentes e incomprensibles”. En el comienzo, un resplandor celestial; y ya al fin, las tinieblas del infierno. En las raíces del árbol genealógico,

(1) K. M. Sauer: “Histoire de la Littérature Italienne”.

una pura y angelical Laura; en la última de las ramas de ese árbol, el marqués de Sade, símbolo de todas las perversidades del siglo dieciocho. No es extraño, por lo tanto, que J. Janin exclame al considerar este terrible contraste: “he aquí la triste y amarga lección que la historia nos depara”.

Sin embargo, tanto en las horas de dicha como en las de la desgracia, en la casa de los Sade, Laura continuó siendo siempre una especie de ángel de la Guarda y, juntamente con el culto al propio Petrarca, el divino poeta, el recuerdo de aquella singular mujer se mantuvo indeleble en el corazón de todos sus directos descendientes. Laura fue, según Janin lo ha demostrado, “la dama blanca” de la casa de los Sade, la gloria y el orgullo de aquella noble familia. Con ardoroso sentimiento, aquel viejo clan provenzal vivió siempre proyectando sus nostálgicas miradas hacia la hechizante Laura y también hacia el apacible y soleado valle de Vaucluse donde cantara tan dulcemente en otro tiempo un poeta que lo era plenamente “y por la gracia de Dios”. Sí; a él, al Francisco Petrarca que había cantado con voz angélica a una de sus remotas abuelas, ofrendaban su gloria y su reconocimiento eterno los familiares de Sade. Incluso el propio marqués, para quien nada existía de sagrado ni digno de respeto en el mundo, se inclinaba ante el supremo poeta y ante Laura, ante aquellos dos puntos cardinales de donde arrancaba el esplendor de su casa y, en un impulso sincero, le llama “el amable cantor de Vaucluse”.

Pero ¡cuan distintos este final y aquel principio! Hugo de Sade, el feliz marido de Laura y progenitor el más remoto que se conoce de la estirpe de los Sade, dejó varios hijos al morir, uno de los cuales, Paul de Sade, acabó siendo arzobispo de Marsella y el confidente de la reina Yolanda de Aragón. Cuando falleció en 1433, legó todos sus bienes, en un raptó de generosidad, a la catedral de Marsella.

De Hugo o Hugonin de Sade, el tercer hijo del primer Hugo de Sade y de la bella Laura, arrancaban tres ramas de la casa: la de los Mazan, la de los Eiguières y la de los Tarascón. Su hijo primogénito, Juan de Sade, fue un erudito jurisconsulto a quien Luis II, rey de Anjou, elevó al rango de presidente del primer parlamento instalado en la Provenza, mientras que su hermano, Eleazar de Sade, gran canciller del antipapa español Benedicto XIII, rindió al Emperador Segismundo tan señalados favores que obtuvo su asentimiento para llevar en las armas de su casa el Águila Imperial, que más tarde conservaría la familia.

Pedro de Sade, de la rama de los Euguiéres, fue el primer gobernador de Marsella (1565–1568). Y entre sus magníficas legislaciones figura aquella mediante la cual Marsella se vio libre de todos los indeseables elementos que por su recinto pululaban.

Juan Bautista de Sade, Obispo de Cavaillon desde 1665, fue un prelado de conducta irreprochable y, en sus obligados ratos de ocio, escribió un libro titulado “Reflexiones cristianas sobre los salmos penitenciales”, que fue editado en Aviñón. Murió el 21 de diciembre de 1707.

José de Sade, señor de Euguiéres, nació en 1684, tomó parte en las batallas de Landau y de Friedberg en 1713 y, una vez obtenido el título de Caballero de Malta en 1716, tomó parte como coronel en las campañas de Bohemia, del Rin y de Flandes. Nombrado en 1746 gobernador de Antibes, fue sitiado en esta plaza por los austríacos, los sardos y la flota inglesa. Cuando murió el 29 de enero de 1761 ostentaba el grado de mariscal.

Hipólito de Sade, otro de los descendientes de Laura, era oficial de marina, pero tan aficionado a las bellas letras que, el día de su matrimonio, verificado el 12 de noviembre de 1733, recibió un epitalamio del propio Voltaire, al cual respondió el recién casado con un poema cuyos versos tenían igual media que los del famoso pensador. En 1776 era ya jefe de escuadra y se distinguió en la batalla de Ouessant en 1778. Murió durante el sitio a Cádiz en 1788.

Jacobo Francisco Pablo Alfonso de Sade, tío de nuestro marqués de Sade, fue indudablemente quien ejerció mayor influencia sobre este último. Tendremos que examinarlo, por lo tanto, con mayor espacio. Había nacido en 1705 y era el tercer hijo de Gaspar Francisco de Sade. Dedicado desde su juventud al estudio de la Teología, fue bien pronto promovido al cargo de vicario general de los arzobispados de Toulouse y de Narbona y vivió largo tiempo en París, donde pasó, según propia confesión, “días muy profanos y muy alegres” al lado de la bella madame de la Popelinière, amante del mariscal de Sajonia.

Fue un escritor elegante y hombre de genio vivaz y, si bien en los comienzos de su vida parisiense anduvo bastante perdido “por entre todas las alegres y bellas frivolidades del siglo dieciocho”, pudo arrepentirse a tiempo, dar de lado aquella vida poco santa, decir adiós “al escepticismo, a las beldades semidesnudas, al lujo y al buen gusto de la capital” y retirarse a una vida de quietud al manso valle de Vaucluse, donde a partir de aquella fecha, llevó una vida, si no rigurosamente ascética, por lo menos dedicada al

culto del “buen genio” de su casa. Es decir: al de Petrarca y al de su remota abuela Laura.

Laura, especialmente, acabó por ser para el vicario general el único objeto de sus pensamientos. Allí, en su retiro de Saumane, el buen clérigo se dedicó a escribir una obra sobre ella y sobre el autor de los celeberrimos Sonetos; obra que, tanto por lo que representa como investigación escrupulosa, como por la multitud de nuevos y notables detalles acumulados en sus páginas sobre la vida de ambos históricos personajes, resulta todavía indispensable para todo concienzudo investigador de la obra de Petrarca y de su pura pasión. Francisco de Sade tituló su libro “Memorias sobre la vida de Francisco Petrarca” y fue editado, en tres tomos, en Amsterdam, en 1764.

Más tarde, publicó una limpia traducción de los poemas petrarquianos y, finalmente, sus “Anotaciones sobre los primeros poetas y los Trovadores de Francia”, obra en verdad no menos imprescindible que las otras para la historia literaria del siglo catorce francés. La muerte sorprendió a Francisco de Sade el 31 de diciembre de 1778.

Si se quisiera hablar de una “influencia hereditaria” que, de verdad, hubiera actuado sobre el marqués de Sade, parece que habría que pensar en este tío. Porque, como es hoy bien sabido, no tiene nada de raro que un sobrino herede las cualidades del tío y no precisamente las del padre. Por lo demás, hay que tener en cuenta que el tío Francisco tuvo a su cargo, durante bastante tiempo, la educación de su sobrino. Pero, como sea, lo cierto es que este último compartió, en un grado mucho más fuerte que su tío, la doble inclinación hacia la vida de frivolidades y de lujos que París ofrecía y hacia las plenas realizaciones literarias. El marqués de Sade fue en todos los instantes de su vida un gran bibliófilo y un escritor por vocación. Pero, mientras que el tío solamente se plegó a los placeres y al amor durante su juventud, el sobrino hizo de la voluptuosidad, tanto en la teoría como en la práctica, el objeto absoluto de su vida.

El padre del marqués de Sade, el conde Juan Bautista de Sade, nació en el año de 1700, emprendió la carrera militar y salió, en seguida, como embajador hacia Rusia (1730) y, más tarde (1733) y con idéntica misión, hacia Londres. Por su matrimonio con María Eleonora de Maillé, sobrina del duque de Richelieu y dama de honor de la princesa de Conde, estaba emparentado con los Borbones. No hay que olvidar que el gran Conde estaba también casado con una Maillé.

En 1738, el conde de Sade fue nombrado teniente general de Bresse, Bugey y Valromey. Fue entonces cuando adquirió, no lejos de Versalles, una rica propiedad para vivir en ella particularmente y desde la que salía con frecuencia a visitar la abadía de San Víctor, frecuentemente citada por su hijo en sus novelas. A su muerte, ocurrida el 24 de enero de 1767, el conde de Sade dejó numerosos manuscritos, entre los que había anécdotas, aforismos morales y filosóficos, así como una enorme correspondencia referente a la guerra de 1741 a 1746.

Nombraremos también aquí, únicamente a base de ilustración, a uno de los hijos del marqués de Sade, que logró crearse una reputación honorable tanto como escritor y como hombre. Es Luis María de Sade, el primogénito, nacido en París en 1764. Su padrino fue el príncipe de Conde y su madrina la princesa de Conti y ya, desde su juventud, reveló unas nada comunes inclinaciones filantrópicas y morales. Siendo oficial, salvó la vida de un hombre con peligro de la suya; emigró al comienzo de la Revolución y no regresó a París hasta el año de 1794, donde tuvo que ejercer, para vivir, el oficio de grabador. Más tarde (1805) escribió una “Historia de la Nación Francesa” basada en sólidas investigaciones documentales y aquello le valió ser elegido miembro de la “Academia Celta”. Finalmente, reingresó en la armada francesa, tomó parte en la batalla de Jena bajo las órdenes de Napoleón, fue herido en el combate de Friedland y murió asesinado por unos bandidos el 9 de junio de 1809 en Otranto.

2. LA INFANCIA Y JUVENTUD DEL MARQUÉS

LE correspondió al 2 de junio de 1740 presenciar el nacimiento de uno de los, hombres más notables del siglo dieciocho, y tal vez no fuera exagerado decir que, dada por lo menos su celebridad, de uno de los hombres más notables de la humanidad entera. Nació este niño en la casa del Gran Conde y le pusieron los nombres de Donatien Alphonse François, marqués de Sade.

Posteriormente se le añadirían otros títulos, si bien de índole distinta: aquellos de “Filósofo del vicio” y de “profesor del crimen”, debidos a Michelet y Taine. Pero ahora no era más que un mucha-

chito de cuatro años que vivía en casa de su abuela, en Aviñón, en la radiante Provenza, y que en nada se distinguía de la brava y díscola tropa de muchachos que, como él, compartían juegos y aventuras. Cuando fue un poco mayor, le llevaron a la casa parroquial de Ebreuil con su tío Francisco, y éste le instruyó cuidadosamente, le inculcó los primeros latines y las reglas más superficiales de la preceptiva literaria y continuó, en fin, dándole sus lecciones hasta que, en 1750, fue enviado al Colegio Luis el Grande, en la calle de St. Jacques, de París.

Estaba considerado por entonces aquel establecimiento como el mejor de toda Francia y en él se daban, efectivamente, a los alumnos, los medios de desarrollar y de perfeccionar su espíritu, imbuyéndoles sólidos y variados conocimientos. Periódicamente, cada discípulo debía pronunciar discursos en público, representar obras teatrales y sostener controversias sobre ésta o la otra materia, bajo la vigilante mirada de los profesores. Se cuidaba allí, es verdad, mucho más el intelecto que el cuerpo y no era raro tampoco que, de cuando en vez, la fusta profesoral cayese sobre las espaldas o las manos de los discípulos.

Después de la muerte de su padre, el pequeño Sade pudo tomar el título de conde, pero para aquellas fechas se había ya hecho famoso con el nombre de marqués de Sade y ya no hubo posibilidad de que se le apareara de ese título más empingorotado y rimbombante.

Existen varios retratos literarios del joven Sade de esta época, pero deben ser considerados como escasamente auténticos. Según Uzane, Sade era durante sus días de colegio, “un adorable adolescente cuyo delicado rostro, pálido y de color mate, aparecía iluminado por unos grandes ojos negros”. Pero ya en todas sus maneras transparentaba la atmósfera del vicio que le rodeaba por doquier y que aun se tornaba más peligrosa para un muchacho que, como él, “respiraba simpatía extraordinaria e involuntaria a causa de su gracia y de su delicadeza casi femeninas”.

Lacroix le atribuye una “cara redonda, de ojos azules y los cabellos rubios y ensortijados”. Pero un autor alemán va más lejos en sus fantasías. “El joven vizconde —dice— era de una belleza tan maravillosamente extraordinaria que, cuando todavía no era más que un niño, las damas que le veían se paraban para admirarlo. Unía a su encantadora presencia una gracia natural en todos sus movimientos y su voz era tan melodiosa que inmediatamente hallaba eco en lo más profundo de todos los corazones femeninos. Su padre

le tenía siempre vestido con arreglo a la última moda, y sus trajes, de estilo rococó, realzaban todavía más la brillante apariencia del muchacho. ¡Quién sabe si, en otras condiciones materiales diferentes, el autor de “Justina” y de “Julieta” no hubiera terminado en lo que fue: un malvado criminal! Tal vez no hubiera tocado de aquel modo el corazón de las mujeres, si en lugar de sus bellos trajes rococó, hubiera llevado los vestidos vulgares y sin gusto de nuestra época”...

Puede ser. Mas no es creíble que los trajes influyeran en Sade hasta el punto que lo supone este fantástico comentarista.

Lo que sí puede darse por seguro es que el marqués de Sade tenía, por lo menos en su juventud, una presencia agradable. Desgraciadamente, no existe de él un solo retrato pictórico auténtico. En una obrita aparecida en 1804 y titulada “Los locos célebres”, figura una pésima litografía que trata de representar al marqués, pero que sólo resulta una producción imaginaria. Dos retratos más fueron descubiertos posteriormente en Bruselas. Uno de ellos, execrablemente ejecutado, aparece en un marco ovalado y procede, a lo que parece, de la colección de monsieurs de la Porte. El otro, de más cuidada factura, representa al marqués rodeado de demonios dándole consejos perniciosos al oído y que lleva la firma: “H. Biberstein sc”. Perteneció, según los datos que hemos podido obtener, a la colección de un tal H. ... de París. Estos dos retratos son probablemente tan fantásticos como la litografía incluida en “Los locos célebres” y, mientras no se demuestre documentalmente su autenticidad, deben ser rechazados de plano.

A pesar de las investigaciones realizadas, se ignora completamente cuál era el estado psíquico o espiritual del marqués cuando abandonó el colegio de Luis el Grande. De acuerdo con el citado autor alemán, que reconstruyó la vida de Sade guiándose únicamente por los libros que éste escribió y, por de contado, con un audaz exceso de imaginación, “el joven Sade habría sido desde su más tierna infancia un empollón siempre prendido de los libros, a consecuencia de lo cual y por propio esfuerzo, se habría creado un sistema filosófico personal “basado exclusivamente en las doctrinas epicúreas”. Mientras seguía sus estudios escolares, Sade “habría cultivado las Bellas Artes; habría llegado a ser un notable músico, un hábil bailarín, un buen espadachín y hasta un avanzado aprendiz de escultura”. Pasaba días enteros en los museos de pintura, principalmente en los del Louvre, Fontainebleau y Versailles, “de suerte

que sus gustos artísticos se fueron desarrollando más y más”. Todo esto puede ser real, pero puede igualmente no serlo en absoluto.

Paul Lacroix confirma, sin embargo, la hipótesis de que Sade era muy aficionado a la música y, por otra parte, la descripción que el propio Sade haría, andando el tiempo, de la colección de cuadros de Florencia, parece demostrar que era un buen conocedor en pintura.

Janin opina que Sade, al salir de su colegio en el mismo año en que Maximiliano Robespierre entró en él, o sea: en 1754, era ya un fanático prosélito del vicio. Pero esta aseveración tampoco podría sostenerse rigurosamente y más bien hay que pensar que se trata de una deducción formulada *a posteriori* y en vista de los frutos que daría andando el tiempo.

Una vez que el marqués de Sade concluyó sus estudios, entró en un regimiento de caballería ligera; pasó en seguida a obtener el grado de subteniente del Regimiento Real y, poco después, los de teniente de Carabineros y capitán de un regimiento de a caballo, a la cabeza del cual tomó parte en la guerra de los siete años, destacado en Alemania.

Según Lacroix, Sade no regresó a París hasta el año de 1766. Pero Janin ha probado que estaba ya de regreso en la capital de Francia en 1763. Y, efectivamente, en la colección de autógrafos de Michelet de Bordeau, subastada en París en 1880, se exhibió una carta del marqués, fechada en Vincennes el 2 de noviembre de 1763, en la cual queda claramente especificado que su matrimonio se celebró el 17 de mayo del mismo año.

Ahora bien; si se casó en esa fecha, es evidente que no pudo haber estado en Alemania hasta 1766.

¿Cómo se concertó aquel matrimonio del marqués? En principio, lo único que se sabe sobre el particular es que, a su retorno a París, el padre de Sade, que tenía “que reprocharle diversas calaveradas” a su hijo, aprovechó aquella coyuntura para invitarle a que se casara. Pero todo lo que se refiere a las negociaciones e incidentes posteriores ha sido minuciosamente relatado por el bibliófilo Jacobo, guiado por los datos que le suministró un contemporáneo de Sade, llamado Lefébure.

Marciat se inclina a atribuir al casamiento del marqués una gran importancia desde el punto de vista psicológico, ya que, según él de allí arrancarían la desviación moral de Sade. Nosotros no compartimos tal opinión. Más bien creemos que influyera en él un acontecimiento que vamos a relatar seguidamente y que, desde luego

habría que situar en la época inmediatamente prenupcial. La depravación moral de Sade existía ya desde mucho tiempo antes.

A su regreso a París, su padre le reprochó, como hemos dicho más arriba, “ciertos pecados de juventud”. Sade había estado en Alemania durante la guerra de los siete años y probablemente allí se contagió de “aquella terrible desmoralización que la prolongada permanencia del ejército francés había difundido al otro lado del Rin”; desmoralización de la que Casanova apunta algo en sus “Memorias” y a la que se refiere también expresamente J. Scherr en su “Histoire de la Civilisation et des moeurs en Allemagne”. Por consiguiente, si su padre quiso que se casara cuanto antes, fue por sustraerle a la vida licenciosa que llevaba en el campamento, como todos los relatos de la época lo dan a entender claramente.

En cuanto a la aseveración de Eulenburg de que “los extravíos patológicos” de Sade se habrían desarrollado a la edad de 26 años, debe reputarse por inexacta, toda vez que, como más adelante lo veremos, el marqués fue encarcelado en 1763 “por ciertas perversiones” que no podrían considerarse, ciertamente, inofensivas. Es lícito suponer, por consiguiente, que la caída de Sade en los “desarreglos sexuales” que más tarde le harían célebre, comenzó en la vida de campaña y que la influencia principal se debería a los ejemplos deplorables de que estuvo rodeado. No habría razón alguna para imaginar que “su estado patológico mental” se produjese en él en forma subitánea y sin motivos reales.

Ahora bien; las incidencias que precedieron a su matrimonio pudieron ser en él definitivas; y, sintetizadas, son las siguientes: Monsieur de Montreuil, Presidente del Tribunal de Cuentas y hombre estrechamente unido al padre del marqués de Sade por una larga, vieja e íntima amistad, tenía dos hijas: una, de veinte años y la otra, de trece, ambas muy bellas y esmeradamente educadas, pero de caracteres y aspecto externo totalmente opuestos. La mayor era una morena de cabellos y ojos negros; tenía un porte majestuoso y era en extremo piadosa, aunque “fría en el amor”. La segunda, una rubia de claros ojos celestes y ya hecha una verdadera mujercita a pesar de su corta edad, era en extremo inteligente, “dulce y de un aspecto angelical”, pero, en cambio, tenía una naturaleza apasionada.

Ambos padres convinieron que el marqués de Sade se casara con la mayor. Pero en la primera visita que éste hizo a la casa de su prometida, ocurrió un curioso “quid pro quo”. La mayor estaba enferma, y Sade sólo pudo ver y hablar con la pequeña, con la

apasionada rubia. Simpatizaron al primer cambio de palabras. La rubia se entusiasmó con la agradable voz del galán, con sus conocimientos musicales y con las habilidades de que hizo gala al ejecutar varios trozos escogidos en el arpa. Y éste, no menos entusiasmado con la chiquilla, abandonó la mansión de los Montreuil, olvidado por completo de aquella que era, en realidad, su novia y a la que ni siquiera había visto. Cuando, pasados unos días, Sade volvió a la casa del Presidente del Tribunal de Cuentas y conoció a la mayor, la encontró horriblemente antipática y declaró resueltamente que se casaría con la pequeña. Pero el padre de las chicas rehusó dar su asentimiento a semejante petición y, por su parte, el viejo Sade puso a su hijo ante el dilema: o casarse con la muchacha convenida o regresar sobre la marcha al regimiento, con la perspectiva de ser desheredado y abandonado a su suerte.

La disyuntiva era terrible, y el joven Sade —cuyas apelaciones al corazón de la madre de las muchachas no hallaron “más que una respuesta fría y heroica”— se vio forzado, quieras que no, a casarse con la mayor de las hermanas: con la morena y desapasionada y nada simpática “novia oficial”.

Pero se daba la penosa circunstancia de que la chica menor estaba enamorada del marqués y, ahora recurriendo a las súplicas, ahora al llanto y a la argucia, trataba de ablandar el corazón de sus padres e inclinarlos a un asentimiento de matrimonio con el simpático joven.

Lacroix cuenta cómo Sade aceptó el inconveniente matrimonio al no quedarle otro recurso viable, pero dice que, antes de firmar el acta, había tomado la firme resolución de cometer un adulterio, de engañar a la mayor con la menor, dando a entender, incluso, que ésta estaba en franca connivencia con él para la ejecución de tales planes siniestros. Pero la señora de Montreuil, que desde el primer instante había calado, con su agudo olfato de mujer, el carácter y las intenciones de su yerno, tomó a su hija menor y la metió en un convento a fin de prevenir y obstaculizar un escándalo inminente. En estas singulares circunstancias se celebró la boda.

Se puede dudar de si este hecho influiría o no influiría en la desmoralización de Sade, como lo quiere Marciat y como lo recalca, por su parte, Paul Ginisty en su prólogo a las “Lettres inédites de la Marquise de Sade”. Pero de lo que no cabe duda es de que esa historia deja explicado en principio todo el odio inconcebible que el marqués trasluce en todos sus escritos contra el matrimonio. Por lo menos, su mujer —a la que Lacroix atribuye, sin conocimiento

de causa, “cierta falta de sensibilidad”—, no le dio jamás motivos para una aversión semejante hacia la vida matrimonial, según puede comprobarse por el texto de las aludidas cartas inéditas. Por el contrario: la mujer del marqués era un alma desinteresada, fiel, respetuosa de su marido; una criatura cuyos pensamientos estaban siempre puestos en él y que por sus cosas se desvivía y que por él rezaba todas las noches, incluso cuando el malhumorado esposo respondía a sus frases cariñosas “con palabras hirientes y viles suposiciones”.

Esta desventurada mujer, que fue el testigo y la víctima más inmediata de la vida escandalosa de su vicioso marido y de todas las lamentables consecuencias que sus depravaciones trajeron al hogar, no dejó jamás de amarle con ternura, le ayudó varias veces a escaparse de sus prisiones y le rodeó, durante su cautividad, de todas las atenciones que sólo es capaz de tener un corazón francamente enamorado. Tal vez todo ello se debiera a aquella extraña simpatía personal que irradiaba del marqués, a aquel “quid” irresistible que Sade poseía y que él mismo trata de definir llamándolo “el encanto del vicio”; pero sea como fuere, ello es que le amó muy intensamente y que hacia él se vio atraída con una especie de alucinación semejante a la que experimentaron igualmente otras mujeres.

Ginisty nos ha contado, sin embargo —y nos lo cuentan también las cartas de la marquesa— cómo pagó aquel amor abnegado de su mujer el atrayente marqués. Daremos sólo una muestra. Su mujer le escribió en una ocasión: “Tú debes conocer el mundo mucho mejor que yo. Decide, pues, lo que quieras. Pero no quiero ser en todo esto únicamente el buzón por el cual pasarán tus órdenes. Sabes bien que puedes contar conmigo como con la mejor de las amigas y, desde luego, la más tierna de todas”. Sade puso este comentario impiadoso en el espacio marginal de aquella carta: “¿Se puede mentir así, con tamaña desvergüenza?” ¡Era su insultante comentario de siempre!

En vista de los chismes y rencillas que diariamente se produjeron entre los esposos apenas se hubo realizado el matrimonio, no habría por qué extrañarse de que Sade, después de haber tratado de descubrir por todos los medios imaginables y en vano el convento en que estaba recluida su bella cuñada a fin de cometer con ella el adulterio proyectado, se precipitara en un turbión de desenfundados libertinajes, de que malrotara su salud y su fortuna en compañía de los más famosos vividores de su tiempo y terminara por conver-

tirse en “el corifeo de todas las orgías perfumadas” del duque de Fronsac y del príncipe de Lamballe, sin desdeñar unirse a groseros lacayos para proseguir con ellos sus farras descomunales. Una vez que se inició en “los misterios de las casitas y de los burdeles”, no tuvo otro pensamiento que el de sobrepasar a todos sus compañeros de jarana y de inventar nuevos placeres sexuales, refinados y audacísimos. La insensatez y la locura se apoderaron de su mente. Fue en esta época cuando, al decir de un autor alemán, el marqués de Sade se elevó a la categoría de “maestro de las orgías realizadas en el “Parque de los Ciervos”, hecho que no puede demostrarse documentalmen- te, pero que tiene muchos visos de ser probable.

Cuando apenas llevaba unos cuantos meses de casado y tenía sólo 23 años, Sade fue encerrado en la cárcel de Vincennes por haber “cometido gravísimos excesos en una *petite-maison*”. ¿Qué clase de excesos fueron éstos? No se sabe. Pero todavía no estaba batido en el yunque del escándalo. Sentía remordimientos. En una carta suya fechada el 2 de noviembre de 1763, se mostraba, por lo menos, pesaroso de lo que había ocurrido, rogaba que se le informase a su mujer del arresto y añadía “que se le ocultara la causa”. Su fe religiosa parece que se mantenía todavía intacta, toda vez que en aquellas mismas líneas expresaba el deseo de ver a un sacerdote. Su carta concluye con estas palabras: “por mal que me encuentre aquí no me quejo, señor, de mi suerte. Me he hecho merecedor de la venganza de Dios y la estoy experimentando. Mi única ocupación consiste en llorar sobre mis pecados y en detestar mis errores”.

Pero acaso tenga toda la razón Marciat cuando aventura la hipótesis de que tal vez esta carta dirigida al alcaide de la prisión de Vincennes no era más que una vulgar argucia o una redomada hipocresía del marqués para eludir el rigor de la justicia.

3. SUS PRISIONES

COMO le sucedería a un poeta francés del pasado siglo, Paul Verlaine, el marqués de Sade pasó gran parte de su vida, a partir de la edad adulta, en las cárceles. Baste tan sólo decir que, contando su último encarcelamiento en Charenton, Sade consumió veintisiete años de su vida en once mazmorras distintas. Catorce de esos

veintisiete años corresponden al hombre adulto y los trece restantes a su vejez.

Allí, en la soledad de aquellos calabozos, fue donde Sade redactó sus principales obras literarias, dato que debe ser tenido muy en cuenta cuando se trate de emitir un juicio definitivo sobre él. Toda la existencia entera del marqués de Sade adulto puede ser considerada “como una vida en cautiverio”, si bien con algunas interrupciones; vida rica, ello es cierto, en acontecimientos dramáticos que conferirían bien pronto extensa notoriedad a su nombre, aunque una notoriedad triste y poco apetecible. Y si los motivos de su primer encarcelamiento permanecen ignorados, los de su segunda prisión fueron ya, en cambio, extensamente conocidos y comentados en todos los tonos por sus contemporáneos. Se debió a aquello que se conoce por el nombre del “affaire” Keller (3 de abril de 1768).

Sobre este sonado “affaire” corren las más diversas versiones. Pero la más importante es, sin duda, la que apuntaba madame Du Deffand, apenas ocurrido el hecho, en una carta dirigida nada menos que a Horacio Walpole, el eximio poeta inglés y también hombre de Estado. “Mejor será que me dedique ahora a contaros historias —escribía a Walpole madame Du Deffand en aquel tiempo—; he aquí una bien trágica y singular. Un cierto conde de Sade, sobrino del abate que escribió sobre Petrarca, dicen que encontró el martes del pasado Carnaval, una hermosísima mujer, de unos treinta años de edad, que le pedía limosna. El conde le hizo muchas preguntas, demostró gran interés por ella, le prometió sacarla de su miseria y hasta darle el cargo de portera de una “petite-maison” que tenía en los alrededores de París. La mujer aceptó el ofrecimiento y quedó en que iría a buscarlo el lunes siguiente por la mañana. Llegado ese día, la pordiosera se presentó ante Sade y éste la acompañó por toda la casa, le mostró una por una las habitaciones y, finalmente, acabó por llevarla al desván. Una vez allí, el conde se encerró con ella y le ordenó que se desnudara totalmente. La desconocida quiso resistirse a tal propuesta, se arrojó a sus pies y le dijo que era una mujer honrada. Sade, entonces, la encañonó con un revólver que extrajo de su bolsillo y le intimó a que obedeciese, cosa que la mujer hizo inmediatamente y, ahora, sin protestar. Entonces, el conde le amarró las manos fuertemente y, tomando una fusta, la azotó con refinada crueldad. Cuando la desventurada quedó con el cuerpo totalmente empapado en la sangre que brotaba de sus heridas, el conde extrajo de su bolsillo un pomo de unguento, curó con él todas sus llagas y la dejó. Lo que no

sé es si el conde en cuestión le dio de comer y de beber, pero lo que sí se dice es que no volvió a verla hasta la mañana siguiente. Esa mañana, el conde examinó las heridas de la víctima y comprobó que el unguento había obrado el efecto apetecido. Estaban completamente curadas. Entonces, sacó un cortaplumas y le acuchilló con él el cuerpo. Tomó, luego, el mismo unguento de la víspera, recubrió con él los bordes de las heridas y se marchó, anunciando que regresaría a la mañana siguiente.

“En su desesperación, aquella pobre mujer logró romper sus ataduras y se arrojó a la calle por la ventana. No se dice si se lastimó mucho al caer; pero lo cierto es que el pueblo se arremolinó en torno de ella; que el teniente de la policía fue informado del hecho y que, inmediatamente, procedió a arrestar a monsieur de Sade. Al presente, está, según se dice, en el castillo de Saumur. Se ignora en qué parará todo esto y si será castigado, ya que Sade pertenece a una familia muy considerada y de bastante crédito. También se dice que el execrable hecho no tuvo otro objeto que el de establecer una prueba concluyente de las propiedades curativas de la pomada. Esta es la *tragedia* que quería contaros. Tratad de distraeros con ella”.

Tal es la carta de madame Du Deffand al poeta inglés Walpole. Pero, el día siguiente, madame Du Deffand añadía esta postdata: “ayer me enteré con mayor extensión del “affaire” Sade, cuyo relato os hice. El pueblecito donde está enclavada su “petite-maison” se llama Arcueil. Los azotes y las punzadas con el cortaplumas se las dio el conde a la víctima en el mismo día y se las curó en la forma ya indicada. Pero parece que, después, él mismo le soltó las ligaduras de las manos y la acostó en un buen lecho. Apenas se vio a solas, la mujer se construyó una rústica cuerda con las sábanas y por ella se deslizó hasta la calle. El teniente de la policía mandó a buscar a monsieur Sade, quien, lejos de desaprobar su crimen, o de avergonzarse de él, pretendió demostrar que había realizado una bella acción y un gran servicio público, ya que había descubierto así un bálsamo que curaría en el acto todas las heridas. Y lo curioso es que parece que surtió tales efectos en la prueba. La víctima ha desistido, según se dice, de perseguir al asesino a cambio de una recompensa en metálico. Por todo lo cual, se cree que será sacado inmediatamente de la cárcel”.

Esta versión de madame Du Deffand debe ser considerada como la más auténtica que existe por el hecho de haber sido escrita inmediatamente después de haber sido realizado el crimen y, tam-

bien, porque la marquesa Du Deffand estaba, según se ve, perfectamente enterada de lo ocurrido. En cambio, los demás informes que se tienen sobre el mismo suceso difieren fundamentalmente entre sí, a tal punto que Marciat sostiene, no sin razón que, antes que aclarar el hecho, lo oscurecen y confunden.

Jules Janin, por ejemplo, cuenta que el marqués de Sade tenía en Arcueil una “petite-maison” cuidadosamente oculta en un bosquecillo del jardín, a la que iba frecuentemente a celebrar sus orgías. Estaba provista de dobles contraventanas y acolchada en el interior de tal modo que era absolutamente imposible oír desde fuera nada de lo que adentro pasase. Durante la tarde del martes de antruejo, 3 de abril de 1768, el mayordomo del marqués, que era al mismo tiempo su confidente y compinche, le habría llevado a la “casita” un par de mujerzuelas de vida airada y cuando el propio Sade iba a Arcueil para disfrutar de la fiesta proyectada con aquéllas, se encontró en el camino con una pobre mujer, Rosa Keller, viuda de un tal Valentín, que estaba seguramente buscándose la vida como prostituta por aquellos apartados lugares. Sade la abordó, le prometió una espléndida cena y un albergue para pasar la noche, la trató con astucia y dulzura y, finalmente, la convenció de que subiera a su propio fiacre y se fuera a Arcueil con él.

Llegados al “nidito”, oculto y escasamente alumbrado, el marqués invitó a su acompañante a que subiera con él al segundo piso, en el cual, y sentadas ya ante una mesa bien abastecida, le esperaban las dos vulgares rameritas, muy coronadas, eso sí, de flores, aunque casi por completo borrachas. Allí, Rosa Keller fue amordazada, desnudada y azotada con látigos por el marqués y su mayordomo hasta que la sangre brotó por todos los poros de su cuerpo. Cuando la desventurada “no fue más que una herida y un coágulo de sangre”, los verdugos la dejaron y comenzó la bacanal con las otras dos pupilas. Después, vendría la fuga de la Keller, el alboroto consiguiente y el arresto de los malhechores, a quienes se encontró totalmente borrachos y “caídos en medio del vino y de la sangre”.

Tal es la versión de Janin; versión que, en el fondo, no difiere fundamentalmente de la suministrada a Walpole por madame Du Deffand.

Eulenburg refiere también el hecho en forma aproximada, si bien tilda a esta escena “de un hecho singular, de una combinación de voluptuosidad y crueldad que, por lo demás, no corresponde exactamente a eso que se ha convenido en llamar “sadismo”, ya que la realización de aquel acto cruel no perseguía en este caso un fin

morbo en sí mismo, sino el de servir de preparación e incentivo a la posterior efervescencia voluptuosa. Porque la flagelación de Rosa Keller tuvo, según todas las apariencias —sigue diciendo Eulenburg— el único objeto de crear en Sade el “climax” psico-físico apropiado para establecer el comercio carnal con las dos muchachas allí presentes”.

En un artículo aparecido en 1837, Lacroix se limitaba simplemente a contar que la Keller “fue azotada en circunstancias obscenas que madame Du Deffand no osó relatar en su carta a Horacio Walpole”, pero que “hasta las mujeres más mojigatas oían contar sin ruborizarse en aquel tiempo”. Más tarde, en 1845, añadía que Sade había practicado a la Keller varias incisiones en la piel con un cortaplumas, usando después cera de España para resañarle las heridas.

Rétif de la Bretonne, por otro lado, suministra en sus tan mentadas “Nuits de Paris” una versión totalmente distinta acerca de esta historia; historia o cuento que bien pronto empezó a llamarse popularmente “de la mujer disecada en vida”. Hasta tal punto vuela, desatada, la fantasía colectiva cuando se trata de presuntos sucesos misteriosos.

Según Rétif, el marqués de Sade, una vez que hubo encontrado a la Keller en la Plaza de las Victorias, se la llevó a su “petite-maison” y la introdujo “en una sala de anatomía donde se hallaba reunida una gran cantidad de público para presenciar la vivisección que en ella iba a practicar el marqués”. “¿Para qué sirve esta desgraciada en la tierra? —dijo a los espectadores Sade en un tono grave y doctoral—. Para nada. Por consiguiente, utilicémosla para investigar los misterios del organismo humano”.

“Entonces, la amarraron sobre la mesa de disección y el marqués examinó, en su calidad de experto en anatomía, todos los rincones de su cuerpo, anunciando en voz alta todos los resultados que se obtendrían por medio de la prueba. Cuando la desventurada víctima empezó a gritar, los asistentes salieron de la sala para alejar a la servidumbre y poder iniciar tranquilamente la operación. Pero, entretanto, la mujer pudo zafarse de sus ligaduras y arrojar a la calle por la ventana. Más tarde, la Keller contó que había visto en la sala tres cadáveres, uno de ellos convertido ya en mero esqueleto; el otro, disecado y metido en un gran tonel, y el tercero, perteneciente a un hombre, todavía fresco”.

De creer en este relato, Rosa Keller sería la autora de una mistificación indecente y horrible.

Finalmente, existe una última versión, la de Brierre de Boismont, según la cual, un amigo personal del marqués de Sade habría contado que, al pasar con dos acompañantes por una calle desierta de los alrededores de París, habrían oído un débil gemido proveniente de la planta baja de una casa. Penetraron en ella por una puertecita disimulada y encontraron en una de las habitaciones a una mujer joven y completamente desnuda, pálida como la cera y fuertemente amarrada a una mesa. La sangre bañaba todo su cuerpo y en sus senos se veían unas pequeñas incisiones hechas con un instrumento cortante. Otras heridas practicadas en las ingles y en las partes genitales dejaban manar también abundante sangre.

Cuando la desventurada volvió en sí de su desvanecimiento momentáneo, les refirió que había sido llevada a aquella casa por el famoso marqués de Sade; que, después de la comida, la había conducido hasta allí, desnudado y aferrado con cuerdas a una mesa; que un individuo le había abierto las venas con una lanceta y practicado diversas incisiones sobre todo su cuerpo; que, una vez que se hubieron retirado sus verdugos, el marqués de Sade había satisfecho en ella sus instintos sexuales; que el marqués le hizo saber que su intención no era la de hacerle mal alguno; pero que, como no cesase de gritar, había llamado nuevamente a sus criados para que la sujetasen más fuertemente.

Brierre de Boismont coincide con madame Du Deffand en aquello de que se echó tierra sobre este asunto mediante una suma de dinero ofrecida a Rosa Keller por el marqués.

Para Sade, desde luego, este “affaire” tuvo un desenlace relativamente favorable. Primero, fue encerrado en el castillo de Saumane; luego, transferido a la fortaleza de Pierre-Encise, en Lyon, y, finalmente, se le puso en libertad al cabo de seis semanas, no sin haber pagado previamente a la Keller una indemnización de cien luis.

Una vez en libertad, el marqués continuó su vida disoluta por los bajos fondos del mundillo teatral y literario. Frecuentó a toda clase de gentecilla de la peor estofa, creó para su exclusivo uso una especie de serrallo formado con muchachas de vida alegre y dio, en fin, libre curso a todos sus instintos perniciosos.

Su suegro, monsieur de Montreuil, estaba francamente escandalizado con la conducta del marido de su hija. Decidido a poner un freno de algún modo a semejantes infamias, obtuvo una orden de la policía por la que se obligaba al marqués a residir en su castillo de la costa provenzal. Pero el resultado fue desastroso. Con-

finado en tal lugar, Sade empezó por contagiar sus vicios a la nobleza que residía en los alrededores del castillo, secundado activamente en este trabajo por una actriz del Teatro Francés —probablemente la Beauvoisin— que se había llevado allí en calidad de amante de turno.

Su mujer le había pedido consentimiento para ir a visitarle a su castillo y vivir allí cerca de él. Lo obtuvo. Pero cometió la imprudencia de indicarle que su hermana menor, la rubia pretendida por el marqués, acababa de salir del convento donde la tuvieron encerrada y que le había pedido permiso para acompañarla en este viaje. Sade afectó una gran indiferencia al enterarse de este hecho, pero íntimamente brincó de gozo y volvió a aferrarse a la idea, que antaño le había obsesionado, de poseer a su cuñada.

Y, en efecto, apenas se vio a solas frente a ella, se arrojó a sus pies, le juró que no había amado en su vida a otra mujer más que a ella y le aseguró, en los más patéticos tonos, que todos sus delitos y sus fiestas y sus escándalos anteriores eran sólo la obligada consecuencia de la desesperación y el despecho que le había causado la imposibilidad de aquel desgraciado amor. Había querido olvidarla y matar su estrábica pasión anegándose en el vicio.

Como su cuñada permaneciera impasible ante estas palabras ardorosas, Sade la amenazó con suicidarse, hasta que, finalmente, ya fuese por el emocionado silencio de la joven, ya por algunas miradas furtivas, acabó por convencerse de que sus palabras no habían sido vanas y de que su cuñadita estaba prácticamente rendida ante sus súplicas. No hubo, sin embargo, tal rendición en el terreno de lo práctico y Sade concibió entonces la idea de cometer un crimen espeluznante, en el cual quedara involucrada la muchacha, creyendo que de este modo la obligaría a huir con él.

La ejecución de aquel siniestro proyecto se hizo célebre en la Historia con el nombre de “*El Escándalo de Marsella*” o “la orgía con pastillas de cantaridina”. ¿En qué consistió, en definitiva, aquel escándalo?

En las páginas de sus “Memorias Secretas”, correspondientes al 25 de julio de 1772, Bachaumont daba la siguiente versión sobre aquel hecho: “escriben desde Marsella que el conde de Sade, el mismo que tanto ruido promovió en 1768 con el horrendo atentado contra una joven bajo el pretexto de querer ensayar las virtudes maravillosas de un unguento, acaba de provocar en aquella ciudad otro escándalo más ruidoso y escalofriante, a lo que parece, que el anterior. Dicen que organizó un baile, al cual había invitado a

una multitud de gente y que, entre los dulces con que brindó a la concurrencia, deslizó ciertos bombones de chocolate de un gusto exquisito y que muchas personas devoraron con verdadera codicia. Pero, según luego se ha sabido, el marqués había hecho amasar tales bombones con cantaridina en enormes proporciones. La virtud de este medicamento es conocida. Por consiguiente, todos cuantos habían ingerido las pastillas se sintieron abrasados por un impúdico ardor que les llevó a cometer todos los excesos amorosos de que no habrían sido capaces ni bajo los efectos de la más arrebatadora pasión. Y así fue cómo aquel baile del conde degeneró en una bacanal como ni la habrían soñado siquiera los romanos. Ni las mujeres más serias y formales pudieron sobreponerse a los deseos. Y no los resistió tampoco la cuñada del marqués, quien después de haberse entregado a sus caricias, huyó con él para sustraerse al castigo que merecen. Lo grave es que numerosas personas han muerto a consecuencia de los excesos cometidos y otras están todavía muy enfermas”.

Bachaumont exageraba, sin embargo, al escribir todo esto. Por lo menos, Lacroix, que conocía aquel suceso por boca de un testigo presencial, lo refiere de otro modo bien distinto. Helo aquí sintetizado: una vez llegado a Marsella en compañía de un criado, Sade se proveyó de pastillas de cantaridina y las distribuyó entre las pupilas de una casa pública. Los efectos fueron tales —debidos a la bárbara proporción que las pastillas mentadas contenían— que una de las muchachas se arrojó, enloquecida, por la ventana, hiriéndose mortalmente. En cuanto a las demás, comenzaron a gritar y, semi-desnudas, se abandonaron a toda suerte de excesos carnales, incluso en presencia de la multitud que acudió al alboroto y los gritos. Dos de ellas murieron posteriormente, ya por envenenamiento o por lesiones recibidas durante el tumulto —no se sabe con certeza—.

Pero Sade logró lo que se había propuesto. Una vez consumada la diablura, se hizo enviar arteramente una carta firmada por un miembro del Parlamento, en la que éste le especificaba la naturaleza del castigo a que se había hecho acreedor; se la leyó luego a su cuñada, se acusó ante ella de ser un monstruo e hizo mención de querer suicidarse. La estratagema surtió efecto. Mademoiselle de Montreuil, ante aquella perspectiva, le aconsejó la fuga en comandita y, unas horas después, estaban ambos en camino de Italia.

Pero ocurre que, de acuerdo con lo que puede leerse en la “Biografía Universal”, tampoco este segundo relato se atiene a la realidad, ya que no parece que se produjo muerte alguna como

consecuencia de la ingestión de las pastillas de cantaridina. Hubo, sí, algunas personas “que se sintieron ligeramente indispuestas”, pero nada más.

Por si todavía fuera poca toda esta confusión, Rétif de la Bretonne traslada el escenario de los hechos a París —exactamente al faubourg de Saint-Honoré. Aquí, ya no son mujeres de vida airada las que ingieren las pastillas fatales, sino aldeanos y aldeanas, invitados al efecto por Sade con anterioridad. Mas es de notar la circunstancia de que, a pesar de la odiosidad ilimitada que Rétif sintió siempre personalmente por el marqués, no se refiere para nada a que hubieran ocurrido muertes o accidentes como consecuencia del uso de las pastillas.

Por lo demás, un caso como aquél no resultaba tan inaudito en Marsella, donde, según cuenta F. Dollicule en su “Marseille à la fin de l’ancien régime”, eran frecuentes los mayores escándalos sexuales.

Mas, como fuere, ello es que el marqués de Sade y su criado fueron condenados a muerte “en contumacia” por el Parlamento de Aix, el 11 de septiembre de 1772, previa acusación de sodomía y envenenamiento. La rigurosidad de tal condena se le atribuye al Canciller Maupeau, quien, al parecer, estaba deseoso de hacer un escarmiento en toda regla en la persona de Sade. Pero seis años después, el 30 de junio de 1778, aquella condena fue conmutada por una multa de cincuenta francos y que el reo escuchara “una exhortación del Presidente del tribunal”.

Papel y tiempo perdidos. Sade había huido, entretanto, con su cuñada a Italia, donde llevaron una tranquila y honesta existencia hasta el día en que la muerte se la arrebató, luego de una violenta enfermedad.

Aquello fue un golpe mortal para el marqués. Apenas su “buen ángel” hubo desaparecido, cayó de nuevo en sus extravíos y aberraciones. A tanto llegaron éstos que hubo de ser encerrado en el Piamonte. Pero cuando apenas llevaba seis meses en el castillo de Miolana, se fugó de la prisión ayudado por su propia y legítima esposa, no sin dejar previamente una carta al gobernador de la prisión, monsieur de Launay, en la que se burlaba acerbamente de él. Se reunió en seguida con su mujer —ya olvidada de la fechoría satánica que le había jugado con su hermana y a quien debía el éxito de su fuga novelesca—, pero, al poco tiempo, Sade peleó con ella y le pagó su abnegación y su ayuda abandonándola para unirse a una querida. Y ésta fue, y no su cuñada, como lo supone equivo-

cadamente Eulenburg, aquella descocada mujer con la que recorrió, de extremo a extremo, Italia entera; aquella que él se ufanaba de haber entregado a la lascivia de muy altos personajes “por principios filosóficos” y la misma que, más tarde, le serviría de modelo para escribir su “Julieta”.

Hasta el 1777 no regresó a Francia.

4. SUS ENCARCELAMIENTOS EN VINCENNES Y EN LA BASTILLA

VIVIENDO estaba con otra de sus queridas en la plácida Provenza, cuna de su remota abuela Laura, cuando Sade fue nuevamente arrestado a consecuencia del proceso de Marsella, conducido a París y encarcelado en la torre principal del fuerte de Vincennes.

¿Qué había sido, entretanto, de su legítima mujer? El marqués de Sade sólo se acordó de ella en este instante, es decir: cuando en él se cebaba nuevamente la desgracia. Dirigió una carta al gobernador en la cual le suplicaba permiso para verla. Y ella, obediente como siempre, acudió a su llamamiento, dando al olvido lo pasado y entró en relación con él, como puede comprobarse por las cartas publicadas por Ginisty.

No sólo se avino a esto aquella abnegada mujer, sino que puso todo su empeño y gastó sus influencias personales en sacarle de la cárcel o, cuando menos, para obtener una revisión de su proceso. Lo consiguió, en efecto, tras larguísimos esfuerzos y Sade fue trasladado a Aix, donde un abogado llamado Simeón hizo una defensa tan brillante que logró anular la primera sentencia del 30 de junio de 1778. Pero debido a los oficios del Presidente de Montreuil —que temía más a un Sade en libertad que encarcelado—, la resolución de aquel tribunal fue declarada nula y se le encarceló de nuevo en Vincennes. El traslado del reo se le encomendó precisamente al inspector Marais, a quien ya conocen nuestros lectores por sus famosos informes sobre el clero rendidos al soberano.

Marais era un lince, un detective de alto vuelo; pero ello no impidió que en una de las paradas del camino, en Lámbose precisamente, Sade lograra fugarse con el apoyo de su esposa. Esto ocurrió el 5 de julio de 1778.

El chasco dejó, al pronto, helado al buen Marais. Pero recobró su serenidad, revolvió cielo y tierra y el 7 de septiembre pudo atrapar al marqués en su escondite del castillo de La Coste. Y esta vez, sí, bien custodiado y sin incidentes más notorios, fue enchi-querado en Vincennes y, más tarde, transferido desde allí a la Bastilla. Aquí permaneció por espacio de muchos años hasta que, según Lacroix, fue libertado el mismo día de la toma de aquel recinto siniestro por el bravo pueblo de París; aunque, ateniéndonos a lo que se cuenta en la “Biografía Universal”, la libertad del marqués no tuvo efecto hasta el 29 de marzo de 1790 y en virtud precisamente de un decreto expedido por la asamblea nacional.

Y así fue cómo, desde el año de 1777 hasta el 1790, estuvo el marqués encarcelado. Por consiguiente, no puede ponerse en duda que fue allí, en la Bastilla y en Vincennes, donde compuso muchas de sus obras literarias. Merece, pues, la pena examinar con más detalle lo que fue ese período de su vida.

Se sabe que, en Vincennes, Sade estuvo recluso largo tiempo en un calabozo frío y húmedo, sin otros muebles que un camastro que debía hacerse él mismo. Recibía su comida a través de un ventanuco por el que apenas si en las horas diurnas más radiantes se filtraba un pálido rayo de luz. Pidió tener un escritorio y algunos libros y le fue denegada la merced. De ello se queja amargamente Sade cuando escribe en una carta —no hace muchos años vendida en público remate—: “me tienen aquí sin aire, sin un papel, sin tinta, ni cosa alguna de este mundo”. Y en otro pasaje: “todo lo que me conceden es una hora de paseo y otra para escribir, una sola vez por semana”.

Su mujer, perdonándole todas las injurias pasadas en aras del amor que le tenía y fiel a los lazos legales que a él le ligaban indisolublemente, le enviaba libros, “todo cuanto necesitaba para escribir y otros diversos objetos, incluso agua de colonia”. Y aun consiguió con el tiempo el permiso necesario para irle a ver de cuando en cuando. Pero ya era bien sabido: cada una de las visitas de la piadosa mujer terminaba en un escándalo. A tal extremo, que los guardias de la prisión se veían obligados a proteger a la marquesa contra la irascibilidad de su marido. Tan ruidosas llegaron a ser aquellas trifulcas conyugales en el recinto mismo de la prisión que el 25 de septiembre de 1782, el teniente de policía Le Noir acabó por prohibir sus entrevistas. Y ya hasta el 13 de julio de 1786, la marquesa no volvería a ver a su marido. Pero ni aquel escarmiento fue bastante para que el marqués rectificara su conducta. En cuanto

tuvo un par de coloquios con su mujer, resurgieron los gritos, los escándalos y las amenazas, y el alcaide de la prisión tuvo que ordenar a los guardianes que estuviesen presentes durante las entrevistas a fin de “librar a la marquesa de las violencias de su brutal y cínico marido”. Sade afectaba estar tranquilo en presencia de los carceleros; pero ya que no podía descargar su furia de otra manera, tan pronto como su mujer abandonaba el recinto, tomaba la pluma y le escribía cartas incendiarias y terribles, llenas de reproches inmerecidos y de groseros insultos.

Marciat ha tratado de probar que en Sade, aun antes de su encarcelamiento, había una marcada inclinación hacia la crueldad, un desprecio irreprimible hacia la mujer y un instinto sexual indomeñable. Es posible; pero si a todo esto se añade que una cautividad de trece años, desde los 38 hasta los cincuenta y uno de su vida, le quitó toda posibilidad de satisfacer sus violentos apetitos, habrá que convenir en que, para un individuo como él, todo esto tenía que traer muy funestas consecuencias de índole psíquica. Se explicaría así, por lo menos, su irritabilidad exacerbada y enfermiza y hasta aquella invencible e irrazonada desconfianza en su mujer que se manifiesta en sus cartas. La prisión acabó por despertar la fiera que en él llevaba agazapada. Un hecho que podría servirnos de pauta es aquel de que el marqués intercalara siempre en las márgenes de las epístolas cariñosas que ella le enviaba, las más sucias observaciones, creyendo olfatear en todos sus actos la concupiscencia y el engaño.

Sus brutales accesos de ira cuando la marquesa iba a verle son también característicos. Schüle, en su “Manuel des aliénations mentales”, ha pintado con mano maestra la influencia que ejerce el cautiverio en “las génesis de los desequilibrios psíquicos” y por él se sabe también que el encarcelamiento prolongado en una celda puede llevar, desde un estado psíquico normal, al estado de insania o de imbecilidad. En la soledad de su calabozo, la imaginación de Sade, ya exacerbada de por sí, podía dar rienda suelta a mil lucubraciones y recuerdos de voluptuosidad y crueldad. Se hallaba allí solo y triste, privado de toda compensación para su instinto sexual, en él desmesuradamente desarrollado. Cortadas así de un brusco golpe sus satisfacciones carnales y prolongada la abstinencia por una serie de años inacabables y sombríos ¿qué otra cosa le cabía sino abandonarse a ensueños monstruosos, a quiméricos extravíos que rebasaban las márgenes de la realidad? En semejantes condiciones, su obsesión había crecido hasta tal punto que, cuando final-

mente le fue otorgado el permiso para introducir libros en su celda, los primeros que buscó fueron aquellos que le sirvieran de apoyo y de modelo para sus opiniones personales sobre el vicio, poniéndose en seguida a expresar su pensamiento y sus recuerdos por escritos en miles y miles de cuartillas. Hasta la grafomanía de que entonces se sintió atacado nos revela un debilitamiento de sus facultades psíquicas. En la soledad de su prisión, se convirtió en un escritor de prodigiosa fecundidad. Era como si quisiera resarcirse de algún modo de aquella inmovilidad y de aquella ausencia de placeres reales a que estaba sometido. Sus mismos deseos le hacían imaginar horrendas escenas de lascivia que trasladaba al papel sin dar reposo a su pluma. Leía igualmente una infinidad de libros, pero con premura tal que, a veces, ni digería su contenido. Le bastaba con apropiarse de tal o cual superficial razonamiento que viniera en apoyo de su tesis, aun cuando haya que reconocer que muchas de sus observaciones aisladas denotan una perspicacia nada común. Sade fue, como tantas naturalezas ricamente dotadas desde el punto de vista de lo sexual, un agudo observador para todo cuanto se rozaba con su tema favorito, pero un pésimo observador cuando se trataba de esbozar una síntesis general o de producir ideas auténticamente filosóficas.

Desgraciadamente, los “Diarios” compuestos por Sade durante su cautiverio y que llenan trece cuadernos, se quemaron; de tal manera que una de las más importantes fuentes para determinar su estado mental ha quedado inaccesible. Se sabe, sí, que en aquellos cuadernos el marqués llevaba anotado todo cuanto había dicho, hecho, oído, leído, experimentado o pensado a lo largo de trece años. Para interpretar en cuanto a su personalidad humana no nos quedan, por consiguiente, más que sus obras literarias.

Un dato en verdad muy curioso es aquel de que Sade mantuviera una correspondencia continuada con sus amantes desde la misma prisión. Y que algunas de aquéllas le contestaban es cosa innegable ya, toda vez que cuando fueron puestos a la venta los tesoros literarios del conde H. de M., en 1864, se exhibió una carta de dos páginas dirigida al marqués de Sade el 18 de septiembre de 1778 por una de sus queridas, carta que él había llenado, como de costumbre, con una infinidad de notas marginales.

La prueba de que la cautividad desvía las funciones mentales hacia la esfera de lo sexual la tenemos en el hecho de que el propio Mirabeau, internado en Vincennes al mismo tiempo que Sade, se dedicara igualmente a escribir libros pornográficos. Se ha conser-

vado justamente una carta de Mirabeau en la que éste se refiere a la vida de convivencia carcelaria con el marqués. Tal carta no revela que hubiese la menor amistad entre ellos. Por el contrario; el encono y la disputa surgió en seguida entre ellos. “M. de Sade pegó ayer fuego al torreón (de la cárcel) —escribía Mirabeau— y, sin que yo le provocara por mi parte, me hizo el blanco de los más infames insultos. Según él me dijo mucho menos decentemente, yo soy el favorito de M. de Rougement (el alcaide del castillo), añadiendo que por eso me concedían a mí el paseo que le quitaban a él; finalmente, me pidió mi nombre a fin de tener el honor, según me dijo, de cortarme las orejas el día que me liberten. Me faltó paciencia para escuchar tales bravatas y le dije: “mi nombre es el de un hombre de honor que no ha *disecado ni envenenado* mujeres jamás (delitos que se le atribuían a Sade), que os escribiré todo esto sobre las espaldas a golpes de bastón —a menos que perezcáis antes— y que no tiene miedo alguno de sostener con vos un duelo sobre la plaza misma de Gréve”. El marqués calló y tampoco ha osado despegar los labios desde entonces. Si vos me gruñís —añadí—, yo os gruñiré en tono más alto, pero... ¡pardieu! qué fastidioso y triste es vivir en la misma casa habitada por un monstruo”.

5. PARTICIPACIÓN DE SADE EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA

LAS primeras escenas de la Revolución Francesa se produjeron mientras el marqués de Sade estaba preso; pero, desde sus comienzos, manifestó una franca simpatía por el movimiento libertador. Dos días antes de la toma de la Bastilla, había logrado ponerse en comunicación con los transeúntes de la calle Saint-Antoine desde su alto torreón y, por medio de una especie de altoparlante, atraer, con sus horribles insultos al gobernador de la fortaleza, De Launay, a una gran masa popular que se apresuró a testimoniarle su aprobación desde la calle. Sade era un preso, una víctima de las “iniquas leyes” reales y esto bastaba para que el enardecido populacho de París estuviera rendidamente de su parte.

Pero aquel incidente trajo por consecuencia que Sade fuera trasladado al día siguiente a Charenton, viéndose privado así de

presenciar, desde adentro, la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789. De haber continuado preso en aquella sombría fortaleza, tal vez habría sido libertado en la jornada gloriosa. Pero su traslado a Charenton retrasó su libertad hasta el 29 de marzo de 1790, en que salió definitivamente a la calle gracias a una resolución aprobada por la Asamblea Nacional.

Lo primero que hizo tan pronto como se vio libre fue iniciar activas gestiones para separarse de su mujer. Y lo logró. (Aquella desventurada dama de Montreuil, sola y abandonada, vendría a morir el 7 de julio de 1810 en Echauffour). Luego, se enemistó con toda su familia hasta perderla por completo de vista —y especialmente a sus hijos, quienes habían emigrado al comienzo de la Revolución—. Finalmente, acabó por echarse una querida, a la cual, según Lacroix, hacía los honores de su casa.

Primero, vivió en la calle Port-de-Fer, en las proximidades de San Sulpicio y, después, en la calle Neuve-des Mathurins, y se dice que allí ofrecía a los políticos de la Revolución comidas y sobrecenas suntuosas, acabando por trabar una gran amistad con el conde de Clermont Tonnerre, un sujeto de moralidad tan relajada como la suya.

Parece, desde luego, más probable que derrochara en estos banquetes su fortuna, que no que la perdiera como consecuencia de la misma Revolución, según fingía hacerlo creer él. En todo caso, poco tiempo después, se encontraba en una penosa situación material. De cuál era su pobreza nos da idea una carta que figuraba entre los diversos objetos subastados en el remate efectuado en 1864 por Chavaray; carta fechada el 8 del mes Ventoso del año III y dirigida al representante Rabaut Saint-Etienne —juntamente con una recomendación de un tal Bernard Saint-Afriques— en la que el marqués de Sade solicitaba una plaza de bibliotecario o de conservador de museos, alegando que carecía de medios de vida, ya que todos sus bienes habían sido confiscados “por los bandidos de Marsella”. Y en la “Isografía de los hombres célebres”, existe otra epístola de Sade, con fecha 10 del Pluvioso del año VI, en la que reclama sus honorarios por una poesía y anuncia el envío de una comedia, cuyo principal papel, el de Fabricio, representaría él mismo.

Apenas salió del hospicio de Charenton se puso a escribir con gran afán numerosas comedias y las vendió a diversos teatros, ofreciéndose también para representar algunos papeles. En los archivos del Teatro Francés se guardan también varias cartas del mar-

qués escritas entre los años de 1790 y el 93, cartas sobre las cuales François Copee llamó la atención de O. Uzanne a fin de que las insertara en su libro sobre Sade. En todas ellas pide con angustia que se representen allí sus obras, pero solamente una de ellas fue aceptada. Fue ésta la titulada “Oxtiern o las desgracias que el vicio acarrea”, que se representó en los primeros días de noviembre de 1791.

En cambio, fue durante ese mismo período revolucionario cuando aparecieron, en sucesión ininterrumpida, las principales novelas de Sade, aquellas novelas que le darían tan triste nombradía. Un año después de su liberación, en 1791, fue publicada “Justina”, que había redactado en su prisión. Era una novela “cínica”, aunque en la primera edición, no hubiera incluido Sade todos los sangrientos detalles que añadió en ediciones posteriores y, especialmente, en la de 1797. Por ello se inclina Marciat a suponer que tales agregados se debieron, no a un deseo personal de acumular inmundicia sobre inmundicia, sino a la influencia que sobre el autor ejercieron los acontecimientos grandiosos de que fue testigo durante aquellos años y a las enseñanzas revolucionarias. Otra novela, también esbozada en la Bastilla, “Alina y Valcour”, apareció en 1793. Luego vinieron, en 1795, la “Filosofía en el Boudoir” y, en 1797 y como apogeo y coronamiento de toda su labor, las ediciones simultáneas de “Justina” y “Julieta”.

Aquella extraordinaria actividad literaria del marqués se prolongó hasta 1801, año en que ocurrió su nuevo encarcelamiento y al que nos referiremos en seguida. Por consiguiente, se puede afirmar que sus obras fueron concebidas en la cárcel, compuestas durante la Revolución y modificadas también durante ella de acuerdo con las impresiones que Sade recogió en la calle

Se ha concedido una excesiva importancia al hecho de que el marqués negara durante algún tiempo ser el autor de sus obras, y hasta que las atacara con gran saña. De que esto fue verdad nos suministra una prueba una carta escrita por él el 24 de Fructidor de 1795, en la que puede leerse lo que sigue: “Circula en París una obra infame cuyo título es: “Julieta o las Desdichas de la Virtud”. Dos años atrás, yo había publicado una novela titulada: “Alina y Valcour” o “La novela filosófica”. Desgraciadamente para mí, el execrable autor de “Justina” quiso robarme una situación y un argumento para llenarlo de obscenidades, de aberraciones lujuriosas y de otras cosas de pésimo gusto”. Y en su “Idée sur les Romans”, protestaba igualmente contra la imputación de que él

fuese el autor de “Justina” y de “Julieta”, recalcando esto último nuevamente en un escrito polémico contra un tal Villetterque.

Marciat supone que Sade adoptó esta actitud cuando se sintió expuesto al peligro de un nuevo encarcelamiento por sus continuas inmoralidades y añade que, por consiguiente, sus negativas de que él fuese el autor de las mencionadas obras tenían un fin plausible. Era un intento desesperado de burlar la acción de la justicia. Además, tales tretas parece que resultaban muy comunes en los escritores del siglo dieciocho. Los mismos Voltaire y Mirabeau negaron en alguna ocasión ser los autores de obras aparecidas con sus nombres.

Pero si Sade hacía esto en público, en privado obraba de otra manera bien distinta. Resulta, por lo menos, un hecho bien probado que regaló a cada uno de los cinco miembros del Directorio un ejemplar de lujo de “Justina” y de “Julieta” en diez volúmenes.

En realidad, los informes que se tienen sobre la vida privada de Sade durante el período de la Revolución son escasos e imperfectos. Y una afirmación de que el marqués hubiera vuelto a caer en su viciosa vida anterior sólo podría sustentarse sobre la base de lo que había hecho anteriormente. Pero lo que sí se puede aseverar es que, cuando Sade fue arrestado en 1801, su dormitorio estaba lleno de grandes cuadros pictóricos en los que aparecían ilustradas las “principales obscenidades” descritas en “Julieta”.

Rétif de la Bretonne incluye en sus escritos muchos chismes sobre la vida del marqués, pero la autenticidad de los mismos no está probada en absoluto. Así, por ejemplo, escribe en sus tantas veces citadas “Nuits de Paris”: “aquella misma noche vi una extraña boda. El conde de Sade, cruel libertino, pretendía vengarse de la hija de un sillero a la que no había podido seducir. Todo lo tenía dispuesto para el casamiento, pero sin comprometerse en serio. Cuando se salió con la suya... *virum trium luparum connubio adjungere coegit, corara alligata uxore, quae quandoque virgis caedebatur*”.

Otra anécdota de Rétif se refiere a la barrabasada cometida por Sade bajo el nombre supuesto de Benavent, cuando para satisfacer sus lúbricos apetitos, encerró a tres hermanas en una habitación, obligándolas allí a desvestirse y pasear de arriba abajo mientras él se entregaba a las delicias del amor con su querida de turno. Pero, en realidad, hay que prestar escasa fe a Rétif de la Bretonne siempre que habla del marqués de Sade. El bibliófilo Jacob asegura que el autor de “Las Noches de París” había tenido

un incidente personal con el marqués y que, desde entonces, le tomó un odio implacable. Esto sin contar la natural envidia que, como autor del mismo género que el suyo, Sade inspiraba a de la Bretonne.

Lo que sí es muy digna de destacarse es la actividad política que Sade desarrolló durante la Revolución Francesa. Con la clarividencia propia de su desequilibrado espíritu, había previsto y vaticinado hacía tiempo la inminencia de aquel terrible cataclismo. En 1788, encontrándose prisionero en la Bastilla, había escrito ya estas proféticas frases en "Alina y Valcour": "una gran Revolución se está incubando en la Patria. Los crímenes de los soberanos, sus crueles exacciones, sus libertinajes y su inepticia han dejado exhausta a Francia. El despotismo la ahoga, pero se halla en las vísperas de romper de un golpe sus cadenas".

En el aislamiento de su celda, Sade había llegado por propia cuenta a desarrollar sistemáticamente los principios revolucionarios, en especial los que estaban dirigidos contra Dios, la realeza y el clero. Él se consideraba también "una víctima de la Bastilla" y decidió tomar parte activa en los acontecimientos, comportándose como un amigo entusiasta del pueblo y de todos los terroristas. Se dio la curiosa circunstancia de que Sade llegara a convertirse en el secretario de la "Sección de la Plaza de Vendôme" o "Sección de Robespierre", si bien de una manera accidental. "En las terribles turbulencias del 2 de septiembre —cuenta Michelet en su "Historia de la Revolución Francesa"—, en aquel día en que nadie osaba salir de su domicilio debido al terror imperante en la calle, Sade juzgó, no sin razón, que un ciudadano contaría con mayores seguridades en el seno mismo del peligro, es decir: en la Sección de la Plaza de Vendôme. Dejó por consiguiente su casa y su calle de Neuve-des-Mathurins y se encaminó a la de los Capuchinos, cerca de dicha plaza. Los amigos de Robespierre no se encontraban ya allí. Habían ido a llenar sus funciones de jacobinos. Había mucha gente en el local, pero ni uno solo que supiera escribir. Sade era conocido como un sujeto que había estado en la cárcel bajo el "ancien régime" y esto bastaba para que se le mirase con simpatía. Tenía una dulce presencia, era rubio, un poco calvo y lucía algunas canas en sus sienes. Alguien le propuso entonces: "ciudadano ¿queréis ser secretario?" "Sí", repuso Sade. Y tomando la pluma en su mano, comenzó a desempeñar el nuevo oficio".

Pero en este nuevo cargo —y sin duda pensando que sería bueno hacer olvidar su borrascoso pasado—, el marqués observó una discreta actitud y hasta afectó una gran filantropía, empleando

casi todo su tiempo en estudiar el estado de los hospitales y redactando sobre ellos muy útiles informes.

Hemos hablado ya de la amistad que trabó con el terrorista Clermont-Tonnerre y con otros sujetos de su calaña. Pero de quien se mostró más entusiasta admirador fue del sanguinario Marat, en honor del cual pronunció un sentido panegírico, a raíz de su asesinato por Carlota Corday, en el que vertió toda la clásica fraseología revolucionaria de aquellos días. En su discurso, Sade hablaba de “la santa y divina Libertad”, la “sola Diosa de los franceses”, como pudiera haberlo hecho el más demagógico de los jacobinos.

Sin embargo, ni todas estas ampulósidades retóricas ni sus fingidos apoyos a la Revolución engañaban a los miembros de la Sección donde prestaba sus servicios. Se sabe que incluso muchos de ellos le odiaban y despreciaban. Y en la famosa “lista de ciudadanos nobles”, descubierta por Jacques Dulaure, hay un violento artículo contra Sade en el que se le acusa de no ser un republicano por convicción política, y de hacer como que está de parte de la justicia solamente para “meter de matute sus teorías sobre el libertinaje”. Sade era el filósofo del vicio y no un político apasionado y leal. Criminal consumado en teoría, se fingía dulce, prudente y siempre envuelto en frases sospechosamente virtuosas.

Esta duplicidad de su actuación no podía satisfacer a la larga a los grandes terroristas. Y sus suspicacias acabaron de despertarse cuando, a favor quizá de la única buena acción de su existencia, Sade trató de salvar la vida de sus suegros. Logró, en efecto, que éstos no fueran llevados al patíbulo, pero aquello le valió ser declarado “sospechoso de moderación”. Después, el 6 de diciembre de 1793, fue detenido por orden del Comité de Seguridad General y se le condujo sucesivamente a las cárceles de los Madelonettes, de Carmes y de Picpus. Y en esta última prisión continuó hasta el 9 de Thermidor, en que fue libertado por Rovere, a quien había vendido su heredad de la Coste a fin de procurarse algunos medios pecuniarios, de los que ciertamente andaba bien escaso.

Desde entonces, Sade vivió absolutamente retirado, absorbido por su enorme actividad literaria y sin encontrar ya el menor obstáculo bajo el tolerante Directorio. En aquellos años, sus obras se vendían ya sin ningún impedimento. Se las podía comprar en cualquier librería, y éstas las tenían incluidas en sus catálogos generales.

Durante el Thermidor del año precedente (VIII), el marqués de Sade había publicado una nueva novela titulada “Zoloë et ses deux acolytes”, que no era, en el fondo, otra cosa que un ataque violento contra Josefina de Beauharnais (Zoloë), contra las damas Tallien (Laureda) y Visconti (Volsange), contra Bonaparte (Baron d’Orsec), Barras (Vicomte de Sabar), un senador (Fessino), etcétera, etc. Los actos más frecuentes de estos personajes consistían, como era de esperar tratándose de Sade, en tremendas saturnales celebradas en una “petite-maison”.

Cuando este libelo se publicó, Sade fue arrestado nuevamente (5 de marzo de 1801). Un informe de la policía explica las causas de tal arresto e incluye algunas de las declaraciones prestadas por el propio marqués con tal motivo. Muchas de éstas son una pura mentira. Tal, por ejemplo, aquella aseveración de “que se proponía publicar “Julietta”, cuando era evidente que ésta había sido ya publicada varios años antes.

Para evitar mayores escándalos, no se formuló proceso contra él, aunque sí lo encerraran en Sainte-Pélagie. Y aquí, en la misma cárcel, recomenzaron sus depravaciones. Según el prefecto, desde su llegada había tratado de inducir a los jóvenes allí reclusos a cometer toda clase de actos inmorales, por lo que hubo que trasladarlo a Bicêtre. “Ese hombre incorregible —escribía el jefe de la policía— vive en estado perpetuo de demencia libertina”.

Más tarde, en 1803 y a solicitud de su familia, fue trasladado a Charenton, y ya para aquellas fechas todos sus libros y manuscritos habían sido confiscados.

Aulard ha advertido en un ensayo titulado “La libertad individual bajo Napoleón I” la frecuencia con que se llevaban a cabo arrestos arbitrarios y sin mandamiento judicial mientras el omnipotente amo imponía su yugo de acero a Francia. La táctica era sencilla. Consistía en declarar locas a “las personas molestas”, expidiéndolas, sin más, al hospicio de Charenton. Tal fue, por ejemplo, lo que le sucedió al poeta Th. Desorgues, por el hecho de haber escrito un inocente estribillo que cobró inmediata boga:

*Sí; el primer Napoleón
es un gran camaleón.*

En el caso de Sade, el pretexto era más fácil. Un hombre que había escrito aquellos libros obscenos “tenía que estar loco de remate” o, cuando menos, implicaba un gran peligro para la segu-

ridad pública. Claro que, según dice Marciat, tal vez si Sade no hubiera escrito su panfleto contra Bonaparte y Josefina, jamás habría sido molestado. Pero aquello no podía perdonársele, El marqués protestó una y otra vez contra lo que juzgaba una arbitrariedad, pero cuando vio que sus alegatos caían en el vacío, no encontró a mano mejor recurso que el de negar fieramente que él fuese el autor de “Justina” y de “Julieta”.

Mientras vivió entre los locos de Charenton, le ocurrieron a Sade varios curiosos percances, pero sólo queremos aludir al célebre dictamen o, mejor dicho, a la violenta acusación que emitió sobre él un famoso alienista, Royer-Collard, médico-jefe de aquel establecimiento. Dice así:

“París, 2 de agosto de 1803.

“El Médico-jefe del Hospicio, de Charenton a su Excelencia el Senador, ministro de la Policía General.

Monseigneur:

“Tengo el honor de recurrir a la autoridad de vuestra Excelencia por un motivo que interesa esencialmente a mis funciones así como al buen orden de la casa cuyos servicios médicos me han sido confiados.

“Existe en Charenton un hombre, famoso ya por sus audacias e inmoralidades, y cuya presencia en este hospicio entraña los más graves inconvenientes. Me refiero al autor de la infame novela “Justina”. Este hombre no está loco. Su único delirio es el del vicio y no es precisamente en un establecimiento consagrado a la curación de la locura donde una especie de delirios como esa puede ser aliviada o reprimida. Es necesario y urgente que el individuo en cuestión sea retirado de aquí, tanto para poner a los demás al abrigo de sus furias, como para aislar a ese hombre de todos los objetos que puedan contribuir a exaltar su aborrecible pasión.

“Pero ocurre que esta casa de Charenton no reúne ni la una ni la otra de ambas condiciones. M. de Sade goza aquí de una libertad excesiva. Puede comunicarse con una gran cantidad de personas de uno y otro sexo, todavía enfermas o apenas convalecientes, recibirlas en su habitación o visitarlas en las suyas. Tiene libertad para pasearse por el parque y allí encontrarse con enfermos a quienes también se les concede idéntico privilegio. Y monsieur Sade aprovecha todas esas coyunturas para predicarles sus horribles doctrinas, les presta libros y, en fin, hay aquí un rum-rum

general acerca de que se entiende con una mujer a la que hace pasar por hija suya.

“No es sólo esto. Se ha cometido la imprudencia de crear un teatro en esta casa con el pretexto de representar comedias para solaz de los alienados y sin reflexionar sobre las funestas consecuencias que todo ese aparato teatral puede producir sobre sus débiles imaginaciones. M. de Sade es el director de ese teatro. Es él quien indica las obras que se han de presentar, quien distribuye los papeles y dirige los ensayos. Se ha convertido así en el profesor de declamación de actores y actrices y asegura que está creando un nuevo arte escénico. Los días en que hay representación, se reserva un gran número de entradas y, sentado en medio de los asistentes, hace a los visitantes los honores de la sala.

“En las grandes solemnidades estrena sus propias obras. El día del cumpleaños del director, por ejemplo, compone siempre una obra alegórica en su homenaje o, en su defecto, algunos cánticos laudatorios.

“No es necesario hacer notar a Vuestra Excelencia el escándalo que aquí produce una vida como la que lleva M. de Sade, ni tampoco los peligros de toda clase que para los locos representa. Si todos estos detalles fuesen del conocimiento público ¿qué idea se formaría el país de un establecimiento en el que se toleran semejantes abusos? ¿Cómo se podría conciliar la parte moral del tratamiento de los alienados con los hechos que relato más arriba? Los enfermos que viven en diaria comunicación con este hombre abominable ¿no están en peligro constante de contagiarse de sus corrupciones? Y la sola idea de su presencia en esta casa ¿no constituye ya un motivo serio para enloquecer a quienes no quieren ver más a ese hombre?

Espero que Vuestra Excelencia hallará más que suficientes las causas apuntadas para ordenar que M. de Sade sea trasladado a otro lugar. En vano sería pedirle que en lo sucesivo no se comunique con las demás personas de esta casa. Él lo prometería, como siempre, pero sólo para volver a las andadas en la primera ocasión. No pido que se le mande a Bicêtre, donde ya estuvo anteriormente, pero me atrevo a insinuar a Vuestra Excelencia que un hospital o una fortaleza serían lugares más convenientes para él que un establecimiento como éste, consagrado al tratamiento de enfermos que exigen la más asidua vigilancia y las más delicadas precauciones morales.

(Firmado): Royer-Collard. D. M.”

Este acusador informe dirigido a su Excelencia el ministro de la Policía General, que lo era a la sazón el escurridizo, falso y célebre Fouché, no dio el menor resultado. El marqués de Sade continuó tranquilamente en Charenton. Ni el ministro ni el director del Hospicio levantaron un dedo contra él.

El secreto estribaba en que Sade era precisamente el favorito declarado del director del establecimiento, el abate Culmier. Sólo así podía explicarse la gran libertad de acción de que el marqués gozaba allí y hasta que ejerciese las funciones de autor teatral, director y mangoneador de todos los alienados.

Pero, además, existía otra razón más poderosa para que las virulentas reclamaciones del doctor Royer-Collard cayesen en el vacío. Y ésta apuntaba hacia otro blanco más alto: hacia el propio ministro Fouché a quien Royer-Collard daba sus quejas. Una perfumada tarjeta escrita con letra femenina nos suministra la prueba de ello. “Mme. Delphine de T. ... —expresaba esta tarjeta— tiene el honor de enviar a su Excelencia, Monsieur de Fouché, por escrito, la petición que ya tuvo ocasión de hacerle verbal y personalmente esta mañana. Deseo que su Excelencia imparta a la mayor brevedad las órdenes correspondientes a fin de que M. de Sade permanezca indefinidamente en Charenton, donde se encuentra hace ocho años y donde se le prestan las atenciones que reclama su salud. Sus superiores están perfectamente satisfechos de su conducta.

“Mme. de T. ... adjunta a su petición un certificado médico que prueba que el estado de M. de Sade exige su permanencia en Charenton.”

Es muy posible que fuese el mismo Sade el instigador de una petición como la que antecede y lo es igualmente, como lo presume Marciat, que en muchas de las acusaciones del doctor Royer-Collard hubiera exageración y se debieran a la rivalidad existente entre el médico y el director del establecimiento. Éste, que era, como se ha dicho, el abate Culmier, era un hombre de costumbres bastante disolutas y seguramente no le molestaría la presencia del marqués. Con todo, las repetidas quejas del doctor Royer-Collard trajeron por consecuencia que las representaciones teatrales fuesen temporalmente prohibidas. Pero fue sólo para sustituirlas por conciertos y bailes. Finalmente, la insistencia del médico logró que se suprimiesen, en mayo de 1813, “ciertas diversiones escasamente apropiadas” para una casa de locos como lo era la de Charenton.

La grafomanía de que Sade estaba atacado le llevó por estas fechas a pergeñar numerosas poesías con el más fútil pretexto. Su

predilección se inclinaba, especialmente, hacia los poemas laudatorios. En forma anónima —y sin duda para que no contrastaran con sus obras anteriores—, compuso muchas canciones en honor del cardenal Maury, arzobispo de París, que fueron ejecutadas a coro el 6 de octubre de 1812 en Charenton. Citaremos sólo una como muestra de su insignificante valor, así como del nuevo rumbo ideológico que Sade fingía haber emprendido.

*Semejante al hijo del Eterno
por su bondad poco común,
bajo la apariencia de un mortal
que viniera a consolar et infortunio,
vuestra alma, llena de grandeza,
siempre tranquila, siempre igual,
bajo la púrpura pontifical
no desdeña la desgracia.*

Existen también varios relatos —si bien de una autenticidad dudosa— acerca de la impresión que daba a los visitantes el marqués de Sade durante su permanencia en Charenton. Según Janin, Sade ejercía una “viva influencia corruptora entre los locos”, pero hace resaltar “la simpatía que inspiraba a las mujeres jóvenes y bonitas”. Lacroix cuenta: “Interrogué frecuentemente a personas respetables, algunas de las cuales, por ser octogenarias, viven todavía. Les pedí con indiscreta curiosidad que me hicieran algunas revelaciones sobre el marqués de Sade y no fue pequeña mi extrañeza al comprobar que muchas de esas personas —a quienes su moralidad, su posición y sus honorables antecedentes ponían al abrigo de toda sospecha— no experimentaban repugnancia alguna al recordar su trato con el autor de “Justina”, hablando, incluso de él, como de un “amable sujeto”.

Charles de Nodier, que vio una vez de paso al marqués de Sade, se acordaba perfectamente de que “era un hombre educado hasta la exageración, solemne hasta la unción y de que hablaba con respeto de todo lo que era digno”.

Por ese tiempo estaba “enormemente gordo”, de tal manera que sus movimientos eran lentos, aminorando con esto aquel “resto de gracia y elegancia” que parecía desprenderse de todo su ser. Sus ojos atónitos brillaban continuamente.

Sin embargo, en lo moral no se acusaba mejoría alguna. Se sabe que conservó hasta el fin de sus días sus sucias y lúbricas

costumbres. Hasta cuando se paseaba por las alamedas se entretenía en trazar figuras obscenas sobre la arena. Cuando alguien iba a verle, sus primeras palabras eran ásperas. Pero, luego, su voz recobraba la dulzura habitual. Tenía una hermosa cabellera blanca, un rostro atractivo y afable y en todos sus movimientos conservaba el antiguo señorío. Era ya un viejo, pero se mantenía robusto y no le aquejaba la menor enfermedad.

6. SU MUERTE

EL marqués de Sade murió el 2 de diciembre de 1814, a la edad de 74 años, con una muerte dulcísima, tranquila y sin que cayera previamente enfermo. Todavía la víspera por la noche se había entretenido en poner en orden sus papeles.

Mas, apenas expiró, “los discípulos de Gall se arrojaron sobre su cráneo como sobre una rica presa que debería esclarecerles todos los misterios de la más extraña conformación cerebral humana de que jamás se hubiera oído hablar en el planeta. Pero cuando aquel cráneo fue examinado, no tenía nada de particular. Era semejante a todos los cráneos de todos los ancianos, donde habían vivido, sin duda, entremezclados, los vicios y las virtudes, las ideas del bien y las del crimen, las del odio y las del amor”.

Después de la muerte del marqués se procedió a abrir su testamento, que Jules Janin fue el primero en publicar. “Me opongo —comenzaba expresando aquel escrito— a que mi cuerpo sea abierto, cualesquiera fuesen los pretextos que para ello se pudiesen alegar. Pido con la más viva instancia que mi cadáver permanezca cuarenta y ocho horas en la habitación donde yo muera, metido en un ataúd de madera que no será cerrado sino al cabo de las precitadas cuarenta y ocho horas. Cuando expire ese plazo, el ataúd podrá ser cerrado. En el intervalo, se enviará un urgente aviso a monsieur Lenormand, comerciante en maderas, boulevard de L’Egalité, nº 101, en Versailles, para rogarle que venga en persona y trayendo una carreta a buscar mi cuerpo y transportarlo después bajo su escolta y en dicha carreta al bosque de mi tierra de la Malmaison, comuna de Maucé, cerca de Epernon, donde quiero que sea colocado, sin ninguna ceremonia, en el primer soto que se encuentra a la derecha

de dicho bosque, entrando en él por el lado del viejo castillo y siguiendo la gran avenida que lo divide. La fosa que se abrirá en dicho soto será cavada por el granjero de la Malmaison, bajo la vigilancia de M. de Lenormand, quien no abandonará mi cuerpo hasta haberlo colocado en dicha fosa. M. de Lenormand podrá hacerse acompañar en la ceremonia, si así lo desea, por aquellos de mis parientes o amigos que, sin aparato alguno, quisieran darme esta última prueba de amistad. Una vez cerrada la fosa, se plantará sobre ella césped a fin de que más tarde, el terreno de la mencionada fosa quede guarnecido y el soto vuelva a poblarse de hierba como lo estaba antes. De este modo, las huellas de mi tumba desaparecerán de la faz de la tierra.

“¡Cómo me halagaría la idea de saber que mi memoria se borrará igualmente del espíritu de los hombres!

“Hecho en Charenton — Saint-Maurice, en estado de perfecta razón y en buena salud, el 30 de enero de 1806.

D. A. T. Sade”.

Marciat es de opinión que este testamento muestra al marqués de Sade, al final de sus días, como lo que había sido durante su vida: “un ateo consumado”.

CAPÍTULO III

El sadismo en la historia y en la literatura

1. SADE A TRAVÉS DE SUS OBRAS E HISTORIA DEL SADISMO

LAS principales obras a que el marqués de Sade debe su “inmortalidad erostrática” —según la feliz expresión de Eulenburg— son “Justina” y “Julieta”, las dos novelas publicadas en un principio por separado y reunidas, después, bajo el título: “La Nueva Justina o las desgracias de la juventud”, seguida de la “Historia de Julieta, su hermana, o las prosperidades del vicio”, en diez volúmenes.

En el prefacio de esta extensísima obra, Sade finge que su confección data de muchos años atrás, que el autor ha muerto y que un infiel amigo a quien había sido confiado el manuscrito había osado publicarlo, faltando descaradamente a su palabra. Las atrevidas ideas expuestas en este libro —sigue diciendo— no deberán escandalizar a nadie y menos aun en “un siglo filosófico como éste”. Un escritor tiene el perfecto derecho de servirse de todas las situaciones, incluso las más cínicas, para hacer la pintura de su época.

Para dar mayor fuerza a estos alegatos, Sade inscribía el siguiente aforismo en el pórtico de su obra:

*“No es un hombre criminal por describir
los pecados que Naturaleza inspira”.*

El marqués de Sade estaba íntimamente persuadido de la originalidad de sus escritos e imaginaba que con ellos sobrepasaría

cuanto se había producido hasta entonces en el terreno de lo erótico, pretensión en la que, efectivamente, no hubo error. Justina sería la personificación de la virtud; de esa virtud que acaba siendo siempre derrotada por el vicio y por el crimen, simbolizados en Julieta.

En el argumento novelesco tejido en torno de esa idea por Sade, Justina y Julieta son las hijas de un rico banquero parisiense. Hasta la edad de catorce años, ambas habían sido educadas en un famoso colegio de la capital de Francia. Pero, a consecuencia de la quiebra de los negocios de su padre, y de la muerte de éste y de la madre, las muchachas tienen que abandonar sus estudios y quedan de la noche a la mañana sin medio alguno de vida y completamente abandonadas a su suerte. La mayor, Julieta, “una chica vivaracha, engañadora, muy bonita y traviesa”, está encantada con aquella hermosa libertad. Justina, la menor, más ingenua e interesante que su hermana, tierna e inclinada a la melancolía y el ensueño, se lamenta, en cambio, de su aflictiva situación. Pero Julieta se encarga de consolarla iniciándola en las prácticas sensuales y haciéndole ver que tal vez no les sea difícil reconquistar la riqueza y la felicidad si saben hacer buen uso de sus encantos personales. La virtuosa Justina, como es lógico, rechaza tan diabólicas proposiciones. Al cabo, deciden separarse y ya no se encontrarán hasta pasado mucho tiempo y en circunstancias bien singulares por cierto.

Sade nos relata en primer lugar las aventuras de la virtuosa Justina. En su desesperación, ésta había recurrido a sus antiguas amistades y parientes, pero lo único que encuentra en ellos son desdenes, disculpas y desengaños. Todos se niegan a apoyarla. El vicio comienza entonces a perseguir implacablemente a la inerme y desdichada muchacha. Un clérigo es el primero que trata de seducirla. Luego, viene a caer en la casa de un rico comerciante llamado Dubourg, cuyo principal placer erótico consiste en hacer llorar a las jóvenes y que, naturalmente, se siente feliz con las lágrimas que vierte Justina mientras le refiere sus desdichas. Pero cuando, al final del relato, el comerciante le pide algo más positivo que las lágrimas y Justina no accede, la pone sin contemplaciones en la calle.

A todo esto, una tal Desroches, en cuya casucha está alojada Justina, le ha robado los pocos enseres personales que le quedaban, y la desgraciada hija del banquero se encuentra otra vez en plena calle y únicamente con los vestidos que lleva puestos. Entonces, entra en tratos con una “demi-mondaine”, llamada Delmonse, quien en sucesivas pláticas le pone al corriente de todos los vicios impe-

rantes en París y acaba por hacer ante ella la apología de la prostitución: “Lo que el mundo nos exige —dice la Delmonse a la neófita— no es la virtud, sino una máscara de la virtud. Yo, por ejemplo, soy en realidad más descocada que Mesalina; menos formal que Lucrecia; más atea que Vanini; más falsa que un Tiberio; más intemperante que Apicio. Pero si le preguntas a mi marido o a mi familia, te dirán: ¡Oh, la Delmonse es un ángel!, cuando la verdad es que practico todos los vicios y detesto las virtudes”.

Las prédicas de la Delmonse terminan, como es natural, por hacer cierta mella en la conciencia de Justina y ésta intenta volver a la casa del rico Dubourg, a quien poco antes rechazara. Pero, en el momento de caer, titubea nuevamente y acaba por escaparse.

La Delmonse se siente defraudada con este comportamiento de su discípula; piensa que nunca hará de ella una buena cortesana y, para vengarse de ella, la acusa de haberle robado un reloj de oro. Justina, al no poder justificarse, va a la cárcel. Conoce allí a un tal Dubois, criatura infame que carga sobre sus hombros todos los crímenes imaginables y que, justamente a los pocos días de haber llegado la “novata”, pega fuego a la prisión. Ambas logran escaparse aprovechando el tumulto, llegan al bosque de Bondy y allí se unen a una banda de ladrones dedicados a asaltar a los viandantes.

La vida que a partir de aquel momento llevan la Dubois y sus nuevos compañeros, es algo que rebasa las lindes de lo imaginable y que horroriza a Justina. Robos, violaciones, orgías desenfrenadas... Hay un momento en que la asustada Justina se niega a seguirles “por aquel camino del crimen” y huye con el comerciante Saint-Florent, a quien había salvado la vida en el instante mismo en que iba a ser fusilado por los bandidos y que, agradecido por esta humanitaria acción, propone a Justina reconocerla como sobrina suya. Accede Justina. Pero apenas hacen noche en el primer mesón del camino, se percata de que el tal Saint-Florent es un tipo de la más horrenda catadura. Penetrando furtivamente en su habitación quiso ya abusar de ella en esa misma jornada. Y como no lo consigue, en el momento en que atravesaban por la espesura de un bosque, le asesta un golpe en la cabeza y, mientras ella cae al suelo sin sentido, se aprovecha para saciar sus instintos criminales y fugarse. Cuando Justina vuelve en sí, siente todo el horror de su desgracia y únicamente se consuela entregándose, piadosa, a la oración.

A la noche siguiente, Justina es descubierta por monsieur de Brésac y su lacayo Jamin, una pareja de empedernidos viciosos que empiezan, primero, por desnudarla y amarrarla a un árbol para divertirse con ella y, finalmente, por llevársela a su casa para que les sirva de criada. Una vez allí, la virtuosa madre de Brésac trata de rehabilitar a Justina luego de haberse hecho contar todas sus cuitas, pero como la Delmonse ha emigrado entretanto a América, no resulta posible sobreseer el proceso que a la primera se le sigue con motivo del presunto robo del reloj. Por consiguiente, la desgraciada hija del banquero tiene que continuar ocultando su verdadera personalidad y trabajando a escondidas.

Luego ocurre lo increíble: que Justina se enamora románticamente del licencioso Brésac y que éste, sin desperdiciar la coyuntura, trata de iniciar a la ingenua muchacha en todas sus prácticas viciosas. Un día, Brésac anuncia, descarada y sorpresivamente, que va a matar a su propia madre porque ya está harto de ella y de escuchar todos los días sus sermones. Y, en efecto, el empedernido criminal lleva a cabo su promesa, asesinando a la autora de sus días al cabo de una de sus más atroces orgías. Luego amenaza también de muerte a la propia Justina por el hecho de que no haya querido ayudarle en su monstruoso parricidio y la chica tiene que fugarse hasta un pueblo llamado Saint-Marcel. Allí va a parar a la que ella cree en el primer momento una escuela, dirigida por un tal Rodin. Rodin es un cirujano de treinta y seis años de edad, incestuoso, insaciable e infernalmente lúbrico y concibe de inmediato la siniestra idea de aprovecharse de la recién llegada. Pero como Justina resiste heroicamente a sus asaltos y le anuncia que se marchará de la casa, Rodin la amenaza con matarla. Finalmente, Justina logra verse libre de él, no sin llevar sobre su cuerpo ciertos estigmas que el cirujano le ha hecho con un hierro al rojo vivo.

Encontrándose al borde de un lago, Justina se ve en seguida sorprendida por: un tal Bandole, un tipo de la más repugnante catadura que vive en su misterioso castillo completamente entregado a los más inconcebibles vicios. En el momento en que Justina lo ve, Bandole se disponía a arrojar un niño masacrado al agua y, como ella da un grito y anuncia que denunciará su crimen, el misántropo le replica que él dirá a la justicia que el niño ha sido asesinado por ella y que, en consecuencia, irá a la horca. Justina, asustada por esta hábil treta, le pide por favor que no haga aquello, y Bandole se lo asegura a condición de que lo siga a su guarida del castillo.

Lo que allí presencia Justina horroriza su conciencia. Bandole tiene secuestrados a innumerables niños, en los cuales sacia sus instintos criminales y cuyo destino es el de ir a parar a las aguas del lago. A ella misma le anuncia que le dará idéntico pago; pero después de sortear mil peligros, la hija del banquero logra huir. Por poco tiempo, porque unos días después cae en la trampa que le tiende una tal Dorotea d'Esterval, esposa del propietario de un albergue oculto en la montaña, cuyo oficio consiste en robar y asesinar por los procedimientos más feroces a sus huéspedes. El propio d'Esterval le cuenta todos sus asesinatos, sin omitir los detalles más espeluznantes. Orgías y desenfrenos sexuales sin medida se desarrollan allí todos los días.

En Lyon, a donde ha ido a parar después de una serie inacabable de aventuras de esa laya, Justina conoce a un tratante, cuya especialidad consiste en robar muchachas de corta edad, violarlas y venderlas; En fin; tras un rosario sin término de accidentes como éstos —en los que se enumeran muy a lo vivo todos los vicios y perversiones imaginables—, Justina columbra una tarde en un paseo a una elegante mujer acompañada de cuatro caballeros de porte distinguidísimo. La tal dama no es otra que su hermana Julieta, quien, al reconocerla, le grita; “¡Oh, criatura pusilánime e idiota: deja de sorprenderte que ya te explicaré bien lo que pasa! ¿Sabes lo que es? Que yo he seguido el camino del vicio. Sí; yo, no te asustes. Y la fortuna me ha sonreído. En cambio, tú eres menos filósofa que yo y tus malditos prejuicios te han hecho ver quimeras en el aire. Pero ya ves adonde te han conducido “.

Dicho lo cual, Julieta le provee de ropas, mientras uno de los caballeros dice con acento filosófico: “Sí; ahí tenemos lo que podríamos llamar las Desgracias de la Virtud”. Y señalando a Julieta: “y aquí... aquí, amigos míos, estamos viendo las Prosperidades del vicio”.

En seguida, todos ellos se dirigen al próximo castillo, donde habitan incidentalmente; se acomodan en mullidos canapés y Julieta anuncia que les va a contar, íntegra, la alegre historia de su vida. “Vos, marqués, y vosotros todos, caballeros —empieza— escuchad lo que voy a relataros. Y tened bien entendido por anticipado que en todo el mundo habrá pocas mujeres más singulares y afortunadas que yo”.

Seguidamente comienza a contar su anunciada historia. Una historia pecaminosa y horrenda que, naturalmente, se inicia en el propio colegio donde ambas se educaban de muchachas. Antes de

salir de él, Julieta conocía ya todas las prácticas sexuales. Por eso, tan pronto como se separa de su hermana, le es sencillísimo ingresar en el burdel de una cortesana renombrada llamada la Duvergier. En él, Julieta tiene comercios carnales con príncipes, gentileshombres, ricos burgueses y, en fin, con todo lo más florido de la alta sociedad; come y bebe a sus anchas y se viste con toda la distinción y la elegancia de una dama de la corte, con las que también tiene tratos muchos días.

Uno de los ingresos más saneados de Julieta es el que le proporciona el desvalijamiento de sus clientes mientras éstos se hallan en sus propias habitaciones entregados a los goces de la carne, de acuerdo con las instrucciones que le ha impartido a este respecto su compañera la Dorval. En poco tiempo, logra redondear así una cuantiosa fortuna que la trueca en la propietaria de treinta casas.

Siguiendo este camino de éxitos, Julieta traba conocimiento con un tal Noirceuil, hombre rico, libertino hasta más allá de lo concebible y consumado criminal. Baste decir que cuando conoce a Julieta está casado ya con la mujer número diecisiete, después de haber asesinado a las dieciséis anteriores en el transcurso de diferentes orgías. Para él no existe ni la sombra siquiera de eso que se llama conciencia o remordimiento.

Noirceuil hace un día a Julieta esta extraña y sobrecogedora confesión: “yo conocí mucho a vuestro padre y fui la causa de su bancarrota. Sí, yo fui quien le arruinó. ¡Yo mismo! En mis manos estuvo poder duplicar su fortuna o hacerla pasar a mis bolsillos. Por una consecuencia lógica de mis principios filosóficos, opté por lo segundo. Él murió en la indigencia y yo tengo ahora una renta de trescientas mil libras por año. Al conoceros ahora, debería reparar vuestra desgracia, una desgracia de la cual yo soy causante por mero placer. Pero una acción como esa equivaldría a practicar una virtud y yo siento horror por las virtudes. Pero, querida mía: estos hechos levantan entre nosotros dos una barrera y no volveré a veros”.

Mas entonces ocurre lo inesperado. Cuando Noirceuil esperaba que Julieta se desataría en denuestos contra él cobrándole un odio feroz por lo que acababa de confesarle, le echó los brazos al cuello, lanzó un grito de alegría y le dijo: “¡Hombre execrable... ven acá; aunque yo sea la víctima de tus vicios, me gustas y te quiero! Me encantan también tus principios filosóficos”.

—Oh, Julieta —añade entonces Noirceuil—; si vos lo supierais todo...

—Decidme lo que sea.

—No puedo; es demasiado.

—Hablad.

Y, accediendo a la invitación, Noirceuil cuenta a Julieta entonces que la muerte de sus padres no fue natural. Después de arruinarlos, él mismo los había despachado al otro mundo por medio de un violento brebaje que les suministró en una comida.

Y no menos alegre y entusiasmada que antes, Julieta, al oír aquello, vuelve a decirle: “¡Oh, monstruo, te lo repito: me horro-rizas y, al mismo tiempo, te amo! ¡La desgracia total de mi familia! Y bien: ¿qué importa todo eso? Para mí no existen en el mundo más que sensaciones. Y las que despiertas en mí —te lo confieso— me enloquecen, me elevan hasta el delirio y todo lo olvido ante esto”.

Noirceuil, feliz también de haber encontrado un espíritu gemelo del suyo, la retiene junto a sí y la declara su amante. Unidos ambos de este modo, arrastran una vida de pecaminosidades indecibles: roban, estafan y prostituyen a cuantas muchachas caen en sus manos hasta que, finalmente, un criado del duque de Dondemar denuncia a Julieta y ésta va a parar en una cárcel. Pero esto es por poco tiempo. En seguida entabla amistad con el “ministro” Saint-Fond, hombre de cincuenta años, “libidinoso, traidor y ladrón” y, mediante su apoyo y gestiones, es puesta otra vez en libertad.

Saint-Fond era un ministro de amplio criterio moral por decirlo con un eufemismo muy corriente. Baste saber que más de 20.000 personas estaban encerradas en calabozos horribles de toda Francia por orden suya y sin haber cometido el más mínimo delito. Pero es que Saint-Fond encontraba una de las mayores satisfacciones en atormentar al prójimo. La ley era una especie de ganzúa utilizada por este gangster oficial.

A Julieta, en cambio, le da desde el primer momento carta blanca para que pueda desenvolverse en la vida como quiera y con la seguridad de que nadie la molestará. La única condición que le impone es que, en público, le trate con respetuosa deferencia, que guarde los modales debidos y se dirija siempre a él con el tratamiento de “Monseigneur”. Títulos así visten mucho y, además, alejan toda sospecha.

Saint-Fond se siente tan satisfecho de los “trabajos” de Julieta que acaba por nombrarla “organizadora oficial” de sus bacanales y la introduce en el mundo de la alta sociedad, luego de haberla

rodeado de cuantas comodidades y riquezas pudiera soñar la imaginación más ávida y calenturienta. Tiene ésta a su servicio cuatro camareras, dos guardas de noche, una ama de llaves, un peluquero, un cocinero, dos criados, dos cocheros y catorce lacayos. Finalmente, Saint-Fond explica misteriosamente a Julieta la necesidad que a veces tiene el Estado de deshacerse de esta o la otra persona influyente recurriendo al crimen y, sobre todo, al veneno. La muchacha se muestra encantada con aquella confesión y, entonces, su protector ministerial le extiende el nombramiento de “Jefe de la Sección de supresiones por el veneno”, con unos honorarios de 30.000 francos por cada “enemigo estatal” que despache al otro mundo. Entre estos ingresos, la pensión que le tiene asignada Noirceuil y lo que roba, Julieta se embolsilla cada año alrededor de seis millones de francos.

Más tarde, Julieta entabla amistad con Clairwil, una muchacha inglesa que puede dar lecciones de depravación al propio Noirceuil y que, “para completar la defectuosa educación de la alegre hija del banquero, la introduce en la “Sociedad amigos del Crimen”. Pero ni todo lo que de horrible y repugnante ocurre allí, ni los excesos de Saint-Fond, ni las diabólicas locuras de Noirceuil, ni los crímenes de Clairwil, ni las juergas celebradas en sus “serrallos” bastan “a satisfacer el temperamento ardoroso de Julieta”. Necesita todavía otras distracciones más fuertes. Vienen entonces las aventuras de convento, las “misas negras o satánicas”, las visitas a magos y adivinos —uno de los cuales le predice que dejará de tener suerte el día en que abandone el vicio— y, en fin, toda una siniestra sarta de aventuras que se dirían inventadas por un loco.

Un día cae en desgracia con Saint-Fond y tiene que huir a Italia para que no le alcancen sus venenos. ¡Y qué a su placer se encuentra en la patria de Nerón y de Mesalina la descocada hija del arruinado banquero! Viaja de norte a sur, no en plan de turista, sino en “el de famosa cortesana”, procurando mucho que se le reconozca como tal, ya que esa es la mejor tarjeta de presentación en los grandes círculos aristocráticos. La primera ciudad que visitó fue Turín, “la más fastidiosa y vulgar de todas las de Italia” y cuyos habitantes, devotos, supersticiosos y sin ánimo para la diversión, no le gustaron lo más mínimo. Con todo, duques, marqueses, gentileshombres y prelados acudieron inmediatamente a visitarla tan pronto como se enteraron de “que una joven y bellísima francesa se alquilaba”. Pero ¿cómo podría haber sido de otro modo, si el propio duque de Chablais, en cuya mansión se dio una brillante

comida en honor de Julieta, hubo de reconocer a los postres ante todos sus invitados “que ellos nada poseían en Italia comparable a las siluetas, a la deliciosa piel y a la capacidad de amor de las francesas”?

Julieta tuvo numerosas y ruidosas aventuras con todos aquellos notables personajes de allende los Alpes y les birló también bonitas sumas de dinero, ya por sus procedimientos habituales, ya haciendo escandalosas trampas en el juego. Para esto último se había liado con un tal Sbrigani, tipo que parece una copia de cierto personaje de Molière, y que conviene con ella en hacerse pasar por su marido mientras dure su excursión por Italia.

Al pasar los Apeninos se encuentran con el gigante y antropófago Minski, en cuyas cavernas se presencian escenas indescriptibles. Minski mata a todos los viandantes y los devora; vive una vida de desarreglos sexuales verdaderamente aterradora y anuncia a Julieta que también a ella le tocará el turno. Pero logra escapar en unión del desaprensivo Sbrigani.

En Florencia, donde reina el hermano de María Antonieta, Leopoldo, Gran Duque de Toscana, éste les invita a una fiesta descomunal, donde Julieta tiene un éxito sin precedentes “por haberse presentado como francesa, con mucha arrogancia”.

Agotadas todas las curiosidades en Florencia, Julieta y su supuesto marido salen hacia Roma, donde las cartas de recomendación con que llevaban repletos sus bolsillos les abren inmediatamente las puertas de la nobleza. Son recibidos gentilmente por Olimpia Borghese, por los cardenales Albani y Bernis y por el duque de Grillo, compitiendo todos entre sí “por obtener los favores de la francesa”, mientras ésta riñe ruda batalla con ellos a fin de sobrepasarlos en maldades. Un día, la Borghese la propone pegar fuego a todos los hospitales de Roma y lo hacen.

Desde allí pasan a Nápoles, donde son principescamente acogidos por el abúlico rey Fernando y la lasciva reina María Carolina, “cuyas atrocidades evocan las de Nerón”. Celebran festivales escandalosos en el cabo Misena, en los Puzzoles y entre las ruinas de Procida, Ischia y Niceta. En estas excursiones, el propio rey Fernando se había adjudicado el papel de cicerone para mostrar a los huéspedes las famosas ruinas del Imperio Romano y, como es lógico, donde el monarca se explayó más cumplidamente fue al hacer las descripciones de las obscenas pinturas murales. Sus discursos fueron especialmente floridos en Herculano y Pompeya. Visitaron Sorrento, Castellmare y la gruta azul; y en la isla de Capri, reeditaron

las escenas de su antiguo propietario, el Emperador Tiberio. ¡Hasta el Vesubio les sirve a estos excepcionales viciosos para sus regocijos sin medida!

Aburridos ya de Nápoles, de Fernando y Carolina, retoman la ruta del norte y recalán en Venecia. Lo primero que allí hace Julieta es instalar un lupanar de acuerdo con el modelo del que madame Gourdan tenía en París y no hay que decir que obtiene un éxito enorme y que su casa se ve frecuentada por todas las más altas personalidades de la ciudad, sin excluir al consejo en pleno de los Dux.

Cuando, al fin, le confiscan el establecimiento, Julieta regresa a Lyon y allí topa con su antiguo compinche Noirceuil. La recibe éste con grandes transportes de alegría y declara “que la encuentra mil veces más corrompida que cuando dejó de verla”. Luego, se trasladan juntos a París y allí rematan sus aventuras con una serie de crímenes que espeluznan la conciencia.

Aquí concluyó el relato que Julieta hizo ante su hermana Justina y los demás “caballeros” en la sala del castillo, no sin subrayarlo con el siguiente discurso: “Tal es la feliz historia de mi vida, caros amigos. Amo el crimen por encima de todas las cosas y continuaré amándolo hasta el último instante de mi vida. Libre de todas las creencias religiosas, colocada por encima de las leyes, activa y rica, ¿qué poder, divino o humano podría contrariar mis deseos? El pasado me aburre; el presente me fascina y no tengo el menor miedo al porvenir. Espero, por consiguiente, que el resto de mi vida sobrepasará en felicidad a todas las que he gozado en mi juventud. La naturaleza no ha creado a los hombres con otro objeto que con el de divertirse y gozar en la tierra. Esta es su imperiosa ley y a ella me someto de buen grado. Las leyes del equilibrio son las que mantienen al universo y sólo por medio de constantes crímenes se sostiene la Naturaleza. Obrando mal en apariencia, la obedecemos. Y el único crimen que ella no nos perdonará jamás es el de hacer resistencia a sus mandatos. ¡Oh, caros amigos: desengañaos de que sólo actuando de acuerdo con estos principios puede hallar el hombre la felicidad!”.

Durante el relato de Julieta, a su hermana Justina se le saltaron las lágrimas, pero no a los demás caballeros ni al marqués. Éstos, que no son otros que los antiguos compinches de Julieta, deciden “sacrificar a Justina, aquel modelo incorregible de virtud”. Para ello, escogen un procedimiento que se asemeja al que en los tiempos antiguos se llamaba “el juicio de Dios”. Noirceuil advierte que una

bronca y horrorosa tormenta se aproxima y propone sacar a Justina al jardín para “ver lo que decide el destino”. Y... ¡castigo bien merecido: cae un rayo y aniquila a la virtuosa muchacha! “La Naturaleza ha pronunciado su juicio”, exclaman. Y deciden festejar la muerte de Justina con una comilona.

En cambio, la fortuna sonrío a todos los partidarios del vicio. Noirceuil es nombrado ministro; Chabert termina sus días como arzobispo; el marqués es enviado como embajador a Constantinopla, otro de los caballeros obtiene una renta de 400.000 libras y, por su parte, Julieta, siempre al lado de Noirceuil, reemprende su pasada vida de grandezas, hasta que, al cabo de diez años ininterrumpidos, muere muy plácidamente.

Todavía tiene tiempo de exclamar antes de rendir el último aliento: “quien escriba la historia de mi vida, deberá intitularla: “Las Delicias del Vicio”.”

Tales son, a grandes rasgos, las novelas “Justina” y “Julieta” del marqués de Sade.

La “Filosofía en el Boudoir” o “Los Profesores Inmorales” es otra de las obras más renombradas de Sade, si bien, en el fondo, no resulta otra cosa que una imitación de “La Educación de Laura”, de Mirabeau y, en parte, también, de la “Aloysia Sigaea”, de Nicolás Chorier. El tema lo constituye, en efecto, la educación de una muchacha en el vicio y la forma está desarrollada en diálogos y largas disertaciones didácticas, hasta el punto de que la acción queda desvanecida bajo la avalancha de los discursos teóricos.

El prefacio comienza por ser ya un sermón dirigido a los libertinos y que da la tónica general de la obra. Dice así en uno de sus pasajes: “Voluptuosos de todas las edades y de uno y otro sexo: para vosotros solos está escrito este libro. Alimentaos de sus principios porque favorecen vuestras pasiones; y esas pasiones, que insípidos y fríos moralistas tratan de presentaros como algo perverso, no son sino los medios que emplea la Naturaleza para llevar a los hombres a los fines por ella perseguidos. No prestéis oídos más que a las pasiones deliciosas, ya que sólo ellas os conducirán a la suprema felicidad. Mujeres lúbricas: sea vuestro modelo la deliciosa St. Ange. Despreciad, a ejemplo suyo, todo lo que se opone a las divinas leyes del placer. Jovencitas largo tiempo reprimidas por los lazos absurdos y peligrosos de una virtud imaginaria y de una religión antipática: imitad a la ardiente Eugenia; destruid, arrojad a vuestros pies, con la misma diligencia que ella, todos los ridículos preceptos que os inculcan vuestros imbéciles padres.

“Y vosotros, amables corrompidos; vosotros los que desde vuestra juventud no reconocéis otros frenos que los de vuestros deseos ni otras leyes que las de vuestros caprichos: qué el cínico Dolmancé os sirva de paradigma. Id tan lejos como él si, como él, queréis recorrer todos los caminos floridos que la lubricidad os tiene preparados; convertios a su escuela, que era la de responder cumplidamente a todos los gustos personales y a todas las fantasías; sacrificadlo todo a la voluptuosidad; haced que el desgraciado individuo arrojado contra su voluntad a este triste universo, logre sembrar algunas rosas sobre las espinas de la vida”.

El primer diálogo del libro lo sostienen madame de St. Ange y su hermano, el caballero de Mirvel. A imitación de Julieta, madame de St. Ange es una criatura que tiene la virtud de corromper todo cuanto se pone en contacto con ella. Su hermano, por el contrario, es una naturaleza retraída, timorata, y queda bien pronto borrado en el libro bajo la poderosa individualidad de Dolmancé, sujeto cínico y consecuente en el vicio que tiene siempre en los labios una sofística ingeniosa para cada situación. Él mismo confiesa que se inició en las prácticas licenciosas desde su más extremada juventud y asegura que, en lugar de corazón, no tiene más que deseos bestiales. Es pederasta y no siente el menor rubor de hacer continuas apologías de tal vicio.

Eugenia de Mistival es, por su parte, una muchacha cuyo padre tiene un lío amoroso con madame de St. Ange, en tanto que la madre es una pobre y aburrida beata. Madame de St. Ange se ha cuidado de aleccionar bien a Eugenia. Le ha dictado cursos teóricos acerca del vicio, le ha quitado las creencias religiosas y morales y, por último, ha logrado despertar en ella tal confianza que la muchacha la tiene desde hace mucho tiempo por su única confidente. Por tanto, queda decidido entre ambas que “hoy mismo” —pues es de advertir que toda la acción del libro se desenvuelve en el transcurso de un día—, Eugenia quedará “iniciada en los misterios de Venus y de Sodoma”.

Dolmancé actúa allí en calidad de profesor. Empieza por darle sus primeras lecciones “anatómicas”, pasando seguidamente a desarrollar el tema de “los artificios del amor físico” y del “antifísico”. Para las lecciones prácticas —pues las anteriores son meramente teóricas— invitan a un caballero y a un muchacho medio idiota que tiene el oficio de jardinero, llamado Agustín. Pero ocurre que, ya al caer de la tarde y cuando Eugenia está ya casi transformada en

una maestra del amor, entra de pronto su madre y, ante los mismos ojos de ésta, se suceden allí las escenas más atroces.

Tal es lo que podríamos llamar la acción del libro. Lo demás son digresiones didácticas.

En el resto de las obras del marqués su imaginación se mantiene en una línea más normal, más moderada y soportable y, como lo quiere Marciat, su literatura podría denominarse “pequeño sadismo”. “Alina y Valcour”, por ejemplo, no es en el fondo más que una repetición de “Justina” y “Julieta”, con caracteres y personajes casi análogos también.

Quérard, en su “La France Littéraire”, opina que Sade se representó a sí mismo en el tipo de Valcour y que todo cuanto se narra en este libro es en gran parte una historia de su propia vida.

“Los crímenes del amor o Las delicias de las pasiones”, precedida de “Ideas sobre las Novelas”, son un ramillete de narraciones novelescas en las que, insistentemente, Sade trata de describir la eterna lucha entre el vicio y la virtud. Pero aquí es ordinariamente la virtud la que triunfa.

Por lo que respecta a sus “Ideas sobre las Novelas”, reveladoras, ciertamente, de una agudeza muy superior a la que sería de imaginar en Sade, deben considerarse como una exposición acerca de la literatura novelesca del siglo dieciocho y una introducción al desenvolvimiento de la novela en general, a la que el marqués define como “un cuadro de las costumbres del siglo que, en cierto modo, sustituye a la Historia”. Sade afirma que sólo aquel que conoce bien la naturaleza humana puede ser buen novelista y que un conocimiento como ese únicamente se adquiere experimentando muchas desgracias o viajando por el mundo. Al final de su trabajo, rebate los reproches que se le han dirigido por su manera cínica de expresarse. Su argumento a este respecto es siempre el mismo. A saber: que se debe mostrar el vicio tal cual es a fin de lograr que se le aborrezca. Los libros auténticamente peligrosos son, según él, aquellos que tratan de embellecer el vicio, mostrándole con seductores coloridos.

Por último, mencionaremos el panfleto que atrajo sobre Sade la ira de Napoleón. Se titula “Zoloë y sus dos acólitos” y, en la protagonista se transparenta demasiado claramente la figura de Josefina Beauharnais, la esposa de Bonaparte. Sade la describe como “una americana ávida y lasciva”, mientras que su amiga Laureda (madame Tallien) es “una española toda fuego y pasión”, riquísima y, por consiguiente, dueña de darse todos los gustos que quiera.

Napoleón, que estaba representado en el Barón d'Orsec, no leería jamás, por supuesto, el folleto del marqués; pero fue avisado a tiempo por los censores acerca de su contenido y lo mandó retirar de la circulación.

De las obras del marqués de Sade podría decirse aquello de Macaulay acerca de las "Memorias" del doctor Burney, A saber: que su lectura constituye más bien un trabajo penoso que un placer. Quien quiera convencerse de la desoladora alteración psíquica y aun de todos los desarreglos corporales que supone concentrar exclusivamente los esfuerzos de toda una vida en describir los instintos puramente sexuales del hombre no tiene más que leer las obras de Sade.

Pero, además, Sade ha cometido aquel pecado que Fritz Friedmann calificó, en su "Le Crime et la maladie dans le roman et sur la scène", de "pecado literario". Tomó por punto de partida y por meta definida *presentar el crimen en toda su desnudez y el apetito sexual en todas sus más monstruosas variaciones*. Tal intento, así como las tendencias destructoras de todo género que abundan en sus libros no podían brotar más que en una imaginación apartada totalmente de la línea de lo normal. Sólo así pudo ser creada aquella gigantesca obra pornográfica, desparramada en diez volúmenes, obra que ya por su propia extensión y por el trabajo intelectual y manual que supone, basta para dar la clave de la anormalidad mental de su autor, aunque, por otra parte y como lo afirma Eulenburg, "despierte cierta admiración".

Que la imaginación de Sade padecía extravíos y alucinaciones se demuestra con sólo considerar la minuciosidad empleada en el relato, así como por la enorme cantidad de personajes que en él intervienen y hasta por la gradación sucesiva con que el autor va avanzando de refinamiento en refinamiento pecaminoso. Esto, sin contar las controversias y los diálogos filosóficos que inserta, de una longitud desesperante y todos ellos idénticos en el fondo.

Por último, están las exageraciones, las hipérboles monstruosas en que Sade incurre a cada paso cual si se tratara de las cosas más normales. Minski, el terrible asesino de los Apeninos, se bebe sesenta botellas de vino en una sola ocasión. En los tiroteos de Nápoles, mueren 1176 personas, y si hacemos referencia a los excesos carnales de sus protagonistas habría que convenir, para creerlos, en que aquellos seres pertenecen a otro mundo en el que ni el cansancio ni la repetición produjeran el agotamiento.

Tampoco es raro hallar errores de cronología y de geografía en las obras de aquel hombre convertido en un grafómano. Así, hace escribir a Moisés el libro de Loth durante la cautividad de los judíos en Babilonia y sitúa a Pompeya y a Herculano en Grecia.

Por importantes e instructivas que puedan ser las obras de Sade —y en nuestra opinión lo son— desde los puntos de vista histórico, antropológico y psicológico, su forma exterior inspira necesariamente una aversión invencible. Obras como esas tienen obligatoriamente que despertar una influencia perniciosa sobre débiles cerebros, sobre mentes incapaces de analizarlas desde un plano rigurosamente científico. Mucho menos perniciosas serían las ilustraciones obscenas incluidas en el texto. Y no se crea por lo dicho que tales ilustraciones tienen nada de inocentes. “Si se hace abstracción del horror de lo que esas ilustraciones representan —dice muy certeramente Eulenburg—, todo su valor artístico es bien insignificante.

Que nosotros sepamos, Sade es el primero y único filósofo del vicio en la acepción descarnada del vocablo. Sería en vano tratar de buscar en los filósofos antiguos ni aun en los modernos —en un Stirner y en un Nietzsche, por ejemplo, con sus prédicas del egoísmo y de “la moral de los fuertes”— aquella “espiritualización”, si así podemos llamarla, del crimen desnudo, vulgar y diabólico que es constante en el marqués.

Pero esa filosofía o, si se quiere, esa psicología del vicio que Sade expresa en sus obras resulta altamente instructiva para el psiquiatra y representa, en buena ley, una antelación de ciertas teorías que hoy todo el mundo acepta como válidas. A saber: “que los instintos sexuales fijan y regulan casi la totalidad de las acciones humanas en una forma todavía más intensa que el propio instinto nutritivo”. Todo investigador que quiera determinar la importancia sociológica del amor tendrá que leer las obras de Sade.

Y es que Sade, siquiera fuese intuitivamente, trataba, no sólo de “experimentar sensaciones”, sino de “analizarlas”. Hay un pasaje en el que hace decir a un personaje que para cometer pecados “es preciso primero legitimarlos”.

Todas las opiniones de Sade se basan en un materialismo cada vez más audaz y consecuente. Deifica a la naturaleza, oponiéndola resueltamente a la virtud, que es, según él, la negación. El Universo está regido por sí mismo, por su propia energía, y sus eternas leyes bastan para crear y engendrar cuanto vemos “sin el concurso de una *causa prima*”. El movimiento perpetuo de la materia lo explica todo. El Universo es un conjunto de seres variadísimos que se hacen

y rehacen mutuamente y sucesivamente los unos a los otros. No hay límites. Por doquier reina una transición continua de un estado de cosas a otro estado de cosas, como ocurre con los seres orgánicos que se revisten perpetuamente de formas nuevas.

El movimiento y el choque de las moléculas de la materia explican todos los fenómenos corporales y los psíquicos. El alma, en cuanto principio “activo” y “pensante” tiene que ser una substancia material. Por tanto tiene que ser divisible. Y todo lo que es divisible se llama materia. En segundo lugar, materia es todo aquello que periclita. Si no fuese materia, el “espíritu” no podría periclitar. Y el alma, como lo prueba la experiencia, se conforma gradualmente a las variaciones del cuerpo: es débil en la adolescencia, aparece fatigada en la vejez. Por consiguiente, sucumbe juntamente con el cuerpo. Es materia corruptible o, mejor dicho, transformable. Sade saca de todo esto la conclusión de que “la inmortalidad del alma no es más que una quimera”. Este dogma ridículo ha vuelto a los hombres “idiotas, hipócritas, mentirosos y atrabiliarios”.

La virtud sólo existe en aquellos que carecen de la noción de tal inmortalidad. Sin embargo, admite que, en algunas circunstancias, la creencia en la inmortalidad del alma tal vez resulte un consuelo para muchos desgraciados. Sade trata de analizar qué es el alma y concluye que sería un fuego que se apaga con la muerte y cuya substancia iría a parar “a la materia universal”.

De todo esto se sigue que, no existiendo en el mundo más que “elementos engañadores”, “moléculas malhechoras”, el crimen y el desorden deben reinar por doquier. “El mal existía ya antes de la creación del universo y seguirá existiendo después de su desaparición”. ¿Por qué la vejez es peor que la juventud, más pervertida, más degenerada?, se pregunta Sade. Porque “los malos elementos” o “los elementos gastados” se preparan para retornar al seno de las “moléculas malhechoras”.

Cree también Sade que el mal acecha al hombre después de su muerte y que, por consiguiente, hay para él algo así como un infierno eterno. Pero para quien acá abajo ha sido malo, la reunión con el mal después de la muerte se realizará con extraordinaria facilidad; en tanto que los individuos virtuosos padecerán grandes tormentos hasta que su substancia “se habitúe” a la “natural maldad anterior”. Frente a tales premisas, sería necesario admitir la existencia de un Paraíso y, en efecto, Sade viene a creer en otra vida con sus recompensas y castigos. Para impedir que las “víctimas del vicio” —o sea: para él, de la Virtud— entren en el cielo,

uno de los personajes de Sade —el ministro Saint-Fond— se encierra con ellas misteriosamente y les hace firmar con su propia sangre un papel por el cual entregan su alma al diablo. Sin embargo, otro personaje, Clairwil, declara categóricamente que el infierno es una invención de los sacerdotes.

Imitando en esto a Holbach, quien calificaba como errores de la inteligencia todos los sentimientos religiosos, Sade no deja pasar ocasión alguna de zaherir a la religión y, especialmente, a la fe en la existencia de Dios. Su ateísmo aparece en una forma inconsecuente, pues unas veces niega a Dios y otras se acoge a aquella fórmula de que “si Dios no existe habría que inventarlo”, aunque no fuera con otro objeto que el de lanzar contra él horribles blasfemias. Sade afirma que lo único que no se les puede perdonar a los hombres es “haber creído en Dios” y hace decir a la Delbene en un pasaje: “estoy viendo las tristes sombras de todos los desgraciados que sacrificó esa abominable superstición”. Y para reforzar su tesis, trae a cuento, como es lógico, las violencias del clericalismo y las de la Inquisición.

Claro está que, de haber sido rigurosamente consecuente, Sade debería haber mostrado igual pesar ante las víctimas que diariamente veía inmolar por aquellas fechas en Francia sobre los altares de la “Diosa Razón”.

Sade somete a una crítica “sui generis” las diversas teorías sobre Dios. Los judíos hablan de él, de un Señor Todopoderoso, pero no explican absolutamente nada acerca de esta noción, limitándose a expresarse en pueriles alegorías. La Biblia ha sido escrita por diversas personas, “imbéciles charlatanes”, mucho tiempo después de Moisés. Este último pretendió haber recibido las leyes de manos del propio Dios. ¿No es ridícula —se pregunta Sade— esta predilección de un Dios por un pueblo pequeño e ignorante como lo era el de los judíos? Ninguno de los prodigios referidos en la Biblia son mencionados por historiador alguno. ¿Y cómo ha tratado aquel dios a los judíos? ¿No les ha dispersado por el mundo entero y convertido en el oprobio del género humano? Sería inútil buscar a Dios entre los judíos —dice—, puesto que lo que ellos reconocen por tal no es otra cosa que “un fantasma”. Pero ¿podría encontrárselo entre los cristianos? Aquí, Sade cree descubrir mayores absurdos todavía. Jesús “es un engañador como Moisés”. Éste realizaba milagros en nombre de Dios. Aquél los hace por sí mismo. Su religión “prueba” a los profetas y los profetas “prueban” a su religión. No estando, pues, demostrada la existencia de Dios ni por el judaís-

mo ni por el cristianismo, los hombres deben atenerse a su propia razón. A la *Razón*.

Pero ¿qué es para Sade la Razón? El resultado del más grosero mecanismo. El hombre se acuerda de los objetos ausentes, y a esto se le llama memoria, reminiscencia. El hombre se representa cosas u objetos que no ha visto o que no existen y a esto se le llama imaginación. Y ésta, la imaginación, es precisamente la fuente de todos nuestros errores. La imaginación construye ideas o creencias que nada tienen de real, en tanto que la memoria trabaja con ideas reales, puesto que los elementos con que opera existen positivamente. Por lo tanto, Dios no es más que un producto de la imaginación, de la imaginación “agotada y exhausta” de aquellos que son demasiado indolentes para examinar a fondo la larga serie de causas y efectos que rigen el Universo y que, por un salto peligroso en el vacío, han tenido necesidad de recurrir a una *causa prima* originaria, de la cual todas las otras no serían sino el resultado, aunque aquélla, por su parte, carezca de “causa eficiente”. He aquí lo que sería Dios: “la absurda quimera de una imaginación débil”, capaz de concebir una idea sin existencia real. No es necesario, por lo demás, que Dios exista, puesto que la Naturaleza, eternamente activa, está en movimiento perpetuo y posee esa energía por sí misma y no proveniente de un creador. Porque —argumenta Sade—, de otra manera, habría que imaginar a Dios como un ser apático que, una vez terminada su obra, vegetaría en la ociosidad. Un Dios así sería un escarnio por superfluo. Solamente habría estado activo en tanto que creó; después de haber creado, reposaría y reposaría por los siglos de los siglos.

Sade se pregunta: “Si la materia “hace” por sí misma; si es capaz de combinaciones maravillosas aunque nos resulten desconocidas; si el movimiento es inherente a la materia; si ella sola, en fin, puede, en razón de su energía, crear, producir, conservar, mantener, equilibrar en los ámbitos inmensos del espacio los astros cuya marcha invariable y uniforme nos llena de admiración, ¿qué necesidad habría de buscar un agente extraño, productor de todas estas maravillas? Y, por otro lado, quimera semejante ¿aclara algo?

A continuación, el marqués de Sade se enfrenta filosóficamente con el problema de las relaciones existentes entre Dios y las criaturas. “Parece que uno de los placeres de ese Dios —dice— es perder a las criaturas que él mismo ha formado. ¡Qué terrible un Dios así; qué monstruo! Sería digno de nuestro odio y de nuestra implacable venganza. Sin embargo, no contento aun con tan sublime

tarea, ciega al hombre para que no se convierta, le trae de la faz de la tierra y le maldice, aunque nada de todo esto cambie la naturaleza del hombre. Y, encima, hay un ser tan poderoso como ese Dios: el Diablo, que mantiene siempre su imperio, que se atreve a desafiar a su Creador y que acaba, con sus seducciones, por arrebatarse el rebaño que estaba destinado al Eterno. Nada es capaz de estorbar el dominio que ese Diablo ejerce sobre nosotros. Se nos había dicho que eso lo conseguiría un hijo del Altísimo, nacido a la vida terrestre mediante no se sabe qué extraño comercio. Dios enviaría desde el cielo una respetable porción de sí mismo, algo que llegaría a la tierra en forma de rayos celestes, en medio del cortejo de los ángeles... La Sublime Criatura aparecería a la vista de todo el universo... ¡Nada de todo esto sucedió! El nuevo Dios que iba a salvar a la tierra aparece en el seno de una mujer judía y en medio de un sucio establo. Pero su honorable misión ¿librará al hombre de todas sus penas y dolores? Sigamos, para comprobarlo, un instante al personaje. ¿Qué dice? ¿Qué hace? ¿Qué altísima misión es la suya? ¿Qué misterio nos va a revelar? ¿Qué dogma nos va a prescribir? ¿En qué acto, en fin, va a mostrar su resplandeciente grandeza? Lo primero que vemos, es una infancia ignorada; algunos servicios rendidos por este polizón a los sacerdotes del templo de Jerusalén; luego, una desaparición de quince años durante los cuales va a envenenarse con todas las fantasías de la escuela egipcia para transportarlas a Judea; y, apenas reaparece allí, su demencia principia por llevarle a decir que es el Hijo de Dios, que él es igual al Padre y —añadiendo a tal alianza otro fantasma—, que existe otra persona a la cual llama Espíritu Santo, sin que estas tres personas constituyan empero, más que una. En seguida, asegura que ha encarnado, aunque Dios, en forma de hombre por salvarnos a todos, y los asombrosos milagros que va a operar convencerán al universo entero. Y, en efecto; durante una comida de bodas, cambia, según se dice, el agua en vino; luego, alimenta en las orillas de un lago a la multitud con la comida que tenían escondida sus discípulos; más tarde, uno de sus compañeros se hace el muerto y el impostor lo resucita; se transporta otra vez a una montaña y, llegado allí y únicamente a la vista de dos o tres amigos suyos, finge una escena de la que hoy se ruborizaría cualquiera. Finalmente, maldice a todos los que no creen en él y promete el reino de los cielos a todos aquellos que se pongan de su parte. No escribe nada, habla poco, hace aún menos y, llegando a impacientarse por último a los magistrados con sus prédicas sediciosas,

perece en la cruz, si bien prometiéndolo antes a los que le siguen que cada vez que lo invoquen descenderá sobre ellos. Luego, viene la predicación de sus doctrinas por la tierra. Predica en la que se le hace decir cosas en las que ni siquiera pensó y, que, sin embargo, acaban por convertirse en la base de la moral europea. Y como el Evangelio se predicaba a los pobres, la caridad se convierte, naturalmente, en la primera virtud”.

No hay que extrañarse de que, en vista de semejantes opiniones, Sade considerara el sacrilegio como un mandato dictado por el deber y hasta que declare, por boca de Dolmancé, que su placer principal consiste en injuriar a Dios.

De escalón en escalón y siempre teniendo a la mano unas teorías como esas, el marqués de Sade se aboca a la exposición de una “filosofía práctica de la vida” o, como la llama él, “una filosofía del vicio”. Nada más sencillo. Para hacer triunfar al vicio en la sociedad, basta con poner en práctica unos métodos pedagógicos que se conformen con el objetivo propuesto. Anticipándose en esto a las tareas de algunos Estados modernos, Sade comprende con absoluta claridad “que pervertir a la juventud es la faena primera” y que por este camino se llega rápidamente a la ruina de toda moral o, lo que es lo mismo, a la transmutación de todos los valores morales. La juventud —respecto de la cual diría Alejandro Humboldt, en sus incomparables cartas al Rey Federico Guillermo IV, que es “la institución indestructible, eterna y siempre renaciente de la humanidad”— debe ser, según Sade, “conquistada”. “Es en la juventud —escribe— donde hay que ensayar enérgicamente los métodos destructivos a fin de arrancar de ella los prejuicios que le fueron inculcados en su infancia”. Consecuente con estas premisas, propone “reemplazar las tonterías deílicas con que se fatiga la razón de los infantes por excelentes principios sociales; en lugar de enseñarlos a recitar fútiles plegarias, se les deben inculcar los deberes que han de cumplir, respecto de la sociedad. Que se evite —dice— con el mayor cuidado mezclar las fábulas religiosas con la educación nacional”.

Sade comprendía que la costumbre o el hábito constituye el factor esencial, el alfa y omega de la educación y, por lo mismo, propone que el vicio debe inculcarse como un hábito en el adolescente. El hábito impide todos los remordimientos. “El vicio debe trocarse en una virtud y, a su vez, la virtud en un vicio”. Así, poco a poco, el vicio será introducido en todas las instituciones sociales.

El amor y el matrimonio son para Sade ideas quiméricas. Echando mano de una casuística de los tiempos escolásticos, distingue dos géneros de amor: el amor moral y el amor físico. Una mujer, según Sade, puede amar a su amante o a su marido “con amor moral”, aunque temporal y simultáneamente, ame “con amor físico” a quien la corteja. Más todavía: una mujer de temperamento ardiente tiene necesidad de varios amantes. La moral resulta inútil y perniciosa tanto para las muchachas como para las mujeres. Para probar este aserto, Sade se propone la siguiente cuestión: “Una mujer ¿es mejor o peor porque ponga una parte de su cuerpo al alcance de los hombres”? Según él, esto no es más que una cuestión de principios morales o, lo que es lo mismo, de costumbres, de hábitos. Pero las costumbres deben tener por meta única garantizar la felicidad individual. Si no es así, la moral carece de objeto. No existe derecho alguno que pueda obligar a una muchacha a mantener intacta su doncella, ni a una mujer a que pertenezca sólo a un hombre. “Cesad de creer —dice a las mujeres— que únicamente estáis hechas para los placeres de un solo individuo”.

De acuerdo con estas máximas, fácil será comprender el puesto que Sade reserva a la prostitución dentro de la sociedad. Para él, la prostitución representa uno de los escalones superiores de la vida. “Es idiota suponer —dice— que la virtud proporcione mayor gloria o más larga inmortalidad que el vicio. Todas las mujeres virtuosas han sido olvidadas, en tanto que las Teodoras, y las Mesalinas viven en la memoria de las generaciones humanas. ¿Cómo no preferir, entonces, un partido que, cubriéndonos de flores aquí, abajo, nos consiente, encima, la esperanza de un culto y de un recuerdo más allá de la tumba? ¿Cómo no preferir ese partido al otro que sólo nos lleva a vegetar imbecilmente sobre la tierra y al completo olvido después de la muerte?” El destino de la mujer, “como el de la loba”, es el de pertenecer a todos los que la deseen. Desde este punto de vista, el matrimonio mismo sería un delito.

Otra de las cosas más sorprendentes en la filosofía de Sade es la cantidad de puntos de contacto que tiene con las ideas de Malthus. La “denatalidad”, que ya por aquellos tiempos constituía un problema candente para Francia, llamó poderosamente su atención y se dedicó a estudiarlo. Según él, son precisamente las mujeres quienes se oponen al maltusianismo. No es la Naturaleza, sino nuestro orgullo, el que proclama la utilidad de la propagación del género humano. La Naturaleza destruye con absoluta indiferencia innumerables seres a cada instante. “¿Cómo podría

haber prohibido la Naturaleza, entonces, mediante una ley, un acto que le priva de los derechos de ejercitar toda su potencia? Si la propagación no es más que una consecuencia de sus primeras intenciones; si nuestra especie quedara totalmente destruida, esto representaría tan sólo un acto “poco agradable para su orgullo y su poder”. Las guerras, las pestes, las hambrunas, los crímenes no serían sino accidentes necesarios de las leyes de la Naturaleza y el hombre, agente o paciente de esos defectos, no sería más criminal en el uno de los casos que sería víctima en el otro.

Sade puede ser considerado, por consiguiente, como uno de los precursores de Malthus, cuyo célebre “*Essay on the principle of population*” no fue publicado en Londres hasta 1798. Y otros precursores suyos serían el abate Joubert, Quesnay y el propio Mirabeau.

Sade expuso también sus propias teorías sobre el crimen relacionándolas con sus ideas maltusianas. En general, considera el crimen como una quimera, algo que, en realidad, no existe, toda vez que un crimen no hace sino transmutar la materia, pero sin aniquilarla. “Nada se pierde en la Naturaleza”, era su lema. Pero, además todas las acciones de los hombres están inspiradas por la propia Naturaleza y, por consiguiente, exentas de pecado. El no hace sino obedecer. El crimen es también “un proyecto de la Naturaleza”. Sade ve uno de los grandes misterios de la Civilización en el hecho de que los criminales y los hombres perversos se enriquezcan en tanto que los imbéciles o buenos están predestinados a la opresión y a la explotación. ¿Por qué semejantes leyes?

“Ah, el débil es débil porque la Naturaleza así lo quiere”. Ayudarle equivaldría a ir contra la Naturaleza.

Hay un momento en que Sade se propone analizar todos los crímenes “a la luz de la filosofía”. Establece cuatro tipos de crímenes: la calumnia, el robo, el delito contra las costumbres y el asesinato. La calumnia cae, o sobre un hombre perverso o sobre un ser virtuoso. En el primer caso, resulta indiferente que se diga algo malo sobre un hombre reconocido como tal. En el segundo, produce efectos contrarios. El veneno de la calumnia deja incólume al virtuoso y cae sobre el mismo calumniador. La calumnia no es para tales hombres “más que un plebiscito del cual su virtud saldrá más limpia y refulgente”. No hay, pues, lugar a que la calumnia sea castigada.

El robo estaba permitido, según Sade, y hasta a veces era recompensado en todas las repúblicas de Grecia. Esparta lo favore-

cía abiertamente. Y algunos pueblos lo han considerado como una virtud guerrera. Requiere, sin lugar a dudas, el robo una gran valentía, fuerza, destreza y todas las virtudes necesarias, en fin, a un gobernante republicano. Incluso hubo un pueblo que castigaba, no al ladrón, sino a aquel que se dejaba robar, a fin de enseñarle de este modo a guardar y defender cuidadosamente su propiedad. La perfecta igualdad entre los hombres se basa en el no reconocimiento de la propiedad. ¿Es justa la ley que ordena a quien nada tiene que respete la propiedad de quien lo posee todo?

Siguiendo por este terreno teórico y sin percatarse de las innumerables contradicciones en que incurre, Sade establece que la causa primera del robo es la fuerza. El más fuerte despoja al más débil. Tal es la ley de la Naturaleza. Por consiguiente, las leyes contra el robo son una equivocada obra humana y una manifiesta contradicción contra lo que en la realidad ocurre. La justicia misma roba al hacerse pagar sus trabajos, que deberían ser gratuitos. Roba el sacerdote, haciéndose satisfacer unos honorarios por su mediación entre el hombre y la divinidad. Roba el comerciante al vender las mercancías a un precio superior al que, en realidad, tienen. Y roban los Estados al hacerse pagar los impuestos por el contribuyente.

No contento con estas aseveraciones, Sade traza una historia del robo en los diferentes pueblos para venir a parar en que, hacia fin del reinado de Luis XIV, el pueblo francés pagaba alrededor de 750 millones de impuestos anualmente, de los cuales únicamente 250 revertían hacia el pueblo. Por lo tanto, “¡quinientos millones se le robaban por año!”.

Alcide Bonneau ha hecho ya observar que Proudhon, en su famoso libro sobre la Propiedad desenvuelve casi exactamente las mismas teorías de Sade. Proudhon especifica allí nada menos que quince categorías de “robo jurídico”. Pero es que estas ideas, como lo ha demostrado W. Roscherl, estaban ya muy difundidas en el siglo dieciocho. Sade no hizo sino recoger lo que flotaba en el aire.

Los delitos contra las costumbres deben ser considerados, según Sade, como “completamente indiferentes” dentro de un Estado republicano, ya que este último no puede tener interés alguno, por ejemplo, en que los ciudadanos sean o no sean castos. El pudor es un producto de la civilización y, sobre todo, de la coquetería femenina, a la cual, y no a las inclemencias atmosféricas, deben su existencia los vestidos. Muchos pueblos de la tierra andan todavía com-

pletamente desnudos sin que por esto pueda tildárseles de viciosos. Por el contrario, los vestidos corrompen las costumbres por lo mismo que excitan el apetito sexual y despiertan la curiosidad de ver cosas por las que no demostraríamos el menor interés si fuesen al descubierto.

La prostitución es una consecuencia de las leyes morales. Si admitimos que las mujeres deberían ser libres para entregarse a los deseos de los hombres, éstos no tendrían que pagarles y tal entrega no se consideraría un acto malo. ¿Cuáles serían los peligros de semejante libertad? La llegada de niños que carecerían de padre conocido. Pero esa consecuencia tampoco se evita ahora y, además, ¿que importancia tiene esto en una república donde “los ciudadanos sólo tienen una madre: la Patria”? Los hijos sin padre pasarían al Estado y, frente a él, serían iguales que los otros: ciudadanos.

Para Sade, el adulterio es igualmente una virtud. No puede haber nada más absurdo en el mundo que “la eternidad” de los lazos conyugales. La pesadez de esos lazos es espantable e inhumana. El marqués trata de probarlo así con una serie de ejemplos históricos y etnológicos que, a su juicio, cimentan la teoría.

El incesto nos ha sido dictado, como una de sus primeras leyes, por la Naturaleza. Tiene por objeto “prolongar los lazos familiares” y torna más intenso, por consiguiente, el amor de los ciudadanos hacia la tierra nativa. Las primeras instituciones humanas favorecían el incesto. Se le encuentra en el origen de todas las sociedades, y todas las religiones lo consagran igualmente. ¿Cómo hombres razonables pueden llegar al absurdo de creer —se pregunta Sade— que debe rechazarse aquel “objeto de sentimiento” que la Naturaleza nos sitúa en primer término? Tanto valdría decir que debemos amar más a quienes están lejos de nosotros que a nuestros prójimos o “próximos”, o que cuanto más amemos algo, más debemos alejarlo de nosotros. Estas contradicciones son absurdas, según Sade. La comunidad de mujeres y de hombres dentro de una familia, tribu o patria entraña naturalmente el incesto.

Aludiendo a la violación, establece que ésta causa menos perjuicios al prójimo que el robo, ya que el primero destruye la propiedad y el segundo se contenta “con deteriorarla”. Además, el violador comete un pecado bien mediocre, ya que no hace otra cosa, en el fondo, que anticiparse algo “a lo que habría llegado por la vía del amor”. La sodomía no es tampoco más que un delito imaginario. ¿Puede concebirse mayor barbarie que la de condenar a un

individuo por el hecho de cometer una falta consistente en no tener idénticos gustos que quienes lo juzgan y condenan? La sodomía y el lesbianismo reinaban por todas partes en el mundo antiguo y en Grecia —asegura—, y la historia demuestra que constituye el vicio de todos los pueblos guerreros porque los fortalece y tonifica.

Por fin, Sade se enfrenta con el crimen en sí mismo: con el asesinato. Aquí, sus distinciones son mucho más escolásticas y no menos contradictorias. En primer término, se pregunta si el asesinato es nocivo desde el punto de vista de las leyes naturales o del de las leyes políticas, es decir: si es nocivo a la sociedad tal como ésta debe estar considerada bajo un régimen republicano. Y, enseguida, pregunta si es lícito vengar un asesinato con otro asesinato, como lo hacen nuestras leyes por medio de la pena de muerte.

Desde el punto de vista de la Naturaleza, el homicidio no es un crimen, pues no existe diferencia alguna entre los hombres, las plantas y los animales. En virtud de la naturaleza orgánica de que está dotado, el hombre nace, crece, se propaga, muere y se convierte en polvo y en cenizas después de un pequeño lapso de actividades vitales. De ser un crimen el homicidio, tendría que serlo igualmente matar a un animal, ya que entre ambos no existe otra diferencia que aquella que el orgullo humano ha querido establecer. En general, ¿cuál puede ser el valor de una criatura cuya vida no le ha costado el más mínimo trabajo a la Naturaleza? Esto, sin contar con que las “substancias creadoras” se renuevan con aquellas que resultan de la disolución de los cuerpos ya vivientes. La destrucción es un efecto de la ley de la Naturaleza, no es siquiera destrucción sino transformación, la metempsícosis ya entrevista por Pitágoras. Por lo tanto, matar no constituye un crimen, ya que “transmutar” no equivale a “aniquilar”. Cuando un animal deja de vivir, otros seres vivientes más pequeños surgen de su propia substancia. Y siendo esto así, todavía podría afirmarse que la ayuda que prestamos a la Naturaleza en sus transformaciones favorece sus fines. El instinto natural lleva al hombre a matar a otro, sin mayor fundamento de causa que el que tienen para hacerlo la peste, la hambruna y los demás elementos destructores de la Naturaleza. Es su ley. La Naturaleza, no sólo nos enseña la venganza, el odio y la guerra; es la gran maestra del endurecimiento. Entonces, ¿cómo podría representar el asesinato jamás un crimen “*lessae naturae*”, como lo pretende la sofística imperante?

En el terreno de la política, Sade juzga que el crimen constituye incluso un factor muy importante. Si Francia es libre, lo es gracias a los asesinatos cometidos por la Revolución. ¿Y qué es la guerra? Una ciencia de la matanza y de la destrucción. ¡Cosa sorprendente! Los hombres enseñan públicamente el arte de matar, recompensan a quienes matan a los enemigos y, a pesar de eso, condenan como un crimen el asesinato.

Tampoco en el aspecto social representa un crimen el asesinato para Sade. ¿Qué le importa a la sociedad —dice— un miembro de más o de menos? La muerte de un individuo no ejerce influencia alguna sobre la masa de la población. Y aun cuando las tres cuartas partes de la humanidad desaparecieran, esto no implicaría ningún cambio en el estado de los que restaran.

¿Cómo hay que considerar el asesinato en un “Estado militar y republicano”? Únicamente dando por sentado que una nación que sacude el yugo de una tiranía para implantar la república sólo podrá sostenerse en un principio por medio del crimen, llámese pena de muerte o como quiera. Todas las ideas intelectuales, dentro de una república, “tienen que estar supeditadas a la física de la Naturaleza” y de ahí proviene que los pueblos más libres sean los que se entregan al asesinato con mayor ardor. Sade cita una serie de ejemplos en apoyo de su tesis, para concluir que las revoluciones no pueden asentarse y triunfar más que a costa de grandes crímenes.

Tampoco puede justificarse el sofisma de que un asesinato sea pagado con otro asesinato, cometido el segundo en nombre de la ley o por el capricho de un gobernante a menos de que se acepte la validez general del asesinato. “Te hago gracia de la vida —decía Luis XV a Charolais, que había matado a un hombre por mera diversión—; pero también le hago gracia de la suya a quien te mate a ti”. Todo el fundamento entero de la ley —asevera Sade— está encerrado en esas “palabras sublimes”. Su definitiva conclusión es: no constituyendo un delito el asesinato, no puede ser castigado.

Todas estas ideas expresadas por el marqués de Sade con tufillos filosóficos no parecen, como se ve, el producto del cerebro de un loco. Pero lo que hay que notar es que, con ligeras variantes, tales ideas fueron sostenidas por los grandes terroristas de la Revolución francesa. Habría, en este caso, que tomarlas como la demostración palpable del vuelco escalofriante o, por decirlo mejor,

de la completa confusión de las nociones del derecho público provocada por el cataclismo revolucionario. Y precisamente ocurre que mientras el marqués de Sade no había asignado papel alguno al robo y al asesinato en sus escritos pre-revolucionarios, sí se lo asignó, y muy grande, en las páginas que escribió bajo las impresiones de los acontecimientos revolucionarios. El ejemplo de las cosas vistas en la calle había encontrado eco en su conciencia.

2. TEORÍA E HISTORIA DEL SADISMO

SEGÚN el marqués de Sade, la relación bien conocida que existe entre la lascivia y la crueldad no es directa y simultánea. La lascivia representa el fenómeno primitivo o, si se quiere, la causa. Empieza por borrar la piedad en el hombre, por endurecer su corazón y tornarlo insensible a los dolores ajenos. Por consiguiente, el hombre que se deja enteramente dominar por ella siente el deseo de excitaciones cada día más crecientes para aplacarla. El sistema nervioso del sensual en grado sumo necesita un sacudimiento y una conmoción excesivamente fuertes para salir de su estado de sopor.

Ahora bien; es incuestionable que el dolor afecta a los nervios con mayor violencia que la alegría y que, por lo tanto, los excita con mayor intensidad. El dolor ajeno despierta en el tipo patológico una sensación agradable. Y la naturaleza no nos habla jamás al oído acerca del placer de los otros seres, sino siempre y exclusivamente del nuestro. Nada existe de más egoísta que su voz. En todo momento nos exige buscar el bienestar a cualquier precio, siéndole absolutamente igual que los esfuerzos realizados para conseguirlo sean agradables o no lo sean para el prójimo. La sensación de placer que el voluptuoso experimenta entregándose a acciones crueles es algo innato en el hombre en mayor o menor grado. El niño rompe su juguete, muerde el seno de su aya, estrangula al pájaro. ¿Quién le ha enseñado estas “maldades” al niño? La crueldad no puede ser tampoco efecto de la degeneración, toda vez que la encontramos en los pueblos primitivos y más potentes. Es, en todo caso, el desbordamiento de las energías del hombre mal apro-

vechadas y encauzadas por la vida en sociedad. Y, en cierto sentido, es más bien una virtud que un vicio.

Para Sade, la crueldad se manifiesta en las mujeres en una forma más intensa que en el hombre por lo mismo que es la resultante de una actividad y de una sensibilidad mucho más pronunciada en las primeras. La imaginación de la mujer, propicia a las exaltaciones y al desvarío, las torna feroces y criminales. Quien quiera convencerse de ello no tiene más que anunciar un espectáculo espeluznante: un duelo, una ejecución, un incendio, una batalla, una lucha de gladiadores. Se vería entonces a las mujeres correr a presenciarlo en masa y con mucho más afán que los varones. La predilección que por los envenenamientos y la flagelación ha sentido en todo tiempo la mujer constituye la prueba concluyente de su voluptuosa crueldad.

Todo esto puede parecer impío y duro, pero así es justamente la maravillosa organización de nuestro sistema nervioso. Si las palpitaciones de una víctima, si las masacres y la sangre nos excitan, es porque “tienen que ser agradables”. Incluso las personas que se desmayan a la vista de la sangre experimentan esta agradable sensación. Porque está probado “que el desvanecimiento es el supremo grado de la voluptuosidad”.

Uno de los méritos que no se le podría regatear sin injusticia al marqués de Sade es el de haber reunido y clasificado en sus novelas casi todos los tipos de la patología sexual que en el mundo han sido y son. Y tampoco podría dudarse de que la gran diversidad de perversiones sexuales que describe reposa sobre la observación de la vida real. Todos los sentidos corporales contribuyen, en los escritos de Sade, a excitar las sensaciones. En primer término, el oído. Hay, en efecto, un sadismo que se manifiesta en la palabra. “En la suprema borrachera de la voluptuosidad —dice uno de los personajes femeninos del marqués— sentimos una más intensa excitación profiriendo gruesas palabrotas. Por consiguiente, todo buen gozador no debe ser avaro de ellas. Muy al contrario; debe prodigarlas hasta el escándalo. Jurar en presencia de personas virtuosas e inducirlas a pronunciar palabras semejantes es un supremo incentivo para los deseos sexuales.

La vista toma parte esencial en los placeres de la carne. Un brazo, una pierna, un torso desnudos bastan para sacudir el apetito. Pero esto es sólo lo normal. Uno de los personajes de Sade, Alberti, gusta de ver mujeres negras, completamente desnudas, al lado de mujeres blancas, porque el contraste le excita. Saint-Fond, por su

parte, cifra uno de sus mayores encantos en ver realizar a otros el acto carnal, a cuyo efecto se ha hecho construir un “punto de mira” como el que existía en los lujosos burdeles parisienses.

El olfato se excita, en primer lugar, con los perfumes y aun por medio de otros olores —sin excluir los más repugnantes— que Sade describe en detalle y con arrobos. Las comidas y bebidas producen idénticos efectos a través del gusto. Y en cuanto al tacto, no hace falta ponderar qué papel desempeña en la hora del placer.

La mentira ha sido en todo tiempo la fiel e inseparable compañera de la liviandad y de los desarreglos sexuales de toda especie. Se puede afirmar sin temor a equivocarse que todo libertino es un mentiroso redomado —véanse los ejemplos de todos los Donjuanes literarios— y que jamás se podrá conceder fe a la palabra de un tipo de esa clase. Parent-Duchatelet, que conocía bien la vida de las mujeres públicas, asevera que el uso de la mentira está generalizado en ellas de una manera inaudita y que siempre hay que tomar sus juramentos más solemnes con la mayor precaución. Otros especialistas en la materia, G. Behrend, va todavía más lejos al respecto: “la mujer pública —dice— miente por el deseo de mentir y esto, no tan sólo, en lo referente a cosas completamente indiferentes, sino en aquellas que no sería lícito mentir sin grave perjuicio para un tercero; miente sin importársele un ardite que de su mentira resulte un gran desaguizado o hasta un crimen, y miente, en fin, en contra suya y, muchas veces, cuando sería muy sencillo demostrarle que está mintiendo a ojos abiertos”.

Siendo esto así, ni nos sorprenderá lo más mínimo que todos los héroes y heroínas de Sade mientan y mientan sin descanso y por el simple deseo de mentir. Claro que él lo justifica alegando —como alegan todos los vividores Donjuanes— “que no cabría hacer otra cosa mientras se esté condenado’ a vivir entre gentes que ponen todo su empeño en ocultar sus vicios y hacer resaltar, en cambio, sus virtudes. El disimulo y la hipocresía y el embuste son necesidades que la sociedad misma nos impone”. Fiel a esta consigna, se dedica a enaltecer la mentira como una auténtica virtud. A los miembros de la “Sociedad de amigos del Crimen” se les exige, como condición previa, que sean mentirosos; y Julieta tiene siempre la mentira a flor de labios.

Otra cosa sorprendente es que la mayoría de los personajes de Sade con el instinto sexual invertido caigan en tales vicios, no por disposición natural, sino por hábito. Es fácil seguir en todos ellos la

curva descendente que les lleva desde una iniciación casual por lo común hasta la entrega total a sus aberraciones. Las muchachas ingenuas se pervierten porque alguien les instruye en las prácticas viciosas y hasta los pederastas más notorios que figuran en el relato llegan a serlo por motivos puramente accidentales. Únicamente en dos pasajes, Sade explica la inversión como producto de la herencia o como efecto especial de una defectuosa conformación física. Es cuando Clemente declara que su desarreglo se debe a una función anormal de sus sentidos y sus órganos. De esto extrae el marqués la conclusión de que al invertido hay que mirarlo como a un enfermo, como “a una histérica”. Castigar a un homosexual equivaldría a imponer una sanción a un tuberculoso por el mero hecho de tener un pulmón averiado. Sade cree que “cuando la anatomía esté más perfeccionada”, será tarea extremadamente fácil demostrar la relación existente entre la especial conformación orgánica del hombre y sus pasiones. ¿En qué pararán —se pregunta— todas las leyes, la moral, la religión, el infierno, el paraíso y demás dioses vigentes cuando quede demostrado que “el curso determinado de un fluido, un estado definido de las fibras, un cierto grado de acritud en la sangre” bastan para convertir a un hombre en objeto de castigo o de recompensa? Sade va todavía más allá: indica concretamente en otro sitio que el homosexual “es de naturaleza distinta al resto de los hombres”. Declara esta pasión “innata” y la simple consecuencia de una “estructura totalmente diferente”. Sería, entonces, absurdo pretender castigarla.

3. DEFINICIÓN DEL SADISMO

LA palabra “sadismo” es una de las más usadas actualmente en todos los pueblos civilizados de la tierra con cualquier fútil pretexto; pero, a la vez, una de las menos conocidas en su esencia y correcto significado. Las definiciones que se han dado sobre ella son también innumerables y a cual más gratuitas, inexactas y caprichosas. Examinemos, por vía de ilustración, algunas de ellas.

Lacassagne define al sadismo como “un singular estado psíquico en cuya virtud el instinto sexual se super-excita y apaga bajo los efectos de un atentado destructor contra algo o contra alguien”.

Para R. de Krafft-Ebing, el sadismo es el género de perversión mediante el cual una persona encuentra placer en causar sensaciones dolorosas a otros individuos o en hacerles violencia. Ebing opone al sadismo el masoquismo —así llamado por el nombre de su autor Sacher-Masoch— que es “una fantasía voluptuosa consistente en verse tratados despóticamente por otro, de ser humillados y escarnecidos por él”. Considera tanto al uno como al otro “una forma fundamental de la perversión psicosexual en todas sus infinitas variaciones”.

Scherenck-Notzing, por el contrario, establece el contraste existente entre el papel activo y el pasivo que desempeñan los personajes en las novelas de Sade y de Sacher-Masoch y dice que la diferencia no resulta en verdad tan acentuada en uno y otro en buscar el placer por el dolor como lo supone Krafft-Ebing. Sostiene que, con frecuencia, ambas perversiones se dan en un mismo individuo y subordina, por consiguiente, las dos nociones a una sola idea dominante: la de la excitación por el dolor. Según él, el sadismo sería una excitación “activa” y el masoquismo una excitación “pasiva”.

Thoinot asienta la definición siguiente del sadismo: “Encontrar en un grado de sufrimiento muy variable que se inflige a otro la condición necesaria para los placeres sexuales”.

A. Eulenburg establece que el sadismo comprende una cantidad inabarcable de clases y sub-clases. Sostiene que un mismo individuo puede alternativamente convertirse en activo y pasivo, y observa que hay formas intermedias, entre las cuales podría situarse aquella especie de sadismo que no necesita recurrir al hecho material de producir el dolor en los demás, sino que se satisface simplemente con imaginarlo.

Nuestra opinión personal, breve y terminante, es la siguiente: el sadismo equivaldría a la asociación de una idea de placer sexual con una idea de dolor; al hecho de producirlo —real o simbólicamente—; a imaginar, presenciar, o ejecutar atrocidades que implican un anhelo destructivo y que, en cierto modo, emparejan a los goces carnales con la muerte. En todos estos casos, el sádico puede ser el autor directo de las crueldades inferidas a un tercero, o bien, el espectador y, aun por grado o por fuerza, el objeto directo de un ataque. Creemos que esta definición es aplicable a todas las formas del sadismo, desde el meramente verbalista hasta el que únicamente se satisface con el asesinato y con la sangre.

4. SADE EN CUANTO HOMBRE

UNA pregunta que no podría ser eludida en este libro es aquella de si Sade fue en realidad un loco o no.

Como es por todos sabido, existe hoy una marcada tendencia a interpretar y explicar muchas —si no todas— las perversiones sexuales como índice de una alteración mental. No participamos, sin embargo, de esa opinión. Y ello no en virtud de un mero capricho personal, sino precisamente apoyándose en nuestros estudios históricos y en nuestra experiencia médica. Creemos firmemente que la mayor parte de las personas con instintos sexuales pervertidos son sanas de espíritu y que sus desarreglos —si así podemos llamarlos— deben ser atribuidos a seducciones exteriores, o hábitos adquiridos y, hasta si se quiere, a sobreexcitaciones de tipo pasajero y esporádico.

Sobre el estado mental de Sade —a quien, como ya quedó dicho en su lugar, el doctor Royer-Collard declaró completamente sano—, dos médicos muy concienzudos han emitido ya su valiosísimo diagnóstico: los doctores Marciat y Eulenburg. Este último, sobre todo, presentó un estudio detalladísimo y profundo sobre él. Y llega a la conclusión de que “los psiquiatras modernos no se sentirían en capacidad de declarar, ante un tribunal de honor, a Sade loco y privado de sus facultades mentales para sustraerlo a una condena judicial”.

Marciat llega a un resultado semejante. El marqués de Sade “no fue loco en el verdadero sentido de la palabra” —dice. Se podría admitir en él, cuando más, eso que los ingleses llaman “moral insanity”, pero no la locura. El hecho de que escribiera y publicara libros pornográficos de una audacia escandalosa y de que ideara crímenes y crueldades que sublevan la conciencia, no da asidero suficiente para declararle alienado, ya que en ese caso habría que declarar igualmente locos a Mirabeau, a Musset, a Baudelaire y otros muchos autores de obras lascivas no menos criminales que las suyas.

Eulenburg ha refutado, sin embargo, aquello de la “moral insanity” que Marciat quería admitir en el caso de Sade, arguyendo que no existe forma alguna de locura “que se caracterice por una

morbosa perversión referida exclusivamente a los sentimientos morales, una forma de locura, en fin, que se mantenga lúcida para todo lo demás y únicamente pierda el freno en lo que atañe a las cuestiones sexuales”. Cuando el caso de locura se presenta, la perturbación toca otras zonas de la inteligencia. Y Sade no era un imbécil ni dejó en momento alguno de razonar lúcidamente en todo cuanto no atañía a las cuestiones del sexo.

En nuestra opinión, uno y otro adoptan cerrados puntos de vista. Sade, según creemos, presentaba aquella forma degenerativa que Kraepelin definió como “locura impulsiva”, o lo que es lo mismo: una forma de extravío mental que se distingue por su anunciación y progresión en lo referente a los instintos patológicos sexuales. En casos así, estos últimos pueden llegar a dominar la voluntad permanente, o bien, manifestarse en forma de simples accesos esporádicos, durante los cuales el enfermo actúa inconscientemente, o cuando menos, bajo los impulsos de una terrible obsesión. En esos instantes, sus voliciones carecen de premeditación y llevan el signo de la inutilidad y del absurdo. Las facultades mentales, en general, no han sufrido desarreglos perceptibles, pero se caracterizan por una gran debilidad. En tales casos de “locura impulsiva”, gran número de desórdenes, de confusiones y de brutal salvajismo se apoderan de la mente del paciente y, mientras dura el acceso, aquél actúa alucinado en todo lo que constituye su obsesión.

Y ya sabemos por Brierre de Boismont —si no lo supiéramos mejor por las cartas a su esposa y por las escenas desarrolladas durante la visita de ésta a la cárcel— que el marqués de Sade estaba poseído de una “locura impulsiva”, únicamente de carácter sexual, de una terrible irritabilidad que ni la misma presencia de los guardianes lograba algunas veces contener.

Pero, en nuestro concepto, Sade no era propiamente loco. Era un hombre dominado por una extrema neurosis, producida en parte por herencia y aumentada por el medio funesto en que le cupo vivir. Como tantos de sus contemporáneos, Sade fue arrastrado hacia los vicios por aquellos ejemplos perniciosos que hubo de ver en torno suyo y que, luego, se acrecentaron durante su largo cautiverio y por su excesivo trabajo mental, así como por su abstención sexual prolongadísima.

Pero, en definitiva, sus crímenes y sus terribles orgías no fueron sino orgías y crímenes imaginarios, soñados, en tanto que, en el terreno de lo real, no cometió ni un solo crimen. Él carga, sin embargo, ante la posteridad con la fama que merecerían llevar sobre

sus hombros los grandes y verdaderos criminales y libertinos sexuales de la Historia que asesinaron, violaron y organizaron las más espantosas saturnales, no sobre las páginas de un libro, sino sobre el propio escenario de la vida.

5. ALGUNOS CASOS DE SADISMO

QUE las obras del marqués de Sade hicieron muchos prosélitos entre la gente común y que muchos de los delitos sexuales cometidos y castigados durante el siglo pasado se debieron a su nefasta influencia es algo de lo que no puede dudarse. Eulenburg ha explicado ya, detalladamente, cómo muchas escenas de “Julietta” y “Justina” fueron repetidas e imitadas en la vida real por algunos lectores de Sade, aunque quepa decir a este respecto que, antes de que él escribiera aquellos libros, tales escenas se habían producido ya y que, en fin de cuentas y como hemos venido señalándolo a través de nuestro libro, también se produjeron escenas semejantes antes de que Sade publicara sus obras y que incluso él mismo se sirvió de la estricta realidad circundante para escribirlas. En el vicio es donde menos caben las novedades y si se repasa la historia, se verá que aberraciones sexuales que hoy llaman poderosamente nuestra atención existían ya hace miles de años y que los viciosos no solamente no han avanzado un paso en sus repudiables fantasías, sino que, a decir verdad, han retrocedido. Las pinturas descubiertas en Pompeya, los dibujos murales de Egipto y aún las esculturas de los indígenas americanos demuestran bien a las claras que las aberraciones sexuales son tan viejas como el mundo y que lo que Sade imaginó y sus seguidores o inspiradores repitieron no es más que una monótona imitación de lo que hacían nuestros remotos antepasados. Claro está que estas razones no bastan para negar la perniciosa influencia de Sade y a ella, según Eulenburg y otros autores, hay que atribuir principalmente los asesinatos con violación registrados en el pasado siglo, así como otros crímenes famosos cometidos principalmente contra mujeres y niños, secuestros, casos de antropofagia, de necrofilia, etc., que, de tiempo en tiempo, nos dan a conocer las crónicas policiales. No son, en efecto, infrecuentes los casos del sádico que encuentra placer ahogando muchachas y niños,

arrancándoles los órganos genitales y hasta bebiéndose la sangre de sus víctimas.

Esta última forma de sadismo tiene, empero, una más vieja tradición. Sabido es que, antiguamente, existía la creencia de que la ingestión de sangre ajena —y principalmente la de los niños— era un poderoso regenerante y que, bebiéndola, podían no sólo recuperarse las fuerzas perdidas sino, incluso, la juventud. Ejemplos hay en la historia de altos personajes que adquirirían o secuestraban infantes para extraerles la sangre y bebérsela todavía caliente, con la fantástica esperanza de que les daría vigor y les libraría de la muerte. Y se sabe también de misteriosos personajes, llamados en estilo popular, *sacamantecas*, que merodeaban por los caminos a la búsqueda y captura de algún niño con destino a proporcionarse sangre. De ahí, precisamente, arranca el hecho de que, todavía en nuestros días, ante la desaparición de un menor, todo el mundo se conmueva, escriban largamente los periódicos sobre ello y la policía se ponga inmediatamente en movimiento. La mayor parte de esos secuestros actuales persiguen otros objetivos, como se ve después al conocer el desenlace de algunos; pero la persistencia de la tradición hace ver todavía en ellos la presencia de un *sacamanteca* o vampiro que los secuestra para beberles la sangre o extraerles algún órgano vital de suma importancia. Sin que esto quiera decir que, en algunos casos, no se trate, efectivamente, de secuestros sádicos.

Como lo hacen notar Eulenburg y otros autores, los sádicos más inofensivos de esta clase son los llamados “cortadores” y “picadores” o, lo que es lo mismo, esos sujetos que, para proporcionarse el placer sexual, infieren cortaduras con un cortaplumas a sus víctimas en distintas partes del cuerpo pero principalmente en la parte baja del vientre, o bien, las “pican” con instrumentos incisivos, con agujas, alfileres, etc. La vista de la sangre así extraída los excita, añadiendo a ello los gritos y quejidos de las víctimas. Célebres han sido, por ejemplo, los casos de “el cortador de muchachas” de Ausburgo y el “picador” de Bosen. Ambos se dedicaban a buscar mujeres, especialmente jóvenes, para someterlas a la tortura de las cortaduras y pinchazos, sin lo cual no lograban excitarse.

Lacassagne ha reunido en sus tantas veces mentado libro todos los más famosos casos de crímenes sádicos” del siglo XIX, entresacados principalmente de la prensa o de las crónicas policiales y cita como uno de los más célebres el del asesino y violador Vacher, que fue ejecutado en Lyon en 1898. También se refiere Lacassagne muy en detalle al renombrado vampiro de Londres “Jack the Ripper”, a

Ben Ali, de Nueva-York y a Piper y Pomeroy, de Boston. La lista queda completa en la obra de Brierre de Boismont, a la cual remitimos a aquellos lectores que deseen obtener una preciosa información, o bien, a los médicos que quieran hacer estudios especiales al respecto. Hay allí toda una interesante y terrible galería de casos sádicos que revelan hasta qué punto se ve arrastrado el espíritu humano por el misterio sexual y cómo aquel puede ser desentrañado científicamente si, tal como se hace en la actualidad, en lugar de apartar los ojos con repulsión de esas acciones, se las considera con ánimo investigativo e imparcialidad.

Otra de las formas más frecuentes de sadismo —aunque parezca increíble— es la que se denomina hipocorematofilia y que consiste en la excitación de los deseos sexuales recurriendo a los detritus y a la contemplación de otras personas mientras realizan sus necesidades corporales. La variedad de esta aberración es infinita y los autores anteriormente citados suministran mil ejemplos al respecto. Uno de los casos más célebres registrados en las postrimerías del pasado siglo fue el del príncipe ruso N., quien adquirió triste celebridad en París por sus extravíos sexuales. Completamente decrepito en plena juventud a causa de sus excesos sexuales, dicho príncipe tenía a su servicio una nutrida corte de mujerzuelas a las que obligaba, pagándolas espléndidamente, a satisfacer sus gustos de degenerado por medio de procedimientos que sería difícil transcribir en estas páginas. Lo más frecuente era que las obligase a hacer sus necesidades corporales —a veces sobre su propio cuerpo— mientras él se proporcionaba el placer carnal en medio de grupos obscenos. Casi todos los datos obtenidos sobre el modo de operar del príncipe N. coinciden curiosamente con las escenas de igual clase descritas en “Julietta” de Sade y no se sabría decir si ello se debía a la influencia de aquella obra literaria o a que el alto personaje ruso sentía por naturaleza semejante aberración. Porque es evidente que Sade debió de tomar sus informes de la realidad y tampoco podría negarse que, antes de que Sade escribiera y existiera, la hipocorematofilia era ya vieja en el mundo. Lo que sucede es que la humanidad tuvo miedo de hurgar en esas profundidades y misterios del alma humana, que los silenció, que hizo como que no los conocía, mientras que el marqués de Sade, más audaz e irreverente, decidió trasladarlos a los libros.

También se cuentan entre los sádicos —aunque en realidad, esto sería ya más discutible— los llamados “profanadores de estatuas” o sea: aquellos sujetos —hombres o mujeres— que, arrastrados

por sus intensos deseos sexuales o por cualquier extravío de naturaleza erótica, llenan sus goces carnales con la representación de seres humanos de singular belleza o, bien, deformes, en piedra, mármol o yeso. Entre los más famosos y que más dieron que hablar a los periódicos del año 1877, se cuenta el caso “del jardinero francés”, que se había enamorado de una estatua de la Venus de Milo existente en el jardín encomendado a sus cuidados. Dicho jardinero realizaba sus actos carnales con la estatua hasta que fue sorprendido y denunciado, luego de comprobar sus acusadores que no se trataba de una ilusión pasajera sino de una verdadera pasión. Sade cuenta muchas profanaciones de estatuas y es posible que el jardinero francés hubiese leído sus obras, pero parece más probable lo contrario: que jamás hubiera tenido conocimiento de los libros del marqués y que aquella aberración fuese innata en él. No hay que olvidar que, entre los griegos, ese vicio era ya muy frecuente y que la Venus de Milo, precisamente, era una de las estatuas helénicas a que más acudían los viciosos de la Hélade para cumplir sus funciones sexuales. Quizás todo esto resulte comprensible atendiendo a la belleza insuperable de aquella estatua y a la pujanza extraordinaria y a la realidad maravillosa que adquieren sus caderas, su vientre y sus pechos. Pero hay otros muchos ejemplos de profanaciones de estatuas que se deben precisamente a su fealdad y aún a su deformidad. Los defectos corporales, como se verá más adelante, contribuyen a despertar en el sádico los poderosos instintos sexuales. En el caso de las profanadoras, pues también hay mujeres profanadoras de estatuas, puede intervenir el hecho de que algunas de las estatuas masculinas ostenten demasiado visiblemente los atributos viriles, a los que, en general, no está habituado el ojo de la mujer. Verlos, siquiera sea representados en el mármol o la piedra, puede despertar violentamente sus deseos y llevarla a realizar la profanación.

En el sadismo se incluyen también las excitaciones producidas por los defectos corporales. A una persona normal, esto puede antojársele una aberración incomprensible, puesto que siempre ha sido y es la belleza la que suscita el amor y los deseos de la carne. Pero son mucho más frecuentes de lo que se cree los casos de hombres y mujeres que sienten una atracción especial por los defectos físicos. Hay un viejo refrán muy conocido que se refiere a las cojas, como seres especialmente conformados para producir un verdadero placer sexual; y sabido es que los tipos de gigantes o de personas con miembros desproporcionados cuentan infinidad de

admiradores y admiradoras. La leyenda de los orangutanes, a cuyas caricias se dice que algunas mujeres célebres se entregaron, no tiene otro origen que ese. Entre los personajes más conocidos —por no citar más que éste— figura, en ese aspecto, Baudelaire, el poeta que tantas admiraciones despertó en su tiempo y sigue despertando en nuestros días. Baudelaire tuvo relaciones, como es sabido, con mujeres de horrible fealdad, con enanas, con negras y con gigantas. Y aún se cuenta que un día expresó el deseo, ante una mujer bonita, de colgarla por los brazos y besarla en esa postura los pies —lo que denotaría ya otra clase de sadismo. Krafft-Ebing estudia estos “casos baudelerianos” y los compara certeramente con otros muy semejantes descritos ya por el marqués de Sade. Bien es verdad que, como ya hemos dicho más atrás, Sade pintó toda la gama de los colores del vicio, agotó el tema hasta el límite y que, por lo mismo, difícilmente podrá superarlo ya otra imaginación de escritor e, incluso, la vida misma. El hombre choca con fronteras infranqueables lo mismo en el vicio que en otros muchos aspectos.

Las sangrías realizadas en diversas formas entran también dentro del cuadro clínico del sadismo. El caso más comentado en el siglo anterior fue el del comandante francés T., de 36 años de edad. Para gozar carnalmente, aquel militar había de recurrir a las sangras y el último atentado que le valió una denuncia y su encarcelamiento fue cometido con una muchacha, a la que llevó a su casa con engaños, haciéndole una vez allí proposiciones que la dejaron aterrada. El comandante obligó a su víctima a desnudarse y, en seguida, le practicó numerosas incisiones con un instrumento cortante en las partes genitales, sin que le detuvieran los gritos y protestas de la muchacha. Una vez que brotó abundante sangre de las heridas, realizó el acto carnal con ella violándola.

Krafft-Ebing, cuenta el caso de un hombre que se presentó en su consultorio médico para explicarle que su mujer, cada vez que quería realizar el acto sexual con él, procedía a hacerle cortes en diversas partes del cuerpo con un afilado cortaplumas. No siendo de esta manera, aquella mujer no obtenía placer alguno.

Entre los “picadores”, el caso que más notoriedad tuvo en 1891 fue el de Michel Bloch: el “affaire Bloch”, como se le llamó en aquellos días. Michel Bloch era un comerciante de diamantes, millonario, muy conocido en París y de una repugnante fealdad. Tenía 60 años. Prevaliéndose de sus inmensas riquezas, tenía para su servicio especial una corte de muchachas que le proporcionaban —y se cuidaba de aleccionar— una tal Claudina Buron. Michel Bloch re-

cibía a aquellas muchachas en bata y sentado en una butaca. En seguida, las obligaba a desvestirse y a ponerse de rodillas en torno suyo. Tenían que sonreírle, pero sin pronunciar una palabra. Entonces, el repugnante personaje tomaba un puñado de alfileres, de los que, prendidos en una almohadilla, le ofrecía la Burón, e iba clavándoselos uno por uno a sus pupilas en los brazos, en el vientre y principalmente en los senos. Luego, en un momento dado, se los arrancaba de un violento manotazo y, a la vista de las menudas gotas de sangre que aparecían en los lugares del pinchazo, se excitaba y procedía a realizar su acto carnal. Cuando aquel procedimiento no le daba resultado, Bloch arrastraba a las muchachas por la habitación tirándoles del pelo, azotándolas o bien corriendo tras ellas por la sala.

En Sade figuran muchas de estas escenas, ajustándose hasta en sus menores detalles a las que se conocen en el “affaire Bloch”. Pudo haber en éste alguna influencia de los libros del marqués, pero ¿no ocurriría más bien que el marqués describiera aquellas escenas porque las había visto en la realidad o porque alguien se las contara?

En lo que sí se dio en decir que había habido influencia de los libros del marqués fue en aquel abochornante espectáculo que hasta mereció el nombre de “imitación del escándalo de Marsella”. Ocurrió en Madrid, en 1840, y el protagonista fue precisamente un alto funcionario de la Embajada norteamericana. Dicho funcionario se había hecho ya notar por sus numerosas excentricidades de índole moral, pero la que le dio triste celebridad en la capital de España y fuera de ella es la relacionada con el suministro de una fortísima cantidad de afrodisíaco a varias “manolas”. El vicioso diplomático reunió un día en su casa a algunas mujeres de vida alegre y, ya se presupone con qué fin, mezcló en los dulces y pasteles con que generosamente las estaba obsequiando una gran proporción de sustancias afrodisíacas. Las muchachas comieron las golosinas sin la menor sospecha, pero bien pronto se hicieron sentir los efectos de la fortísima droga. El escándalo que se produjo fue inenarrable y, según queda dicho, por su similitud con la fechoría llevada a cabo por el Marqués de Sade en 1772, mereció el nombre de “imitación del escándalo de Marsella”. Parece indudable que aquí sí hubo ya influencia directa del marqués. Tal vez el funcionario de la embajada había leído sus obras o tuvo conocimiento de la diablura de Sade y quiso ver por propios ojos cuáles eran los resultados.

Los casos de necrofilia —que encajan perfectamente dentro de las teorías sádicas— son, como se sabe, frecuentísimos y aún consta

que ha habido varios personajes famosos en la historia que la practicaron. El rey Fernando de Nápoles era necrófilo y, en una ocasión determinada, realizó el acto sexual con el cadáver de una doncella de la corte. No una, sino cien veces, han sido detenidos sujetos sádicos que merodeaban en torno de los cementerios esperando las horas propicias de la noche para desenterrar personas muertas y cometer nefandos pecados en ellas. El sadismo va todavía más lejos en este punto, pues son frecuentes los casos de asesinato, seguido de violación. Al ser juzgados estos crímenes, los defensores han pretendido atenuarlos diciendo que se trataba de amores no correspondidos o de desdenes que arrastraban al amador —o a la amadora, pues también hay casos de mujeres— a matar a la persona querida y violarla después de muerta, puesto que no habían podido hacerlo en vida. Pero, evidentemente, se trata de casos concretos de sadismo, pues ninguna persona medianamente normal podría tan siquiera imaginar, cuanto menos realizar, semejantes monstruosidades.

Las personas locas también han solido ejercer una poderosa atracción sobre determinado tipo de sádicos. Según está ya comprobado, la locura juvenil, sobre todo en las mujeres, provoca excitaciones de tipo sexual, convirtiendo a las enfermas en mujeres descochadas que no solamente admiten y aceptan las incitaciones del varón sino que, muchas veces, las provocan por sí mismas. Esto puede comprobarse en cualquier sanatorio de ese género, pero quizás sea debido a que, al perder el control sobre sí mismas, las alienadas dejan libre curso a sus instintos, en lugar de ahogarlos y reprimirlos como cuando todavía conservaban la razón. Mas como sea, ello es que muchos sujetos sádicos buscan con predilección a esas enfermas, sobreexcitados por su deformidad psíquica, del mismo modo que aquellos a que antes hemos hecho referencia se sobreexcitan con las deformaciones de tipo físico.

En el cuadro —que se haría interminable— del sadismo, hay que incluir también a los “antropófagos” o sujetos que devoran las partes genitales de sus víctimas, sin que hasta ahora haya sido posible establecer si lo hacen porque en ello encuentran un placer sexual positivo o con la quimérica esperanza de que en ellos encontrarán determinadas substancias que renovarían su vigor sexual. Sade conocía, sin duda, algunos casos porque en “Justina” y “Julietta” incluye varios tipos de tales devoradores, quienes justifican su “antropofagia” diciendo que de ese modo restauran sus fuerzas genésicas. Y, por vulgar y corriente, no habría por qué citar el caso

de los “menstruarios” o individuos que sólo buscan a la mujer cuando ésta se halla bajo los efectos de sus desarreglos cíclicos.

Finalmente, vienen aquellos que practican la zoofilia, vicio que, a decir verdad, es tan antiguo como el mundo. Buena prueba de ello es cómo las prescripciones de las antiguas religiones condenan airadamente tales prácticas; y la misma mitología griega suministra varios ejemplos de contacto con animales. Entre los casos más célebres de zoofilia del pasado siglo hay que citar el del conde de M., a cuya disposición tenía una casa de París muchas aves de determinado tipo y a las cuales se les cortaba la cabeza en un instante preciso a fin de que el sádico personaje saciara sus patológicos instintos.

Con lo dicho hasta aquí —aunque sea una ligera enumeración del gran cuadro total que figura en las obras científicas mencionadas—, basta y sobra para indicar hasta qué punto el sadismo se difundió por el mundo. Pero queda siempre flotando la incógnita: ¿todo esto se debió a la influencia de las obras de Sade o Sade fue el reflejo de estos hechos o, con Sade y sin Sade, se habrían producido en igual forma? No podría adelantarse una respuesta concreta y taxativa. La ciencia descubre cada día que las relaciones de causa a efecto se interfieren en forma más complicada de la que antiguamente se creía y que, por consiguiente, a cada instante resulta más problemático hallar la última y definitiva verdad. La verdad, según decían los griegos, continúa sumergida en el fondo de un pozo y de él habrá que ir extrayéndola poco a poco y por fracciones, no de un golpe como imaginan quienes están escasamente habituados a pensar. Mas el único procedimiento que nos queda para acercarnos a ella no es el de ocultar o disimular los hechos buenos o malos de la vida, sino, todo lo contrario, el de enfrentarnos con ellos decididamente y sacarlos a la luz para que ésta los esclarezca e ilumine. Si el sadismo ha de ser alguna vez desterrado de la vida, lo será no porque lo mantengamos en penumbra o en la más absoluta oscuridad o haciendo como que no existe cuando sabemos que sí existe, sino estudiándolo sin ñoñerías y valientemente, como se estudian hoy todas las otras lacras físicas que también en algún tiempo se miraron como “tabús” y que, justamente en virtud de su ocultamiento, se propagaron increíblemente por toda la redondez del globo.

6. EL SADISMO EN LA LITERATURA

HEMOS dejado dicho ya en su lugar pertinente que los libros del marqués de Sade se vendían sin recato en Francia —por lo menos, bajo el Directorio— hasta el extremo de poder adquirirlos en todas las librerías y de que éstas los presentaran incluidos en sus catálogos generales. Un capitalista anónimo se había hecho cargo de la edición, distribución y explotación de los mismos, tanto para Francia como para toda Europa. Esto explica que, a pesar de la confiscación realizada por orden de Bonaparte en 1801, continuaran propagándose en una forma escandalosa, si bien recurriendo sus vendedores a procedimientos contrabandísticos e ilegales.

Las sucesivas confiscaciones de 1815, 1825 y 1843 no hicieron sino despertar en el público el deseo de adquirir aquellas obras por cualquier medio que fuese y al precio que se pidiera. Es el destino frecuente de los libros que se declaran ilegales. Tan opuestos resultados dieron aquellas medidas oficiales contra las obras de Sade que sus tiradas se contaron por millares y, en el siglo XIX, muchos editores trataban precisamente de que los libros por ellos publicados fuesen prohibidos, en la seguridad de que esa simple medida equivaldría a la más efectiva propaganda y bastaría para suscitar el ansia de adquirirlos por encima de las barreras de la ley. Libro confiscado era libro vendido.

En sus “Curiosités Bibliographiques”, cuenta L. Lalanne a este propósito una divertida anécdota. Dice que Goethe vio quemar una vez en la plaza del mercado de Frankfort una novela francesa prohibida y que el genial autor de “Fausto” no se dio reposo alguno hasta que logró procurarse un ejemplar. Y añade Lalanne que, por cierto, no era aquel ejemplar el único que quedaba para la venta subrepticia después del auto de fe.

Sobre la enorme boga que había adquirido “Justina”, apenas fue publicada, escribía ya Charles Villers en 1797: “todo el mundo quiere conocer este libro infame y sucio; se le pide, se le busca, se paga cualquier precio por él; las ediciones se suceden sin descanso y de esta manera anda circulando por doquier y en la mayor abundancia un veneno tan activo y corrosivo como ese”.

Las obras de Sade se difundieron no tan sólo en Francia, sino igualmente en Alemania y en el resto de los países de Europa. El

propio Villers asegura que vio muchos ejemplares en Lübeck y que, en Hamburgo, se habían tirado varias ediciones clandestinas de “Justina”.

Janin, por su parte, cuenta hasta qué extremo eran populares las novelas del marqués bajo el primer Imperio y lo mismo bajo la Restauración. Tanto que este escritor anunciaba al escribir sobre ellas que no contaría el argumento “porque todos los lectores lo saben de sobra hace mucho tiempo”. Y aun añade: “el marqués de Sade —de nada sirve negarlo— está por todas partes: hasta en las bibliotecas públicas y privadas. “Justina” es uno de esos libros que se esconden en los anaqueles de las librerías detrás de un ejemplar de San Juan Crisóstomo o de los “Pensamientos”, de Pascal. Pero si preguntáis a los inspectores de la policía os dirán que no se encuentra uno solo, siendo así que, hasta a veces, es la misma policía la que “se cuida de venderlos”.

En cuanto a las sumas que ciertos bibliófilos pagaron por tal o cual novela del marqués parecen hoy increíbles. No fue raro ver pagar 600 ó 700 francos —de aquella época— por un ejemplar de “Justina” o de “Julieta”. Don Joaquín Gómez de la Cortina, madrileño, pagó 700 francos por la edición original, según él mismo lo indica en el catálogo de su biblioteca. Y en Alemania se llegaron a pagar por “Justina” 120 marcos. Otras ediciones más vulgares y baratas se vendían en todos los burdeles de lujo, pero siempre a muy buen precio.

Hay un axioma muy antiguo que asegura que el relato de las obscenidades actúa en una forma más perniciosa y letal por escrito que cuando aquel se hace de viva voz. Y es que la letra impresa queda, en tanto que la palabra es un “flatus vocis” que el propio viento se lleva. Lino Ferriani, en su “Delinquenti che scrivono”, ha demostrado con argumentos muy fuertes todo el perjuicio ocasionado a las almas juveniles por escritos pornográficos. Por nuestra parte afirmamos que tales libros —un mal engendra siempre otros males— *multiplican y favorecen en grado extremo las perversiones sexuales, no ya sólo entre el elemento juvenil sino entre gentes maduras.* San Basilio emitió ya sobre esto su oportuniísima advertencia cuando decía a los fieles: “Quien se acostumbre a las malas lecturas, ese está ya en camino de caer en el mal y de hacer el mal”. Y la triste y sincera confesión del mariscal Gilles de Retz es también incontestable a este respecto: Retz cuenta que, de muchacho, había encontrado en la biblioteca de su abuelo un Suetonio, en cuyas páginas pudo leer cómo Tiberio, Caracalla y otros Césares martirizaban a

los niños. “Por lo cual —sigue diciendo—, yo quise imitar la conducta de dichos Césares y aquella misma noche me puse a hacerlo, siguiendo las enseñanzas que había aprendido en el libro”. Y R. de Krafft-Ebing dice que cierto masoquista le confesó en una ocasión: “creo que los libros de Sacher-Masoch han contribuido al desarrollo de mis perversiones y a las de aquellos que ya tenían alguna predisposición hacia ellas”. Y Eulenburg advierte, por su lado, “que constituye un error subestimar la venenosa influencia que ejerce la literatura pornográfica, así como la pésima costumbre de la prensa en general de relatar con pormenores todos los delitos contra las buenas costumbres que se cometen en los ámbitos municipales, nacionales e internacionales, como son los robos, asesinatos, violaciones, etc., etc.”.

Los libros de Sade contribuyeron, pues, al relajamiento de las costumbres y por eso Napoleón prohibió la lectura de tales novelas a sus soldados.

Sade tuvo, sin embargo, numerosos imitadores y seguidores literarios y hasta se formó una escuela que se llamó la “escuela del sadismo”. El primero y más importante de todos fue su contemporáneo y enemigo personal Rétif de la Bretonne, quien utilizando el pseudónimo de Henri Linguet publicó en 1798 la “Anti-Justina”. La “Anti-Justina” era un libro no menos escandaloso y atrevido que el de Sade, pero, al decir de su autor, estaba destinado “a ser un contraveneno contra la infame “Justina”. Rétif se lo dedicaba “a los maridos hastiados a quienes ya no les dicen nada sus mujeres” y asevera que aquéllos tendrían en sus páginas un equivalente de las heroínas más perniciosas, aunque prescindiendo de toda crueldad.

Entre los propagandistas de las obras del marqués allende la frontera gala, hay que contar a Charles Villers, si bien haciendo la salvedad de que su propaganda fue inconsciente. Charles Villers era un noble francés que hubo de emigrar a Alemania con motivo de la Revolución y que, una vez al otro lado del Rhin, sirvió, por decirlo así, de mediador entre los intelectuales germanos y los de su patria. Introducido en el círculo más valioso y activo de la intelectualidad alemana por Dorotea Schlözer —la primera mujer germana que se doctoró en Filosofía—, Villers trabó en seguida amistad con los más grandes personajes de la Alemania de aquel tiempo y desempeñó allí un importantísimo papel. Llegó a ser profesor de Filología en Gotinga, publicó excelentes trabajos sobre Lutero y sobre Kant y puso tan fiero empeño en establecer firmes relaciones cultu-

rales entre Francia y Alemania que, con justicia, se ha hecho acreedor al reconocimiento de los hombres de buena voluntad de ambos países. Del éxito que Villers obtuvo en Alemania nos ha dejado una muestra lo que el propio Goethe escribía de él en una carta dirigida a Reinhart: “Villers es un hombre que mira, como un Jano de doble rostro, en dos direcciones opuestas”. Goethe escribía también al propio Villers: “vos me habéis inducido a admirar a vuestros compatriotas por admiración hacia vuestra propia estética”. Más tarde, el ejemplo de Villers sería imitado, en lo que se refiere al estrechamiento de lazos franco-germanos, por Benjamín Constant y madame Stäel, pero la primacía le corresponde a él por entero.

Los emigrados franceses editaban varios periódicos en Alemania, en los cuales colaboraba Villers con asiduidad por aquellos días, tratando de familiarizar a los alemanes con las novedades literarias, artísticas y científicas de Francia. Ya antes de la Revolución, Hamburgo era el centro principal que tendía a ese fin tan nobilísimo y donde, como consecuencia de ello, se publicaron también, antes que en ninguna parte, gran número de libros pornográficos franceses. Y allí fue donde Jean Louis Amable de Bandus, Boudens de Vandeburg y Villers publicaron y sostuvieron, desde 1797 hasta 1802, “El Espectador del Norte”, “periódico literario, político y moral” —como rezaba el subtítulo— que, en el transcurso de sus seis años de vida, llegaría a formar veinticuatro volúmenes.

Ahora bien; en el cuarto tomo de “El Espectador del Norte” apareció, en 1797, la “Lettre sur le roman intitulé “Justine ou les Malheurs de la Vertu”, debida a la pluma de Villers.

Villers empezaba por declarar en aquella carta abierta que “Justina” era un libro muy solicitado, que sus ediciones se sucedían sin reposo y que, por consiguiente, estimaba necesario ofrecer una reseña sintética sobre su contenido. Era una inconsciente clarinada de propaganda de tal libro.

A juicio de Villers, la “Justina” de Sade era una obra tan fatigosa que, mil veces el aburrimiento, el disgusto y la indignación se la habían hecho caer de las manos mientras intentó leerla, pero agregaba que la celebridad adquirida por esa novela le había obligado a apurarla hasta el fin. “Estaba reservado a nuestro siglo —escribía a continuación Villers— la triste suerte de producir y reproducir una obra como ésta”, aunque se explicaba “que hubiese sido concebida en medio de las barbaries y de las sangrientas convulsiones que estaban aniquilando a Francia”. “Es —proseguía—

uno de los más ácidos frutos de la crisis revolucionaria y uno de los más poderosos argumentos contra la libertad de prensa”.

Seguía diciendo Villers, con ironía muy francesa, que hay libros “que parecen inspirados por las Gracias; éste parece que lo estuviese por las Furias. Es un libro escrito con sangre. Es el Robespierre de los libros. Se dice —terminaba— que los Couthon, los Saint-Just, los Collot y demás ministros sanguinarios lo leen frecuentemente para entrenarse en sus terribles crueldades”. Finalmente, aseveraba Villers que “Justina” era el libro que dejaba en pañales “a todas las producciones pornográficas de que está Francia inundada desde la Regencia”. De acuerdo con el ensayo de Villers, el libro de Sade constituía un atentado contra la verdad, el buen sentido y la delicadeza de los sentimientos; no era más que un estúpido alegato en favor del vicio y una afirmación de la teoría de Boileau de que:

*No hay serpiente ni monstruo odioso
que, imitando al arte, no pueda hacernos llorar.*

“Diréis —continuaba Villers— que, sin embargo, pocos libros habrán tenido más ediciones que esta miserable “Justina”. Así es: pero ¡qué se puede pensar de una época que produce un escritor capaz de dar a luz una obra como esa, un librero que la edite y un público que la compre!”

Sin embargo, el veneno continuó difundiéndose por todos los cuatro cabos de Europa y no fue poco lo que contribuyó a ello el mismo Villers con su airadísima crítica.

El poeta Despaze fue otro de los intelectuales que más duramente atacaron a Sade y que, con crueles sarcasmos, se burló de la “literatura sádica”. En una de sus sátiras famosas hacía la siguiente chacota de las doctrinas de Sade:

*Si vuestra hermana os gusta, olvidad todo el resto
y saboread las delicias del incesto;
Servios del veneno y del hierro y del fuego;
la virtud es sólo un nombre, el vicio sólo un juego;
Tal es, punto por punto, su terrible doctrina.
Quien ama la moral, releyendo “Justina”,
asquerosa novela, que el infierno inventó,
se espanta, y asustado, pregunta
cómo el horrible monstruo que trazó tal pintura
no ha expiado su crimen en la más cruel tortura.*

Pero podían continuar trinando cuanto quisieran estos severos censores. Sade seguía siendo leído e imitado por doquier. Aun no haciendo mención más que de los más importantes seguidores de su “obscena literatura”, la lista sería inacabable, Uno de ellos fue E. J. L. Toulotte, con su novela “El Dominicano o los crímenes de la intolerancia”, de muy escaso interés desde el punto de vista literario y que ni con mucho se acercaba, en punto a imaginación, a las obras del marqués.

Otro de los imitadores fue un tal Raban, cuyo libro, vulgar parodia de “Justina”, produjo un gran escándalo y trajo como consecuencia una condena de su autor a seis meses de cárcel.

Jacques Réverony de Saint Cyr fue un mediocre escritor para quien la lectura de Sade tuvo los efectos desastrosos de una pócima. Había nacido en 1767, llegó a ser comandante de Ingenieros y, como autor, había estrenado ya varias obras de teatro y publicado algunas novelas y libros científicos de notable interés. Pero en cuanto leyó a Sade, cambió automáticamente de estilo y se echó por los atajos pornográficos, dando a la estampa un novelón titulado “Pauliska o la Perversidad Moderna”. Siguieron a esta novela “sádica” otras dos del mismo corte: “Sabina de Herford o los Peligros de la Imaginación” y “El Torrente de las Pasiones o los Peligros de la Galantería”. Hasta en el modo de rotular, como se ve, Réverony de Saint Cyr seguía las huellas del marqués. Mas le faltaba su altura.

Viniendo ya a épocas más cercanas, topamos con la prolífica y por muchos motivos admirable Jorge Sand, acerca de cuya “Lelia” escribía Capo de Feuillade que era una continuación de las doctrinas de Sade. Y acaso fuese por eso por lo que Proudhon llamó a la célebre novelista, “la digna hija del marqués” sin reparar, por supuesto, en que él mismo había adoptado muchas de las propias teorías del autor de la “Filosofía en el Boudoir”.

El socialista francés Fourier expuso también una teoría sádica del amor en su “Harmonie”. De acuerdo con ella, cada mujer tendría el derecho de poseer al mismo tiempo: un esposo con el cual tuviera dos hijos; un “engendrador”, con el cual podía tener otro; un favorito y, fuera de esto, tantos amantes como quisiera en una forma circunstancial; amantes que, desde luego, carecerían de derechos sobre ella desde el punto de vista legal. Este “mundo armonioso” trazado por Fourier no conocería los peligros del aumento de población por varias “razones poderosas” que el autor se encargaba de especificar y que no eran menos fantásticas y amorales que las ya

alegadas por Sade al hablar de los hijos cuyo padre “sería la patria” por no conocer al suyo.

Entre los parnasianos, los “raros” y decadentes estetas del siglo XIX florecieron también muchas naturalezas patológicas semejantes a la de Sade. Quien desee orientarse acerca de todos los poetas de ese tiempo que se revelaron como sujetos de instintos corrompidos no tiene más que leer el precioso libro de M. Nordau “Dégénérescence”. Citaremos solamente algunos de ellos por vía ilustrativa. Baudelaire es, según Bourget, un “obsesivo sexual, un voluptuoso” cuyas malignas ideas se aproximan extraordinariamente a las de Sade. El vicio y la prostitución entusiasman a este poeta y hacen cantar a su musa. La fastidiosa borrachera de la Venus Vulgar, el ardor enervante de la Venus Negra, las picarescas maldades de la Venus Hastiada y las azarosas experiencias de la Venus Sanguinaria han dejado sus huellas en las poesías más espiritualizadas de Baudelaire. Un hedor nauseabundo de infames trasalcobas se desprende de sus poemas. Baudelaire canta “el furor misterioso de la voluptuosidad”:

*A veces, por aplacar
tu furia misteriosa
prodigas, ardorosa,
el beso y el mordisco...*

“Las Diabólicas”, de Barbey d’Aurevilly, son igualmente un ramillete de locas historias en las que se revuelcan, codo con codo, hombres y mujeres en los más aborrecibles libertinajes. Hombres y mujeres sin moral y sin remordimientos de conciencia que invocan en sus “oraciones negras” a Satán y que se ofrecen como adoradores y servidores suyos a imitación de los propios condenados. “Las Diabólicas” es un libro impregnado hasta los bordes de “ideas sádicas”.

Paulhan es otro de los autores que, en su “El Nuevo Misticismo”, traza también tipos y escenas del más puro corte sádico. Hay en sus páginas un joven vagabundo tan dado “a las delicias del robo” que gusta gritar frecuentemente: “cuando sea rico, también seguiré robando. Ese es mi mayor placer”. Otros de sus personajes se solazan contemplando repugnantes defectos corporales y el propio Paulhan se deja decir “que en el espíritu de un hombre auténticamente moderno tiene que manifestarse el placer de perturbar el orden de la naturaleza en una forma tan aguda como jamás antes se había experimentado”.

Pero es claro que todo esto suena a hueco o, cuando más, a vulgar repetición de lo ya dicho por Sade. Porque el marqués —es preciso reconocerle este “mérito”— había agotado ya todas las formas imaginativas del vicio, todas las perversiones, todas las pecaminosidades. En sus novelas, podría figurar aquel lema, atribuido a Hércules, inscrito en las columnas gaditanas: *Non plus ultra*. No se podía ir, en efecto, más allá en el terreno del vicio.

Teorías análogas a las de Paulhan son las desarrolladas en el “Vice Suprême” por Joseph Péladan. Y aun el propio Maurice Barrés cae incidentalmente en el pecado de la “hipocorematofilia” que tanto entusiasmaba a Sade. Barrés hace contar a su “Princesita”: “a la edad de doce años, me encantaba, cuando estaba sola, quitarme mis zapatos y mis medias y hundir mis pies en la basura. Pasaba así horas enteras y esto me proporcionaba raros estremecimientos voluptuosos”. Y así como algunos personajes de Sade hallaban un refocilo excepcional a la vista de ciertos defectos corporales, también los de Barrés se sienten a veces atraídos por las imperfecciones humanas. Dice en “El Jardín de Bérénice”: “cuando Bérénice era todavía una chiquilla, ya sentía yo infinitamente, en mi ardor amoroso por ella, que no tuviera alguna enfermedad”.

J. K. Huysmans vuelve, en su novela “A Rebours”, sobre el tema de la educación perversa, tal como había sido ya tratado por Sade en su “Filosofía en el Boudoir”. El duque de Esseintes encuentra en la calle de Rivoli a un muchacho de dieciséis años, de tez pálida y mirada astuta, fumando una tagarnina y que le pide fuego para encenderla. Esseintes le ofrece un perfumado cigarrillo turco, se lo lleva consigo a un café y le hace servir licores fuertes. Después, le acompaña a una casa pública y se lo presenta a las pupilas, quienes se muestran encantadas con la juventud y la inocencia del chiquillo. Durante un momento en que el joven cliente está entregado a dulces ocupaciones con una de las muchachas, la Celestina de la casa pregunta al duque que con qué objeto ha llevado a aquel muchacho a su establecimiento y Esseintes le responde que “a fin de hacer de él un asesino”. Primero, le traerá quince días consecutivos a ese lugar para que se vaya acostumbrando a los placeres sexuales que él mismo no está en condiciones de pagarse. Después, le retirará su ayuda pecuniaria. Pero, como ya se habrá habituado al vicio, al verse sin dinero robará por volver aquí. “Incluso espero —dice el duque— que llegue a matar también”. Sólo entonces su plan se habrá visto coronado por el éxito. El antievangélico consejo que el duque daba siempre al muchacho era: “haz a los otros lo que no

quieres que otros te hagan a ti. Ten presente esto, porque Una sujeción estricta a tal máxima te llevará lejos en la vida”.

En “Là-Bas”, del propio Huysmans, el duque de Esseintes escribe una biografía de Gilles de Rays, aquel terrible asesino y violador de muchachas del siglo quince, no con otro objeto que con el de “tener ocasión de hojear y de poner al día, con toda la delicia de un cerdo que hoza en el muladar, las más asquerosas inmundicias”, por decirlo con la frase de Nordau.

Otro típico poeta sádico que escapó a la pesquisa de Nordau, pero que fue descubierto por Alcide Bonneau, es Emil Chevé, quien publicó en 1882 un manojito de poemas titulado “Virilidades”, entre los cuales hay uno que es una glorificación entusiasta del marqués de Sade y del sadismo. Basta citar algunos versos de ese poema para confirmar el aserto de Bonneau:

*En el fondo, el hombre es una hiena: ama la sangre;
le gusta verterla en las luchas salvajes;
su corazón se enciende e hinche ante la penetrante clarinada
de las trompetas que anuncian la muerte y el estrago.
Allí donde corre la sangre o planea el terror,
allí donde la muerte esparce su triste y sombría borrachera
el hombre y la mujer y todos quieren saborear el horror.
El hedor de las masacres nos gusta y acaricia.
El cadalso, el suplicio son una excitación a los sentidos.*

*Nos gustan la víbora, el tigre, el asesino;
nos gustan la desesperación y las lágrimas,
el drama palpitante de las secretas angustias.*

*¡Oh, cuan en lo cierto está ese marqués, ese Satán,
que mezclando la sangre, el fango y la blasfemia
(Titán de un Olimpo de espantable suciedad)
puso en la ferocidad el supremo placer!
Marqués: tu libro es fuerte; y nadie en el futuro
buceará como tú en los subfondos de la infamia;
nadie, después de ti, podrá reunir
en un pomo semejante todos los venenos de las almas.*

*Te destacas, marqués, como un tigre en medio de los cerdos
dentro del escalofriante museo donde el odio se expande;*

*Después de ti, marqués, nos parecen tenderos
los Zola y los Pirón con sus aburridos libertinajes.
Por lo menos, tú... tú eres grande en tu misma obscenidad.*

Paul Bourget nos presenta también, en su “Fisiología del amor moderno”, a un tal Claudio Lâcher abandonándose a los ensueños Sádicos. Ve ante sí el cuerpo femenino cuyos contornos le son tan conocidos: ve las espaldas delicadas, las líneas ondulantes de los senos, los muslos esbeltos y, simultáneamente, se ve a sí mismo con un escalpelo en la mano hiriendo aquel cuerpo idolatrado, empapando aquellos miembros en sangre y a ella misma estremecida bajo los golpes del acero y de su propio dolor... Pero no; él no hará aquello jamás; no por falta de deseo, sino “porque entre los jóvenes de una Civilización bien educada y decadente, las acciones más íntimas y deseadas no pueden jamás marchar de acuerdo con los pensamientos”. Sin embargo, ¡cuántas veces se le representa aquella escena! ¡Nada puede haber en el mundo que le fascine más que aquel ensueño sangriento!...

Una lesbiana llevada al más alto grado del sadismo es también la que ha sido descrita en el famoso libro pornográfico “Gamiani o dos noches de locura”, atribuido al poeta Alfred de Musset. De acuerdo con la versión más generalizada, Musset habría escrito esta obra “por vengarse de Jorge Sand, su antigua amante, representándola en el papel de la lúbrica Condesa Gamiani”. Tal vez haya en ello algo de cierto porque, como ya dijimos oportunamente, Capo de Feuillade acusó a la audaz Jorge Sand de haber tenido instintos sádicos.

La literatura alemana también cuenta con algunas obras de marcadas tendencias sádicas. Henri de Kleist, por ejemplo, trazó en su “Pentesilea” la silueta de una mujer enloquecida de amor y, cegada por los celos, que acaba por matar a su amante de un flechazo haciendo después que sus propios perros destrocen el cadáver.

Otro libro alemán donde se cita constantemente a Sade y en el que hay actos muy frecuentes de sadismo es el titulado “Memorias de una cantante”, que pasa por ser una autobiografía de Guillermina Schroeder-Devrient. Está escrito en forma de cartas dirigidas a un médico, en las que se detallan los progresos que la mencionada cantante va haciendo en el terreno de las perversiones sexuales.

La “Narda”, de Sacher-Masoch, es igualmente un personaje sádico. Pero todavía este escritor nos presenta una “Africana” que la

sobrepasa en crueldad y sensualismo. Cuando la “Narda” le pregunta que por qué ha matado a un hombre, la “Africana” responde con orgullo: “por sed de sangre. Déjame morir, puesto que la vida se me hace imposible si no tengo alguien a quien matar. Mi corazón está ansioso de sangre como el vuestro lo está de besos”.

Eulenburg cita al poeta Detlev de Liliencron, quien se entretiene en describir “la violenta descarga psico-física que se produce durante la lucha erótica” en los siguientes versos:

*Semejantes a dos panteras que buscan con furia destrozarse,
semejante al fuego y a la llama cuando estallan,
la pareja lucha, se devora, se muerde, se destroza
con los ojos entrecerrados y con energía desencadenada.*

Es fácil otear también tipos y escenas sádicos en la novela de Kretzer: “Tres mujeres”; en la de Bleibtreu: “Mala Sociedad” y en la de M. G. Conrad: “Las chicas formales”. Y por lo que se refiere a las novelas pertenecientes a la escuela “naturalista”, sabido es que en ellas aparecen con frecuencia actos de sodomía, de lesbianismo, de violaciones, de incestos y de adulterios estudiados y tratados “sistemáticamente” para atribuirlos a una perniciosa educación o a la influencia del medio.

Dentro del terreno de la Filosofía, ciertas doctrinas de Sade reaparecen en dos pensadores alemanes de fines del siglo XIX: Stirner y Nietzsche. De Nietzsche, bastará sólo con citar algunos aforismos: “Sabiduría extraída de antiguas recomendaciones florentinas y basada en la experiencia de la vida: *buona femmina et mala femmina vuol bastone*”. “Por encima de todas las leyes: lo que se hace por amor, se cumple siempre por encima del bien y del mal”. Y por otra parte, su “moral de los fuertes” y su ideal del “Superhombre” se asientan también sobre teorías sádicas.

En cuanto a Stirner, habría que considerarlo un sofista más confuso, audaz e inmoral que al propio marqués de Sade. Era un adorador desmesurado del Yo, hasta el punto de que escribía con mayúscula todo lo que a él hiciese referencia. “¿Qué Me importa —escribe— si lo que Yo pienso y lo que hago es cristiano? Si es inhumano, antilibefal, antihumanitario o si no lo es, ¿qué se Me importa a Mí? Si es provechoso para Mí, llamad a Mis acciones como queráis; Me es absolutamente igual. No existe el pecador ni tampoco el hombre culpable de egoísmo. Todos somos perfectos y, en toda la redondez del planeta, no hay un solo hombre a quien

pueda considerársele pecador. Yo, y sólo Yo soy el único dueño de Mi poderío, y lo soy en tanto que Me reconozco como un ser único. Cada ser que esté por encima de Mí, sea Dios, sea hombre, debilita el sentimiento de Mi existencia. Si todo lo refiero a Mí, el Solo y el Único, entonces toda la existencia revierte hacia su creador percedero, mortal de sí mismo, que se devora a sí mismo y Yo oso decir: he fundado Mi destino sobre la nada”(1).

La moralidad, ante semejantes teorías, no representa más que una idea absurda, una “quimera” que les ha sido imbuida a los hombres desde su niñez. El matrimonio es una cosa sin sentido; la castidad una pura tontería y el incesto algo que resulta por completo natural. “Oh, Lais; oh. Ninón —escribe Stirner—, qué bien hicisteis en desdeñar todas esas pálidas virtudes. Pero Yo... Yo tengo el derecho de asesinar, siempre que no Me lo prohíba por Mí Mismo, siempre que por propio impulso no retroceda ante el asesinato como delante de una “injusticia”.”

H. Stroebel hizo notar ya que la teoría de Stirner sobre el egoísmo no constituye nada nuevo, ya que se asemeja como una gota de agua a otra gota de agua, a las ideas filosóficas de los Holbach, los La Mettrie y los Helvetius. Pero Stirner debió de conocer, además, las obras de Sade porque ni en Holbach, ni en La Mettrie se preconizan el incesto y el asesinato. Estas ideas tuvo que aprenderlas en Sade.

Llegamos al final del presente trabajo y quisiéramos cerrarlo con una respuesta definitiva a la pregunta que tantos moralistas se han formulado y se formulan. Es ésta: ¿Cómo podría acabarse con la depravación y el vicio? Por nuestra parte creemos que de una sola manera: iniciando una campaña firme y severa contra la prostitución, contra la trata de blancas en todos sus aspectos, contra el alcoholismo, contra los majos ejemplos dados en los libros y en los espectáculos públicos. Todo esto, ya lo sabemos, no es en definitiva más que un paliativo, pero algo se saldrá ganando. Porque opinamos con Seved Ribbing que el remedio eficaz es otro más positivo y profundo; opinamos que sólo la luz, sólo la verdadera cultura, sólo la auténtica ilustración serán capaces de acabar con las perversiones y maldades que subsisten en el mundo.

En el prefacio de esta obra anticipamos ya cuál debería ser la auténtica meta del amor: la libertad del espíritu, la elevación del

(1) Max Stirner: “El Ser Cínico y su Propiedad”.

pensamiento; el vuelo de las ideas hacia las cosas eternas, imperecederas y sublimes: hacia lo Absoluto, como Platón lo pedía. El fundamento de toda ética estriba en la reflexión. Jamás podrá existir una verdadera moral que sea edificada en otra parte que en el reino del espíritu, en la vida intelectual, donde reside y se ennoblece toda actividad emocional del hombre. Nada, ni el placer, ni el vicio, ni la más intensa pasión puede saciar la aspiración anhelante que el hombre siente hacia lo Eterno. ¡Hacia lo Eterno: esa patria de las almas donde únicamente pueden hallar su verdadero reposo las almas!

Inscribamos, pues, en nuestro escudo aquella grave divisa de Septimio Severo: "Laboremus". Sí; trabajemos con fe y esperanza y sin descanso por llevar a nuestros semejantes a esa suprema perfección intelectual, por imbuir en nuestros hijos la fértil y grandiosa idea de que sólo la altura de miras, sólo la elevación de la conciencia procura la única y verdadera felicidad. Tiene que reconocerlo así hasta el autor de uno de esos libros perniciosos cuya disección hemos hecho en estas páginas: el autor de "Faublas", cuando, en un momento de sinceridad irreprimible, escribe: "creedme: para los hombres sensitivos y abandonados desde su primera juventud a las tormentas de la pasión no hay jamás verdadera felicidad en la tierra".

FIN

NOTA

La Bibliografía ofrecida por el autor es extensísima; pero hacemos gracia de ella a nuestros lectores en atención a que casi toda ella se refiere a documentos que sólo podrían consultarse en archivos y bibliotecas europeos.

Para salvar esta deficiencia, hemos procurado indicar en el propio texto las principales obras citadas por el autor.